Juan Miguel Zunzunegui

Hernán Cortés

Encuentro y conquista

Grijalbo

HERNÁN CORTÉS

Encuentro y conquista

JUAN MIGUEL ZUNZUNEGUI

Grijalbo

SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleermex


@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial


Disponible
en audiolibro

A Isis, Tonantzin, Guadalupe,
la diosa madre, la única, sin importar cuál sea su representación.
Por abrazar, cobijar y recibir;
por ser la tierra fértil de la que renace el sol;
por ese inmenso potencial creativo;
por la paz que viene de la aceptación;
por ser fuente de inspiración;
por dictar un libro;
por manifestarse humanamente como pluma preciosa;
por encarnar en mujer como mi diosa,
como quetzal divino,
como alma portentosa,
gracias.

A Quetzalli,
por ser divinidad celeste;
por ser viento de la noche;
por ser tierra sagrada.
Que seas místico encuentro,
que seas mi única conquista,
que seas toda mi historia,
mi paz, mi morir, mi renacer,
el fin de mis batallas,
mi diosa bendita,
el rostro de Dios.

AGRADECIMIENTOS

Hernán Cortés ha sido mi pasión de toda la vida, y estoy profundamente agradecido de finalmente haber creado este libro. Es un gozo para mí poder escribir, gracias antes que nada y que nadie a ti que me lees y haces posible mi pasión. Soy escritor gracias a ti.

Quiero externar mi profundo agradecimiento a Christian Duverger, un apasionado de México y de Hernán Cortés, que ha dedicado toda su vida al estudio de esas pasiones muy mías. Le agradezco por su trabajo y sus libros, pero ante todo por su gentileza y sencillez, y haberme dedicado tiempo para conversar sobre la vida y la mente de este maravilloso personaje. Gracias.

Crear es un proceso doloroso y difícil. Dice Quetzalli que cuando escribo son como mis dolores de parto. No soy una persona fácil cuando estoy en el proceso creativo, pero ella siempre está ahí, siempre comprende, siempre deja espacio, siempre respeta, siempre conversa, siempre motiva. Es mi tierra sagrada, mi luna, mi noche, mi estrella. Gracias, Quetzalli.

Gracias a mamá y papá, que me dieron libros, narrativa y libertad. Soy el fruto de su encuentro, soy todo lo que me dejaron y lo que he construido con eso. Soy mi cielo y mi tierra. Gracias.

Hay tanto que decir de sus proezas y ánimo invencible,
que de sólo ello se podría hacer un gran libro.
FRAY TORIBIO DE BENAVENTE, MOTOLINÍA

Hasta que Cortés no sea restituido al sitio
más alto de nuestra historia,
la patria no encontrará el camino de su redención.
JOSÉ VASCONCELOS

El odio a Cortés no es odio a España,
es odio a nosotros mismos.
OCTAVIO PAZ

Somos los que somos porque Hernán Cortés,
para bien y para mal, hizo lo que hizo.
CARLOS FUENTES

Si un mexicano odia lo español, se odia a sí mismo.
MIGUEL LEÓN-PORTILLA

PRÓLOGO: EL JUICIO DE LA HISTORIA

No hay hechos, hay interpretaciones.
NIETZSCHE

¿Quién nos enseñó a odiarnos a nosotros mismos? Ésa es la pregunta más importante que debemos responder, pues es el origen de todas nuestras derrotas. Un día nos convencieron de odiarnos y quedamos inevitablemente aniquilados. No hay mayor derrota que pueda tenerse ante el adversario que permitirle dominar tus pasiones y tus miedos; dejar que el enemigo penetre en tu mente para controlar lo más profundo de tus convicciones y hacerte pensar que no aspiras a la grandeza, que tu origen está en la derrota, que no mereces el futuro, que tu llegada al mundo está basada en un lamentable pecado original, en una barbarie, en una conquista.

La conquista de México no está en los hechos, está en las interpretaciones. No es una serie de acontecimientos del pasado, sino una maraña de discursos y complejos del presente. No está en el ayer, sino eternamente presente. La condición de miseria de los pueblos indígenas del siglo XXI no tiene relación con la llamada *conquista* ni es culpa del virreinato, sino del Estado mexicano moderno, nacionalista, que nunca ha sabido cómo integrar a los pueblos indígenas, y encontró una excusa perfecta en el discurso de la conquista.

Las fuerzas de la historia encontraron a Europa y América, hace poco más de quinientos años, en un choque violento que sacudió cada rincón del que fue llamado Nuevo Mundo; pero lo que nació, evolucionó y existe hoy, en cada país de América, no es resultado de aquellos acontecimientos, sino de cómo se cuenta cada pueblo esa historia. Somos nuestra reacción al pasado.

Quiero contar una historia de Hernán Cortés. No existe la historia sino las historias; las versiones y visiones de todos y cada uno de los protagonistas y acontecimientos de la aventura humana en una interrelación infinita; las interpretaciones que hacemos; los juicios que dejamos caer, siempre con diferentes varas de medir; las emociones que depositamos, el valor simbólico que otorgamos. Todo eso es lo que nos influye en el presente mucho más que los hechos.

Quiero contar otra historia de Cortés porque México la necesita, porque quinientos años de conflicto debieran ser tiempo suficiente

para tratar de reconciliar la historia; cinco siglos de camino en común crean la encrucijada perfecta para terminar de unir nuestras dos gloriosas raíces. Llevamos quinientos años ocupando el mismo espacio, y quizá ya sea el momento de crear algo nuevo. Ha llegado el momento de terminar la gestación y finalmente nacer, ha llegado el momento de despertar.

México está destinado a la grandeza, pero primero tiene que sanar las heridas de su pasado. Quiero contar una historia de Hernán Cortés justo para eso, para voltear a nuestro pasado y mirarlo con otros ojos, para darle un nuevo significado a lo que somos. Quiero contar un relato de la conquista porque es una historia sobre nuestro origen y nuestro destino, una historia de México y del mundo.

Quiero contar una historia de México que involucra al mundo entero. Un relato de dioses e ídolos de piedra, de Aztlán[1] y Teotihuacán, de Julio César y Alejandro, de cristianismo e islam, de piratas y santos; una historia de sol invicto y tierra sagrada, de la madre tierra y la guerra santa, de Persia y Roma, de Constantinopla y Granada, de Tlacaélel y Quetzalcóatl, y de ese profundo misterio llamado Guadalupe.

Quiero contar un relato sagrado. La historia de un país que parecería haber estado destinado a existir como resultado de augurios y profecías, de encuentros divinos, de mitos y leyendas. El relato de México debe tener un carácter profundamente religioso y místico, que no se puede comprender sólo desde la razón y la mente.

México es resultado de un encuentro que estaba escrito en la historia humana, que pasó como pasó porque no podía ser de otra forma; producto quizá del motor ciego, del impulso, de la voluntad de poder, o tal vez de causas más sublimes. Es la historia de una fusión, una que resultó violenta e implacable, pero que contiene la semilla del esplendor y la magnificencia.

Hernán Cortés lleva quinientos años viviendo entre nosotros. ¿Quién ha establecido la verdad sobre Cortés, y esa serie de acontecimientos a los que denominamos la conquista de México? ¿Por qué con el paso de los siglos no encuentra México su lugar en la historia, ni el llamado conquistador su descanso eterno? ¿Dónde están los monumentos al inmenso legado de Hernán Cortés?

Conquistador, violador, saqueador, ladrón, asesino, destructor, ignorante, salvaje. Eso nos cuenta la leyenda negra. Nunca hay nada bueno en Cortés. Si venció no fue por su inteligencia sino por su salvajismo; no hay estrategia, sino suerte; conquistó por casualidad, no fue él sino las circunstancias; si construyó hospitales era lo menos que podía hacer; si llegó a acuerdos con los pueblos indios no fue pacifismo, sino malicia; su amistad con los tlaxcaltecas, una argucia; su amor por Marina, un engaño; que trajo a la virgen de Guadalupe,

vil mentira…; que de las aventuras y peripecias de su vida surgió México…, vergonzoso origen negado. Ahí está la semilla de nuestro odio.

¿Por qué narramos esta historia de Cortés? No basta con saber la biografía del conquistador, es importante conocer la historia de su historia, saber quiénes la contaron, cuándo, en qué contexto político; saber qué enemigos siguió teniendo después de su muerte y por qué. Por qué el odio que le llega a profesar Carlos V, y por qué no se nos cuenta de esa animadversión; por qué, si era el conquistador, era tan querido por los indios y tan temido por el rey de España.

Por qué ocultar que era noble, que estudió en la Universidad de Salamanca, que era jurisconsulto y latinista, que citaba las Escrituras y a los autores clásicos, que leía a Julio César y a Salustio, que era escribano y escritor. Por qué no decir que era valiente y brillante; habría que serlo para conquistar el imperio azteca. Por qué no hablar de su eterna lucha contra la Corona, de su faceta como emprendedor, de sus viñedos y cañaverales arrebatados por el rey, de los astilleros y los barcos requisados por la Corona, de su amor por Marina, de su pasión por el náhuatl, de su lucha contra la Inquisición. ¿Qué oscuros propósitos persigue una historia contada a medias?

México es lo que es porque Cortés hizo lo que hizo. México, lo que hoy es México, en el que vivimos y por el que decimos sentir orgullo y amor, es resultado de la vida y obra de Hernán Cortés, y todo su legado español; así como de la vida y obra de Motecuzoma, Cuitláhuac y Cuauhtémoc, de Marina, los tlaxcaltecas y todo el legado mesoamericano. México es resultado de Colón y de Tlacaélel, de los Reyes Católicos y de Itzcóatl, de Nezahualcóyotl y Platón, de Teotihuacán y de Roma. Somos lo que somos derivado de lo que fue; y ésa es la más ineludible ley de ese maravilloso entramado que es la historia.

Nos han educado para sentir vergüenza de nosotros mismos, pues somos el desenlace de ese encuentro y esas conquistas que tanto repudiamos; sin comprender que la historia no ofrece alternativas, que lo que pasó, pasó; y que cualquier otra posibilidad existe sólo en el terreno de la imaginación. Sólo hay un México, el que es producto de la historia que protagonizaron Cortés y Motecuzoma, historia que sólo tiene una consecuencia: nosotros.

Nos han inculcado la nostalgia de lo que nunca existió, sentir añoranza por un país que jamás fue; es decir, el que hubiese sido de no haber llegado los españoles; sin comprender que esos españoles no llegaron por casualidad, sino que fueron empujados por todas las fuerzas de la historia. Extrañamos un país imaginario, el del hubiera que no existe en la historia, el que nunca fue. Sentimos pena y lástima por los acontecimientos que hicieron que México sea lo que es.

Nos han enseñado a odiar a Cortés y por eso estamos derrotados. Nos contamos una historia de eterno conflicto y vivimos eternamente fragmentados. Somos la historia que nos contamos de nosotros mismos. Aquel que nos haya vendido la envenenada idea que tenemos y replicamos sobre nosotros, nos tiene absolutamente derrotados, con nuestra total complicidad, ya que somos nosotros los que nos aferramos a esa visión.

México se cuenta una historia de carácter religioso, con un Adán y una Eva en la persona de Cortés y Marina, y un pecado primigenio como origen del país; con un paraíso indígena (del que omitimos ver sacrificios y canibalismo) y una expulsión a causa del demonio español. Una historia religiosa donde luchan el bien contra el mal, representados por los indígenas y los españoles; pero donde el mal es el que triunfa. Peor aún, una terrible fatalidad donde no sólo triunfa el mal, sino que nosotros somos el resultado de ese triunfo.

He ahí la historia que se cuenta México. Una narrativa en la que, sin darnos cuenta, los mexicanos lamentamos que nuestro país exista. Eso es el interlineado de la narrativa de la conquista. ¿Quién nos contó esa historia? Nos avergonzamos del pasado y al hacerlo nos avergonzamos de nosotros mismos. Al observar la realidad actual de México, no debería ser difícil establecer que no nos hemos contado una versión constructiva de nosotros. De ser así, no estaríamos inmersos en el proceso de autodestrucción en el que vivimos.

Pareciera que es un enemigo el que nos ha contado nuestra historia. ¿Será posible? ¿Podríamos considerar brevemente, aunque sea en unas páginas, esa posibilidad? Es curioso que cada uno posee y defiende una verdad histórica sobre acontecimientos que simplemente no experimentó, con lo que nadie tiene el conocimiento de lo que pasó, sino de lo que ha estudiado. ¿Podemos tener una tregua en lo que cada uno considera la verdad histórica?

No sabemos lo que pasó sino lo que nos han contado. En realidad, damos por verdadera la interpretación que hacemos de los hechos; una interpretación influida por la cultura dominante y nuestra forma personal de ver el mundo, que también está determinada por dicha cultura dominante. Más allá, damos lectura a las interpretaciones que otros han hecho de los hechos.

¿Será posible que siempre hayamos tenido una versión sesgada de la historia? No existen los hechos sino las interpretaciones de los hechos. Son dichas interpretaciones las que se establecen como verdad, y eso es un acto de poder. Si el conocimiento es poder, es imprescindible para el poder ejercer control sobre el conocimiento. Esto siempre ha sido así. Ésa es la historia de la historia. Por eso en diversas épocas y lugares se cuentan versiones distintas de las cosas, por eso contar la historia no suele ser una actividad inocente, por eso la política

siempre se ha valido de la historia.

La historia es la memoria de un pueblo, pero dado que el pueblo es una abstracción formada por individuos, esa memoria siempre es construida e inculcada. Construida por unos pocos, e inoculada en el resto de los individuos a fuerza de repetición constante, en ese proceso mal llamado educación. ¿Quién ha construido nuestra memoria? ¿Desde qué poder? ¿Con qué objetivo poco inocente?

Desde el poder se produce el saber, se establece el conocimiento, se dictaminan las verdades, se definen los hechos; y desde luego, se provee la única interpretación ortodoxa de los hechos, la que conviene al poder, convertida en verdad. El poder reside en tener la capacidad de imponer una interpretación sobre todas las demás, es la capacidad de implantar una sola interpretación como verdad, y de sofocar todas las demás verdades.

Si somos nuestro pasado y nuestra historia, aquel que controla la memoria histórica determina todo lo que seremos capaces o incapaces de ser. Si todos los pueblos se cuentan mitos, pues contarnos mitos es lo que nos hace humanos, y esos mitos en general apuntan a la cohesión de la sociedad y el engrandecimiento de la nación, ¿por qué nosotros nos contamos un mito caído, de derrota, de eterno conflicto?

Deberíamos cuestionarnos la validez de ese mito, en virtud de que no nos conviene para superar las adversidades y enfrentar el futuro. Dado que es un mito que en realidad nos destruye lentamente, tendríamos que preguntarnos quién nos ha contado esa historia de nosotros mismos. ¿Por qué permitimos que se haya sembrado en lo más profundo de nuestra conciencia una semilla de destrucción?

Tanto entre individuos como entre naciones, somos lo que nos decimos ser. La mente cree todo lo que le dices, y la mente crea todo aquello en lo que cree. Por eso no hay mejor herramienta que la historia para el proceso de construir la psicología de los pueblos. Al igual que un individuo, un pueblo es su historia…, la interpretación de su historia. A quinientos años de la llamada conquista, México necesita una interpretación que le dé libertad.

Quiero contar una historia inocente, sin ideologías de por medio; una versión de los hechos, porque nadie puede ofrecer nada más; una interpretación que considero constructiva, un nuevo significado que ofrezca exaltación y no caída, triunfo y no derrota. Quiero contar una historia de México para comprender al mundo, y una historia del mundo para comprender a México; así, entrelazados como son.

Quiero contar la historia de un mito, porque eso es Hernán Cortés. Poco o nada importa el ser humano real que vivió hace quinientos años, pues lo que pervive en nuestra mente colectiva es la leyenda que hemos creado, el símbolo que hemos construido y los significados y poderes que hemos otorgado a dicho símbolo. Cuán poderoso hemos

imaginado a Cortés, capaz, él solo, de hacer caer un imperio, de conquistar un mundo, de alterar el rumbo de una cultura, de imponer un Dios y de ser la causa de todos los problemas de un país, incluso cinco siglos después de su muerte.

A través de la historia de Hernán Cortés quiero hablar de México, de España y del mundo. No basta una historia lineal para eso, hay que saber tejer y destejer una red, relacionar acontecimientos aparentemente inconexos, fundir cosmovisiones, comprender los impulsos sagrados y las versiones religiosas. Hay que unir el mundo entero e integrarlo en nosotros. Así pues, voy a contar muchas historias para poder comprender al hombre, al espíritu de su tiempo, a las fuerzas del destino, al impulso de la historia, a los mitos que se construyeron en torno a él y al país que hizo nacer.

La conquista de México es uno de los principales acontecimientos de la historia de la humanidad y quizá es el más importante de la civilización occidental. El encuentro entre Cortés y Motecuzoma es tal vez el acontecimiento más misterioso e incomprendido, el más simbólico; un suceso lleno de fuerza y poder, un nudo de la historia con una importancia más allá de lo imaginable, y del que somos parte. Es el momento clímax en el que una humanidad separada más de cien mil años atrás por los azares geológicos, históricos y geográficos vuelve a encontrarse y comienza el arduo proceso aún no culminado de conocerse, comprenderse, integrarse.

Comprender a Hernán Cortés es la única forma de comprender a México. La historia de Cortés, de su vida entera y no sólo los dos años de la conquista, sino también la historia de su muerte y el periplo de sus restos. La historia de la Europa que dejó y la América que hizo suya, la historia de los encuentros y desencuentros de la humanidad a través de un solo hombre.

Somos la historia de un encuentro que nuestra narrativa transformó en conquista. Un encuentro de la historia personificado en el aventurero soñador que fue Cortés y el sabio incomprendido que fue Motecuzoma. Somos resultado de la reacción ante dicho encuentro; la aceptación propuesta por Motecuzoma o el suicidio colectivo resuelto por Cuauhtémoc. México ha elegido rechazar la sabiduría y vitorear el suicidio. El conflicto que hoy nos carcome no está en los hechos del pasado, sino en lo más profundo de nuestra mente y sus interpretaciones el día de hoy.

Tanto entre los individuos como en las naciones, es imposible llegar al futuro sin haber soltado los traumas del pasado. No se puede ser libre mientras las historias en nuestra conciencia sigan determinando nuestras acciones y reacciones, y no se puede llegar a las alturas sin haber sanado nuestras raíces.

México aún no comprende lo que es. No logra terminar de nacer ni

puede ocupar su lugar en el destino a causa de la rabia que carcome nuestras raíces. *Encuentro y conquista* es una propuesta para observar la grandeza y no la derrota. Es una visión completa de Hernán Cortés y su mundo, su Europa y su España, antes y después de la llamada conquista; es una versión sin maniqueísmos acerca de nuestro origen, una contextualización de México en el mundo que nos permita ver un panorama total de nuestra historia, y es un relato místico y religioso del nacimiento de nuestro país.

Toda nuestra historia se integra en Hernán Cortés. Odiarlo no nos ha servido y no ha resuelto nada. Amarlo no es necesario. Aceptarlo e integrarlo en nuestro pasado, como el ser humano que es, con aciertos y fracasos, luces y sombras, es fundamental. No es ángel o demonio. Es simplemente Hernán Cortés, el hombre sin el cual no seríamos lo que somos.

[1] Lugar mítico del que proceden los aztecas, según su propia leyenda. Lo más probable es que sea un lugar mitológico-simbólico y no un sitio histórico real. No existe alguna ruina o excavación que pudiera estar relacionada. Hay varias teorías que han intentado establecer la peregrinación azteca y su lugar de origen, e incluso algunos lugares han sido postulados como candidatos a ser Aztlán, sin que haya forma alguna de comprobarlo. Aztlán es un mito que ha sido tomado de manera literal.

LOS RESTOS DEL CONQUISTADOR

CIUDAD DE MÉXICO, 16 DE SEPTIEMBRE DE 1823

La multitud exigía justicia y los poderosos propusieron el odio como solución. La eterna historia de la política: a falta de resultados, señalar culpables. Había que quemar los ignominiosos restos de Hernán Cortés, profanar el ostentoso mausoleo en el que descansaba, tomar sus huesos putrefactos, llevarlos a la plaza y prenderles fuego. Ese simple acto de reivindicación solucionaría para siempre los problemas del país. No hay justicia como la de la turba iracunda, esa que parece actuar de manera espontánea, inconsciente de ser siempre el instrumento político de oscuros intereses.

México acababa de nacer: Agustín de Iturbide había sido derrocado, y aquellos que hicieron caer su corona veían con desesperación cómo ese remedo de reino se les desmoronaba entre las manos. No es que el emperador hubiera gobernado con sapiencia, pues no lo hizo, pero era aclamado y reconocido por todos como el libertador, ésa era la fuente de su legitimidad. ¡Quién demonios era el tal Pedro Celestino Negrete que había quedado a la cabeza del gobierno!

Pero qué oscuros intereses podían prevalecer en un país que acababa de nacer, qué siniestros personajes actuaban en la sombra, a qué intereses servían, quiénes eran los títeres y quién el titiritero. Quién organizó la quinta columna que atacaba desde dentro, quién nos dejó un caballo de Troya preñado de resentimientos. Hernán Cortés había vivido muchas aventuras después de su muerte, sus restos no habían dejado de moverse precipitadamente de un lugar a otro hasta que encontraron digna sepultura, con honores, en 1794; y ahora, apenas tres décadas después, el discurso político lo convertía en su blanco. Era necesario mancillar los huesos del conquistador.

El imperio mejicano[2] moría apenas nacer, se desangraba ante la miseria y el conflicto interno. ¿Cómo era posible? Nueva España era la joya de la Corona del Imperio español, era el cuerno de la abundancia, su capital era la ciudad de los palacios en medio de la región más transparente. Lo más importante: finalmente se había echado a los culpables de todas las desgracias del país; los españoles en primer término, y después al tirano del libertador. Los pecados de los vivos ya no eran suficientes y fue necesario hacer caer la culpa sobre los

muertos.

Aún vivía en todas las mentes el recuerdo de lo que en su momento fue llamado el día más feliz de nuestra historia, el jueves 27 de septiembre de 1821. Don Agustín Cosme Damián de Iturbide y Arámburu marchó triunfante al frente de catorce mil guerreros; de todos los balcones pendían adornos con los tres colores que él dio a la nueva patria,[3] se le preparó un arco triunfal y le fueron entregadas las llaves de la Ciudad de México. Desfiló ante el júbilo de criollos, indios y mestizos, entró glorioso a la Plaza Mayor a recibir el mando de manos de Juan de O'Donojú, último virrey de la Nueva España;[4] y mientras la aristocracia y los políticos entraron a la misa de acción de gracias, el pueblo celebró en las calles el nacimiento de la nación.

El reino de la Nueva España se convirtió en imperio mexicano exactamente tres siglos después de su violento nacimiento. En 1821 Iturbide entró a la capital aclamado como libertador; paradójicamente, el mismo estatus con el que irrumpió Hernán Cortés trescientos años antes, el 13 de agosto de 1521, cuando la ciudad se llamaba Tenochtitlán,[5] al mando de menos de mil españoles y decenas de miles de guerreros indígenas que se veían liberados del yugo azteca.

El imperio nació sin emperador, pues en esos extraños vericuetos de la historia, el país que se declaraba libre de España ofreció la corona imperial…, ¡al rey de España!, a Fernando VII, ése al que le gritara vivas Miguel Hidalgo. Iturbide escribió una carta y la envió a Su Majestad junto con copias de los Tratados de Córdoba, que firmara con O'Donojú, y del Plan de Independencia para la América Septentrional que había presentado Vicente Guerrero en el poblado de Iguala.[6]

Así pues, el imperio esperaba que el rey del que se liberaba aceptara ser emperador. Ese galimatías sólo puede comprenderse si se entiende que, en el origen del movimiento, no se buscaba liberar a México de España, sino a la Nueva España de Napoleón. Esa era la realidad en 1808, cuando el francés invadió la península ibérica, y en 1810 cuando Hidalgo arengó a la multitud contra el mal gobierno y en defensa de la santísima religión que atacaban los franceses.

El rey no aceptó la independencia. Fernando VII respondió desconociendo el movimiento de Agustín de Iturbide, que de manera provisional era el gobernante con el título de regente imperial. El rey de España no aceptaba la independencia, y algunos se plantearon incluso la idea de volver al redil; otros, antiguos insurgentes como Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria, ya hacían sonar en el congreso la palabra república. Para subsistir, el imperio necesitaba emperador, y ése sólo podía ser Agustín I, como ya lo vitoreaban algunos.

En mayo de 1822, mientras don Agustín jugaba a las cartas,

precisamente con su amigo Pedro Celestino Negrete —uno de los militares que había marchado triunfante el día de la Independencia—, la multitud, evidentemente movida por intereses, y por el sargento Pío Marcha, se hizo presente afuera de la casa de Iturbide y lo proclamó emperador. Negrete le recomendó que aceptara el ofrecimiento de la turba, porque así es el pueblo, cambia del amor al odio en cuanto no se cumplen sus caprichos.

El 21 de julio la ciudad y la catedral se engalanaron para coronar al libertador, pero la idea republicana no dejaba de moverse en la intimidad política, promovida por Guadalupe Victoria, la leyenda viviente de los insurgentes; un oportunista de la política llamado Antonio López de Santa Anna, y por un cura revoltoso de mente brillante y proverbial labia, que había sido desterrado de Nueva España en 1794, y volvía ahora como masón consumado: Servando Teresa de Mier.

El emperador nunca tuvo un verdadero imperio, el congreso fue un nido de conspiraciones organizadas por el espía norteamericano Joel Poinsett, a quien los republicanos, eclipsados por la ilusión de poder, prefirieron por encima del propio libertador. Poinsett parecía amigo de los mexicanos, pero tenía un objetivo prioritario siempre en favor de Estados Unidos: debilitar a México. El proyecto para lograrlo era derrocar a Iturbide, destruir el imperio, convertirlo en república y controlar su política.

Estados Unidos había proclamado su independencia en 1776 y había sido reconocida por Inglaterra en 1783. Era el primer país libre de América en un territorio que llegaba tan sólo de la costa del Atlántico al río Mississippi, pero que tenía desde entonces sueños de grandeza y ambiciones imperialistas, que quedaron plasmadas precisamente en 1823 en una declaración conocida como Doctrina Monroe: América para los americanos; es decir, todo el continente para los estadounidenses.

México, nacido cuatro décadas después, era el principal obstáculo en dicho proyecto, tanto por su ubicación geográfica como por su capacidad de ser una potencia. Por eso desde que nació estuvo en la mira de su vecino del norte, por eso enviaron al espía Joel Poinsett para estudiar, analizar y comprender bien a México y los mexicanos, conocer sus potencialidades y descubrir sus debilidades.

El espía norteamericano optó por debilitar al nuevo país por dos vías: dominar su política y dominar su mente. Para infiltrarse en su política era necesario destruir el imperio y establecer una estructura republicana que permitiera azuzar de manera constante el conflicto, lanzar a los mexicanos a las luchas intestinas por el poder, controlar a sus políticos en un congreso que impidiera el avance y el desarrollo, y así convertir México en un débil proveedor de recursos.

La segunda vía era más siniestra. Para infiltrarse en la mente de los mexicanos había que generar una leyenda negra sobre la historia de México, una narrativa vergonzosa con una raíz putrefacta que debía ser rechazada; una historia sobre sus terribles orígenes hispanos, una versión que los hiciera repudiar su pasado y los mantuviera en lucha contra sí mismos; una historia de contradicción y guerra, de sometimiento y conquista, de derrota. Construir un pasado fatídico que hiciera imposible vislumbrar el futuro, fabricar un pecado original en el ánimo mexicano, una mancha de culpa que los incitara a negarse a sí mismos.

El que controla la historia controla la mente colectiva, y el que controla la política controla la historia. Fue así que Joel Robert Poinsett se infiltró en nuestra política, y a través de ella, en nuestra conciencia. Políticos que se creían independientes, pero controlados en realidad por el espía norteamericano, comenzaron a socavar los cimientos de la nueva nación. Guadalupe Victoria gritaba "¡Federación o muerte!", Vicente Guerrero vociferaba para expulsar a los españoles residentes, Antonio López de Santa Anna hablaba de desconocer a Iturbide, y Servando Teresa de Mier se pronunciaba directamente por asesinarlo. Con el país listo para volver a derramar sangre, el emperador y libertador decidió abdicar ante el congreso en marzo de 1823, y marchar al exilio.

Éramos libres y ya no éramos imperio. Santa Anna y Guadalupe Victoria derrocaron a Iturbide con la república como bandera, mientras Joel Poinsett, ahora ya oficialmente ministro de Estados Unidos,[7] creaba la logia masónica del rito de York, de la que puso al frente a Vicente Guerrero, ¡un analfabeta al mando de los masones!, para dominar a través de ella la política mexicana.

Una vez que se fue Iturbide, los rebeldes formaron un gobierno provisional con el nombre de Supremo Poder Ejecutivo, al mando del cual quedaron tres personas: Nicolás Bravo, suplido por Mariano Michelena, conspirador de viejo cuño; Guadalupe Victoria, representado por Miguel Domínguez, que era corregidor de Querétaro en 1810;[8] y Pedro Celestino Negrete, el "amigo" de Iturbide.

Muy pronto comenzaron en México los vuelcos de la historia. La independencia se obtuvo el 27 de septiembre de 1821, y el primer aniversario se celebró en aquel día de 1822…, pero la fecha sólo podía estar relacionada con Iturbide, así es que para 1823 ya se celebraba la independencia el 16 de septiembre, relacionado con Miguel Hidalgo, y además se conmemoraban de pronto trece años y no dos. La memoria histórica se construye y se inculca desde el poder.

A seis meses de haber derrocado al tirano, el México que ya no era imperio y aún no era república, era un caos absoluto. Por eso para el día de la Independencia, con un pueblo frustrado por promesas

incumplidas, fue necesario aplacar la sed de sangre con fantasmas del pasado. La culpa es de los españoles, y dado que el gobierno estaba formado por criollos, es decir, españoles, era necesario señalar un símbolo para descargar sobre él toda la furia. Había que desagraviar las ofensas quemando el cadáver de Hernán Cortés.

Los restos de Cortés reposaban en un mausoleo de honor en el templo de Jesús Nazareno, contiguo al hospital fundado por el conquistador en 1524. Cortés no sabía estarse quieto, y la muerte no cambió ese rasgo de su personalidad. Largo periplo debió hacer su cadáver para encontrar reposo: Carlos V[9] prohibió que fuera enviado a Nueva España, llegó veinte años después de su muerte, en 1566, en medio de la primera revuelta de independencia, y pasó por dos conventos franciscanos antes de ser resguardado en el Hospital de Jesús en 1794, con una gran conmemoración y un discurso laudatorio pronunciado por fray Servando.

La multitud embravecida clamaba por hacer polvo los huesos, las antorchas fueron encendidas y los gritos de muerte al conquistador se extendieron por las calles de la ciudad. ¡Muerte al muerto! Nada mejor para hacer justicia. El capellán mayor del templo estaba nervioso, pero sus órdenes eran muy claras: dejar actuar a la turba.

Las puertas del templo estaban abiertas de par en par cuando llegó el iracundo monstruo de mil cabezas…, pero amarga fue la sorpresa del populacho enardecido. Nada. No había nada. Los huesos de Hernán Cortés habían desaparecido. El busto de bronce que hiciera Manuel Tolsá[10] para honrar su memoria no estaba en su sitio, y la urna que contenía los restos del conquistador estaba vacía.

Para solventar su frustración, la muchedumbre se lanzó al saqueo del templo; no podrían quemar los huesos, pero podían romper la urna y destruir el imponente obelisco de mármol, de siete metros de altura, que marcaba el lugar de descanso del creador de la Nueva España.

¿Qué había pasado con los restos de Hernán Cortés? Una cosa era evidente: alguien los había robado antes de que llegara la horda saqueadora. El capellán mayor respiró aliviado cuando los últimos enfurecidos abandonaron el lugar. Los huesos de Cortés habían desaparecido, la noticia se esparció por las calles como reguero de pólvora. Cerca de ahí, el autor del robo sonrió satisfecho.

Además del ladrón de los huesos, dos individuos estaban muy atentos al desarrollo de los acontecimientos: Servando Teresa de Mier y Joel Poinsett. El primero se veía un tanto perturbado, alarmado por el derrotero que tomaban los acontecimientos, por el camino de odio y pretextos que la nueva república ofrecía al pueblo. Treinta años atrás había pronunciado un gran discurso fúnebre para Cortés, y era ahora parte del gobierno que propiciaba el discurso de profanación.

Poinsett, en cambio, sólo podía estar resplandeciente. Hubiera

preferido que el plan se cumpliera hasta el final, y ver los huesos calcinados de Cortés, humeando en la plaza. Lo más importante, no obstante, era implantar en el pueblo la semilla del odio contra sí mismo, y eso se había logrado. México nunca sería una amenaza. La leyenda negra que Inglaterra construyó sobre España entre los siglos XVI y XIX, sobre su barbarie, su mediocridad y su salvajismo, era retomada por Estados Unidos contra México; una versión de la historia diseñada para que un país sintiera vergüenza de sí mismo.

A los pocos días, un barco zarpó de Veracruz con un extraño cargamento: un busto de bronce de Hernán Cortés envuelto en un fino paño negro. Su destino final era Italia, y el destinatario era José Pignatelli de Aragón y Cortés, duque de Terranova, y decimocuarto marqués del Valle de Oaxaca. Cuando corrió el rumor de que los restos de Cortés habían sido enviados a Europa, el ladrón de los huesos volvió a sonreír, satisfecho y aliviado. Habría que esperar a que cambiara el espíritu del tiempo.

[2] Desde el siglo XVI y hasta el XX, Méjico y mejicano se escribían con "j" en este país, es la grafía del lenguaje correspondiente al fonema, es por eso que en España se sigue escribiendo así. México con equis es una construcción del siglo XX, y a partir de este momento será la que usaremos.

[3] Agustín de Iturbide estableció los colores verde, blanco y rojo como símbolo de su ejército Trigarante (las garantías de independencia, religión y unión). Según la tradición, esto ocurrió en el poblado de Iguala, el 24 de febrero de 1821. Por eso el 24 de febrero es el Día de la Bandera.

[4] El título de virrey o vicerrey, representante del monarca en territorios de la Corona, fue instituido en Nueva España en 1535 y existió hasta 1820, cuando según las leyes de la Constitución de Cádiz promulgada en 1812, y aceptada por Fernando VII en 1820, cambió por el de jefe político superior. Ése fue el título oficial de Juan de O'Donojú, que en términos prácticos pasó a la historia como último virrey.

[5] Hoy día escribimos palabras de lenguas indígenas con alfabeto latino, lo que nunca corresponderá exactamente; la norma aceptada es no usar tilde.

[6] Iturbide firmó con O'Donojú los Tratados de Córdoba el 24 de agosto de 1821. Es el documento en que se establece cómo se realizaría de manera pactada la independencia de Nueva España, convertida en Imperio mexicano y ofreciendo la corona a Fernando VII. El Plan de Independencia para la América Septentrional es el documento conocido como Plan de Iguala, redactado por Iturbide y al que se adhirió Vicente Guerrero el 24 de febrero de 1821. Es la proclama de independencia que hace Iturbide y sirvió de base para los Tratados de Córdoba.

[7] El título de embajador de Estados Unidos en México se usó hasta el porfiriato; antes de eso usaban el ambiguo título de ministro.

[8] Un corregidor, según las leyes de la Corona, era el representante del rey en una ciudad. Eso era Miguel Domínguez en 1810, el representante del rey en Querétaro. Por eso su movimiento, al que se suma Miguel Hidalgo, buscaba formar aquí un gobierno con el rey Fernando VII.

[9] Carlos de Gante, hijo de Juana la Loca y Felipe el Hermoso, nieto de los Reyes Católicos, se convirtió en rey de Castilla y Aragón en 1516, a los 16 años de edad, y fue el primero con ese nombre (Carlos I). En 1519 fue electo emperador alemán, donde fue el quinto con ese nombre (Carlos V). Carlos I de España y Carlos V de Alemania (Sacro Imperio Romano Germánico) son la misma persona. A lo largo de esta obra nos referiremos a él con su título

imperial, Carlos V.

10 El valenciano Manuel Tolsá fue el maestro constructor que terminó la construcción de la catedral metropolitana de la Ciudad de México, que inauguró en 1813. También se le debe el altar mayor de la catedral de Puebla y del templo de la Profesa, el Palacio de Minería, el colegio de San Carlos y la estatua de Carlos IV conocida como “El caballito”.

LA ÚLTIMA BATALLA DE HERNÁN CORTÉS

SEVILLA, 2 DE DICIEMBRE DE 1547

Al emperador del mundo sólo se le puede vencer desde más allá de sus dominios, la batalla debe librarse desde la eternidad. Así, con su muerte, comenzó la última aventura de Hernán Cortés. Carlos V había amenazado con dejarlo fuera de la historia, borrar su recuerdo de la memoria de la humanidad, condenarlo al olvido, a que su nombre jamás fuese pronunciado como conquistador de América. Los poderosos son los dueños de la historia, y el hombre más poderoso del orbe pretendía eliminarlo de ella.

Por eso Cortés, como el Cid,[11] siguió luchando después de la muerte, y quizá aún no descansa. Carlos era el emperador del mundo, en cuyos dominios jamás se ocultaba el sol, y una buena parte de esa grandeza se la debía precisamente a Hernán Cortés, el súbdito que le dio más ciudades y reinos de los que pudo haber heredado de sus padres y abuelos, y al que siempre profesó una mezcla de admiración, odio y miedo. ¿Qué conflicto tan grande podía existir entre el hombre más poderoso y aquél que se convirtió en el cimiento de dicho poder?

Las campanas de la catedral de Sevilla doblaban a duelo. La leyenda viviente había muerto. Porque eso era Hernán Cortés en el momento de expirar su último aliento para rendir cuentas: el conquistador de mundos, el domador de océanos, el guerrero victorioso, el adalid de la cristiandad. Sus aventuras se contaban y exageraban por toda Europa; sus escritos se leían a pesar de la prohibición real; sus cartas, traducidas al francés y al alemán, se habían editado en todo el continente. Tenía aliados y enemigos por igual, pero incluso el tamaño de sus detractores hablaba de su grandeza.

Cortés hubiese deseado no volver nunca más a ese viejo mundo del que siempre trató de huir, pero tuvo que hacerlo para enfrentar su última batalla contra el emperador. Vivió su existencia alejándose del poder de la Corona lo más posible, y el poder siempre lo alcanzó: de Sevilla a Santo Domingo, de Santo Domingo a Cuba y de Cuba a México. Conquistó y soñó su propio nuevo mundo alejado de la Corona, pero ésta lo alcanzó. Trató de exiliarse conquistando Centroamérica, pero el poder llegó hasta allá también; incluso cuando fue más a occidente, a California, y cuando intentó atravesar el

Pacífico hacia las islas de las Especias.

Murió Cortés en Castilleja la Cuesta, un pueblo junto a Sevilla, la ciudad que se había convertido en capital del mundo, en gran medida gracias a él. Desde Sevilla, Colón organizó sus travesías y de ahí zarpaban todos los viajes de colonización y conquista; todos los asuntos de América se discutían ahí, en el Consejo de Indias, y toda la riqueza se administraba a través de la Casa de Contratación, misma que se multiplicó considerablemente desde que Carlos V le terminó de robar México a Cortés…, porque así lo vio siempre Cortés: el poder del que siempre huyó lo alcanzó hasta su Nueva España, que le fue arteramente arrebatada por un emperador que no merecía esos dominios.

Comenzaba inmediatamente el juicio de la historia. Grandes enemigos tenía Cortés, comenzando por el propio Carlos V, o el obispo Bartolomé de las Casas; grandes admiradores como el fraile Toribio de Benavente, llamado Motolinía, o el escritor Francisco Cervantes de Salazar; además de muchos aliados entre los estratos más poderosos de la nobleza, como Juan Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia y señor de Sanlúcar de Barrameda, el noble más rico y poderoso de España por tener en sus dominios precisamente la ciudad de Sevilla. Aliados y enemigos en los siguientes siglos seguirían participando en el eterno juicio histórico de Hernán Cortés, y construyendo su leyenda.

Cortés había regresado a España, por segunda vez, a inicios de 1540 a exigirle cuentas a su rey. Fue un viaje más atareado de lo que hubiera querido; acudió a fastuosas recepciones por parte de la nobleza, se paseó por la corte en Valladolid, se enfrentó a juicios y acusaciones, se embarcó con su emperador a luchar contra los moros en Argelia, escribió cartas, dictó sus memorias y hasta formó una academia de humanidades. Pero el Viejo Mundo ya no tenía nada para él.

Decepcionado de la corte, de don Carlos, de esa España absolutista que se iba formando, y quizá hasta de esa Europa con demasiado pasado para construir un futuro diferente, decidió volver a México. Pero sintió la muerte cercana, presintió que no podría hacer el viaje y decidió dictar testamento en octubre de 1547. Después sólo quiso descansar, y lo hizo en un palacio cercano, en Castilleja la Cuesta, propiedad del duque de Medina Sidonia. Ahí lo visitó la muerte la noche del 2 de diciembre.

El testamento de Hernán Cortés fue generoso en repartimientos y amplio en detalles. Heredó a sus nueve hijos, tres hombres y seis mujeres, para Martín y Luis, hijos mestizos, propiedades; para Martín el español, el marquesado, con sus tierras, responsabilidades económicas con sus hermanos y la obligación de casar con generosa

dote a sus hermanas. Para su padre, misas a perpetuidad; para su esposa, la restitución de una dote de diez mil ducados; para sus acreedores, el pago de las deudas; algo para cada uno de los sirvientes, dinero para dotar el Hospital de Jesús y el proyecto de crear una universidad. Para su descanso eterno sólo pide una cosa: que sus restos sean llevados a Nueva España. El emperador lo prohibió.

¿Quién es el hombre con el que el propio Carlos V sigue luchando después de la muerte? ¿Por qué cae todo el peso del poder sobre Hernán Cortés? El emperador ya había proscrito la publicación y posesión de sus obras. Su hijo, Felipe II, ahondará en ese precepto y catalogará los escritos cortesianos en el índice de libros prohibidos. La biografía que publica Francisco López de Gómara en 1552 tuvo éxito en toda Europa, hubo ediciones en todas las grandes ciudades, se tradujo a varios idiomas; pero en España estuvo prohibida hasta el siglo XIX. ¿Por qué fue tan peligroso el conquistador incluso tras su muerte?

El testamento fue ante todo un examen de conciencia que revivió todos los acontecimientos importantes de su vida, que no eran pocos. Cuántas andanzas y correrías podrían pasar por la mente de Hernán Cortés en el lecho de muerte, cuántos desasosiegos y reproches, venturas y desventuras, amores y desamores, cuántos aprendizajes y cuántos arrepentimientos. Cuántas personas, cuántas traiciones, cuántos méritos para presentar ante el juicio final.

Abandonó Castilla a los 18 años para probarse a sí mismo en la aventura del Nuevo Mundo. Cómo habría podido siquiera imaginar su destino, la maravilla de la gran Tenochtitlán, la misteriosa presencia del gran Motecuzoma, la derrota de aquella Noche Triste y la terrible victoria, la ensangrentada y deshonrosa victoria. ¿Lo que había creado podía justificar aquello que había destruido? Quién le hubiera dicho que sembraría la simiente de una nueva civilización. ¿Lo había hecho? ¿Algo grande, digno y glorioso habría de nacer en la tierra india que recibió la semilla española?

Recordó a Diego Colón, el hijo del almirante; ese bandido hijo de bandido, miembro de ese clan de traficantes de esclavos, de tunantes avariciosos cuya mente era incapaz de ver más allá de las pepitas de oro, esa sabandija oportunista que no veía por el bien de Castilla ni la mayor gloria de Dios, sino que sólo buscaba enriquecerse; ese destructor que sólo devastó el Caribe sin dejar nada nuevo. ¿Pero cómo lo recordaría a él la posteridad? ¿Terminaría por ser favorable el juicio de la historia?, ¿se sabría que él siempre intentó crear y no destruir?, ¿los resultados debían pesar más que los ideales ante el juicio del Señor?

Cortés fue el primero en comprender que la imposición cultural debía ser vencida por el mestizaje, por la mezcla de culturas. Cómo

podría vislumbrar eso un mercenario como Colón, cómo sería capaz siquiera de visualizarlo un burócrata como Diego Velázquez, a quien Mefisto ojalá desmembrara en el infierno. Cómo sería capaz de verlo incluso una real persona como Su Muy Cesárea y Católica Majestad don Carlos.

Él, Hernán Cortés de Monroy y Pizarro Altamirano, era el único capaz de comprender, aunque fuera tarde, la grandeza del encuentro histórico que tuvo el honor de protagonizar. No por sus estudios, por su lectura de los grandes humanistas o por sus años en la universidad…, él simplemente lo sabía. Ahora comprendía eso, escuchó el llamado y decidió aceptar. México era su destino.

Recordó su paso por el Real Monasterio de Guadalupe antes de partir a América. La poderosa virgen negra custodiada por los jerónimos, la que impulsó a la cristiandad para derrotar a los moros y pisa por ello una media luna, la del manto estrellado, la de los rayos de sol, la madre de Dios y la Señora de todos los reyes de Castilla. La virgen que se apareció ante un pastor para pedir un templo, la que hizo aparecer una imagen milagrosa ante el señor obispo.

Guadalupe era formadora de España, la santa patrona de Extremadura, ante la que se hincaron y rezaron los Reyes Católicos, ante la que se postró Colón antes de comenzar su viaje…, a la que él mismo se encomendó en 1504 y que fue llevada de la sierra de Guadalupe al cerro del Tepeyac. Quién le iba a decir que esa imagen y ese culto sería el mayor de sus legados.[12]

Cuán español era Hernán cuando dejó Castilla —no podía ser de otra forma a causa de la educación y el peso de los siglos—, pero cuán indio se había vuelto —no podía ser de otra manera en presencia de esa sabiduría, esa mística y, ante todo, de esa belleza—. Había marchado de Castilla un tanto decepcionado de ese viejo mundo, y más de la mitad de su vida la había pasado entre los indios.

Él vio caer los ídolos del Templo Mayor en 1521, colocó una cruz y retiró a Tonantzin para poner en su lugar a Guadalupe; pero muy pronto aprendió a ver a la misma madre de todos en distintas imágenes, y el mismo espíritu de Dios en todos los cultos. Por eso se alió con los franciscanos para evangelizar, no para imponer una religión en castellano, sino para adaptarla en náhuatl; la lengua que quiso hacer oficial en la Nueva España.

Pasó por la mente su primer amor, la hermosa india taína con la que hizo vida marital en Santo Domingo y que hizo llevar después a México. Fue su primera familia, por eso la bautizó con el nombre de Leonor, como su abuela, y a la hija que tuvo con ella la llamó Catalina, como su madre. No habría que tener consentidos entre los hijos, pero es imposible no hacerlo, y siempre había sido Catalina. Después Martín, el hijo habido con Marina, su gran amor, la verdadera

conquistadora, la artífice de todas sus victorias.

El amor de su vida merecía reflexiones aparte, dejarla hasta el final para morir viendo su imagen. Nunca sabremos cuál fue su nombre al nacer, pues nadie lo registró y ella no lo dijo. Ellos la llamaron Marina; fue al azar como todos esos primeros bautizos. Fue el nombre náhuatl, Malintzin, el tomado del español, y no al revés.

Noble cautiva, dicen que significa, pero Cortés sabía en su cita con la muerte que siempre había sido el prisionero, el cautivo. Siempre hizo lo que doña Marina le dijo, nunca la cuestionó. Declaró la guerra y firmó la paz siempre guiado por su palabra, fue ella la que realmente habló en el encuentro con Motecuzoma, ella la que susurró a su oído cada una de las estrategias, ella la que logró las alianzas con los pueblos. Por eso a él le decían el Malinche, él era el cautivo. Fue la mujer más hermosa del mundo la que realmente tomó Tenochtitlán.

Dos esposas españolas tuvo Cortés, y ambas por obligación. A Catalina Xuárez se la impuso Diego Velázquez en Cuba, en 1515, y Juana de Zúñiga, con la que casó en 1529, fue una negociación de su padre, al que no podía deshonrar, y que lo hizo emparentar con la familia real.

Pero él siempre amó a las indias. España no era lo suyo; ése fue uno de sus grandes pecados, quizá una de sus más terribles faltas ante Carlos V y Felipe II: su amor por el Nuevo Mundo, por la cultura americana, por los indios. Nunca olvidaría el pasmo del emperador cuando se presentó ante él por vez primera, con un séquito de tlaxcaltecas, con dos jaguares, con jades y plumas, como un señor azteca mucho más que como noble español.

En la frontera de la vida y la muerte Cortés lo tuvo todo claro: había tenido el gran privilegio de hincar la rodilla, porque se arrodilló, ante el más poderoso y digno soberano que hubiera podido conocer. Derramó una lágrima por el gran Motecuzoma, por su muerte en tan aciagas circunstancias. Sintió culpa; por más que se hubiese justificado toda su vida, siempre lo persiguió la culpa. Mucho más grande fue Motecuzoma que don Carlos en la memoria de Hernán Cortés.

¿Dónde había quedado su honra? Antes de morir, Motecuzoma le encomendó la custodia de sus hijos. El heredero Chimalpopoca murió en la escandalosa huida conocida como Noche Triste… A Tecuichpo, bautizada como Isabel, casada siendo una niña con Cuitláhuac y después con Cuauhtémoc, Cortés le entregó tierras y encomiendas, y otorgó una generosa dote para su matrimonio con un español…, pero también mancilló ese matrimonio, y por lo tanto la palabra empeñada ante el tlatoani, al yacer con ella y engendrar a Leonor de Cortés y Motecuzoma. Esa niña era el símbolo perfecto del mestizaje. No estaba orgulloso de sus actos, pero amaba a Leonor y todo lo que ella representaba.

Una vez que su mente pasó por el terreno de la culpa no podía sacar de ella a Cuauhtémoc. El más despreciable de sus comportamientos había sido con el último guerrero azteca, no por derrotarlo, sino por no victimarlo con la muerte honrosa que merecía. Siempre se excusó a sí mismo diciéndose que no conocía las costumbres. Quizá era cierto. ¿Lo habría sacrificado como se lo pidió, de haber tenido mejor conocimiento? Imposible saberlo. Cortés no dejaba de ser cristiano devoto, y así era toda su visión del mundo.

Aquel 13 de agosto de 1521, quizá el día más importante de su vida, sus hombres capturaron a Cuauhtémoc y lo presentaron ante él. La gran Tenochtitlán había caído. El último señor azteca miró fijamente a Cortés: "He hecho todo en mi poder para defender a mi ciudad y a los míos, toma tu daga y mátame". Cómo podría haber comprendido en ese momento el sentido de la guerra entre los aztecas.

El último tlatoani fue capturado en batalla, jamás un guerrero azteca habría sentido deshonra por ello. Pero lo que seguía era la dignidad del guerrero sagrado: morir sacrificado. Esa gloriosa muerte fue lo que solicitó…, y el conquistador se la negó por una cristiana idea del perdón. Debió darle ese privilegio y no la infamante muerte que le propinó, colgado de un árbol como los traidores. Hernán Cortés lo sabía, ésa era la gran falta que pesaría en su juicio final, y quizá no sería perdonada.

Su mente volvió a Marina, siempre a Marina, la mujer que derrotó a los aztecas y le entregó un imperio. Si iba a encontrarse con Dios, quería que fuera acompañado por el amor de su vida. Tenía cuentas pendientes con el Señor, pero confiaba en su absoluta misericordia. Había vivido su existencia sin arrepentimientos, había sido un súbdito leal a pesar de su rebeldía y había abierto las puertas del cielo para todo un continente.

Sus recuerdos viajaron a Tenochtitlán, al inmenso lago y el gran valle que se atisbaba en medio de dos volcanes. Evocó los olores y los sabores, la tierra quemada y sus frutos, los sonidos y los colores, la dulce melodía de la lengua náhuatl, a Guadalupe fundiéndose con Tonantzin en una sola madre de hombres y dioses.

Europa había despertado gracias a América. No sólo en lo económico. Fue en esa vieja y desgastada Europa, en ese enviciado Viejo Mundo, donde corrieron las leyendas del buen salvaje americano que hicieron despertar una nueva fe en la humanidad. El llamado Renacimiento europeo comenzó con la utopía americana en la mente de pensadores que nunca atravesaron el océano, pero admiraban a los indios. Todo había cambiado para siempre. Él fue la semilla y Marina la tierra fértil. Había creado algo completamente nuevo. Cerró los ojos al mundo y comenzó su periplo en la eternidad.

Desde la eternidad, liberado de la prisión del tiempo, Cortés pudo

vislumbrar el gran entramado de la historia, la red de redes que hace que las cosas sucedan, las sutiles conexiones entre esas ilusiones llamadas pasado y futuro, el impulso ciego de la humanidad, la voluntad de poder. Tras la muerte de su envoltorio material pudo observar su pequeñez y su grandeza, unir los puntos, ver las causas remotas y las lejanas consecuencias. Liberado de su cansado cuerpo pudo comprender su papel en la historia humana. A Hernán Cortés aún le esperaba su última batalla.

[11] Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid, fue un caballero cristiano del siglo XI que arrebató la ciudad de Valencia a los musulmanes. Según la leyenda (aunque eso no se describe en el *Poema de Mio Cid*), dio la última batalla ya muerto, pues sus hombres ataron su cadáver sobre Babieca, su caballo, y lo echaron a cabalgar rumbo a las tropas musulmanas, que al verlo y creerlo con vida, huyeron despavoridas.

[12] El real monasterio de Guadalupe está en la sierra de Guadalupe (nombre árabe), en Extremadura, España. El monasterio fue construido en el siglo XIV, en gran medida con el apoyo de Alfonso XI de Castilla (rey de 1312 a 1350), después de que derrotó a los musulmanes, según él, con el apoyo de la virgen de Guadalupe.

EL FIN DE UNA ERA

CONSTANTINOPLA, 1453

El fin del mundo es un fenómeno que se nos presenta frecuentemente. Todo es impermanencia y transformación en la vida humana, un mundo siempre llega a su fin y uno nuevo se cimienta sobre sus cenizas. Es una verdad que aplica tanto para los imperios como para las eras de la historia. El mundo antiguo giró en torno al Medio Oriente, y una urbe por encima de todas se convirtió en el centro de dicho mundo: Constantinopla. La caída de la ciudad significó el fin de una era.

El emperador Constantino la bautizó con su nombre en el año 330 de la era cristiana, pero la ciudad existía desde mil años antes con el nombre de Bizancio, fundada según la leyenda por un hijo de Poseidón llamado Bizas, hacia el año 670 a. C. Construida en la frontera entre Europa y Asia, parecía estar destinada a ser el centro del mundo, y así lo fue durante mil años.

Bizancio presenció las batallas entre griegos y persas; y tras el triunfo definitivo de los primeros, vio cómo los griegos se destruían entre sí a lo largo de treinta años de guerra entre Atenas y Esparta. Bizancio vio empoderarse al reino de Macedonia, y fue testigo de honor de las glorias y conquistas de Alejandro Magno. Después vivió la decadencia de la cultura griega, y fue una de las primeras ciudades en aliarse con el poderoso invasor que venía del oeste: los romanos, en el año 190 a. C.

Como ciudad romana continuó observando la batalla continua contra los persas, ahí en la frontera entre dos mundos. Vio llegar a los comerciantes de las rutas de la seda desde la lejana China, y fue epicentro de dicho comercio. En el año 330, con un milenio de existencia, el emperador romano Constantino la eligió como la grandiosa nueva capital del imperio romano, y recibió el nombre de Nova Roma Constantinopolis.

Constantino el Grande la encumbró, construyó palacios, parques, fuentes, biblioteca, hipódromo, y organizó un mes de festivales en honor del renacimiento de la ciudad. Constantinopla fue la segunda Roma, mucho más grande y gloriosa que la primera. Hubo fastuosos juegos en su inauguración y celebraciones a todos los dioses del

imperio, que se contaban por cientos. Se inauguraron templos a Apolo, a Júpiter, a Zeus, a Minerva, a Isis y a Mitra…, y a un hijo de Dios cuyo culto había estado legalmente prohibido hasta ese entonces: Jesús.

Constantino murió en el año 337 y el imperio comenzó a fragmentarse hasta quedar oficialmente dividido en dos en el año 395. Para ese año, el culto cristiano, que él autorizó, había crecido hasta convertirse en la religión oficial y la única permitida. La Roma de Occidente cayó ante los bárbaros en el año 476 y con ella desapareció el imperio. Desde entonces Constantinopla fue la única capital del único impero romano. Fue así como la ciudad comenzó a convertirse en el *axis mundi* de la cristiandad.

El Imperio romano de Oriente, conocido como Bizantino, sobrevivió a los bárbaros de Europa, pero pocos siglos después conoció a sus propios invasores. En el año 632 murió en el desierto árabe el profeta Muhammad, pero nacía una nueva religión: el islam. Llevados por un intenso fervor religioso, los árabes musulmanes conquistaron Siria en 634 y el Egipto bizantino en 642. Asediaron Constantinopla por vez primera en el año 661.

A partir de entonces, Constantinopla fue atacada en veintitrés ocasiones y siempre resultó victoriosa, logró defenderse tras sus legendarias murallas. Recibió embates de persas, de musulmanes y de católicos, fue saqueada por tropas del papa durante la cuarta cruzada, en el año 1206, y se resguardó de la terrible peste negra 150 años después. Era la ciudad invencible.

Pero alrededor del año 990, la inmensa red de la historia comenzó a moverse. Un grupo de jinetes nómadas del Asia Central invadieron el mundo del islam, se convirtieron y se fueron estableciendo en las tierras del Medio Oriente y del Cáucaso; en Europa les llamaban turcos, y fueron los grandes guerreros del islam. Los turcos fueron conquistando paulatinamente los territorios bizantinos, hasta que para el año 1300 dominaban toda la península de Anatolia. Sólo los separaba de Constantinopla el estrecho del Bósforo.

Una dinastía turca, los otomanos, construyeron un gran imperio que ansiaba extenderse hacia el oeste y conquistar tierras a la cristiandad. Primero debía caer Constantinopla. El último hombre que intentó infructuosamente tomar la legendaria capital cristiana fue el sultán Murad II en el año 1421, pero tras su fracaso asumió que en realidad era inconquistable. Cuando murió, en 1451, su hijo de 19 años se convirtió en sultán con una sola obsesión en su mente: tomar la milenaria Constantinopla.

En abril del año del señor de 1453, más de cien mil guerreros turcos rodearon la capital bizantina y comenzaron un largo sitio. Un eclipse de luna hizo caer la oscuridad sobre la ciudad eterna la noche del 24

de mayo de 1453. Era un mal presagio. Una antigua profecía aseguraba que Constantinopla sólo resistiría mientras la luna brillase en el cielo; afuera los otomanos mantenían el asedio y únicamente la media luna del islam resplandecía. La población cristiana de la ciudad[13] se resguardaba en los templos y rezaba; los musulmanes tendrían que respetar la casa de Dios, que según comprendían algunos cristianos, era el mismo Dios. No era una guerra santa. Era un imperio naciente que se levantaba sobre los escombros del anterior. La segunda Roma tenía los días contados.[14]

Más augurios, al día siguiente, un icono de la virgen María cayó al suelo en medio de una procesión. Una leyenda contaba que en España la virgen se había aparecido, pisando la media luna, como símbolo inequívoco de la victoria cristiana contra el islam; pero ahí, en la más cristiana de las ciudades, era la media luna musulmana la que destruía a la madre de Dios. Seguían los presagios: una tempestad de lluvia y granizo anegó las calles y extinguió la luz en los puertos. Los barcos venecianos que habían prometido ayuda no podían llegar al auxilio.

Constantino I el Grande fundó la ciudad. Otro Constantino, el undécimo, así llamado, protagonizaba su absoluta destrucción más de mil años después. Más allá de las murallas, el sultán otomano envió un ultimátum: si se le entregaba la ciudad, perdonaría las vidas y propiedades de los habitantes; de lo contrario entraría con su ejército destruyéndolo todo. El último emperador de Constantinopla prometió morir defendiendo las murallas. Así fue.

Los augurios eran favorables a los musulmanes. El astrólogo del sultán vaticinó que el 29 de mayo sería nefasto para los infieles, por lo que fue el día que se eligió para llevar a cabo el ataque definitivo. Por la madrugada comenzó el asedio a las murallas, defendidas heroicamente por guerreros y ciudadanos; pero todo era inútil, los turcos tenían más soldados que Constantinopla habitantes.

Ese día, con la puesta del sol, el sultán otomano Mehmet II, conocido desde entonces como el Conquistador, tomó Constantinopla, y frente a la iglesia de Santa Sofía, que transformó de inmediato en mezquita, se proclamó emperador romano.[15] Sin que nadie pudiera saberlo en ese momento, todo en la historia europea se transformó. Acababan de nacer Isabel de Castilla, Fernando de Aragón y Cristóbal Colón, pero ese día comenzó a escribirse la historia que culminó con la llegada de los españoles a América.

La caída de Constantinopla es una de las líneas divisorias más importantes de la historia, el suceso que marca uno de los más importantes cambios de era, uno de esos nudos históricos en los que confluyen todos los acontecimientos del pasado para determinar los del futuro. No es sólo el fin de la última versión del imperio romano, no se limita a la conquista de un imperio naciente sobre uno

decadente, o al triunfo de una religión sobre otra. La caída de Constantinopla precipitó una serie de eventos que con el paso de muy poco tiempo llevaron a los portugueses a China y a los castellanos a América. Es el acontecimiento sin el que Colón no hubiera llegado a América, y por lo tanto Cortés quizá nunca hubiera llegado a su cita con Motecuzoma.

El dominio de Europa sobre el mundo comenzó aquel día de 1453. Tras la caída de Constantinopla los turcos aseguraron su dominio en todo el Mediterráneo oriental, con lo que acapararon los puertos que permitían el acceso a las rutas donde los europeos se surtían de maderas preciosas, sedas, ámbar, joyas, sal, clavo, canela y pimienta. Todo el comercio con Egipto, Arabia, Persia, India y China dependía ahora del sultán otomano, que tenía prácticamente sitiada a la cristiandad.

Para el siglo XV, Europa no podía ni soñar con el nivel de riqueza de China o la India. Occidente siempre había buscado los productos orientales desde tiempos del Imperio persa (siglo VI a. C.); China había tenido contacto esporádico con el Mediterráneo a través de los comerciantes que recorrían el camino real persa; después, en tiempos de Alejandro el Grande (siglo IV a. C.) y el posterior dominio griego, se intensificó el comercio. Cuando Roma llegó al Medio Oriente en la época de Julio César (siglo I a. C.), sus comerciantes comenzaron a recorrer la red de senderos y caminos que conectaban con China y que con el paso del tiempo fueron conocidos como rutas de la seda.[16]

Desde Alejandría, Damasco y Etiopía, Europa mantenía comercio con India, Persia y China. Para el siglo VII, con el nacimiento y expansión del islam por el Medio Oriente, y después las cruzadas, las rutas de la seda fueron cayendo en desuso hasta llegar a ser una leyenda de tiempos antiguos.

Fue así hasta los días en que Marco Polo, en el siglo XIII, recorrió el mundo que iba desde Venecia hasta China, cuando todo el continente asiático era dominado por los mongoles y la seguridad que ellos proporcionaban hizo posible volver a recorrer las rutas de la seda. Europa era adicta a las mercancías que llegaban por el misterioso Oriente, y ese comercio era una de sus principales fuentes de riqueza.

Fue entonces cuando Génova, Venecia, Portugal y Aragón comenzaron a surcar el Mediterráneo y a establecer rutas para llegar al Oriente a través de Alejandría, Suez, el mar Rojo y Arabia. Era legendaria y buscada la seda de China, pero también las maderas y piedras preciosas de Persia y Cachemira, la sal de Samarcanda, los pigmentos de India…, pero por encima de cualquier otra mercancía estaban las especias. Pimienta, canela, anís y clavo de olor motivaron a los europeos a explorar el mundo hasta darle la vuelta.

Los comerciantes europeos no llegaban de forma directa hasta las

Indias, sino que hacían comercio a través de una serie de mercaderes intermediarios que llevaban las especias desde unas legendarias islas donde al parecer abundaban. Sólo se sabía que estaban en el extremo oriente del mundo, y nunca nadie había navegado hasta ningún extremo. Las islas de las Especias se convirtieron en el santo grial de los navegantes.

El comercio con el Oriente a través del Mediterráneo estaba dominado por repúblicas de mercaderes, como Génova y Venecia, y por los grandes reinos navales de la época: Aragón y Portugal. A los primeros, a cambio de no luchar contra ellos en el asedio de Constantinopla, el sultán de los turcos les permitió seguir usando los puertos y rutas comerciales, los cuales cerró de manera definitiva para los segundos. Portugal y Aragón debían buscar alguna ruta alternativa para llegar a esa maravillosa región del mundo, conocida de manera genérica como las Indias.

Para esos países no era un tema secundario. Poseían las mejores flotas mercantes de Europa y su economía dependía en gran medida del comercio hacia el Oriente. Si los turcos no los dejaban cruzar por el Mediterráneo, era imprescindible buscar otra ruta. Buscando esa ruta fue que los portugueses navegaron hacia el sur, hasta rodear África y encontrar desde ahí el camino a India y China.

Con Portugal dominando esa nueva ruta, y los turcos cerrando el camino del Oriente, Aragón quedaba prácticamente aniquilado y sin posibilidades. Pocos años después, el heredero de Aragón, llamado Fernando, se casó con la mujer que tras una serie de eventos terminó siendo la reina de Castilla. Desde esa Castilla y su salida al Atlántico, ambos reyes se arriesgaron con la única opción que les quedaba: buscar una ruta dando la vuelta al planeta. Así llegaron a América, y la riqueza generada de ese encuentro y esa conquista terminó por convertir a la naciente España en el imperio más poderoso del mundo.

Para 1453, el año en que cayó Constantinopla, daba la casualidad de que tanto en Portugal como Aragón el rey se llamaba Alfonso V. El Alfonso de Aragón ocupaba el trono desde 1416 y era uno de los monarcas más ricos y poderosos de su tiempo, segundo de la dinastía Trastámara, que en 1412 había tomado el control de un Aragón que era ante todo un reino en el mar, que se extendía desde el ducado de Atenas, pasando por el sur de Italia, Sicilia, hasta el oriente de la península ibérica. Su territorio era el Mediterráneo y su gran recurso eran las rutas marítimas; por eso la caída de Constantinopla y el cierre de las rutas de la seda para sus barcos significaron el más terrible golpe a su economía.

El Alfonso V de Portugal era rey desde 1438, en un territorio muy aislado del resto de Europa, pues sólo tenía frontera con Castilla y estaba rodeado por el océano. Por eso la vocación de los portugueses

fue el mar. Arrojados por la necesidad, llevaban ya un siglo navegando en el Atlántico: habían llegado a las islas Canarias desde 1341; antes de 1453 habían dominado Madeira, Cabo Verde, las Azores y habían comenzado a colonizar Marruecos; hacia el sur llegaban a Senegal, donde se dedicaban al tráfico de esclavos, y al golfo de Guinea, a través del territorio al que nombraban la Costa de Oro.

Tras la caída de Constantinopla y el cierre de las rutas de la seda, Alfonso de Portugal tuvo claro que habría que navegar más al sur, por las costas de África, para descubrir algún punto donde el Atlántico se uniera con el Índico.

El Alfonso de Aragón fue rey de 1416 a 1458, y muy poco pudo hacer con respecto a la pérdida de las rutas de Oriente. Era difícil gobernar un país dividido entre dos penínsulas y varias islas, y gran parte de su reinado lo dedicó a asegurar el dominio de Córcega y Sicilia, que buscaban separarse. Sin embargo, trató de establecer lazos con el lejano y misterioso, pero cristiano, reino de Etiopía, en las costas del África oriental, pactando con ellos una alianza contra los musulmanes y el desarrollo del comercio por el océano Índico. Nada se concretó en realidad.

Alfonso de Portugal reinó hasta 1481. Bajo su monarquía fue que los portugueses comenzaron a navegar hacia al sur con el fin de rodear África y llegar por ahí a las Indias, así como a las misteriosas y legendarias islas de las Especias. En 1488 el navegante Bartolomé Díaz doblaba el cabo de Buena Esperanza y abría la ruta de las Indias para Portugal. En ese año, un oscuro personaje histórico llamado Cristóbal Colón, que había navegado diez años para la Corona de Portugal y ya era parte de la corte de Isabel de Castilla, presentaba ante la corte de Inglaterra y Francia un alocado proyecto para llegar a Japón navegando por Atlántico. En ese tiempo y con dicho objetivo, la Corona portuguesa armó una de las mejores flotas europeas, y sus navegantes se convirtieron en los máximos conocedores de los océanos y sus misterios.

Quiso el capricho del azar que, después de los respectivos Alfonso V de Aragón y Portugal, en ambos reinos su siguiente monarca se llamara Juan II. El Juan II de Aragón fue soberano de 1458 a 1479, y poco pudo hacer en una región marcada por guerras civiles en Navarra y en Cataluña, mismas que le generaron conflictos territoriales y guerras con Francia. En 1452 nació su hijo Fernando, quien en 1469 se casó con una mujer que difícilmente podría heredar el trono de Castilla: Isabel.

El Juan II de Portugal fue rey de 1481 a 1495. Bajo su monarquía fue que Bartolomé Díaz dio la vuelta a África y los exploradores portugueses se abrieron camino hasta la India; y fue también cuando

el tal Colón, probablemente un espía de Portugal, firmó un acuerdo con Isabel de Castilla para navegar hacia las Indias por el océano Atlántico. Isabel, con sus estrategias para llegar al trono de Castilla, es el punto donde confluyen todas las historias.

Desde 1454, el rey de Castilla era Enrique IV, conocido como el Impotente, disfunción que será la pieza clave de un complejo rompecabezas. Enrique se había casado en 1440, a los 15 años de edad, con Blanca de Navarra; pero el matrimonio fue anulado en 1453 porque el rey no había logrado consumarlo a causa de una impotencia, provocada por un maleficio, lanzado evidentemente por su esposa.

Enrique fue coronado rey de Castilla en 1454, mientras ya se negociaba un contrato nupcial con Juana de Portugal, hermana del rey Alfonso V, de quien se esperaba tuviese un heredero que uniera finalmente ambas coronas. En las capitulaciones se estableció que la dote de la novia no sería entregada hasta que el matrimonio fuera debidamente consumado; la leyenda de los maleficios que caían sobre la cama de Enrique, ya habían llegado a la corte de Lisboa.

En defensa del rey, varias prostitutas de Segovia testificaron haber tenido relaciones sexuales con Su Majestad, por lo que quedaba constancia de que su impotencia se presentaba tan sólo con doña Blanca de Navarra. La boda con Juana se llevó a cabo en 1455, pero al parecer los maleficios se prolongaron seis años más, hasta que el rey pudo finalmente, dicen que con ayuda, consumar el matrimonio. En febrero de 1462, Juana dio a luz a una hija a la que llamaron Juana.

Pero así son las malas lenguas, y los rumores sobre la ayuda necesaria comenzaron a recorrer los pasillos de la corte. La niña no era hija del rey sino de su ministro, Beltrán de la Cueva, y al parecer no como resultado de una infidelidad sino de un acuerdo; Beltrán ayudaba al rey en todo aquello que le resultaba difícil, sin que la descendencia fuera la excepción. Juana comenzaría a ser llamada para siempre la Beltraneja.

Isabel de Castilla nació en 1451, hija del rey Juan de Castilla y su segunda esposa, Isabel de Portugal; es decir, que era media hermana de Enrique. Según las leyes castellanas, de no haber herederos por línea directa, la corona pasaba a la línea colateral. Por esto, si Enrique de Castilla no tenía hijos, la sucesión recaía en su media hermana Isabel; los hijos ilegítimos no contaban. El nacimiento de la Beltraneja y la incapacidad del rey para procrear un heredero colocaban a Isabel como primera en la lista. El problema era que el rey sí reconocía como legítima a Juana, y la palabra del rey, más aún si estaba relacionada con su virilidad, no podía ser puesta en duda.

La corte estaba dividida en cuanto a la sucesión; algunos reconocían el derecho de la Beltraneja mientras otros argumentaban su

ilegitimidad y reconocían el derecho de Isabel. Las guerras han sido iguales en toda la historia humana; siempre son por motivos ruines, como riqueza y poder, pero invariablemente enarbolan banderas justas, como Dios y la legitimidad. Lo que había en Castilla era una nobleza dividida que tenía sus intereses depositados en uno u otro bando.

Para evitar una guerra, Enrique IV decidió firmar un pacto con su media hermana, el 19 de septiembre de 1469, en la villa de los Toros de Guisando. Renunciaba formalmente a los derechos de su supuesta hija y reconocía como heredera del trono a Isabel. Lo que pedía a cambio, quizá como último reducto de su virilidad, era determinar el matrimonio de su media hermana, en su calidad de jefe de la casa real.

Dicho matrimonio era casi evidente para todos: debería ser con el rey Alfonso V de Portugal, y unir así a Castilla con la gran potencia naval del momento y uno de los reinos más ricos y poderosos. Portugal dominaba la exploración atlántica y después de la caída de Constantinopla, en 1453, era evidente que ahí estaba el futuro.

Alfonso de Portugal había sucedido a su padre en el trono con tan sólo seis años, en 1438. Para 1468, cuando se firmó el pacto de los Toros de Guisando, era un rey rico, poderoso, en un trono estable en el que llevaba treinta años, 36 años de edad y era un respetable y codiciado viudo. Representaba el candidato perfecto, pero Isabel de Castilla tenía otra visión y, por lo tanto, otros planes.

La unión con Portugal hubiese resultado conveniente para Castilla y habría hecho muy poderosa a Isabel, pero siempre reducida a vivir en el segundo plano, y ése no era su lugar. Se hubiera convertido en una reina consorte de Portugal, siempre detrás de un marido poderoso, celoso de dicho poder, que con toda seguridad pretendería ejercer también sobre Castilla.

Ella quería el poder por derecho propio y a título personal, y un matrimonio con Fernando de Aragón ofrecía mayores posibilidades para conseguirlo. Para 1468, Fernando era un muchacho de 16 años, heredero al trono de un Aragón que ya había visto pasar sus mejores días de gloria y había sido golpeado económicamente tras la caída de Constantinopla. Ahí estaban las apuestas de Isabel, según dicen algunos; los amores, y evidentemente, su destino.

Enrique de Castilla quería negociar el matrimonio de Isabel con el rey de Portugal, pero los asesores de la princesa comenzaron a pactar la boda con Fernando, quien tuvo que entrar a Castilla a escondidas, disfrazado de arriero y durmiendo en establos hasta llegar a Valladolid donde contrajo matrimonio, casi en secreto, el 18 de octubre de 1469. Quedaba sellada la alianza con Aragón, pero al romper el acuerdo de los Toros de Guisando, Enrique IV desheredó a Isabel, nombró

nuevamente a la Beltraneja como futura reina y comenzaron a moverse las piezas de la guerra.

Enrique murió el 11 de diciembre de 1474, aparentemente envenenado con arsénico; Isabel se proclamó de inmediato reina de Castilla, y las tropas aragonesas comenzaron a adentrarse en el reino. Alfonso V de Portugal se casó con la Beltraneja en 1475 y se proclamó legítimo rey de Castilla en su nombre, pues ella tenía sólo 12 años, e inició también la invasión. Esa es la guerra de la que nacerá España; una guerra que dividió a la nobleza castellana, unos con Isabel, otros con la Beltraneja, la guerra en la que la familia donde nacería Hernán Cortés, luchó en el bando equivocado.

Pero más allá de conflictos por un trono, tema común en una Europa fragmentada por el feudalismo, se vivían tiempos festivos y optimistas. Europa había sobrevivido a un brote de peste negra que aniquiló a la mitad de la población, cuarenta millones de personas, entre 1350 y 1370. Los sobrevivientes al apocalipsis se sabían elegidos por Dios, y un nuevo ímpetu impulsaba a Europa, con una gran necesidad de reconstruirse y renacer.

Además de eso, conforme los turcos iban conquistando territorio bizantino y cercando Constantinopla, los grandes sabios y eruditos, artistas y filósofos, y la alta aristocracia del imperio comenzaron a migrar a diversos puntos de la península itálica, principalmente Génova y Venecia; llevando consigo sus fortunas, sus conocimientos de la cultura griega y sus libros de arte. Todo lo anterior se conjuntó para generar ese momento histórico al que sus propios contemporáneos denominaron Renacimiento.

Para 1485, la unión de Castilla y Aragón arrinconó a los moros en el reino de Granada, los Borgia dominaban el papado y patrocinaban el arte —que se volvía cada vez más griego—, los navegantes exploraban y descubrían, los filósofos planteaban al hombre y su libertad como el centro cósmico de la creación. En ese año y en ese ambiente, heredero de ese espíritu del tiempo, nació en fecha imprecisa el único hijo de Martín Cortés de Monroy y Catalina Pizarro Altamirano.

Imposible saber cuál hubiese sido el destino en otras circunstancias de la historia; pero la caída de Constantinopla terminó de tajo con la Edad Media y precipitó un encadenamiento de causas y efectos que provocaron que Europa, con Castilla a la vanguardia, saliera de su encierro oscurantista y se lanzara al mundo. Las circunstancias idóneas se reunieron en la persona de Hernán Cortés.

[13] Constantinopla era la capital del Imperio romano de Oriente, también llamado Bizancio, y era además la sede religiosa de la Iglesia ortodoxa griega. Es por eso que la invasión de los turcos otomanos, musulmanes, se veía también como una guerra santa.

14 El Imperio romano de Occidente, con capital en Roma, y donde se hablaba latín, cayó en el año 476. El Imperio romano de Oriente, con capital en Constantinopla (hoy Estambul); y donde se hablaba griego, era el resguardo de la tradición política romana, la cultura griega y la tradición cristiana ortodoxa. A partir de 1453 creció en torno a Constantinopla, el Imperio otomano.

15 El llamado Imperio bizantino nunca se llamó así; es sólo un nombre de referencia histórica para identificar al Imperio romano de Oriente, es por eso que su titular era emperador romano. Por eso cuando Mehmet toma la capital, se proclama nuevo emperador romano. De hecho, antes de conquistar Constantinopla, el imperio que con el tiempo será conocido como otomano, se hacía llamar el sultanato de Roma.

16 No había una Ruta de la seda, sino una serie de caminos que conectaban el Mediterráneo oriental, África y el mar Negro, por tierra y por mar, con Persia, India y China. Fue en el siglo XIX cuando el geógrafo alemán Ferdinand von Richthofen acuñó el término de rutas de la seda para referirse a dicho corredor comercial.

EL MISTERIO DE GUADALUPE

MÉXICO, 1794

Soplaban aires de libertad en la Nueva España, tertulias literarias servían de mascarada a furtivas conspiraciones y grupos clandestinos de criollos comenzaban a fantasear con la idea de la independencia. Pero la arenga libertaria requería algún tipo de disfraz, debía manejarse de forma sutil, encubierta. Nadie hubiese imaginado que un discurso laudatorio sobre Hernán Cortés y un bizarro sermón guadalupano podrían esconder la semilla de la sedición.

Casi nadie en la alta sociedad novohispana de 1794 había escuchado hablar de José Servando Teresa de Mier y Noriega Guerra, pero en ese año, aquel joven fraile dominico, doctor en Teología, se hizo famoso y estuvo en boca de todos a causa de dos discursos calificados como subversivos; uno en honor de Cortés, y otro en el que planteó una alocada teoría sobre la imagen guadalupana. El impacto de sus palabras fue tal, que fue desterrado del virreinato. ¿Qué cosa tan grave pudo haber dicho fray Servando?

El viaje de Hernán Cortés comenzó con la virgen de Guadalupe. Después de estar frente a su imagen en el Real Monasterio de Extremadura, para despedirse, solicitar auxilio y hacer votos, Cortés viajó a Sevilla a fin de zarpar rumbo al Caribe sin poder saber por qué derroteros lo encauzaría la vida.

Se fue como un aventurero, y se presentó ante esa imagen veinticuatro años después, en 1528, como conquistador de los aztecas y creador de la Nueva España. Cumplía su promesa. No sólo volvía ante la señora de Guadalupe con regalos para agradecer favores y milagros, sino que podía hacerlo con la conciencia de que había extendido su culto por el Nuevo Mundo.

Cortés, extremeño y por tanto devoto de la imagen más sagrada de Extremadura y España, había sido un instrumento. Dejó su tierra siendo joven, después de encomendarse a Guadalupe, sin comprender en ese momento que ya era depositario de una misión sagrada: llevar a la madre de Dios, con esa precisa advocación, al otro lado de los mares.

Cortés trasladó su devoción a Haití, a Cuba y finalmente a México. La virgen era su estandarte, y cuando finalmente derribó los ídolos del

Templo Mayor para colocar las imágenes sagradas de la cruz y la virgen; instauró precisamente la imagen de Guadalupe, la que llevó luego a Tepeyácac donde ya era venerada, en su versión india, la madre de Dios.

Pero Hernán Cortés no era omnipotente. No fue él solo, sino cientos de extremeños. Más de la mitad de los hombres que tomaron Tenochtitlán provenían de las áridas tierras de la frontera extrema de Castilla, y sentían la misma devoción y orgullo que Cortés por su santa patrona. Cuál podría haber sido la idea en la mente de los indios cuando veían a esos altaneros conquistadores descubrirse el rostro, agachar la cabeza, atenuar su actitud y caer de rodillas ante Guadalupe. No podía existir divinidad más poderosa, era evidente que se trataba de la conquistadora del conquistador.

Mil quinientos extremeños llegaron a México los primeros tres años después de la conquista; entre ellos, los primeros doce franciscanos que comenzaron la evangelización, hermanos de la cofradía de San Gabriel, todos guadalupenses.[17] Cortés era el personaje simbólico, pero fueron todos los que hicieron de Nueva España una nación guadalupana. Todo eso pudo decir el conquistador a su virgen cuando se presentó ante ella, de vuelta en España por vez primera después de cinco lustros.

Además de agradecer, Cortés obsequió a la virgen un escorpión de oro con piedras incrustadas, como recuerdo lejano de la Noche Triste, cuando además de huir de los victoriosos aztecas fue picado por una de esas alimañas y, al borde de la muerte, suplicó por su vida ante su señora.

Después de corresponder y regalar vinieron nuevas peticiones y promesas. El conquistador pidió por su patria, su tierra y su hogar; la Nueva España y por los más queridos de sus habitantes: los indios. Volvió de España en 1530 y la virgen vino nuevamente con él. No sólo como imagen, sino también en forma de milagro para aparecerse ante los indios, a petición de Hernán Cortés.

¡Qué disparates decía el tal fray Servando! La elite novohispana quedó escandalizada por el sermón que el predicador dominico pronunció el 8 de noviembre de 1794 en el Hospital de Jesús, en la ceremonia en la que los restos de Hernán Cortés eran finalmente depositados en un sepulcro de honor; en el edificio que albergaba a su obra de caridad, con un busto de bronce que honraba su memoria y un obelisco de mármol de siete metros de altura.

Quién iba a decirle a Servando Mier que un sermón, por aventurado que éste fuera, provocaría su expulsión de la Nueva España. Dos sermones en realidad, el de Hernán Cortés, presentado en una fecha altamente simbólica: el día del encuentro con Motecuzoma; y el que escribió sobre la imagen guadalupana, que dictó ante clérigos y

aristócratas el 12 de diciembre.

Tal vez menospreció a las autoridades civiles y religiosas del reino, que sí comprendieron el entramado simbólico y rebelde que yacía en sus alocuciones. Veinticuatro años estuvo Cortés lejos de su patria después de presentarse ante Guadalupe; y veinticuatro años se iría el fraile después de su perorata sobre Cortés y su sermón guadalupano.

Aún se comentaba en los salones de chismes el posible significado del discurso cortesiano de fray Servando, cuando llegó el día de los festejos guadalupanos y el religioso pronunció un enredado y confuso sermón que resultó ser una continuación del anterior. Servando Teresa de Mier, la gran promesa intelectual de los dominicos, comenzó sus presentaciones. Los rostros del arzobispo de México, Alonso Núñez de Haro y Peralta, y el virrey de Nueva España, don Miguel de la Grúa Talamanca, estaban visiblemente nerviosos.

Lo más destacado de la sociedad estaba presente en el corazón espiritual del reino, en el centro mismo del culto guadalupano, de esa religión que parecía cristiana pero no lo era del todo, de ese culto mestizo, mezclado, sin que los indios pudiesen saberlo o los criollos recordarlo, con el culto a la virgen de Guadalupe que se profesaba en España desde años tan lejanos como el 1212,[18] cuando la cristiandad tuvo su máxima victoria contra las huestes musulmanas.

Todos los reyes de Castilla tenían que presentarse ante la virgen de Guadalupe en Extremadura, bien sabido que fue la creadora de España, y todo virrey que quisiese ser popular en su encargo debía visitar necesariamente a la guadalupana de América, a esa Tonantzin fusionada que era, bien sabido por todos, la creadora de la Nueva España. Por eso ahí estaban el virrey y el arzobispo. Pero lo que debió ser un sermón mesurado se convirtió en un ataque a España y su legitimidad para conquistar América, y, por lo tanto, en un discurso rebelde sobre la independencia.

“Guadalupe no está pintada en la tilma de Juan Diego sino en la capa de santo Tomás”, dijo tajante fray Servando. “El apóstol Tomás vino hace 1 750 años a cristianizar estas tierras, en las que fue conocido como Quetzalcóatl. Es desde aquellos tiempos que la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe era célebre y adorada por los aztecas, que eran cristianos, en la cima plana de esta sierra donde le erigió templo y la colocó Tomás”.

¡Era un total desatino! No solamente era una herejía y una blasfemia, sino que carecía del más mínimo sustento histórico. “Yo haré ver, siguió diciendo Servando Teresa de Mier, que la historia de Guadalupe incluye y contiene la historia de la antigua Tonantzin, lo que no se ha advertido por estar su historia dispersa en los escritores de la antigüedad mexicana”.

¡Qué sermón era ése! Qué tipo de locura se había apoderado de la

mente del religioso, que apenas un mes atrás había desquiciado a la concurrencia con su discurso sobre Hernán Cortés, presentándolo casi como un enviado divino… Pero su alegato guadalupano estaba totalmente fuera de lugar.

La diosa madre siempre ha engendrado al hijo de Dios, eso es una realidad sagrada que no depende del cristianismo. Había ocurrido en cada civilización del mundo y Servando Teresa de Mier lo sabía. Tonantzin, la madre divina, sea en su advocación de Coatlicue o de Guadalupe, era la madre del hijo de Dios, se llamase Jesús o Quetzalcóatl, fuese humano o serpiente emplumada.

Los franciscanos que llegaron a petición de Cortés, los llamados doce apóstoles de México, lo habían descubierto tempranamente: la religión mesoamericana no era muy distinta en el significado de sus relatos a la europea; pero lo que estaba sugiriendo Servando Teresa de Mier era un completo disparate.

Pletórico en detalles rocambolescos, el sermón del padre Mier se podría resumir diciendo que el apóstol Tomás, conocido como el dídimo o gemelo de Jesús, había llegado a América en su aventura evangelizadora, donde fue tomado por enviado de Dios y llamado Quetzalcóatl, también un dios gemelo.

A Tomás Quetzalcóatl se le apareció la virgen, llamada Tonantzin, y se plasmó en su capa, misma que quedó perdida por siglos hasta que, guiado por inspiración divina, la encontró el indio Juan Diego en el Tepeyácac. La virgen, al igual que Quetzalcóatl, prometió volver. Ambos llegaron con Hernán Cortés.

Por supuesto que el discurso no tenía la menor pretensión de pasar por histórico. Era un vil y vulgar alegato sedicioso, que simplemente establecía que la ocupación y conquista de América por parte de los españoles había sido del todo ilegítima. Desde los primeros años, el pretexto de evangelizar había sido el argumento de licitud para conquistar; si los indios, por la estrafalaria razón que fuera, ya habían recibido el mensaje cristiano, toda la Nueva España descansaba en una argucia.

El discurso era muy mañoso, desde luego, dado que quienes denunciaban dicha ilegitimidad de origen, como pretexto para una independencia, eran los criollos, los descendientes y herederos de los conquistadores, y una población que, por tanto, era igual de espuria. Ése era un discurso válido únicamente en los indios, siempre usados como bandera por aquellos que no tienen el menor interés en lo indígena.

El simbolismo de los dos discursos juntos era fascinante. Declaraba la ocupación ilegítima por parte de España, y la larga prosapia espiritual de los pueblos mesoamericanos, quienes ya habían sido salvados, ya conocían al único Dios y que con mitos y símbolos

distintos a los católicos ya vivían el mismo mensaje y enseñanza. Quetzalcóatl era Jesús, el hijo de Dios, y Tonantzin era su madre. El reino tenía historia y religión sin necesidad de España.

Pero de entre todas las advocaciones que podía tomar María, la única madre de Dios, la elegida para el Nuevo Mundo fue Guadalupe, que ya era, de tiempo atrás en la tradición cristiana española, la virgen negra, la mestiza, la que aparece en medio de guerras de conquista, la que establece el verdadero culto entre los que están desviados, sean musulmanes o indios…, la que de alguna forma daba la razón a los españoles.

En esa confluencia fue donde el sermón guadalupano del 12 de diciembre se unió con el cortesiano del 8 de noviembre. Cortés era el portavoz de la virgen. Hernán Cortés trajo a Guadalupe de vuelta a casa, a las tierras americanas donde ya había estado, restableció el culto; era como un nuevo apóstol en el discurso de Servando Teresa de Mier.

Fue evidente para todos los presentes que el virrey y el arzobispo no salieron de buen humor del templo de Guadalupe. Las murmuraciones comenzaron de inmediato. El tal padre Mier era un revoltoso, pero el verdadero responsable ya no estaba en el reino; las buenas conciencias sabían que todo había sido provocado por el virrey Juan Vicente de Güemes Pacheco y Horcasitas, conde de Revillagigedo, llegado a su encargo en México en 1789, y que había sido removido del puesto apenas meses antes de esos maliciosos eventos públicos, que se llevaron a cabo de cualquier forma. ¡Quién en Nueva España hubiera sospechado de un discurso sobre Cortés y otro sobre la virgen de Guadalupe!, pero el diablo se escondía en todos lados.

Después de cinco años de impecable trabajo como virrey, de 1789 a 1794, el conde Revillagigedo fue llamado a España. Muchas imputaciones y sospechas sobre él habían llegado a la corte de Madrid; la más común: ser afrancesado, es decir, coincidir con las teorías liberales de los ilustrados y leer sus libros, casi todos ellos prohibidos por la Inquisición. Pero la más importante de las acusaciones fue la de ser independentista. Al parecer, Cortés y Guadalupe eran los símbolos en los que pensaba basar su discurso rebelde, y el predicador dominico —ahora era evidente— sería su pregonero.

Pero ¿por qué un discurso independentista toma como base la figura del conquistador? Quizá porque en aquel 1794 la historia de la historia era otra; es decir, lo que se contaba sobre Hernán Cortés era diferente, lo que se le decía a la gente, y por lo tanto la gente creía, era que Cortés había sido el fundador. Por eso se le construyó un altar en el Hospital de Jesús, por eso descansaba junto a Jesús y la virgen, por eso tenía un obelisco marcando el lugar de su descanso eterno.

¿Quién estaba conquistado en 1794? Nadie. Ningún español de España poseía esclavos en México, ningún habitante de la península se enriquecía con el trabajo americano, y los trabajos forzados y la compraventa de personas habían sido prohibidos en Nueva España. Se pagaba un impuesto al rey, una quinta parte, sin importar que ese monarca nunca visto viviera en México o en Madrid, sin importar que se llamase Carlos o Motecuzoma. No había en aquel tiempo súbdito más leal y creyente más devoto que el indio, que tenía en aquel tiempo más protección legal que la que tuvo en tiempos mexicas, y más que la que habría de tener en tiempos modernos.

Pero más allá del Cortés fundador de tiempos virreinales, Servando lo usó como símbolo porque sabía que don Hernán había sido el primer independentista, que luchó toda su vida contra Carlos V y la imposición española que el soberano buscaba en América; que fue el gran promotor del mestizaje; que contra las ideas raciales de la Corona, él promovía la fusión y la mezcla; que en vez de inquisición para la ortodoxia, él buscaba el sincretismo religioso…, y no había mayor símbolo de sincretismo que Guadalupe.

La mayor parte de los presentes seguramente no comprendían las profundidades de rebelión simbólica del sermón del padre Mier, y se quedarían en la superficie: en la alocada idea de la virgen plasmando su imagen en la capa del apóstol. Eso explicaba el tamaño del lienzo, de casi dos metros de altura, adecuada proporción para una capa y absolutamente imposible si fuese el ayate de un indio, mucho más pequeño.[19]

La mayor parte de las personas cree que lo que hoy se sabe es lo que siempre se ha sabido; esto es, que la versión que hoy se conoce es la que ha prevalecido desde siempre, que la verdad es inamovible; que lo que hoy es, siempre ha sido. Servando Teresa de Mier sabía que no era así. Hay que conocer la historia de la historia; es decir, las diversas versiones de los distintos momentos. Socialmente, la verdad se transmite. Si hoy hace falta una determinada versión, ésta comenzará a transmitirse; si lo que se necesita es difundir otra cosa, la verdad cambiará. El saber se construye y se divulga desde el poder.

Servando Teresa de Mier conocía muy bien que nadie había escuchado hablar del tal Juan Diego antes de 1649, pero los demás ignoraban que no sabían. A partir de ese año, Juan Diego fue la verdad transmitida, al igual que las apariciones de 1531 como origen del guadalupanismo. Pero esa historia también tenía su historia. Nadie antes de 1649 había señalado que la imagen indiana de la guadalupana estuviese impresa sobre el manto de algún indio. Marcos Cipac de Aquino, alumno del colegio de Tlatelolco, lo había pintado en 1555, y eso era de sobra conocido.

El Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco representaba el sueño de

Hernán Cortés. Era una institución franciscana dedicada a la enseñanza de los indígenas; a que aprendieran ciencias políticas, arte, gramática, lógica, pero también donde los franciscanos aprendían de ellos, comenzando por el náhuatl, y a partir de ahí su cosmología, mitología, historia y religión.

El mayor mestizaje de saberes se dio en dicha institución, y quizá su principal fruto fue todo el conocimiento de herbolaria y medicina tradicional que los frailes integraron a su propia ciencia. Pero la Corona no quería saber nada de educación superior para los indios —otro de los grandes conflictos de Cortés con su rey, tema que llevó hasta su testamento—, y el colegio fue cerrado por órdenes de Felipe II, el hijo de Carlos V, enemigo declarado del mestizaje.

Fue en gran medida en el colegio de Tlatelolco donde se desarrolló el guadalupanismo, prácticamente como un culto propio. En 1521 Cortés colocó su imagen guadalupana en el Templo Mayor de los mexicas; los franciscanos promovieron la veneración guadalupana en el santuario de Tonantzin, en Tepeyácac, donde para 1555 habían construido una ermita en la que colocaron el lienzo pintado por Marcos Cipac. Era una adaptación indígena de la Guadalupe extremeña, una pintura original pero con los mismos elementos iconográficos: el querubín, la media luna, el manto estrellado, los rayos de sol. La única diferencia es que la española tiene al niño en brazos y la virgen mexicana aún no ha dado a luz.

Ya había una tradición, un templo y una imagen. Faltaban unas escrituras sagradas, y éstas también surgieron de los franciscanos y del colegio de Tlatelolco: el *Nican Mopohua*, el libro de las apariciones, cuya creación se le atribuye al indio Antonio Valeriano, rector del colegio y colaborador del ilustre franciscano Bernardino de Sahagún. Sin embargo, si en realidad fue escrito en aquel tiempo, lo cierto es que no fue verdaderamente conocido hasta 1649.

Lo que ocurrió en 1649 fue la publicación de un libro escrito en náhuatl por el capellán guadalupano Luis Lasso de la Vega: *Huei tlamahuicoltica omonexiti in ilhuicac tlatocacihuapilli Santa María totlaconantzin Guadalupe in nican huei altepenahuac Mexico itocayocan Tepeyacac*, o *El gran acontecimiento con que se apareció la Señora Reina del cielo Santa María, nuestra querida Madre de Guadalupe, aquí cerca de la Ciudad de México, en el lugar nombrado Tepeyácac*.

Uno de los capítulos de dicho libro era precisamente el relato conocido como *Nican Mopohua*, donde por primera vez se asentó la leyenda de las apariciones a Juan Diego, historia bastante similar a la de Extremadura. En ella se cuenta que un pastor, con su hijo enfermo, fue a buscar a un sacerdote; en el camino, junto al río llamado Guadalupe, se le apareció la virgen y le pidió que en ese lugar se le construyera una ermita. Las autoridades religiosas no le creyeron,

hasta que la virgen indicó un lugar, con unos arbustos de flores, donde se apareció un icono milagroso. Cuando al final de todo el periplo el pastor volvió a casa, su hijo estaba curado.

Esa profunda devoción, con esa leyenda y esa idea de una virgen milagrosa, fue la que llevaron consigo los extremeños que migraron a América, comenzando por Hernán Cortés y continuando con los franciscanos. Ésa fue la historia que Lasso de la Vega tomó de la tradición extremeña y la hizo mestiza en América. Pero por encima de todo, Guadalupe fue la divinidad que México tomó de España y la hizo tan india que la asumió como propia; fue la parte mística que tomaron para sí los indios, la manifestación del Espíritu que se hizo viva en el Nuevo Mundo.

Lo malo de ser más inteligente que la mayoría, bien que lo sabía Servando, era que esa mayoría casi nunca podía comprender las genialidades de un discurso, los retruécanos, las relaciones históricas, el sarcasmo o la burla; por lo que el padre Mier tendría que regodearse sólo para sus adentros. Bien sabía él que sus sermones levantarían ámpula, pero que nadie podría comprenderlos en su totalidad. Desde luego, sólo él tendría absoluta claridad de que su versión de Tomás apóstol hacía aún más parecidas las leyendas guadalupanas de México y España.

En la versión mexicana, el indio era campesino en vez de pastor, buscaba auxilio espiritual para el tío en vez del hijo; en ambas se aparecía la virgen en el campo, solicitaba una capilla y las autoridades no lo creyeron; hay rosas involucradas y finalmente una imagen divina: un lienzo en el caso mexicano y una talla en madera en el español. En ambos casos el moribundo fue sanado por la virgen. Pero él, con su sermón, complementó y siguió hermanando las leyendas.

En el Real Monasterio de Guadalupe, en Extremadura, se contaba que la figura se la entregó la virgen a un pastor, pero se asumía que la escultura sagrada era más antigua. Se relataba que fue labrada por el mismísimo san Lucas, que fue enterrada con él, y después llevada con sus restos a Constantinopla; que la tuvo el papa san Gregorio Magno en torno al año 590, y fue él quien la envió a Sevilla, de donde fue retirada hacia 714, en plena invasión de los musulmanes, para ocultarla en algún lugar de la sierra de Guadalupe, donde quedó escondida por quinientos años hasta emerger alrededor de 1212 para guiar a los caballeros cristianos contra el islam.

En resumen, la imagen hallada milagrosamente en la Extremadura medieval venía de tiempos de Jesús, había sobrevivido por siglos hasta que se perdió y finalmente apareció de nuevo en tiempos de un acontecimiento glorioso para la fe: el triunfo ante el islam, frente a un hombre sencillo y humilde. La versión de Servando afirmaba lo mismo: la guadalupana de México era de tiempos de los apóstoles,

sobrevivió, se perdió y finalmente reapareció ante un hombre sencillo y humilde en algún momento glorioso para la fe: la llegada de Cortés a América.

Para la mayoría de los asistentes a la celebración guadalupana, los discursos de Servando Teresa de Mier fueron delirios inocentes, pero el arzobispo y el virrey advirtieron el entrelineado. A los pocos días, Servando Teresa de Mier fue llamado a presencia del purpurado, quien le retiró oficialmente su título de doctor en Teología, lo inhabilitó para predicar y enseñar, y lo condenó a diez años de destierro que debía pasar en penitencia en el monasterio de Las Caldas, en el norte de España.

Servando fue hecho prisionero y llevado a Veracruz, donde se le embarcó rumbo a Europa a cumplir su condena. Comenzó ahí la carrera de escapista de Servando Teresa de Mier, quien el resto de su vida la pasó huyendo de diversos enemigos y escapando de todo aquel que lograra apresarlo.

Fue enclaustrado en Las Caldas, de donde se fugó quitando los barrotes de su celda con un cincel. Fue capturado y encerrado en un convento franciscano en Burgos, desde donde pudo presentar su caso ante el Consejo de Indias por correspondencia, hasta que, a falta de respuesta, escapó del convento disfrazado de mercader y huyó a París en 1801.

Como Dios los hace y ellos se juntan, en la capital francesa conoció a un tal Simón Bolívar, con quien intercambió pareceres y, sólo por la curiosidad de que era mexicano, a un niño de 9 años llamado Lucas Alamán, con quien dos décadas después, en el México independiente, discutiría ampliamente sobre temas como el cadáver robado de Hernán Cortés.

Servando viajó a España, donde fue arrestado en 1803 por publicar sátiras en las que apoyaba la independencia americana y fue enviado a un reformatorio en Sevilla del que huyó en 1804, sólo para ser apresado nuevamente y enviado a prisión, en la que permaneció tres años, hasta que el papa ordenó su liberación a causa de haber convertido al cristianismo a dos judíos con los que compartía celda.

En 1808 se estableció en Lisboa, justo cuando Napoleón comenzó su invasión a España con el objetivo de tomar Portugal. A pesar de ser un liberal enemigo de la Corona, tomó las armas españolas contra los liberales franceses y escribió apologías de Fernando VII, hasta que las tropas napoleónicas lo capturaron y ordenaron enviarlo a París, pero se les escapó y se fugó a Cádiz.

Para 1815 decidió viajar a Londres, donde fue formalmente iniciado en la masonería, con la que al parecer tenía acercamientos desde que el virrey Revillagigedo le encomendó los sermones de Cortés y Guadalupe, y donde conoció a un muchacho navarro de 20 años,

Xavier Mina, al que engatusó con su proverbial labia para que viajara a México a luchar por la independencia.

Mier y Mina viajaron de Londres a Estados Unidos en 1816. Servando consiguió dinero para la causa independentista con la gran logia de Filadelfia, aunque ignoraba que para ese momento la causa estaba muerta. Llegó con Mina a Tamaulipas en 1817 y fue tomado prisionero por el ejército realista, al que se le escapó cuando lo trasladaban a la cárcel de San Juan de Ulúa. Capturado una vez más, fue enviado a las mazmorras de la Inquisición en la Ciudad de México y finalmente a Cuba, de donde huyó en 1820 para instalarse en Filadelfia.

México obtuvo su independencia el 27 de septiembre de 1821. Servando Teresa de Mier estaba en Estados Unidos y de inmediato hizo sus planes para llegar al país y sumarse a los republicanos de Santa Anna y Victoria para derrocar a Iturbide, lo que provocó que fueran las tropas iturbidistas las que lo capturaran de nuevo; aunque evidentemente se les volvió a escapar.

Así es como estuvo de vuelta en la patria que lo vio nacer, más de veinte años después de su destierro. Su viaje comenzó cuando quiso usar a Cortés y a la virgen de Guadalupe como símbolos de la independencia, y ahí estaba en un México recién liberado, precisamente al amparo de la imagen guadalupana, pero con un gobierno que, al no tener el menor control de las circunstancias, se dedicó a promover el odio contra Hernán Cortés.

[17] En Extremadura, España, se usa el término guadalupense para referirse al devoto de la virgen de Guadalupe. En México se usó el término guadalupano. En esta obra se usará guadalupense cuando se refiera al culto español, y guadalupano para referirse al mexicano.

[18] Batalla de las Navas de Tolosa, en 1212, durante la cual los diversos reinos cristianos de la península ibérica se unieron y derrotaron a los musulmanes. A partir de 1212 habrá cuatro reinos cristianos: Navarra, Portugal, Aragón y Castilla, y uno musulmán en el extremo sur: Granada.

[19] La tilma de los indios era una tela que, amarrada al cuello, los cubría desde los hombros hasta las rodillas.

LA ÚLTIMA CRUZADA

GRANADA, 2 DE ENERO DE 1492

El fervor religioso se respiraba en el ambiente. Todo gobierno y cada régimen ha necesitado una legitimación; y Dios, como gran juez de la creación, ha sido siempre el cómplice perfecto. Más de setecientos años de historia se agolpaban y resumían en la caída de Granada, el último reducto de los musulmanes en la península ibérica. Isabel y Fernando se presentaron desplegando toda su majestad. Él cabalgaba sobre un corcel café rojizo, que combinaba con el color de sus ropajes; ella, de blanco montada sobre blanco, con una capa de armiño teñida en azul y portando una corona de oro.

Frente a ellos, vestido y cabalgando en negro —quizá por el luto de perder la fortaleza, la ciudad, el reino y la honra—, estaba el último sultán de la dinastía nazarí, Boabdil el Chico. Tras él, las tropas de la cristiandad podían ver la majestuosidad de la gran ciudadela de los moros: la Alhambra. Los heraldos del sultán presentaron las llaves de la ciudad a los que, a partir de ese momento y a causa de dicho suceso, serían conocidos como los Reyes Católicos.

Culminaban diez años de guerra de los monarcas españoles contra el último bastión musulmán en la península ibérica y, en una visión mucho más amplia, terminaba la última cruzada. Más de siete siglos de resistencia, de guerra santa para reconquistar las tierras cristianas que habían caído tanto tiempo atrás en manos de los infieles.

La entrega de Granada fue un acontecimiento universal: el triunfo de la cristiandad. Toda Europa la vivió y se regocijó. Los mensajeros recorrieron los caminos, en Roma se celebraron fiestas y procesiones por tres días, repicaron las campanas de Nápoles, se proclamó solemnemente la victoria en Londres, los principados alemanes cantaron misas. El gran proyecto de Isabel de Castilla se consolidaba. Sin que nadie pudiera saberlo, nacía el reino que daría la vuelta al mundo y provocaría el fin de una era.

No se derramó sangre sino que venció el hambre. La Alhambra había sido sitiada meses atrás y el sultán Boabdil decidió soportar el asedio hasta sus últimas consecuencias. Se rindió cuando la gente comenzó a devorar caballos y perros. Negoció en secreto la entrega de la ciudad, el último enclave del reino, a cambio de ciertas

consideraciones para la población, y muchas consideraciones para él. El último sultán vendió la plaza.

España nació en guerra interna y externa. Al interior, apenas comenzaba a consolidarse aquel sueño de unidad en el que siempre habían creído los viejos monarcas de todos los tiempos: la península era por derecho un solo reino, absolutamente unificado, y cristiano, desde luego. Pero crear un reino siempre ha implicado la necesidad de guerra, y sabe Dios que la guerra fue cruenta para Isabel.

Nació el más cristiano de los reinos como resultado de guerras y alianzas entre cristianos, pero el impulso, la fuerza vital para engendrar España, venía de la guerra santa, de siglos de encarnizada lucha contra los invasores musulmanes. Dios estaba detrás del nacimiento del reino. Siempre Dios. Realizar Su obra exime de pecado, disuelve toda culpa y legitima toda causa. Comenzó a construirse el mito de la reconquista.

¿Era legítima la conquista de los Reyes Católicos? ¿Qué habían reconquistado? ¿De quién eran por derecho las tierras de Hispania? Dios es el verdadero amo y señor de cada rincón del planeta y de cada hoja que se mueve con el viento, y bien sabía Isabel que los musulmanes y los judíos creían en el mismo y único Creador que ella. Pero necesitaba un reino, y también conocía la ignorancia de la plebe, de la turbamulta que seguiría la cruz a cualquier campo de batalla; la argamasa para fundamentar un reino es el súbdito que nada cuestiona.

Terminaba la reconquista. Pero ¿qué había sido reconquistado? Isabel se mantenía en un silencio meditabundo, recorrió con la mirada a la multitud de miles de nobles, guerreros y funcionarios que se arremolinaban a su alrededor, en las afueras de esa ciudad que habían construido de manera específica para asaltar Granada: Santa Fe. Eso y nada más, fe santa, era lo necesario para obtener todas las victorias.

Isabel era consciente de estar viviendo el momento más trascendente de su vida; y que sería quizá el acontecimiento que marcaría su reinado, su vida y hasta su juicio final. Observaba todo con sosegado detenimiento, no quería que un solo detalle escapara a sus ojos y pudiera con el tiempo evadirse de su memoria. Era la campeona de la cristiandad.

Sus ojos recorrieron el paisaje. Pudo ver por completo su historia personal como si fuera el desenlace natural de todo el atribulado devenir de Iberia. Era su destino. Siempre supo que estaba designada a empresas titánicas, el presentimiento de su gloria la acompañó continuamente, ése fue su aliento y su combustible, Dios la tenía señalada para hechos sublimes. Por eso nunca dudó, y nunca lo haría, en cada batalla, en cada decisión, en cada triunfo y en cada traición.

Era una elegida de Dios y por eso sus actos jamás deberían ser cuestionados. Por eso supo siempre que sería reina a pesar de no estar

en la sucesión; por eso se rebeló contra su hermano el rey Enrique y se casó con quien ella misma determinó, con aquel señalado por la voz de Dios para hacerla triunfar en el tránsito de la vida. Lo de Fernando no fue tanto amor como compromiso con el destino.

Era una iluminada, una sierva del Señor. Por eso lo escuchó sólo a Él cuando se casó en secreto, cuando conspiró en la corte, cuando desconoció a la heredera al trono, cuando se proclamó en Segovia a sabiendas de que daría origen a una guerra. ¡Pero quién más hubiera cumplido el augusto destino de Castilla! Ni la hija ilegítima de su medio hermano, ni el rey de Portugal. Ella. Sólo ella. Ahora todo quedaba claro.

Por eso encabezó una guerra de sucesión por el trono, por eso hizo luchar a hermanos y enfrentó familias. Todo era por la mayor gloria de Dios y no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Nunca fue la traición por sí misma, nunca la avaricia o el deseo. Siempre fue la obra de Dios. Por eso pactó con los infieles para luchar contra Portugal, y ahora que ese frente de batalla estaba resuelto, podía atacar a sus antiguos aliados, los infieles. Por eso reabrió un frente de batalla de setecientos años a fin de saldar las cuentas y lograr el laurel definitivo para el bando del verdadero Dios. Era una guerrera sagrada.

El sonido de la trompeta la sacó de sus ensoñaciones. La cesión solemne de la soberanía se llevaría a cabo. Un hombre junto a la reina dio tres pasos al frente para colocarse en medio de sus majestades católicas y el rey infiel: Gonzalo Fernández de Córdoba, el más temible de los guerreros cristianos que, casi como augurio, había nacido en aquel fatídico 1453 en que las huestes turcas arrebataran Constantinopla a la cristiandad. Ahora, cuatro décadas después, recuperaba para la mayor gloria de Dios la ciudad de Granada.

Fernández de Córdoba ya había entrado a Granada meses antes, a negociar con Boabdil los términos en los que la ciudad, y lo que quedaba del sultanato, se incorporaría a los dominios de sus muy católicas majestades. En las capitulaciones de Granada, firmadas en noviembre del año anterior, se establecía la rendición voluntaria, la entrega pacífica del mando y el orden de las tropas; en términos religiosos, respeto a las mezquitas y el recaudo de limosnas, mantener las leyes de los árabes y su lengua, tribunales para musulmanes, respeto a la fe, costumbres y tradiciones de los vencidos… Todo lo violaría Isabel antes de diez años.

El capitán Gonzalo Fernández de Córdoba recibió del sultán todos los símbolos del poder para presentárselos a su reina. Él había estado en el bando isabelino desde el principio, luchó contra Portugal y llevaba diez años como gran cruzado de Su Majestad en la guerra contra el infiel que ahora llegaba a su fin. Isabel tomó los objetos que le entregó Gonzalo, pero su mente seguía divagando, perdida en los

laberintos de la historia.

Era difícil decir cuándo había comenzado la historia de ese sueño llamado España. Los romanos llegaron desde el siglo segundo antes del nacimiento de Jesús, a una península poblada por celtas, íberos, tartesios y griegos que estaban muy lejos de constituir una patria. Eso fue lo que principalmente aportó Roma con su sometimiento: unidad. Siete siglos de presencia romana dejaron ciudades, acueductos, leyes, orden; pero para cuando desapareció el imperio, quizá la principal impronta cultural que legaron fue la religión que habían oficializado en sus últimas décadas de historia: el cristianismo.

En Roma, desde Babilonia hasta las Galias, coexistían todos los cultos. Pero la insólita enseñanza de un judío, reinterpretada a lo largo de siglos por pensadores y místicos griegos, se fue filtrando por los caminos imperiales y pasando de secta rebelde a religión dominante. En el siglo IV, con una Roma que dominaba toda la cuenca del Mare Nostrum, el emperador Teodosio impuso el cristianismo como religión oficial del Estado y única permitida a lo largo y ancho de todo el territorio.

Así se cristianizó Iberia, aunque siendo leales al espíritu rebelde de la Hispania, sus habitantes no adoptaron la versión oficial y permitida del cristianismo —cuyo credo se estableció en el concilio de Nicea en el año 325 del Señor—, sino una complicada y rebuscada versión considerada como herética porque, entre otras cosas, creían en la unicidad de Dios y no en la trinidad: el arrianismo.

Roma cayó, entre otras cosas, por una serie de migraciones e invasiones de pueblos del norte, los germánicos, a los que Roma, a causa de no comprender su lengua, llamaba bárbaros. Diversos pueblos germánicos invadieron Iberia, pero fue uno el que dominó sobre los otros y conquistó tierras hasta lograr la unificación política de todo el país: los visigodos, quienes fieles a las costumbres de los invasores menos civilizados, adoptaron y adaptaron los rasgos más importantes de la cultura que subyugaban. Fue así que los visigodos se hicieron cristianos y arrianos.

Pero ¿podría hablarse de España cuando se miraba en el pasado a la provincia romana, la introducción del cristianismo o la invasión y establecimiento de los bárbaros? Isabel no dejaba de cuestionarse qué era lo español, y lo hacía porque debía dar una respuesta; no tanto a ella misma, sino a los demás, al pueblo, a los súbditos, a los que necesitan a diario un discurso o un símbolo que los hiciera sentirse parte de algo superior a ellos, algo por lo que estarían dispuestos a matar y a morir.

¿Qué eran España y lo español? No era lo romano, aunque muy populares eran esas glorias pretéritas. No era, desde luego, lo visigodo; aquellos germanos dominaron tan sólo unos dos siglos antes de la

llegada de los moros, y su versión del cristianismo era una herejía declarada como tal por la Santa Madre Iglesia. No era, desde luego, lo árabe. Ningún pueblo había dejado una impronta cultural tan grande en siete siglos de presencia: filosofía, teología, letras, mística, ciencia, arte…, pero contra ellos se luchaba. No, no estaba claro aún qué era lo español, pero sí era muy claro qué no lo era: lo español no era musulmán.

Jamás los aliados habían sido tan importantes como los enemigos en el proceso de construir un reino. Nacía una España que, a fuerza de no ser musulmana, sólo podía encerrarse en una identidad religiosa. España era, ante todo, católica. Bien sabía Isabel desde 1492 que no respetaría las garantías pactadas con los árabes. La traición era necesaria para el buen cumplimiento de la obra de Dios.

Lo español no era romano ni visigodo. No era árabe ni musulmán. ¿Qué era entonces? La lengua de Castilla estaba registrada en documentos por lo menos desde el año 1000 y había crecido junto con la conquista, pero Castilla era sólo una parte de ese sueño llamado España. Los súbditos hablaban castellano, aragonés, catalán, asturleonés, portugués, gallego, vasco; eran de origen romano, francés, griego, celta.

Un mito tendría que reforzar la idea de España y éste fue el de la reconquista, la reducción de un proceso complejo a una idea simple: este reino existía desde siempre, era cristiano, fue conquistado por musulmanes, y ahora se recuperaba lo que le pertenecía por derecho natural.

En el año 613, en los lejanos parajes del desierto árabe, comenzó la prédica de un comerciante meditador llamado Muhammad. Hablaba de Dios. No de un Dios nuevo sino del único, el de judíos y cristianos, el de Adán y Noé, el de Abraham y Jacob, el de Moisés y Jesús, el de la Torá y los Evangelios, que ahora manifestaba su palabra en árabe a través de la última revelación: el Corán.

De aquella prédica nació un culto y un imperio. El profeta murió en el año 632, después de haber unificado en la fe a los árabes, y darles con ello la fuerza que necesitaban para brillar como civilización. Los nuevos creyentes empezaron a salir de su península, su visión de Dios comenzó a ser popular entre algunos judíos y cristianos, y recorrió con ellos medio mundo. Conquistaron Jerusalén, Egipto, Damasco y Persia, mientras algunos jinetes más aventurados atravesaron el desierto del Magreb hasta llegar a las legendarias columnas de Hércules.[20]

En el año 711, unos siete mil guerreros bereberes[21] desembarcaron en las costas ibéricas al mando de Tariq ibn Ziyad; dos décadas después, los musulmanes ya habían cruzado los Pirineos para internarse en el reino de los francos. Fueron detenidos en 732 por

Carlos Martel, mayordomo de palacio y líder militar del reino de los francos. Los invasores volvieron al sur de la cordillera, habían encontrado su límite natural. Iberia era completamente suya.

Los árabes y bereberes crearon una gran civilización, construyeron ciudades y mezquitas, generaron grandes corrientes filosóficas y místicas, crearon un arte propio y lleno de esplendor, tradujeron a los grandes pensadores del pasado y respetaron a judíos y cristianos. Era una minoría árabe al mando, en un territorio donde ya se había afianzado el cristianismo, y donde se terminó de enraizar precisamente como símbolo de resistencia al conquistador.

Pero no toda Iberia fue suya. Más allá de las montañas, y protegidos por ellas, en las costas del norte, algunos reyes cristianos mantuvieron el poder. Asturias desafió la invasión y se convirtió en centro de la resistencia cristiana. Desde ese lejano y pequeño norte comenzó la llamada reconquista. Ahí estaba Asturias. Ahí nacieron León y Castilla. Ahí se dio inicio a la más larga de las cruzadas.

Para el año 760, casi la totalidad de la península estaba bajo el dominio árabe cuyo poder político se estableció en la ciudad de Córdoba. El califato de Córdoba subsistió hasta el año 1031, cuando comenzó a fragmentarse a causa de conflictos internos. Esta división dio la pauta a los cristianos para darle mayor impulso a su alianza y a su avance.

En el año 1085, el rey Alfonso VI de Castilla recuperó la ciudad de Toledo, y el famoso Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, el legendario caballero de la Castilla medieval, se apropió de Valencia en 1094. A partir de ese momento los cristianos ya nunca dejarían de avanzar, hasta infligir la más terrible de las derrotas a los musulmanes, en el año del Señor de 1212, en la villa de las Navas de Tolosa.

Hacían falta caballos y lanzas, brazos y espadas para derrotar al infiel; por lo que el rey Alfonso VIII de Castilla solicitó ayuda papal. Era el año 1198 y el trono de san Pedro estaba ocupado por Lotario de Segni, un pontífice que llevaba la cruzada tatuada en la piel. A petición de Alfonso, el papa, que se hizo llamar Inocencio III, convocó a cristianos de toda Europa para luchar en Castilla por el perdón de sus pecados, y amenazó con la excomunión a todo monarca que atacase a los castellanos mientras peleaban contra el infiel. El país se llenó de penitentes dispuestos a morir por la mayor gloria de Dios.

Los reinos estaban unidos, los pecadores afluían a sumarse a los ejércitos, el fervor religioso y la esperanza del paraíso se respiraban en el aire, y las grandes órdenes caballerescas se disponían al combate. La caballería fue el gran aporte cultural de la reconquista; ese ambiente de cruzada hizo nacer las grandes órdenes de monjes guerreros como los caballeros de Santiago, de Calatrava y de Alcántara; esos nobles fueron las fuerzas de elite de los ejércitos

cristianos.

Navarra, Aragón y Castilla lucharon juntos, con algo así como treinta mil hombres; la mayor fuerza nunca antes vista, fortalecida por quizá dos mil voluntarios franceses, occitanos e italianos, y unos dos mil caballeros de las órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara, el Temple, los hospitalarios y los de San Juan. El 16 de julio de 1212 derrotaron a un ejército musulmán que las leyendas cifran en cien mil hombres.

Fue tras la derrota en las Navas de Tolosa que el ímpetu islámico perdió fuerza. Sólo quedó el reino de Granada al sur, mientras los cristianos quedaron divididos entre Navarra, Portugal, Aragón y Castilla. Todos hablaban del designio divino de un solo reino peninsular, pero nadie, desde luego, estaba de acuerdo con quién debería ser el rey. Los siguientes 250 años los musulmanes gozaron de paz y estabilidad a causa de los enfrentamientos entre cristianos. Faltaba el estoque de muerte al infiel, pero nadie se atrevía a darlo por miedo de recibir un golpe a traición de algún hermano de fe.

Isabel era la heredera de esos siglos de historia. Ahí estaba frente a Granada, el postrero recoveco que los árabes lograron mantener para agazaparse, el último reino infiel, la piedra en el zapato de la cristiandad. Todo se rendía frente a ella. Junto a Su Majestad estaban los contadores reales, casi todos judíos, los médicos musulmanes, siempre necesarios, y los poderosos caballeros cristianos, los grandes maestres de Santiago, Calatrava y Alcántara. Pronto tendría que traicionarlos a todos ellos también.

El gran maestre de la orden de Alcántara era Juan de Zúñiga, tío de una mujer que no nacía aún, pero que será la segunda esposa de Hernán Cortés, la que le permitirá en su momento ser cercano a la corte. Zúñiga fue partidario de Isabel en aquella guerra civil contra la Beltraneja, por eso pudo quitarle al maestrazgo a Alonso de Monroy, quien militaba en el bando contrario y que resultó ser tío de Cortés. Era muy pequeño ese mundo, y más pequeño aún entre la nobleza. El matrimonio de Cortés, en 1529, fue concertado por su padre, principalmente como símbolo de nueva unión de las familias.

Un poco más atrás, como escondido entre la multitud, estaba un hombre misterioso, del que poco o nada se sabía, pero que había estado siguiendo a Isabel desde hacía algunos años. Las malas lenguas decían que la había embrujado y algunas, más viperinas aún, que la había seducido. Sólo así se podía comprender el ascendente que ese hombre misterioso, y desde luego fascinante, tenía sobre la reina de Castilla.

Decían que era un judío protegido por la reina, que era un asesor, que era portugués, que era de Génova. Él no hablaba casi con nadie, era parte de su misterio. Sólo abría la boca cuando era importante, y

por lo común delante de la reina únicamente. Había navegado para Portugal por muchos años, desde Sicilia hasta Islandia, por el Atlántico norte y sur; y al parecer tenía un secreto, uno muy poderoso. Nadie se imaginaba qué podría ser, pero debería de ser el santo grial para explicar que Isabel de Castilla se hiciera seguir siempre por ese tal Cristóbal Colón.

[20] Desde tiempos griegos, ése era el nombre que se daba al estrecho de Gibraltar, la salida del Mediterráneo hacia el océano Atlántico.

[21] Los bereberes son los pueblos oriundos del desierto del norte de África. Los árabes invadieron esa zona aproximadamente desde el 670. Fueron bereberes convertidos al islam, bajo liderazgo árabe, quienes comenzaron la conquista de la península.

ENTRE CASTILLA Y LAS INDIAS

TRUJILLO, EXTREMADURA, ESPAÑA, 1499

Martín Cortés tomó el camino de Trujillo de la mano de su único hijo, que hacía poco había cumplido 14 años. Se celebraba el día de la virgen de Guadalupe y era tradición ir a visitar a la patrona de aquella tierra, tan generosa si uno sabía trabajarla. El Real Monasterio quedaba muy lejos y sus caminos se llenaban de peregrinos y, por añadidura, de maleantes. Por eso no iban hacia allá sino a Trujillo, como cada 8 de septiembre,[22] a la ciudad de origen de la familia a ver al resto de los parientes. Su destino final era Salamanca. Era un día importante para el joven Hernando.[23]

Hernán Cortés nació en torno al mes de julio de 1485, en un feudo llamado Medellín, como miembro de una familia, o red de familias, que dominaban los títulos y los favores reales en torno a la ciudad de Trujillo y sus alrededores. Eran hidalgos, hijos de alguien, es decir, familias nobles con mucha honra pero pocas tierras, con glorias del pasado pero penurias presentes, y un rasgo muy importante en aquellos lares de guerra santa por siglos dominadas por infieles: eran cristianos viejos.

Mejores días había vivido la familia en otros tiempos, cuando Isabel no era reina y los nobles eran libres. Un mundo llegaba a su fin frente a los ojos de Martín Cortés, y uno nuevo comenzaba a construirse, uno que no le gustaba, uno que no quería para su único vástago, uno donde había elegido el bando equivocado. Junto a casi toda la nobleza extremeña y andaluza, los Cortés, los Monroy, los Pizarro y los Altamirano habían tomado partido por la Beltraneja en aquella malhadada guerra de sucesión. ¡Quién les iba a decir que el poderoso rey de Portugal sería derrotado por una niña! Ahora, Hernán Cortés de Monroy y Pizarro Altamirano tenía menos oportunidades para el futuro.

Pero no había sido sólo la guerra. El mundo entero se transformaba ante su mirada. Martín sabía muy bien en cuál había crecido y cómo sobrevivir en él; pero no sabía qué le dejaba en heredad a su unigénito. Eran hidalgos nobles, pero no sabía si eso seguiría valiendo algo en el futuro; tenían tierra, pero la Corona ya no respetaba los derechos de los terratenientes; siempre habían sido funcionarios, pero

los cambios políticos los habían dejado fuera de las esferas de influencia; eran de tradición caballeresca, pero las órdenes y cofradías estaban siendo sometidas por los monarcas. Para Hernando sólo quedaba el camino de la universidad y las leyes.

Veinte años habían pasado desde la guerra en que Isabel tomara el trono. Era una soberana consumada, tratando cada día de acumular más poder, lo que sólo podía hacerse pisoteando los derechos de los nobles, aboliendo los fueros de las ciudades, vulnerando las franquicias universitarias y destruyendo las órdenes de caballería. Ése era el nuevo mundo. La nobleza ahora se compraba, las ciudades perdían su autonomía y se convertían en el sustento fiscal de los reinos, las universidades perdían su libertad de cátedra y los caballeros simplemente eran cosa del pasado. El nuevo mundo era para los mercaderes y los aventureros.

La guerra de sucesión castellana había divido en dos a la nobleza del reino. Fue ahí cuando Alonso de Monroy, gran maestre de Alcántara, se decidió por el bando portugués; y con él, casi todas las familias nobles de Extremadura. No era tema de aliarse con un país o con otro, conceptos muy difuminados en aquel tiempo; era un tema de fueros. Los nobles aún vivían un mundo medieval donde cada señor era amo de sus tierras y un par de su monarca; Isabel representaba algo completamente opuesto: la abolición de fueros en favor de la construcción de un reino centralizado. Isabel era un heraldo de la modernidad.

La guerra de sucesión por la Corona de Castilla se extendió por cinco años, y gran parte de los encuentros y combates se llevaron a cabo en Extremadura, finalmente un reino de origen medieval ubicado entre Portugal y Castilla, con una nobleza que había emparentado siempre de un lado o del otro y, por lo tanto, con intereses distintos. Las últimas batallas se dieron en torno a Medellín, entre caballeros de Santiago a las órdenes de Isabel, y caballeros de Alcántara al servicio de Alonso.

La guerra terminó en 1479, no tanto con una victoria definitiva de algún bando, sino con una negociación que parecía favorable a ambos contendientes. El objetivo de esas guerras medievales nunca era la aniquilación, sino mostrar una posición de fuerza que permitiera la negociación. Eso fue lo que ocurrió en la villa portuguesa de Alcaçovas, el 4 de septiembre de aquel año.

En Alcaçovas los poderosos acordaron los límites de su poder. Fue el tratado que terminó de dividir para siempre Portugal y Castilla, que desde siglos anteriores apostaban a que un día la unificación de las coronas sería ineludible. Así era, pero Isabel había decidido que su España naciera de la mano de Aragón.

El Tratado de Alcaçovas declaró la paz, cada una de las partes

reconocía a la otra como monarca legítimo y renunciaba a cualquier posible eventualidad que colocara a uno en el trono del otro; se definieron fronteras claras entre Portugal y Castilla, y el rey Alfonso renunció a cualquier reclamo territorial dentro de la península. A cambio, obtuvo que Isabel renunciara a la expansión de su reino por el océano Atlántico, los misteriosos y lejanos dominios que Portugal venía conquistando desde casi un siglo atrás. Mientras Portugal defendió el Atlántico, Isabel parecía apostar por el Mediterráneo. La historia dio vuelcos insospechados.

Se repartieron las islas atlánticas: Portugal mantenía su derecho sobre Madeira, Flores, Cabo Verde y Azores, mientras que Castilla obtenía finamente las islas Canarias. África era para Portugal; conservaba el derecho de conquistar Marruecos y de seguir navegando, explorando y conquistando hacia al sur, hasta Guinea, donde ya tenían su mina de oro, y más allá.

Dicha renuncia castellana al Atlántico sólo podía significar que Isabel pensaba que no había nada valioso más allá; o visto al revés, la renuncia de Portugal a la península y su obstinación por negociar los dominios atlánticos sólo podían significar que Alfonso pensaba que sí había algo más allá. O mejor aún, lo sabía.

Ése fue el gran secreto de Portugal, y en su momento el gran secreto que Colón pudo venderle a la reina Isabel: Portugal sabía lo que había más allá. Ese tipo de información, evidentemente, siempre eran secretos de Estado, y Portugal lo mantuvo así hasta que su dominio de lo desconocido se vio amenazado por una Castilla que descubría sus misterios.

¿Qué fue Cristóbal Colón, dentro de tantas posibilidades que ofrece la historia? Fue un poco de todo. Un explorador de espíritu aventurero al que el destino pagó su valentía; un espía de Portugal que navegó financiado por Castilla para dar la información del viaje al rey portugués; un navegante despechado que vendió a Castilla los secretos que arrebató a Portugal; un vividor astuto que logró que la reina castellana le validara tierras que ya había descubierto; un judío escondido; un traficante de información y tratante de esclavos. Lo fue todo.

Ese ambiente respiró Hernán Cortés desde su infancia. En Medellín creció como gente de campo, acostumbrado a no ver límites, a arriesgarse, a luchar, a ser fuerte. Del entorno familiar inmediato obtuvo una niñez mimada, como pasa con los hijos únicos, donde aprendió de su padre los valores e ideales caballerescos, la devoción religiosa y el espíritu rebelde contra la Corona. La relación con su madre era distante, probablemente no muy buena, con toda seguridad fría, quizá con poco cariño y reconocimiento…, y tal vez por lo que Cortés se dedicó en toda su vida a buscarlos en las mujeres.

De su entorno familiar más amplio aprendió el trabajo administrativo, la política, la construcción de redes sociales y la lealtad de clan que será evidente en toda su vida. De su ambiente social, esto es, de la Castilla en la que nació y creció, le tocó presenciar un mundo donde los poderosos aumentaban su poder a costa de los débiles; esto lo llevará a vivir una gran contradicción: el desprecio por el poder, el constante alejamiento del poder y la lucha inquebrantable contra éste; todo ello contrastado por la incansable búsqueda del poder.

Cortés nació en un mundo mucho más democrático que el que estaba construyéndose; aunque esa palabra y ese concepto no existiesen aún. El mundo feudal seguía reglas claras: incluso dentro de un reino, las ciudades y feudos eran independientes, poseían autonomía y normas propias que se regían según la voluntad de los ciudadanos, manifestada en un cabildo, y ni siquiera el rey, un primero entre iguales, tenía derecho a violarlas. El poder no era una imposición sino un pacto, un contrato social donde el vasallaje del súbdito era compensado con la protección del monarca.

En octubre de 1499 Cortés ingresó a Salamanca a estudiar leyes; indudablemente gran parte de lo que estudió fue el entramado jurídico del pasado, pero comprendió a la perfección la esencia de la ley y siempre la usó contra su monarca, a pesar de que éste llegó a ser el hombre más poderoso del mundo. Cortés aprendió que el poder es una construcción hecha con símbolos, por eso nunca se amedrentó ante la presencia de Carlos V.

La universidad de entonces era medieval en el mejor sentido del término: se adquiría una cultura general y amplísima, no sólo el conocimiento técnico. Además, era una actividad de tiempo completo; el educando vivía y dormía en la universidad, se entregaba a ella por completo día y noche, se fundía con ella. Es por ello que sus estudios jurídicos lo hicieron también un buen latinista, un gran versado sobre la gramática, y por añadidura de la lógica, por ende de la filosofía, un conocedor de los autores clásicos y un gran entendido de la teología.

De su entorno más universal, Europa, aprende precisamente la universalidad que era el espíritu de su tiempo, el humanismo antropocéntrico del Renacimiento, el ánimo optimista de vivir una nueva era. Eso le dejó el Viejo Mundo hasta los 18 años en que decidió partir hacia el Nuevo. Gran parte del hombre que será ya lo llevaba consigo al emprender la aventura, por lo menos en teoría. En el Caribe primero, y después en México, le tocará convertir la teoría en realidad.

Es muy cierto que al viaje americano se lanzaban principalmente los más desheredados, los presidiarios, los incultos, y por lo tanto los salvajes; no fue el caso de Hernán Cortés. Él representó, y quizá de ahí

se desprenda el gran liderazgo —incluso mesiánico— que llegó a tener, una luz entre tinieblas, un ilustrado entre ignorantes, un letrado en medio de iletrados, un filósofo de la vida, un humanista en medio de humanos que aspiraban meramente a sobrevivir.

El camino de Trujillo estaba más concurrido que de costumbre; desde hacía algunos meses, los trotamundos comenzaron a transitarlo a diario. Los taberneros y mesoneros estaban de plácemes por recibir viajeros prácticamente todos los días, mientras las meretrices se alegraban de recibirlos todas las noches. Comerciantes, aventureros y todo tipo de buscadores de fortuna viajaban a diario entre Toledo y Sevilla desde que se comenzó a esparcir la noticia: a partir de ese año de 1499, Isabel y Fernando concedían tierras en propiedad, y una serie de libertades, a todo aquel que se aventurase a las Indias.

Vivían una fiebre del Nuevo Mundo; y ésa era una de las razones por las que Martín decidió que el mejor futuro para Hernán eran las leyes. Todos los aspectos que rodeaban a las Indias eran inéditos, su misma propiedad estaba en litigio frente a Portugal, y cada nuevo aventurero firmaba contratos con la Corona para explorar o conquistar. El Nuevo Mundo necesitaría nuevas leyes.

A sus 14 años, el joven Hernán ya tenía claros sus pareceres sobre la vida, el futuro y el destino, y sentía que su camino cruzaba el mar para llegar al Nuevo Mundo. Los jurisconsultos sólo construirían la teoría de las Indias, serían los hombres de acción los que harían de eso una realidad. Pasaba tardes enteras mirando desde las torres del castillo de Medellín en dirección al océano y a sus sueños.

Pero en ese momento de su vida sabía que su obligación era callar y obedecer, jamás hubiese tenido el atrevimiento de no honrar la voluntad de su padre. Por eso iba a Salamanca, aunque sentía que caminaba en sentido contrario. Trujillo estaba a la mitad del camino y era un pueblo lo suficientemente próspero como para ofrecer abrigo a los viajeros, y ser por ello un nodo de comunicación. Todas las noticias del Viejo y el Nuevo Mundo llegaban ahí.

En cuanto al Viejo, los franceses seguían intentando robar las posesiones aragonesas en Italia, por lo que el rey Fernando había enviado a luchar al invencible capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, a cuyas tropas se había unido el que ahora, y por esa razón, era orgullo del pueblo, primo de Hernán por lado materno: Francisco Pizarro. En cuanto al Nuevo, el italiano Américo Vespucio acababa de publicar los mapas que cartografió en su viaje de exploración y dejaba claro que aquello era un continente. Esa información sólo podría augurar una guerra entre Castilla y Portugal.

La cabeza del joven Hernán absorbía todo lo que tuviera que ver con el Nuevo Mundo, aunque antes y después de su paso por Salamanca lo comprendería desde distintas ópticas. El muchacho que

iba rumbo a la universidad estaba interesado en las aventuras, en la naturaleza romántica, caballeresca incluso; el hombre que dejó los estudios tres años después, comprendía los entresijos legales y las oportunidades.

El 1 de marzo de 1493 había llegado a Galicia la carabela La Pinta, capitaneada por Alonso Yáñez Pinzón, quien de inmediato divulgó la reseña, sin dar detalles, del regreso de la exploración de Colón. Pero el almirante no había llegado aún y la reina no quería cruzar palabra con nadie que no fuera él. Cristóbal, al mando de La Niña, había echado ancla en Lisboa y de inmediato tuvo una entrevista con Juan II de Portugal. Llegó al puerto de Palos de la Frontera quince días después; y de ahí debió trasladarse a Barcelona para ser recibido por los reyes en el mes de abril.

Para cuando Colón se entrevistó con Fernando e Isabel, la noticia de su llegada ya había recorrido todos los rincones de España; no así, desde luego, los detalles de la exploración, que eran considerados un secreto de Estado que debía tratarse con la máxima confidencialidad. Máxime considerando que aquel viaje había violado el acuerdo que mantenía la frágil paz entre Castilla y Portugal.

Lo que recorrió el continente en unos cuantos días fue el rumor de que aquel navegante al servicio de Castilla había llegado a algún lado, aunque la ubicación y naturaleza de dicho sitio eran totalmente desconocidos. Cipango, China, las Indias, la especiería, ¿dónde habría tocado tierra Colón? Los habitantes, ¿eran humanos o algo diferente?, ¿hablaban y tenían alma?, ¿eran civilizados o salvajes?, ¿eran hijos de Dios?

La otra persona que llegó a Barcelona en abril de 1493 fue un embajador del reino de Portugal con una reclamación simple: el viaje de Cristóbal Colón había violado los tratados de Alcaçovas, pues el almirante había navegado más al sur de lo permitido, por mares que, según lo estipulado, estaban reservados para la exploración portuguesa. Aquello a lo que Colón hubiese llegado, era por derecho propiedad de Portugal.

Todo había sido muy extraño en el viaje de Colón. El navegante se presentó por primera vez en Sevilla en el año 1485, cuando apenas nacía Cortés; y logró audiencia con Isabel y Fernando al año siguiente. Desde entonces Colón presentó su proyecto, el que ya había expuesto en Portugal y Francia, y desde entonces fue rechazado por los sabios de la Universidad de Salamanca.

La redondez de la Tierra era algo que todos tenían claro, comenzando, desde luego, por los navegantes. Lo que se discutió en Salamanca no fue eso, sino los datos que aportó Cristóbal. Su proyecto era simple y ambicioso: una vez cerrada la ruta oriental por los turcos y con Portugal dominando el contorno africano, la única opción que

quedaba para abrir una nueva ruta era llegar al oriente navegando por occidente, es decir, rodeando.

La lógica del proyecto era contundente, pero las cifras que daba Colón hacían el planeta mucho más pequeño de lo que se sabía que era; es decir, si se armaba una flota con esos datos, era seguro que los víveres y materiales no serían suficientes para completar la travesía; pero con los números correctos la empresa era incosteable. La experiencia de Colón era evidente y admirable, de lo que sólo se podía deducir que no podía estar equivocado en su información, por lo que sólo quedaba una posibilidad: mentía.

Más allá de la imposibilidad de llevar a cabo dicha empresa, había algo más que hacía dudar a los eruditos universitarios: todo indicaba que habría que navegar por mares que se habían reconocido como monopolio portugués. El viaje era imposible. Una negativa de los académicos habría sido suficiente un siglo atrás, pero Isabel construía un nuevo tipo de autoridad, una de carácter absoluto, por lo que el consejo de los doctores quedó en simple recomendación.

Algún vínculo más allá de lo comprensible se estableció entre el aventurero y la reina, o algún dato de más aportó Colón a Su Majestad, quien desde 1486 se empeñó en que ese proyecto debía llevarse a cabo. Cristóbal quería zarpar de inmediato, pero la reina tenía claros sus límites y sus prioridades. Primero los moros, primero terminar la conquista del reino de Granada. Una vez logrado eso podría depositar su mirada en el océano. Pero creía en el proyecto, por eso a partir de ese momento le asignó a Colón un sueldo como consejero y lo mantuvo siempre cerca de ella.

Así fue que, algunos años después, Cristóbal Colón estaba con Isabel en Santa Fe, la ciudad que los reyes habían construido a las puertas de Granada para mantener el asedio. Ahí presenció Colón la entrega de la ciudad. El último reino de los moros había caído. Sabía que era su momento.

Tan sólo cuatro meses después de la conquista granadina, ya había firmado con los Reyes Católicos el contrato de la expedición: las capitulaciones[24] de Santa Fe. Desde Santa Fe se dirigieron los monarcas y el almirante hacia el Real Monasterio de Guadalupe para pedir por el bien de la misión, la obra de Dios y la gloria de Castilla; hacer votos y promesas, y dejar regalos. Será uno de los primeros lugares a los que irá don Cristóbal a su regreso.

Zarpó Colón de Palos de la Frontera en agosto de 1492, y a dicho puerto volvió en marzo del siguiente año, después de sólo llegar a un puñado de islas, pero con noticias suficientemente halagüeñas como para que la reina decidiera organizar otro viaje, ahora con mil quinientos hombres en diecisiete naves. Colón dejó Cádiz en septiembre de 1493 para no volver sino hasta junio de 1496. En su

ausencia, pero con sus datos, Portugal y Castilla negociaban ante el papa un acuerdo para el reparto de un continente cuya existencia, en teoría, todos desconocían hasta ese momento.

Toda la información, la verdadera y la legendaria acerca de las Indias, se agitaba en la mente de Hernán Cortés. Aplazó sus sueños para ir a la universidad, pero su mente estuvo desde entonces concentrada en el inmenso imperio del océano.

[22] La fiesta de Guadalupe en Extremadura se conmemora el 8 de septiembre. Hacia el siglo XVI, todavía se celebraba la fiesta mexicana ese día, como señaló fray Servando en su sermón guadalupano. La fecha se cambió al 12 de diciembre para adaptarla a las tradiciones de los pueblos indígenas, que ya peregrinaban en diciembre al cerro del Tepeyac. Hoy, a la Guadalupe de Extremadura se le festeja también el 12 de octubre con el título de reina de la hispanidad.

[23] El nombre de Cortés era Hernando, también escrito como Fernando. Hernán es un apócope que él de hecho no usaba. Hernán es el nombre usado por la narrativa histórica.

[24] Capitulaciones se refiere a un contrato legal que está formado precisamente por diversos capítulos.

EL IMPERIO DE LOS OCÉANOS

SANLÚCAR DE BARRAMEDA, ENERO DE 1504

Nadie hubiese pensado que los conquistadores de los mares nacerían en Extremadura. En medio de la Tierra. En la frontera extrema del reino, esa dura provincia estaba alejada de los océanos, distanciada de puerto alguno y también de la corte toledana, con gente de campo, sencilla y de mucho trabajo, con poco mundo y mucho arraigo, colocada por los azares de la política y por vicisitudes de la guerra en el epicentro de un conflicto entre Portugal y Castilla; y por eventualidades de la geografía, a medio camino simbólico entre Castilla y el Nuevo Mundo.

Ahí estaba Hernán Cortés, a medio camino. De pie entre su infancia y su madurez, definiéndose entre la estabilidad universitaria o la aventura, entre Castilla y las Indias. Había tomado una decisión y necesitaba el apoyo de toda su familia, principalmente el de su padre. No se marchaba a un encuentro con la incertidumbre, él tenía un plan, pero quería dejar una raíz sólida y fuerte en aquel lado del mundo antes de lanzarse a las islas remotísimas que algunos cartógrafos alemanes e italianos comenzaban a llamar América.

Dejaba atrás cuatro años de una vida que transcurrió entre los estudios de la Universidad de Salamanca y las aventuras del Mediterráneo, entre la disciplina y las correrías; entre libros, mujeres y juegos de cartas. Llegó a Salamanca en 1499, con 14 años, para cursar estudios de humanidades, gramática, latín y leyes. Con los papeles de bachiller en la mano, para honrar la voluntad de su padre, decidió que ya era momento de fijar su propio camino, y éste no eran las leyes ni los recintos académicos. Tampoco era servir a la Corona; de hecho, Hernán Cortés, a sus 18 años, se encaminó por la senda que no habría de dejar nunca: alejarse del poder real y combatirlo.

Mucho había aprendido en Salamanca, quizá lo más importante era la fuerza que podía llegar a tener la pluma por encima de la espada, la ley por encima del monarca. La situación de las Indias estaba llena de recovecos legales, y el que fuera entendido en dichos vericuetos podría obtener muchas ventajas. Finalmente, después de postergar su destino por varios años, Hernán Cortés se encontraba en el puerto que era la salida de Europa, o la puerta de entrada a las Indias.

Cuánta historia vería aún pasar Sanlúcar de Barrameda, destinado a convertirse en el eje del mundo moderno por ser el puerto natural de Sevilla y la extensión política y administrativa de dicha ciudad. Para los castellanos, el origen de Sevilla se perdía en los albores del tiempo. Fundada quizá por fenicios y dedicada al dios Baal, diez siglos antes del nacimiento de Jesús. Vio llegar a los romanos que fundaron el enclave de Itálica, a los visigodos que la engrandecieron y a los moros que la conquistaron, hasta la gloriosa llegada del rey Fernando III, que en 1248 la recuperó para los dominios de la cristiandad.

La guerra santa estaba en los orígenes de Castilla y la posterior construcción de España. Eso es fundamental comprenderlo; no sólo para entender el fervor religioso del que estarían imbuidos los grandes forjadores del país y su imperio, sino para conocer también el complejo entramado legal en el que se sustentaba.

Los reyes no conquistaban solos, necesitaban nobles guerreros, y a dichos nobles siempre tendrían que premiarlos con tierras, títulos y privilegios. Contra esos privilegios fue contra lo que tendría que luchar Isabel para construir un reino centralizado; y en ese esquema de repartimientos se basaría más adelante Cortés para la formación de Nueva España: repartir títulos, tierras y privilegios entre tlaxcaltecas, texcocanos, aztecas y españoles.

En el caso de Sevilla fue Alonso Pérez de Guzmán, conocido como Guzmán el Bueno, quien se enfrentó a los moros del norte de África y logró mantener la ciudad en manos de la cristiandad, por lo que en 1282 el rey Alfonso X, el Sabio, le entregó en recompensa el señorío de Sanlúcar de Barrameda y la villa de Alcalá Sidonia.

Ése fue el origen de lo que con el tiempo se conformaría como el ducado de Medina Sidonia, que abarcaba la ciudad de Sevilla, la cuenca del Guadalquivir y los puertos atlánticos desde los que se llevó a cabo la exploración y colonización de América. Con ese poderío, sería evidentemente uno de los blancos de Isabel y, más adelante, de Carlos V. Quizá por eso resultaría también uno de los grandes aliados de Hernán Cortés en su eterna batalla contra el emperador.

El joven Hernán Cortés reflexionaba con la mirada puesta en el horizonte. Es imposible que imagine, siquiera remotamente, lo que le depara el destino. ¿Quién es el hombre que finalmente se ha decidido por las Indias? ¿Qué visión se puede tener con 18 años y una vida que sólo ha conocido el campo y la universidad? Para comprender lo anterior hay que penetrar en la vida del feudo de Medellín y observar el papel que Martín, su padre, y su familia en general, desempeñaban dentro de esa sociedad.

Por el lado materno, aunque la ausencia de dicha figura es notable en la psicología de Cortés, los Pizarro fungían como los amos de Trujillo, ciudad con plaza y mercado de la que Medellín era extensión

campestre. Eso implicaba una vida de rudo trabajo diario, de campo, administrativo y bélico, a cambio de una existencia relativamente holgada. Los Altamirano eran de tradición universitaria; el abuelo se desempeñaba como jurista y notario de Salamanca, y trabajaba en el palacio de los condes de Medellín.

En el lado paterno estaban los Monroy, de tradición religiosa y caballeresca, lo cual implicaba la disciplina de estudio y prácticas de combate, que fueron adquiriendo nobleza en siglos anteriores gracias a las guerras de reconquista. De todo el entramado familiar lo menos notable, o de lo que menos datos hay, parece ser precisamente el lado Cortés; de Martín, no obstante, sabemos que era regidor y procurador general del consejo de la villa de Medellín, cargos públicos que sólo se encomendaban a personas de dinero. Fue Martín un hombre educado que se dedicó al trabajo administrativo de la corte en tierras extremeñas.

Ver esta red de manera completa nos hace comprender que aquel Hernán de 18 años era una persona educada, sabía leer y escribir, tenía formación religiosa, creció en un entorno donde las leyes y su manejo eran algo común, quizás haya adquirido de ahí sus rudimentos de latín; tuvo instructores en su infancia por lo que seguramente sabía montar a caballo y manejar la espada. Por lo demás, era con toda certeza un niño y un joven mimado, sabía que debía tomar las riendas de su vida, pero no lo apremiaba la necesidad; se podía dar el lujo de ir a la universidad y, mejor aún, de faltar a sus clases porque el mundo exterior le resultaba más emocionante.

El joven que ingresó en Salamanca no creía necesitar la universidad para la vida; el hombre que egresó, lo tenía claro. Cortés residió de manera permanente en Salamanca entre 1499 y 1503, cuando un título de bachiller en la mano y demasiada sed de aventuras lo hicieron lanzarse a recorrer las costas mediterráneas, coqueteando incluso con la idea de seguir los pasos de su primo Pizarro y enrolarse en las filas que Gonzalo Fernández de Córdoba, conocido como el Gran Capitán, comandaba en Italia. Lo cierto es que lo suyo no era obedecer órdenes, quizá por eso optó por el caos americano.

Hernán vivió en la casa de su tío Francisco Núñez, académico de la universidad casado con una media hermana de Martín Cortés. Fue un buen estudiante, eso quedaría claro por su actitud durante el resto de su vida; siempre leyó, era dado a la reflexión y siempre que necesitaba meditar se entregaba de lleno a la escritura. Pasaba tardes enteras en sus oficios de escritor, siempre citó a los clásicos y dejaba claro su buena comprensión del latín. Finalmente tuvo grandes maestros como el célebre Antonio de Nebrija, autor de la primera gramática castellana, cuyo primer volumen regaló a la reina Isabel con la contundente dedicatoria: “No olvide que la lengua ha sido siempre

compañera del imperio”.

¿Por qué abandonó sus estudios Hernán Cortés? Como muchos, entonces y ahora, porque no le gustaban. Ingresó a Salamanca tan sólo para cumplir con su padre, pero nunca con la convicción del estudio; en esa área resultó muy hábil, pero estaba lejos de su vocación.

Una vez bachiller, el paso siguiente era seguir estudios para alcanzar un doctorado, lo cual implicaba recluirse en la universidad, vivir en bibliotecas y, siguiendo las costumbres de la época, hacer votos de castidad y obediencia. Nada más lejos de su personalidad. Prefirió el llamado a la aventura, que le murmuró por primera vez al oído en el año 1502, cuando las circunstancias se acomodaron, aunque todavía se las ingenió para desoírlo por dos años más.

En 1500, Cristóbal Colón y sus hermanos volvieron de América encadenados en el fondo de una galera a Sanlúcar de Barrameda, acusados de todo tipo de malos manejos y fraudes, pero, ante todo, de tráfico de esclavos. Colón fue destituido de los cargos de gobernador y virrey que había logrado obtener de la reina, por lo que fue necesario entonces nombrar un nuevo gobernador. Éste fue Nicolás de Ovando, comendador de la orden de Alcántara que había sido nombrado tal por el entonces gran maestre, Alonso de Monroy, tío de Hernán.

Alonso de Monroy había luchado en el bando de la Beltraneja y fue exiliado por la reina Isabel, pero Ovando sobrevivió a la defenestración y siempre estuvo agradecido con la familia de don Alonso. Nicolás de Ovando no iría solo, evidentemente necesitaría gente, un equipo de gobierno para las Indias. Algo se despertó en la mente de Cortés. Francisco Pizarro se enroló en la tripulación de Ovando, y eso fue lo que faltó para que el joven Hernán, que admiraba a su primo, se reclutara también. Sin embargo, el día en que el barco zarpó de Sanlúcar, Cortés no llegó al puerto.

Dejó la universidad, eso está claro, pero no se presentó a la primera llamada de su cita con el porvenir, según alegaría después, a causa de un accidente: tuvo que salir apresurada e intempestivamente de la habitación de una mujer casada, cayó de un balcón y se lastimó la pierna. Fue entonces que decidió vagar por las costas, observando las opciones que ofrecía la vida, buscando su destino. Recorrió villas, tuvo amoríos, inocentes y adúlteros, según parece algunos duelos, y para solventar esa breve vida sin preocupaciones, trabajaba como escribano y notario.

Pero su padre pasó por su mente. Siempre su padre, el único hombre al que obedecería en toda su vida. Fue así que, después de unos dos años de correrías, decidió finalmente que era tiempo de sentar cabeza. Había analizado las opciones, definitivamente serían las Indias.

Habló con su padre y con su familia, tomó nota de qué parientes y

amigos estaban ya avecindados en Santo Domingo, sopesó sus contactos, hizo cálculos políticos y análisis legales. Su familia había adquirido tierras y títulos en el pasado a base de exploración y conquista, pero Castilla ya no era un mundo para eso. Las tierras para obtener títulos estaban ahora más allá de los mares, en el imperio que se construía lentamente allende el océano.

Castilla era una fuerza vital, un impulso, un motor. Eso lo aprendió en las sesiones históricas de la universidad. Castilla había sido depositaria de un destino irrenunciable, o quizá fue simplemente el reino que sí supo aceptar la gloria que la providencia les ofrecía a todos los reinos cristianos de la península: construir España. Desde Castilla, en el norte, surgió la voluntad guerrera que fue empujando hacia el sur a los infieles. Castilla fue conquistando y avanzando, imponiendo, dominando. Amalgamó a los demás reinos, se casó con ellos, los unió en la guerra santa.

Ahora ese impulso había dominado toda la península y seguía adquiriendo fuerza. Ahí estaba en el ambiente el fervor religioso, ahí la misión divina, ahí también todos los guerreros que se quedan ociosos en tiempos de paz, los caballeros y aventureros despojados de una causa, el dinamismo económico, la sed de conquista. Ahí estaba la fuerza de seguir avanzando cuando Castilla terminó de conquistar su propio territorio…, entonces el impulso vital se derramó por el océano y llegó al otro lado.

Pero lo que tenía claro Cortés era que esa vieja Castilla no era capaz, no de momento por lo menos, de realmente poseer ese Nuevo Mundo. Lo había encontrado por error sin estar lista para una expansión. El Nuevo Mundo cobró vida propia y comenzó a llamar, y la gente empezó a salir, y de pronto los barcos dejaban los puertos a diario. Pero no había suficientes personas, ni el adecuado conocimiento, ni el andamiaje legal, ni los recursos. No había nada. El Nuevo Mundo era un maravilloso lienzo en blanco. El terror del artista era el aliciente de Hernán Cortés. Había un espacio para crear.

Castilla había arrasado de norte a sur, y en su camino fue arrebatando a los infieles esas tierras que ahora formaban Extremadura; pero fueron los extremeños los hijos del gran impulso castellano. Fueron ellos quienes lucharon, repoblaron los territorios y comenzaron a tomar el rumbo de Sevilla siguiendo el perfume de la aventura; fueron quienes vieron los barcos y el océano, y oyeron hablar del mundo de posibilidades que presentaba el nuevo imperio de los océanos. Fueron ellos quienes se lanzaron al vacío.

LAS ISLAS REMOTÍSIMAS

SANTO DOMINGO, ABRIL DE 1504

Se salía de Sevilla fluyendo por el Guadalquivir hasta arribar a Sanlúcar de Barrameda, donde se presentaba imponente el llamado Mar Océano. Tres días más de navegación lo conducían a uno hasta las islas Canarias, último reducto donde un castellano podía sentirse en casa. Por delante quedaban cuatro semanas de agua salada e incertidumbre antes de ver el azul claro, turquesa y lapislázuli, de las islas remotísimas, y llegar finalmente a La Española.[25] Ése era el viaje al vacío.

El vacío fue precisamente a donde llegó Hernán Cortés. No había civilización, ni recursos, ni leyes. No había nada. No había comida ni forma eficaz de producirla, y eso se debía a que, para 1504, prácticamente no había población local. Ése fue el páramo desolado al que llegó Cortés, un Caribe que había sido destrozado por el empuje irracional de los castellanos, la mala administración de Isabel, la desidia de Fernando y la ambición desmedida de Cristóbal Colón y su clan.

Cortés había leído antes de llegar y seguía leyendo en el trayecto. Leer era un doble privilegio, en tanto significaba que uno tenía el conocimiento para hacerlo, pero, ante todo, la capacidad de adquirir ese rarísimo tesoro que eran los libros, uno cuyo valor casi nadie comprendía en aquel mundo, que más valía otorgaba a la piel con la que estaba confeccionado el objeto que al misterioso contenido de sus letras. Leyó diarios de marineros, informes, cartas y las utopías que ya desde entonces eran imaginadas acerca de los taínos: el pueblo que habitaba esas islas, y que los humanistas tomarían como modelo para su teoría del buen salvaje.

Era difícil para Cortés encontrar al buen salvaje en los vestigios de la población local de Santo Domingo, pero era relativamente sencillo hallar al mal salvaje: eran ellos. Los que habían destruido todo en el transcurso de diez años. Las teorías del buen salvaje estipulaban que en el Nuevo Mundo estaba el ser humano en su estado original, con la pureza con la que había sido creado por Dios, sin la malicia del pecado europeo; pero lo decían autores de camerino que nada sabían de las Indias, y que jamás habían visto a un buen salvaje devorar a un

amigo suyo.

Ése fue el principal impacto que recibió cada europeo: el canibalismo. No era una práctica común entre los indios civilizados, que los había, aunque eso dependía por completo del concepto que se tuviera sobre la civilización. Había indios en comunidades de agricultura desarrollada, con sistemas políticos y protocolos sociales, y que desde luego no incurrían en el canibalismo. Pero había comunidades de islas pequeñas, sin capacidad agrícola y con escasez de recursos, que en efecto recurrían a dicha práctica. Lo más abominable que un cristiano podía concebir en su mente.

Los taínos eran los seres humanos que habitaban todo aquello que había descubierto Colón, que no era mucho: un puñado de islas en el mar que ya para entonces llamaban Caribe, muchas leguas de tierra por demás inútiles, islotes llenos de caníbales y algunas costas con indicios de ser el inicio de tierra firme, como habían dejado claro los viajes que Américo Vespucio y Juan de la Cosa habían realizado entre 1499 y 1500. Los de las islas grandes eran pacíficos y cautelosos, los de las islas pequeñas eran devoradores de hombres…, y sólo leyendas corrían acerca de los que habitaban aún más allá.

Cortés comprendió que no había ni un buen ni un mal salvaje. A él, la experiencia del Caribe le mostró que el alma humana es como una arcilla fresca, que es completamente moldeada por las circunstancias y las vivencias. Con el tiempo, tras quince años de vivir entre taínos, el encuentro con mayas y aztecas le enseñó eso. Llegó a tierras más civilizadas, con ciudades y riqueza; y ahí la política era tan compleja como en Europa, los hombres podían ser tan santos como un fraile o tan terribles como un pirata, y las conspiraciones por el poder eran el pan de todos los días.

No había un buen o un mal salvaje. Sólo había humanos que habían construido algo diferente con su alma. Según lo estudiado en Salamanca, el alma de los indios no fue algo sobre lo que Cortés albergara duda alguna: hablaban, razonaban y sentían. Cualquiera que, como él, hubiese leído a Tomás, Agustín o Alberto Magno, sabía que esas facultades residían en el alma. Pero algo más había en el alma humana, algo que resultaba ser la fuente de todos los conflictos, algo que impulsaba al hombre a la batalla, a la irracionalidad absoluta. Con el tiempo, Cortés descubriría que ese resquicio del alma humana no es otro sino el miedo.

Aquellas islas remotísimas a las que llegó Hernán en 1504 eran el resultado de la ambición del clan Colón y la poca supervisión de la Corona de Castilla. Don Cristóbal había arribado en 1492 y precisamente ahí, en La Española, estableció la primera comunidad, llevado por las circunstancias más que por los planes, ya que al encallar la Santa María contaba con un barco menos pero también

había tablones de madera, por lo que decidió establecer el fuerte al que en honor a la fecha llamó Navidad. Cuando volvió un año después, todos estaban muertos. Quemados y devorados.

En su primer viaje Colón tocó pocas islas; él y su tripulación convivieron con pocas comunidades indígenas e hicieron algún intercambio comercial bastante escueto. Aunque desde entonces vio el almirante los polvos de oro que serían la desgracia del Caribe. No hubo resultados apabullantes, nada para que aquel primer viaje se pagara solo, pero, al parecer, lo suficiente como para que la reina y sus banqueros decidieran que valía la pena seguir invirtiendo.

El viaje de Colón fue una empresa, Isabel fue la socia capitalista y las capitulaciones de Santa Fe no fueron sino un contrato de negocios entre particulares. Los viajes de exploración eran una sociedad compartida entre súbditos y monarcas; el súbdito ponía, ante todo, el riesgo de vida, además de su experiencia, talentos y conocimientos de navegación, pero también era costumbre que aportara una cantidad en metálico.

Tras el viaje, se descontaba primero el gasto y lo que restaba era la ganancia de los participantes, previo descuento de la quinta parte del tesoro, que era la ganancia del rey en cuestión. Lo que la Corona aportaba era, ante todo, legitimidad, el marco legal del viaje y estatus de los futuros descubrimientos.

El contrato de Colón fue extraño desde el comienzo. Convenció a Isabel de aportar todo a cambio de noventa por ciento de las ganancias. Es decir, los reyes contribuían con la legitimidad, la certeza jurídica ¡y todo el dinero! Sobra decir que Colón aportaba el conocimiento. Pero Colón no era más diestro que cualquier otro navegante, o con más experiencia, ¿por qué cerrar un trato donde el aporte económico lo ponía tan sólo la Corona?

Eso no fue todo. Colón no se llevaba sólo su diez por ciento, lo cual podría parecer poco. Más allá de los dividendos, exigió que se le reconociera como propietario de las islas descubiertas. Para la reina habría un porcentaje de noventa por ciento sobre las ganancias del viaje, sólo del viaje; las islas y su riqueza serían de Colón, quien, además de la propiedad, exigía el título de almirante del Mar Océano y ser nombrado gobernador y virrey de todo lo descubierto. Colón pedía todo a cambio de nada. A menos que, dentro de lo que le tocaba aportar —el conocimiento— hubiera algo más, algo que sólo Colón podía ofrecer.

Lo descubierto sería parte de la Corona de Castilla e Isabel la soberana; pero todas las tierras estarían bajo un régimen de propiedad privada para Colón y sus descendientes. Como propietario y descubridor de algo que, evidentemente debería ser colonizado, resultaría obvio nombrarlo gobernador…, pero ¡virrey! No tenía

sentido que Isabel estableciera una dinastía competidora en manos de un don nadie…, a menos, claro, que también lo traicionara con el tiempo.

Pero lo más extraño en ese contrato en el que Colón recibe todo a cambio de aparentemente nada es el tiempo verbal en el que se redacta, ya que nombra a Colón como propietario, gobernador y virrey de las tierras descubiertas; así, ¡en ese tiempo verbal! En pasado, lo ya descubierto. No es cosa baladí ni algo que se pase por alto en un contrato tan importante. Colón exigió ser nombrado virrey de algo que ya descubrió, y eso fue lo que aceptó la reina.

Todo se aclara si se vuelve años atrás y se recuerda que en aquel tiempo los descubrimientos eran secretos de Estado, sobre todo aquellos de los que cualquier otro competidor no sabía nada. Portugal descubrió la mina de oro de Guinea desde 1440, pero no le anunció triunfantemente su descubrimiento a los demás reinos. Es mejor si nadie sabe nada sobre tu mina de oro. Los reclamos territoriales se hacen hasta que alguien está en calidad de llegar a donde tú has llegado, y disputarlo. Así era la lógica de aquellos viajes de exploración.

Fue así como Portugal llegó a las Canarias desde 1360, pero no las disputó con Castilla hasta cien años después; arribó a las Azores desde 1415 y no se apresuraron a anunciarlo, y así sucedió con todos sus descubrimientos atlánticos y africanos; y, poco después, con los americanos. Ahí estaba el secreto de Colón.

Es imposible saber a qué edad y en dónde comenzó a navegar Colón, pues es un hecho que todo lo que se conoce de su vida antes de que lo veamos en Portugal, en 1476, es falso. Pero para ese año tenía unos veinticinco de edad y gran experiencia como marinero y cartógrafo; es evidente que conocía el Mediterráneo, que había navegado el Atlántico norte y que sabía trazar y medir los cielos.

La leyenda dice que Colón llegó a la corte de Lisboa tras un naufragio; los diez años que transcurrieron hasta que se entrevistó por primera vez con la reina Isabel, navegó al servicio de Portugal, y de manera intensa. Había surcado los mares desde Islandia hasta Guinea, había bogado por África, había rodeado las Azores y más de una vez se había perdido llevado por los vientos.

La gran pericia de Colón fue entender la dinámica de las corrientes marítimas y de los vientos, su movimiento circular que permite, por vez primera en la historia de la navegación europea, establecer rutas y no ser una cáscara de nuez dependiente del azar. Los mares y los vientos siempre se mueven en la misma dirección, respondiendo a patrones y de manera circular. Comprender eso supone un antes y un después en la era de la exploración. Lo difícil respecto a los lugares no era llegar, sino tener la certeza de volver.

Colón había llegado muy lejos, quizá a donde otros portugueses llegaron también; a donde llevan los vientos del Atlántico sur y por donde vuelven las olas del Atlántico norte; a América de ida y vuelta. No es un periplo tan largo desde los dominios portugueses como Azores y Cabo Verde, no está más lejos de Portugal que la propia Mina de oro, [26] y es a donde llevan las corrientes de manera natural, a ese lugar que después llamarán Brasil.

Portugal anunció el descubrimiento de Brasil en 1500; pero lo que ocurrió realmente ese año fue el reclamo oficial. Portugal declaraba la propiedad de Brasil, sin que esto pudiera ser disputado por alguna otra corona. No acababan de llegar, sino que en 1500, después de los viajes que Isabel ordenó a Vespucio y Juan de la Cosa, la existencia de Brasil, y de todo un continente, quedaba clara; y por vez primera Portugal debía defender algo que era suyo desde décadas atrás, cuando nadie lo sabía.

Diez años navegó Colón al servicio de Portugal en las ignotas aguas occidentales. La existencia de islas remotísimas era conocida, la posibilidad de que hubiera más, y de mayor dimensión, incluso un continente, siempre estaba ahí; y la certeza de que no era China, Japón o la India era clara según los datos de redondez y tamaño de la Tierra que los navegantes tenían desde tiempos del sabio Eratóstenes,[27] tres siglos antes de la era cristiana.

Colón presentó un proyecto de navegación al rey de Portugal. Proponía seguir navegando al occidente hasta llegar a Cipango, que era como entonces llamaban a Japón, y dominar esa ruta comercial. El rey de Portugal rechazó el plan de Colón, aunque autorizó a otros exploradores a ir por la misma ruta; quizá porque el navegante tenía poco que ofrecer al monarca, o tal vez nada, y le exigía lo mismo que a Isabel: todo.

Desde 1479, con la paz tras la guerra de sucesión, Castilla se había comprometido a no navegar más al sur de las Canarias y a respetar el monopolio de Portugal en el Atlántico. La corte en Lisboa mantenía asegurada esa ruta y disponía de todos los datos que era posible tener. Colón no tenía nada para ellos. En cambio, Isabel desconocía la existencia de las islas remotísimas, que estaban tan lejos y eran tan desconocidas que ni siquiera estaban sugeridas en el tratado de Alcaçovas.

Colón sabía que existían, cómo llegar y, lo más importante de todo, conocía el camino de regreso. Estaba enterado también sobre el tipo de mercancías que encontraría, pues las detalló en las capitulaciones de Santa Fe, y sabía que no estaban consideradas en los acuerdos entre Portugal y Castilla. Colón tenía mucho para Isabel. Le ofrecía todo, por eso pedía tanto a cambio. Entregaba nuevas tierras para la Corona de Castilla, y a cambio sólo pedía ser gobernador y virrey. Se daba un

pacto perfecto; Colón ofrecía lo que no era suyo, y a cambio, Isabel ofrecía algo que en realidad no estaba dispuesta a entregar.

La travesía se convirtió en un verdadero conflicto cuando la información llegó al conocimiento de Juan II de Portugal; pero es importante recordar que la obtuvo sólo porque Colón fue a ofrecérsela de primera mano al volver de su primer viaje, ¡incluso antes de presentársela a Isabel!, su patrocinadora y su socia. Colón llegó a Lisboa en marzo de 1493 y dio todos los detalles del viaje el rey portugués. Habían navegado por debajo de lo estipulado en Alcaçovas. Los descubrimientos de Colón pertenecían legalmente a Portugal. Isabel lo sabía.

Los monarcas en litigio acudieron al arbitraje del papa Rodrigo de Borgia, Alejandro VI, el aragonés que como legado papal consiguió la autorización para el matrimonio de Isabel y Fernando, y que llegó al trono de san Pedro el 11 de agosto de 1492, pocos días después de que zarpara el viaje de Colón. De las negociaciones entre ambas coronas fue signado el Tratado de Tordesillas, donde Portugal defendió a muerte el espacio donde, en teoría, no sabía que estaba Brasil.

La expedición castellana navegó más al sur de las Canarias; eso estaba claro. Lo que se argumentó es que dicho viraje al sur se dio muy lejos de tierra firme, más lejos de Europa y África de lo que nadie jamás hubiese navegado, y que esa posibilidad ni siquiera se había contemplado en el acuerdo de 1479. Eso era cierto. Por eso la solución que se propuso fue la de siempre: dividir el mundo entre los poderosos.

La división se fundamentó en dos líneas: una que se basaba en el paralelo de las Canarias y separaba el mundo en dos: norte para Castilla y sur para Portugal; y otra basada en un meridiano, llamado línea Alejandrina, que fue el tema de controversia, que dividía el mundo en dos: el oeste para Castilla y el este para Portugal. Eso dejaba un cuadrante inmenso del mundo bajo dominio portugués, que incluía toda África y el océano Índico…, y a cambio de eso, España se conformaba con la parte del mundo en la que no había nada. Eso no dejaba de ser sospechoso.

La controversia en torno a la línea fue simple. Tomando como referencia el último punto conocido del océano —las islas Cabo Verde —, se trazaba la línea que dividiría el mundo. Portugal negoció con agresividad mover esa línea más al occidente, hacia mares ignotos, hacia donde no había nada. Portugal defendió tenazmente su nada. Quiso la casualidad que en ese hueco del mapa quedara Brasil.

Mientras los contenciosos seguían su marcha, Colón e Isabel apresuraron los preparativos de un segundo viaje con plena intención de colonizar. Diecisiete navíos con mil quinientas personas zarparon del puerto de Cádiz el 25 de septiembre de 1493, y volvieron al

mismo punto el 11 de junio de 1496. En ese viaje se dio inicio al establecimiento de castellanos en las islas remotísimas y comenzaron a aparecer los siguientes protagonistas de la historia, quizá el principal de ellos, un tal Diego Velázquez.

En dicho segundo viaje comenzó la desgracia para el Caribe. Colón empezó a vender apoyo militar a unos pueblos contra otros, saqueó comunidades enteras, arrasó plantíos de los pueblos taínos y, desde luego, tomó todo el oro que pudo y obligó violentamente a los indios a pagar un tributo en oro cada mes. Aunque el viaje terminó oficialmente hasta julio de 1496, varias carabelas hicieron más de una vez el viaje de ida y vuelta, para pedir víveres y refuerzos, y para enviar los primeros cuatrocientos esclavos que vendió Colón.

El tercer viaje salió de Sanlúcar de Barrameda a mediados de 1498, y es el que terminó con el almirante y sus hermanos encadenados en la mazmorra de un barco, para ser presentados ante los Reyes Católicos, acusados de usar la violencia y de traficar esclavos. Nada que no supiera Isabel, pero representaba la oportunidad perfecta para que la reina de Castilla rompiera sus acuerdos con Colón y lo despojara de todos sus títulos.

Ya había expulsado a los judíos que había jurado proteger y a los moros, cuya religión y costumbres iba a respetar; ya había comenzado la abolición de fueros en las ciudades, ya había arrebatado los maestrazgos de las órdenes de caballería y, ahora, con las islas remotísimas en sus dominios, ya había quitado de en medio a Cristóbal Colón. No era tarea fácil construir un reino.

Resultaba evidente que el almirante era culpable de maltrato y violencia física contra los indios, que los utilizaba como su servidumbre personal, que los azotaba, que traficaba esclavos a colonias portuguesas, que administraba mal, por decir lo menos. La reina lo liberó y le pidió que se portara mejor. Le permitió que volvería como explorador, pero despojado de sus títulos. Fue cuando designaron gobernador a Nicolás de Ovando.

A esas islas remotísimas llegó Cortés en 1504, a un inmenso vacío legal donde menos de dos mil aventureros hacían de las suyas, daban rienda suelta a la violencia, vendían esclavos y trastocaban todo el orden de los naturales al disponerlos obsesivamente a la búsqueda de oro.

No había plan ni orden alguno, pues lo que el clan Colón había establecido era una simple explotación. Se había convertido en un nido de piratas rebosante de blasfemias, maldiciones, traiciones, pasiones desatadas, búsqueda de placeres y conspiraciones políticas. A ese Santo Domingo llegó Cortés el 6 de abril, y Nicolás de Ovando lo estaba esperando.

Ovando llevaba dos años en la isla tratando de revertir los terribles

efectos de la política de Colón. La Corona dejaba de ver las islas remotísimas como la empresa de un particular, y al parecer comenzaba a asumir esa extensión de territorio allende el mar como parte de Castilla, por lo tanto era menester enviar allá a los representantes del orden, hacer cumplir las leyes, fundar iglesias y mandar párrocos para que las Indias no significaran el preludio del infierno. A partir de 1500 la política era colonizar y establecer una sociedad ordenada.

El nuevo gobernador llegó con semillas y cereales, caballos y yeguas, mulas y bueyes, vacas y cerdos; criadores de ganado, expertos en agricultura, carpinteros e ingenieros de minas, herreros y armeros, frailes y biblias; todo lo necesario para establecer una colonia castellana, y la gran novedad: mujeres. Se planteaba como inmoral yacer con las taínas. Las comunidades deberían estar separadas y había que fundar familias españolas.

Demasiado impacto cultural y económico para islas tan pequeñas y con poco desarrollo. El choque lo destruyó todo. Las nuevas semillas no se adaptaron y se malograron las cosechas, pero los cultivos locales fueron arrasados. No había sustento para alimentar a los animales, la comida escaseaba en cada casa de Santo Domingo; demasiados cadáveres, demasiada enfermedad. Más de la mitad de la población murió de hambre. A ese paraíso llegó Cortés, lejos del edén con ríos de oro de los que estaban llenas las leyendas.

De todo lo anterior aprendió Cortés, y fue lentamente desarrollando su propia visión de la fusión de culturas. Ver en carne viva el terrible resultado del choque violento entre dos culturas hizo que, poco a poco, en quince años de vivir entre los taínos, con una mujer taína, pudiera comprender que ése no era el camino. También gradualmente fue teniendo en claro que ahí no terminaba el mundo, que habría más tierras ignotas, y que era eso lo que estaba en su destino.

25 La Española es el nombre de la isla caribeña ocupada en la actualidad por dos países: Haití y República Dominicana.

26 Una de las colonias portuguesas en África.

27 Eratóstenes fue un sabio griego que nació en Cirene en torno al 276 a. C. y murió en Alejandría alrededor del 194 a. C. Fue la primera persona que calculó, con notable precisión, la circunferencia de la Tierra, usando como referencia la sombra del sol al mismo tiempo en diversos lugares. También fue el primero en establecer la inclinación del eje terrestre y en medirla, así como en elaborar un mapa usando paralelos y meridianos. Sus conocimientos eran una de las bases de la navegación en tiempos de Colón y Cortés.

EL CAMBIO DE MUNDO

SANTIAGO DE CUBA, 1514

Encadenado, con grilletes en los pies, en la soledad y oscuridad de una fría mazmorra de piedra húmeda y metal oxidado, con una condena a morir en la horca, Cortés tenía tiempo de reflexionar sobre lo que había hecho de su vida hasta ese momento y, por extraño que resultara, sobre sus planes a futuro. Con la muerte cerca, vio pasar su corta vida frente a él. Tenía miedo, pero sabía que el cadalso no estaba en su destino. Aún no estaba seguro de cómo lo haría, pero sabía que saldría de ahí.

¿Cómo cayó Hernán Cortés en esa prisión y cómo se ganó esa condena? Había dejado Castilla lleno de optimismo diez años atrás para lanzarse a la aventura del Caribe, donde vislumbraba honores y riquezas. ¿Qué derroteros lo llevaron a terminar en un calabozo, como un delincuente común, y condenado a morir como los traidores?

Una vez que llegó a Santo Domingo en 1504 Hernán se enfrentó a la desilusión; al panorama de muerte y desolación que ubicaba a las Indias muy lejos de sus expectativas. Su primera tentación fue seguir adelante, hasta las costas de Centroamérica a las que también comenzaban a llegar los españoles, a buscar mejor suerte; pero después de entrevistarse con Nicolás de Ovando, optó por quedarse.

Como el objetivo de Ovando era generar colonización, estableció un sistema donde, a cambio de inscribirse en un padrón de vecinos —lo que implicaba un compromiso de quedarse a vivir como mínimo cinco años—, se recibían tierras. Ser vecino de la ciudad, además de las susodichas tierras, otorgaba el derecho a voto en el cabildo y ser con ello parte esencial en el desarrollo de la naciente comunidad. Cortés se quedó.

El primer reto al que se enfrentó fue que la población española era frecuentemente atacada por los indios locales, y que el gobernador Ovando estaba en medio de lo que llamaba campaña de pacificación, lo que básicamente significaba exterminio. La situación era cada vez más violenta y desesperada, y había cada vez menos hombres dispuestos a la lucha. En ese contexto, Ovando decidió encomendar a

Cortés su primera misión: la pacificación de la isla.

Tenía Cortés 20 años cuando comenzó dicha etapa de su vida. Había zarpado a las Indias persiguiendo sueños de oro, aventuras y seres fantásticos, no de guerra. Se veía más como un paladín que como un soldado. Pacificar significaba matar, él lo sabía. No le gustaba, iba en contra de su carácter y de su aprendizaje; pero estaba arrinconado, no sólo era la misión encomendada por el gobernador, sino que era en realidad un tema de supervivencia: estaban siendo aniquilados por los indios. Fue la primera vez que Cortés se cuestionó la legitimidad de la colonización que se llevaba a cabo. Ellos eran el origen de la violencia.

Pero Cortés pacificó la isla. Sin embargo, comenzó desde este primer momento a dejar clara su personalidad, y su distancia con el resto de los colonos. No disfrutaba la guerra, no la justificaba y prefería no entrar en combate. A pesar de las críticas, Hernán Cortés optó por el camino de negociar con los indios, por lo menos intentarlo. Para 1505 los pueblos de españoles vivían más tranquilos y se habían terminado las masacres de taínos. Cortés había comprendido que bastaba con mostrar fuerza al inicio para proceder a buscar acuerdos diplomáticos. Sería el sello que intentará imprimir el resto de su vida.

Pero el indio no era la única amenaza de las Indias, ni el único grupo humano con el que sería necesario negociar o ejercer violencia; la fuente del conflicto serían otros castellanos, aquellos que desde 1493 se habían estado repartiendo tierras y seres humanos a través del sistema de encomiendas, con el único objetivo de extraer oro. Los indios eran violentos porque los castellanos los esclavizaban para hacerlos trabajar hasta morir; Cortés tendría que reprimir también a su propia gente para hacer prevalecer el orden.

Ahí en La Española tuvo Cortés uno de esos encuentros que marcan la existencia. Los azares de la vida van colocando a las personas en diversos caminos y derroteros; y esos encuentros determinan los hechos más de lo cada individuo está dispuesto a aceptar. Hay personas que pasan por la vida, hay otros que estarán apareciendo constantemente para convertirse en elementos fundamentales. Cortés aún no comprendía eso cuando vio entre los encomenderos esclavistas de Santo Domingo un rostro del pasado que no dejaría de mezclarse con su futuro: Bartolomé de las Casas.

Cortés era bueno con los rostros y finalmente recordó dónde lo había visto: en las aulas de Salamanca estudiando derecho canónico. Bartolomé procedía de una familia de rancia prosapia castellana, cristianos viejos de títulos y linajes añejos. Su padre había zarpado en el segundo viaje de Colón y se había convertido desde entonces en traficante de esclavos, llevó seiscientos taínos a Europa y le regaló uno

a su hijo como sirviente. Ése fue el primer contacto de Bartolomé con los indios que marcarían su destino.

Bartolomé de las Casas terminó sus estudios de doctorado en Salamanca en el año 1500, y se enroló en la tripulación que llegó a La Española con Nicolás de Ovando en 1502. Viajaba a las Indias para hacerse cargo de las posesiones de la familia, tierras e indios, y se instaló como encomendero explotador desde entonces. En esa faceta lo conoció Hernán Cortés, y de la postura entonces esclavista de Las Casas surgió la semilla del conflicto que ambos protagonistas tendrían a lo largo de su vida.

Después de la misión de pacificación, Cortés decidió que no tenía intereses militares, y que desde luego no era un agricultor, aunque se dedicaría con éxito durante su vida antillana a aclimatar la caña de azúcar. La sociedad en construcción era cada vez más compleja, su gobierno y administración cada vez más difícil, y finalmente él poseía un título universitario que pretendía hacer valer. Se dio cuenta, desde luego, que la mejor forma de hacer fortuna era entrar en los círculos de poder.

Cortés se construyó una casa en la calle principal, frente a la del gobernador, y participaba del gobierno de Santo Domingo. Desde su posición de privilegio podía observar la tragedia y reflexionar sobre ella. Los indios eran forzados a trabajos extenuantes, les quitaban sus tierras, sus mujeres y sus dioses; les arrebataban la razón de vivir. Algunos dejaron de comer para morir, las mujeres se provocaban abortos, el hambre y la guerra amenazaban día con día…, quizá sería mejor idea tratar de convivir con los indios en vez de simplemente imponerse sobre ellos.

Como todo ser humano, Hernán Cortés se fue transformando a lo largo de su vida. A muchos, las condiciones de las islas remotísimas los hicieron más violentos y abusivos. Cortés, en cambio, trató de llevar a la vida cotidiana su idea del convivio armonioso. Para 1509 ya vivía amancebado con una india taína con la que además procreó una hija; era prácticamente un matrimonio. Cortés se llevaría a su mujer a Cuba y más tarde a México, y más adelante en la historia, cuando las circunstancias se lo permitieron, abogó ante el papa para que legitimara a la hija nacida de dicha unión.

Hernán Cortés comenzaba a acostumbrarse al Caribe, pero todo cambia, ésa es la única constante. A finales de 1504 murió Isabel la Católica, y el conflicto de poder que su deceso desató en la península tuvo eco en Santo Domingo. Al fallecer Isabel, la heredera al trono de Castilla era su hija Juana, casada desde 1496 con Felipe el Hermoso, hijo del emperador alemán[28] Maximiliano de Habsburgo;[29] pero el rey Fernando de Aragón era un hombre ambicioso que ya había soportado tres décadas de estar eclipsado por la sombra de una mujer, por lo

que, para mayor honra de su virilidad, declaró que su hija estaba loca y se hizo nombrar regente de Castilla.

Felipe era un Habsburgo, educado para gobernar, y el matrimonio con Juana lo hacía rey consorte de Castilla, papel que pensaba desempeñar. Eso generó un pequeño conflicto entre Felipe y Fernando; pero el Católico decidió reconocer a Felipe, limitarse a ser rey de Aragón y gobernar desde Nápoles; no obstante, a los pocos meses de ese acuerdo, Felipe murió envenado con arsénico, Juana fue encerrada en un palacio en Tordesillas y Fernando asumió el control total sobre Castilla. Ahora contaba con la riqueza de las Indias.

Nicolás de Ovando era hombre de Isabel; una vez que Fernando ocupó el trono decidió que debía removerlo. Para sorpresa de todos sus allegados, encomendó el gobierno de las Indias a Diego Colón, el hijo del almirante, en 1509.

Cristóbal había regresado encadenado de su tercer viaje; sin embargo, logró ser perdonado por Isabel y obtuvo autorización para un cuarto viaje que zarpó en 1502 con el objetivo de ir más allá de las islas y encontrar, ahora sí, el camino a China, lo cual evidentemente no logró. Regresó en noviembre de 1504, pocos días antes de la muerte de Isabel. Nunca más volvió a tener apoyo. Murió en 1506.

Cristóbal Colón había sido despojado de todos sus títulos y cargos, que eran además hereditarios. Al nombrar a Ovando, la reina pretendía reorganizar las islas, ya no como el negocio de un particular, sino como tierras de Castilla; de pronto Fernando parecía revertir aquello al reconocer en Diego el legado de Cristóbal. Traicionar, desde luego, no era exclusivo de Isabel sino también de Fernando que, si podía encerrar a su hija en una torre con falsas acusaciones de locura, podría más adelante remover al hijo del almirante.

Y así llegó Diego Colón, con todo un séquito y corte de cientos de personas, a sus nuevos dominios de Santo Domingo, en calidad de virrey de Indias. Entre 1502 y 1509, la política de Ovando había sido colonizar, ya que sólo así se garantizaba la propiedad de territorios para un reino; pero Diego Colón era mercantilista y no tenía interés alguno en ningún reino que no fuera suyo. Él deseaba explotar al máximo la franquicia comercial heredada de su padre, por lo que en lugar de mantener una dinámica de población, se dedicó a mandar barcos por todo el Caribe en busca de oro y esclavos. En su mente había un objetivo muy claro: Cuba.

Cristóbal llegó a tocar costas cubanas, de hecho llegó a pensar que era ya tierra firme de un continente, pero la isla no había sido colonizada. Para 1509 la isla se mantenía virgen, y era parte de la herencia de Colón. Nicolás de Ovando regresó a Castilla. Hernán Cortés repudiaba el estilo de Colón y de inmediato comenzó a buscar

alternativas. La oportunidad se le presentó en 1511 cuando el hijo del almirante decidió comenzar la población de Cuba para explotar sus recursos, y para ello nombró como adelantado y gobernador a un veterano de las Indias que llegó con su padre en el segundo viaje: Diego Velázquez.

Nadie tenía más experiencia que Velázquez, un sobreviviente, un hombre aclimatado a las islas remotísimas. El nuevo gobernador necesitaba formar un equipo y optó por reclutar a Cortés, a quien le ofreció la jefatura militar de la operación, misma que él rechazó. No quería saber de operaciones militares sino de dineros, por lo que convenció a Velázquez de nombrarlo tesorero.

Trescientos hombres llegaron a Cuba, a la que zalameramente Velázquez decidió bautizar como Fernandina. Más de la mitad de los colonos eran extremeños, Cortés conocía a prácticamente ya todos, fuera de manera personal o a través de referencias. Ése sería el caso de un hombre grande, rudo y tosco, de la misma edad de Cortés, que había llegado a Santo Domingo con la flota que llevó a Diego Colón, un hombre que se volvió su incondicional, a veces a grados de fanatismo, que le hizo ganar guerras y perder acuerdos, un hombre que resultó fundamental para aliarse con los tlaxcaltecas, pero que finalmente lo hizo perder Tenochtitlán: Pedro de Alvarado.

Como primer acto de gobierno, Diego Velázquez procedió a establecer un remedo de corte, copia del remedo de corte que el propio Diego Colón estableció en Santo Domingo. Se casó con una dama española que llegó en el séquito del virrey, y conminó a los hombres de hacer lo mismo. Hernán Cortés se negó, él ya tenía mujer, había llevado consigo a su amante taína y se había establecido con ella.

Como tesorero de la misión para colonizar Cuba, Cortés tenía mucho peso en las decisiones que habrían de tomarse; una de las más importantes tendría que ver con la fundación de ciudades de españoles y, en dicho ámbito, Cortés comenzaría a dejar claro su sello personal: en vez de crear ciudades de la nada, decidió que había que establecerse donde ya hubieran asentamientos humanos de indios taínos; respetar sus pueblos, casas y plantíos, y simplemente construir ahí una plaza española.

Uno de los principales argumentos para dicho proceder, que sorprendió al propio Velázquez, era, desde luego, económico. Se aprovechaban mejor los recursos fundando ciudades donde ya había pueblos; pero detrás de la razón financiera se escondía un proyecto mucho más profundo: obligar la convivencia, la mezcla, la fusión, el aprendizaje unos de otros. No se trataba de replicar Castilla, sino de crear algo nuevo. Las primeras siete villas cubanas seguirían esta lógica.

Entre 1511 y 1513, el gobierno de Velázquez era al parecer terrible, lleno de abusos y atropellos, con españoles y con locales. A finales de 1513 llegó de Castilla a Santo Domingo un grupo de funcionarios de la corte, veedores y oidores, que no eran otra cosa que jueces que iban con la misión de imponer orden y moral en las colonias. De inmediato se confabuló un grupo para hacer una serie de acusaciones contra Diego Velázquez, y decidieron nombrar portavoz a Hernán Cortés; quizá por ser el hombre letrado de Salamanca, el experto en leyes, el de la buena labia; quizá por su carisma, o sólo por ser un hombre en el que confiaban.

Cortés dudó, no tenía conflictos personales contra Velázquez, pero tampoco le debía lealtad. Las acusaciones eran fidedignas y la oportunidad de librarse de él era grande; aunque el verdadero problema lo representaba Colón. Después de pensarlo, Hernán Cortés decidió aceptar; viajaría a Santo Domingo con una carpeta de acusaciones contra el gobernador.

El Caribe era un hervidero de traidores, todos tratando de ascender dentro de la microsociedad que estaban construyendo, y alguien delató a los acusadores del gobernador de Cuba, quien logró apresar a Cortés antes de zarpar a Santo Domingo, y lo arrojó a una mazmorra a esperar la muerte del traidor: la horca.

Muy pocos colonos había en Cuba como para matar a uno de los más valiosos. Velázquez experimentaba una contradicción de sentimientos hacia Cortés: admiraba su inteligencia y su astucia, su habilidad de negociación y su espíritu ambicioso, y quizá, derivado de las mismas características, sentía hacia él temor y envidia. Quizá nunca pensó en ejecutarlo sino en hacer valer su autoridad, mostrar su posición de fuerza para lograr una negociación.

Comenzaban a formarse grupos de poder en el interior de Cuba, y Velázquez quería al aventurero extremeño de su lado. Hernán Cortés era un elemento muy extraño de aquella pequeña colonia; muy educado al estilo castellano, pero excesivamente cercano a los indios, a veces parecía incluso estar de su lado. El gobernador propuso a Cortés un pacto que lo integraría más a la sociedad en construcción y dejaría claras sus lealtades: le perdonaría la vida, pero debería casarse con una española.

Cortés se dio el lujo de pensarlo y revirar con una contraoferta. Él se casaría, pero Diego Velázquez bautizaría a su hija indígena. El matrimonio con una de las pocas aristócratas españolas de la isla lo acercaría al gobernador, quien emparentaría espiritualmente con Hernán al convertirse en su compadre. Hernán Cortés se casó con Catalina Xuárez Marcaida, una de las damas de compañía de la esposa de Diego Colón, en 1515. Para sellar el nuevo pacto de confianza, Velázquez lo nombró alcalde de Santiago de Cuba.

Cuba se convirtió en el nuevo centro del Caribe castellano. Para 1515 estaba ya muy claro que lo descubierto por Colón era un nuevo continente, aunque sus dimensiones y sus contornos permanecían aún desconocidos, lo que daba un nuevo impulso a la sed de explorar. Los castellanos comenzaron a llegar al norte de Sudamérica, a Panamá, a Honduras y a Florida, y mientras el Nuevo Mundo iba siendo conocido y conquistado, Cortés comenzó a albergar sueños de grandeza: crear algo completamente nuevo.

En 1515 Cortés tenía 30 años, tierras y fortuna; era notario, escribano y alcalde. Nadie hubiera esperado más de él, con esa hoja de servicios ya podría decirse de él que lo logró, que se forjó una vida en las Indias, que había tenido éxito. Pero más de una década en el Caribe le había dejado experiencias y enseñanzas. Cortés comenzó a sentir el llamado a ir más allá de lo que hubiera ido cualquier otro, no en términos de territorio y distancia, sino de osadía.

Los cambios en Europa dieron a Hernán Cortés el último impulso que necesitaba para atreverse a soñar algo completamente distinto. En 1515 Diego Colón fue destituido, y se cerraba con ello toda una etapa en las Indias; se terminaba la influencia del clan Colón y su visión mercantilista. La Corona tenía claro que no quería convertir ese nuevo mundo en la empresa privada de unos cuantos, y que era fundamental ejercer un mayor control e incorporar las islas remotísimas directamente a la Corona de Castilla.

En su momento Fernando el Católico había nombrado a Diego Colón para que, con su visión de empresa y mercado, capitalizara las Indias; hecho eso llegó la hora de quitarlo de en medio, como lo hizo con su padre. Pero antes de tomar una decisión definitiva, en enero de 1516 murió, dejando el Caribe en un entredicho legal y una batalla por la sucesión de Castilla.

Las noticias llegaron a las islas remotísimas, el vacío que comenzaba a crearse en la política europea podía significar una oportunidad para los sueños de grandeza que comenzó a tejer Hernán Cortés, quien sintió nuevamente el impulso a ir más allá.

[28] Desde el siglo X y hasta 1806, lo que llamamos Alemania fue oficialmente el Sacro Imperio Romano Germánico, una mezcla de entidades feudales que nombraban, por elección de siete príncipes, a un emperador. El país que conocemos como Alemania nació oficialmente hasta 1871. Por cuestiones prácticas nos referiremos al Sacro Imperio como Alemania.

[29] Ancestro en diez generaciones del Maximiliano de Habsburgo del Imperio mexicano.

EL EMPERADOR DEL MUNDO

EUROPA, 1500-1519

La ilusión del libre albedrío es muy seductora, pero la red de interrelaciones de la historia es tan inmensa, prácticamente infinita, tan enrevesada y compleja, tan llena de encrucijadas, laberintos y vericuetos, que hace imposible que el individuo determine los acontecimientos.

Es la historia la que determina al individuo, todo influye en todo, lo que ocurre en un rincón afecta a todos los rincones, y todas las redes y marañas del pasado siguen teniendo consecuencias en cada instante presente. Como parte de este inmenso devenir, nació en el año 1500 el hombre que estaba destinado a convertirse en el emperador del mundo y el último gran caballero de la cristiandad: Carlos de Gante.

Nos toca protagonizar momentos históricos, por más que el ego humano nos quiera convencer de que los causamos, que la decisión azarosa del individuo es más fuerte que la inercia histórica. Hernán Cortés tuvo el honor de protagonizar un momento fundamental de la historia humana, pero sus decisiones no alteraron los hechos. Toda la fuerza de la historia estaba lanzando a los europeos al Atlántico, así como toda la inercia mantenía a los mesoamericanos dentro de su continente. Lo mismo ocurrió con Carlos de Gante, determinado por un gran cúmulo de pasado para desempeñar el papel que le asignó la historia.

Carlos, Su Muy Católica y Cesárea Majestad, fue lo que fue, derivado de lo que fueron sus abuelos Isabel y Fernando, sus padres Juana y Felipe, la familia Habsburgo; de lo que era y fue el Sacro Imperio Germánico y toda la inmensa red de política europea, que a su vez estaba causada y encauzada por el papa y la Iglesia, los turcos y su imperio, la tradición cristiana, a su vez determinada por sucesos acaecidos en el imperio romano caído un milenio atrás. Nada en la historia humana es independiente, mucho menos la decisión de un individuo.

Carlos nació en la ciudad de Gante el 24 de febrero del año 1500 de la era cristiana. Su padre fue Felipe el Hermoso, un Habsburgo, con todo el peso que eso significaba, y su madre fue Juana, hija de los Reyes Católicos, con toda la herencia que ello implicaba. Isabel y

Fernando se habían consolidado como la pareja real más poderosa de la cristiandad desde 1492, por lo que el emperador Maximiliano de Habsburgo consideró imperativo emparentar con ellos a través del matrimonio de Juana con su hijo Felipe, que se llevó a cabo en 1496.

Juana estaba destinada a ser la heredera de Castilla y de Aragón, y las Indias por añadidura; mientras que Felipe podía heredar Austria y los Países Bajos. Desde antes de nacer, su hijo parecía estar destinado a regir sobre la mitad del mundo. Sus padres y abuelos le legaron reinos y ciudades a Carlos de Gante y, por vicisitudes de la vida, Hernán Cortés le entregó un imperio.

Carlos nació en los Países Bajos, ahí creció y fue educado; lejos de Isabel y Fernando, de Castilla y Aragón, y sin comprender una sola palabra de la lengua de su madre y sus abuelos. Al cumplir un año ya recaía sobre sus hombros el peso de ser duque de Borgoña y gran caballero del Toisón de Oro, además de un compromiso matrimonial (que no se concretó) con la hija del rey de Francia. También creció lejos de su padre y su madre, y fueron nodrizas y preceptores los que constituyeron su primer contacto con el mundo de las emociones, terreno nunca considerado importante para un hombre de sus reales tamaños y destinos.

Carlos quedó huérfano de padre a los 6 años de edad, que murió envenenado en 1506, probablemente a causa de su abuelo; y perdió al mismo tiempo todo contacto con su madre, encerrada en un palacio en Tordesillas. El joven príncipe fue educado por un neerlandés[30] humanista, sacerdote y doctor en Teología, llamado a Adriano de Utrecht, quien sería su maestro, su principal asesor, su secretario particular y, a causa de esa profunda relación, llegaría a ser papa, con el nombre de Adriano VI.

Cuando un Hernán Cortés de 18 años estaba en medio del océano Atlántico en su camino a las Indias, con la incertidumbre como única certeza, Carlos de Gante celebraba su cumpleaños número cuatro en un palacio de Bruselas, con toda su vida asegurada a causa de su noble nacimiento. Dos hombres completamente distintos y distantes que serían decisivos cada uno en la vida del otro.

Fernando el Católico ejerció el poder de manera absoluta desde 1506 hasta su muerte, en 1516. Era rey de Aragón y se había quedado con la regencia de Castilla, a través de la cual era el dueño de las Indias. Ésa era la realidad política mientras Hernán Cortés hacía toda su vida caribeña; entre 1506 y 1511 en Santo Domingo, y en Cuba a partir de ese año. En 1516, siendo ya alcalde de Santiago, llegó a las islas remotísimas la noticia de la muerte del rey Fernando, acaecida en enero de ese año. Todo cambió nuevamente.

Murió Fernando. La heredera legítima, tanto de Aragón como de Castilla, era Juana. Pero todas las circunstancias de la política europea

motivaron a los maestros y asesores de Carlos de Gante, para entonces de 16 años, a proclamarlo rey desde la ciudad de Bruselas, en marzo de 1516. Como primogénito de Juana, era el sucesor legítimo al morir ésta, pero la corte de Carlos no quería esperar y usaron el mismo argumento de Fernando para colocar al príncipe en el trono: la locura.

Así pues, Juana fue recluida por su padre y su hijo la mantuvo en ese encierro, reconociéndola como reina propietaria, pero asumiendo la práctica del poder. Lo siguiente era argumentar la locura de la reina ante las cortes de Castilla y Aragón para ser reconocido como rey, lo cual ocurrió a lo largo de 1516. El príncipe se convirtió en Carlos I de Castilla y de Aragón; dos reinos aún separados que, precisamente bajo su monarquía, se fueron uniendo para terminar de conformar España.

Poco afecto sentía Carlos por España como tal, pero mucho interés tenía su corte en la riqueza de las Indias, misma que serviría para un objetivo a más largo plazo para la persona de Carlos: la corona del Sacro Imperio Romano Germánico. De manera resumida, el Sacro Imperio era considerado la herencia del imperio de Carlomagno (siglo VIII), creado como la resurrección de Roma, que había dejado de existir en el siglo V de la era cristiana.

El título imperial daba poco poder sobre las posesiones del Sacro Imperio, pero mucha influencia política sobre los reyes de Europa y el papado. Por encima de todo, era un título que conllevaba el máximo honor europeo, pues el sacro emperador era considerado césar, heredero de Roma y defensor de la cristiandad. Todo eso era lo que realmente buscaba Carlos, y así se asumió toda su vida: como el paladín de la cristiandad.

El trono imperial no era de carácter hereditario sino electivo. Al morir el emperador, siete príncipes se reunían para elegir al siguiente soberano, que debía pertenecer a una dinastía real y ser titular de una corona. La Corona española daba a Carlos la legitimidad para buscar el trono del imperio, y la riqueza de las Indias otorgaba la posibilidad de ser el que mejor sobornara a los electores, pues ésa era realmente la consideración a la hora de elegir nuevo monarca: el que repartiera más riqueza entre los electores.

Evidentemente primero debería morir el emperador titular, que para 1516 era Maximiliano I de Habsburgo, padre de Felipe el Hermoso y abuelo de Carlos, que rebasaba para entonces los 60 años. Era evidente que una nueva sucesión se daría pronto, y el equipo de Carlos estaba preparando al joven príncipe para poder aspirar a la corona imperial y ceñirla sobre sus sienes.

La situación política era muy convulsa en España. Gran parte de la nobleza repudiaba a Carlos por no haber nacido o vivido en España, y desconocer las costumbres y la lengua. También había temor de que el aspirante a rey pretendiera gobernar rodeado de sus allegados

flamencos[31] y no con nobles castellanos y aragoneses; y muchos, desde luego, no estaban de acuerdo con la decisión de recluir a la reina Juana. No es que pretendieran desconocer a Carlos como rey, pero buscaban argumentos para vender cara la corona y obtener la mayor cantidad de ventajas y derechos de parte del nuevo soberano.

Al final, la ley estaba del lado del joven príncipe, primogénito de Juana, y además inscrito a última hora en el testamento del rey Fernando, quien, dada la corta edad del nuevo monarca, designaba como regente del reino al octogenario cardenal de Toledo, Francisco Jiménez de Cisneros. Mientras Carlos hacía política, Cisneros gobernaba y mantenía el orden; y donde más orden hacía falta era precisamente en las Indias.

El regente Cisneros determinó que el principal problema de las Indias era la falta de moralidad, por lo que designó una junta de cuatro frailes de la orden de los jerónimos (todos ellos guadalupenses, por cierto), para ejercer el poder y control de la Corona en las islas remotísimas.

El nuevo consejo de gobierno llegó a Santo Domingo a desempeñar sus funciones en diciembre de 1516. A partir de ese momento sería dicho gobierno colegiado el que debería autorizar toda expedición, fuera de reconocimiento, colonización o conquista. Sería por lo tanto con ellos con quienes Hernán Cortés debería entenderse para los permisos de las expediciones que zarparan de Santiago de Cuba, en donde fungía como alcalde.

La junta de jerónimos se mostraba reacia a autorizar expediciones de conquista, precisamente porque faltaba imponer el orden. Con el antecedente de Colón, quien se volvió dueño de lo que descubrió y conquistó, cualquier cantidad de exploradores castellanos buscaban lo mismo: descubrir lugares aún ignotos y apropiarse de ellos. Antes de que la sed de exploración descubriera más territorios para Castilla, era fundamental establecer el orden en lo que ya se tenía. Esa tarea resultaba imposible dada la fuerza del impulso que animaba a dichos exploradores.

Por aquel tiempo algo comenzó a cambiar en las Indias. Quizá ante la abrumadora realidad de estar aniquilando a la población local, surgieron voces muy críticas en cuanto a la forma de proceder de los exploradores castellanos. Cortés era una de las voces críticas, por eso propuso un proyecto de adaptación, inclusión y mestizaje, a fin de aprender a convivir en armonía con los indios.

Sin embargo, la crítica más radical vendría de un antiguo esclavista encomendero al que Cortés conoció en la universidad y que ya se había encontrado en Santo Domingo, como explotador de indios, y que ahora se erigía como su máximo defensor, repudiando la presencia misma de los castellanos, aunque imponiendo su fe:

Bartolomé de las Casas.

Aunque los asesores de Carlos lo proclamaron rey desde 1516, y comenzaron a negociar con la nobleza su reconocimiento, fue hasta mediados de 1517 cuando Su Majestad pisó el país del que era soberano. Ese año murió el cardenal Cisneros, y así, a sus 17 años, Carlos I era el monarca absoluto de Castilla y Aragón.

En las islas remotísimas las noticias fluían y Cortés estaba al tanto de ellas. Lo suyo era la política. Todos en España y sus territorios recurrían a una simulación: se reconocía a Juana como reina propietaria, pero se le mantenía encerrada en Tordesillas, mientras su hijo Carlos ejercía el poder.

Pero aún faltaban piezas para que don Carlos fuera el emperador del mundo, faltaba precisamente el factor Cortés; el hombre que, sin saberlo, aseguró la corona imperial del rey al dotarlo de los recursos necesarios, por el flujo de oro y tesoros que comenzó a enviar a partir de 1519, justo cuando Carlos I de España precisaba de una gran cantidad de riquezas para asegurar su elección imperial.

El 12 de enero de 1519 falleció el sacro emperador Maximiliano y dejó vacante el trono. Para ese momento, Hernán Cortés navegaba de Cuba a Yucatán sin tener la menor idea de lo que le deparara la fortuna, pero tenía la fuerte convicción de que estaba destinado a cosas grandes. Carlos estaba en campaña, necesitaba mucho oro para comprar a los electores. No lo tenía. Las cortes en España dejaban claro que no aportarían ese dinero, no les interesaba que su rey fuera emperador y se distrajera en sus funciones.

Carlos se endeudaba con los banqueros para comprar la corona, y comprometió ingresos y recursos de años. Logró su cometido. El 28 de junio de 1519 toda Europa estaba pendiente de los acontecimientos de Fráncfort, donde el margrave de Brandemburgo y senescal del imperio proclamó a Carlos I de Castilla como rey de romanos y emperador alemán, con el título de Carlos V, el nombre con el que pasará a la historia.

A los 19 años, como resultado de una mezcla de herencias, Carlos era rey de Castilla y Aragón, de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, duque de Borgoña, conde de Francia, archiduque de Austria, soberano de los Países Bajos y emperador germánico. Pero ese último título le costó sangre y oro. Su mandato estaba condenado a desarrollarse bajo el peso de los intereses bancarios; pero un día de julio de aquel 1519, Su Muy Católica y Cesárea Majestad recibió la noticia de que había llegado al puerto de Amberes un barco cargado de tesoros, de parte de un tal Hernán Cortés, del que jamás en su vida había escuchado hablar.

[30] No existe un país llamado Holanda, que es sólo la provincia más importante de los Países Bajos. El gentilicio preciso para el habitante del país Netherlands, en su propia lengua, es neerlandés, que también es la palabra exacta para designar la lengua a la que comúnmente llamamos holandés.

[31] La zona de los Países Bajos donde nació Carlos era conocida como Flandes, y sus habitantes y su lengua eran llamados flamencos.

EL IMPULSO DE IR MÁS ALLÁ

CUBA, 1519

Si la visión del hombre no tuviera límites y el mundo no fuese redondo, Europa podría verse desde Santiago de Cuba. En esas playas solitarias estaba Hernán Cortés contemplando el horizonte; ese límite imaginario que siempre está más allá. Hacia el oriente estaba La Española, la isla en la que vivió por siete años, más allá estaba esa Castilla que había dejado tanto tiempo atrás, esa tierra que era imposible olvidar, aunque ciertamente tampoco la recordaba.

Había salido con 18 años, y una gran fuerza en el alma, hacia un mundo imaginario. Un paraíso que no era tal, un nuevo mundo que, a fuerza de repetir las estructuras castellanas, se hacía más viejo a cada instante. Había dejado su hogar con sueños e ideales, con la visión de crear algo distinto; pero era imposible lograr algo diferente con el material de siempre: los mismos castellanos con sus viejos vicios y anquilosadas ideas, enceguecidos por el oro, imposibilitados de ver más allá.

Marchó de Sevilla como un aventurero ingenuo, con unos cuantos ideales caballerescos en la alforja y un cúmulo de utópicas e irrealizables ideas aprendidas en Salamanca. Llegó de pie, con sirvientes que cargaban su equipaje y parientes listos para recibirlo. Pero no arribó a su ansiado lienzo en blanco, sino a una réplica de los peores errores castellanos. Muy poco tardaron en corromper La Española, y por eso Cortés avanzó a Cuba, más virgen ciertamente, pero demasiado cerca de la ambición de los demás aventureros.

Él soñaba con algo distinto, no tenía caso reproducir un pasado gastado. Más de diez años en las islas remotísimas lo habían confrontado con la realidad y probablemente le habían arrebatado gran parte de sus sueños; pero en alguna profundidad de su ser quedaba un resquicio del romántico de antaño. Tenía que haber algo más allá, más lejos aún de donde cualquier otro hubiese llegado. Algo nuevo. Allá estaba su destino.

Más allá del horizonte estaba España, y en dirección contraria, hacia el oeste, sus sueños de grandeza. El otro lado del horizonte le mostraba su porvenir. Cortés contemplaba el océano tratando de comprender su irrefrenable impulso de ir más allá, esa voluntad ciega,

ese ímpetu de seguir adelante.

Lo había logrado, había triunfado, tenía honra, nombre y hacienda. Pero una fuerza incomprensible lo arrojaba a ir más lejos. Era notario y escribano, alcalde de Santiago, comendador de tierras, próspero agricultor de caña y acumulaba una de las mayores fortunas del Caribe. Dejó Castilla en sus años mozos persiguiendo el oro, como todos, pero Hernán Cortés muy pronto comprendió que el oro estaba muy lejos de sus motivaciones. Los demás veían el oro como un fin, Cortés entendió que tan sólo era un medio.

Hernán Cortés perdió su mirada en lontananza. El impulso lo arrojaba al mar. En retrospectiva podía comprender que siempre había sido movido por ese impulso que antes no reconocía; se fue de la universidad al Mediterráneo y ninguna pasión despertó en su alma, pero en Sevilla se le inflamó el espíritu ante las promesas del Nuevo Mundo. Se fue a Sevilla, después a Santo Domingo, ahora se había ido a Cuba…, y una voz seguía llamándolo aún más lejos.

Lo que Cortés no podía saber en ese momento era que tan sólo fue un heraldo de la historia. Había un gran coraje de espíritu en Hernán Cortés, pero su fuerza jamás hubiese sido suficiente. Él no llegó solo a América. A él le tocó interpretar un rol de primer orden en un episodio que resultaba inevitable. Había un impulso que se derramaba desde todas las costas del Viejo Mundo. Cortés era sólo un protagonista de lujo; es decir, el individuo sobre el que recayó más peso del brío de la historia. Pudo haber sido cualquiera. Fue él, entre otras cosas, porque sobrevivió a todo, lo cual ya era muy difícil.

Cortés no pudo llegar solo, sino como parte de toda una fuerza incontenible. Era Europa entera la que se precipitaba sobre el Nuevo Mundo, y esta situación sólo se pudo dar después de que Eurasia se abalanzó durante siglos sobre Europa. La fuerza de la civilización humana se ha movido siempre, y es más poderosa que los individuos y sus ilusiones de libertad. Cada individuo humano, capaz de llegar a donde sea, es resultado de que todo el impulso de la historia se mueve en esa dirección.

Desde la caída del imperio romano, en el siglo V, Europa se convirtió en un receptáculo. Grandes masas humanas del Medio Oriente, de África, de las estepas siberianas y de los hielos del norte se precipitaron sobre el espacio dejado por Roma; o desde otra óptica, Roma terminó de caer a causa de las grandes masas humanas que se arrojaron sobre el territorio: germanos, hunos, árabes, bávaros, vikingos, búlgaros, eslavos, turcos y hunos invadieron el continente en diversas oleadas entre los siglos V y XIII. El tradicional embate de los bárbaros del norte.

Todas las civilizaciones en la Tierra han seguido patrones en su desarrollo, nada es independiente ni autónomo, todo influye en todo y

todo se interrelaciona. Un encuentro como el que estaba cerca de protagonizar Hernán Cortés no podía ser la excepción. La fuerza interna de Cortés marcará un estilo en el proceso de creación de la Nueva España, pero bajo ninguna circunstancia debe creerse que él fue el causante de los hechos.

Hernán Cortés no llegó solo al otro lado del planeta. Europa estaba escupiendo gente, el Viejo Mundo se desbordaba. Toda la fuerza de la historia iba con él, fue ese impulso el que lo precipitó al otro lado de los mares. Cortés tuvo un encuentro inevitable con el destino. No fue un aventurero aislado, sino uno más de la gran marea humana que comenzó a dar la vuelta al mundo a partir de 1492. No fue Cortés sino Castilla, y no fue Castilla sino Europa, por eso hubo una disputa constante con Portugal y por eso detrás de ellos comenzaron a llegar ingleses, franceses y holandeses.

Siempre ha sido tentador divagar sobre el hubiera, pero no existe más posibilidad que la que ocurrió. Castilla no llegó primero a América por casualidad, sino por todas circunstancias políticas, sociales y religiosas europeas, y fue Europa la que cruzó el océano, y no América, derivado de siglos y milenios de historia que no dejaban lugar a ninguna otra posibilidad. Era simplemente imposible que mayas o aztecas llegasen a Europa, y hay que comprender que, si lo hubieran hecho, también habrían llegado con guerra y conquista; método que finalmente era el que usaban en Mesoamérica.

Desde 1516, con todo el movimiento político derivado de la muerte de Fernando y la supuesta locura de Juana, así como la llegada de los jerónimos y las voces críticas sobre la explotación a los indios, Cortés comenzó a proyectar sus sueños. No le interesaba volver a Castilla, ni a Santo Domingo ni a la propia Cuba. Hernán Cortés comenzó a vislumbrar la idea de crear algo nuevo, y para eso hacía falta tierra virgen. Eso era lo que tenía que encontrar.

Como alcalde de Santiago tenía acceso a información de primera mano de las exploraciones y sus hallazgos. Ya había castellanos desde Panamá hasta Florida, y más al sur dominaban los portugueses; pero en línea recta desde Cuba hacia occidente tenía que haber más tierras; todos los informes lo suponían, y se propuso descubrirlas. Para ello colaboró con el gobernador Diego Velázquez en la organización de tres expediciones, la última dirigida por él mismo.

A inicios de 1517, zarpó de Cuba Francisco Hernández de Córdoba al mando de una expedición de reconocimiento que llegó a Cozumel y a Yucatán, y se adentró costeando por el golfo de México hasta llegar a Tabasco. Algunos castellanos habían llegado antes a Yucatán, territorio que asumían como una gran isla; pero con la información de Hernández de Córdoba, Velázquez supo bien que frente a Cuba había todo un continente.

El mayor logro de esa expedición fue regresar con dos mayas a los que enseñaron a hablar castellano para servir como intérpretes en futuros viajes. Existían los mayas, eran pueblos civilizados, aunque en decadencia y con sus días de gloria de los siglos pasados. Pero tenían oro y, muy importante, daban noticias sobre los aztecas. Había un mundo por conquistar y Velázquez y, desde luego, Cortés lo tenían muy claro.

Había que ir más allá y se organizó una segunda exploración comandada por Juan de Grijalva, un hombre absolutamente inexperto pero pariente de Velázquez. Sus órdenes eran seguir la misma ruta y explorar más allá. Zarpó de Santiago en enero de 1518, primero hacia el occidente de Cuba y de ahí hacia Yucatán por rutas ya conocidas. La flota llegó más allá de Tabasco, del río que a partir de entonces se llamará Grijalva, y fueron los primeros en encontrarse con una embajada de Motecuzoma. Aparecía en la historia de los castellanos, como certeza y no como leyenda, el imperio azteca.

Había tierra firme, había civilización y había oro. ¿Qué hacer? Parte de la tripulación, tentada por el oro, quería desembarcar y buscar tierra adentro, Grijalva se mostró temeroso, sus órdenes consistían tan sólo en hacer un reconocimiento. La flota se dividió, y mientras Grijalva siguió más al norte hasta llegar a Tuxpan, Pedro de Alvarado regresó a Cuba para dar informes a Velázquez. Un solo dato era importante para ellos: había oro.

En Cuba, Hernán Cortés había tenido tiempo de planear. Resultaba evidente que habría que organizar otra expedición, y él pretendía dirigirla. Haría lo que fuera necesario para estar al mando, incluso financiar de su bolsa todo el viaje. Pero habría que conseguir el permiso de la junta de jerónimos, y Cortés tenía el argumento perfecto: Grijalva había tardado demasiado, estaba perdido con sus hombres y era menester organizar una misión de rescate.

Con ese argumento, Cortés obtuvo el permiso, pero aún faltaba ser designado como líder. Lo logró con dinero. Se ofreció a poner de su propia fortuna todo lo necesario para adquirir barcos y pagar a la tripulación. Diez barcos, más de cuatrocientos tripulantes, armas y provisiones. Pero algo no encajaba, Cortés también estaba comprando caballos, bueyes, mulas, cerdos, semillas, cereales. Todo indicaba que su objetivo no era rescatar o explorar, sino colonizar. Ése era, desde luego, su gran secreto. Él sabía que encontraría algo, y aunque desconocía en qué consistía, pretendía quedarse.

Cortés no concebía la marcha atrás. Sabía que lo llamaba el destino. No sólo gastó toda su fortuna, sino que vendió propiedades e incluso adquirió deudas. Lo apostó todo. Tenía prisa, debía organizarse y partir de Cuba antes de que regresara Grijalva, pues eso derrumbaría todos sus planes; pero no era sencillo conseguir armas y caballos en el

Caribe, Cortés iba en busca de provisiones incluso a Jamaica. Sus hombres recorrían las Antillas para poder aprovisionar los diez navíos.

Tanto movimiento hizo sospechar a Velázquez. Ya no era un secreto la existencia del imperio azteca y faltaría poco para que la ambición generara una ola de exploraciones hacia México.[32] Era imperativo para Cortés ser el primero. Decidió terminar de organizar la expedición en Trinidad, en el extremo occidental de Cuba, lejos de Santiago y del gobernador Velázquez, quien despidió a Hernán en el puerto santiagueño, en noviembre de 1518.

Cortés logró entrar en contacto con el recién llegado Juan de Grijalva, y contratar a varios de los hombres de su expedición. Necesitaba toda la experiencia que fuera posible reunir. Al final contaba con más de cuatrocientos castellanos, doscientos indios taínos, una docena de esclavos, un traductor maya de la expedición de Hernández de Córdoba, tres notarios y dos frailes. Llevaba unos doce caballos, igual número de cañones y poco menos de veinte escopetas. Eso fue lo único de lo que dispuso para cruzar el umbral de lo desconocido.

Era el jefe de la expedición y, más aún, era el dueño de esa empresa privada. Elaboró un estandarte insignia con un lema que dejaba ver su fervor religioso, su cultura clásica y su convicción de estar destinado: “Con este signo vencerás”; la frase con la que según la tradición soñó Constantino antes de triunfar en la batalla que lo convirtió en emperador romano. Además de eso, Cortés llevaba con él a su santa patrona; un estandarte de la virgen de Guadalupe que lo acompañaría en toda su expedición y que sería clavado en la cima del Templo Mayor de los aztecas.

A sus 34 años, la vida de Hernán Cortés estaba apenas por comenzar. La flota de diez navíos abandonó Cuba el 10 de febrero de 1519, pasó por Cozumel y llegó a Yucatán siguiendo derroteros ya conocidos. Para el mes de marzo Cortés y sus hombres arribaron a Centla, en la región de Tabasco, donde llevaron a cabo la ceremonia protocolaria de tomar posesión de las tierras en nombre del rey. Cortés aún lo hacía en nombre de doña Juana y don Carlos.

La estancada y quieta Europa medieval que comenzó a despertar tras el trauma de la peste negra, a moverse, a establecer nuevas rutas comerciales, a transformar sus cosmovisiones y filosofías hasta colocar al hombre en el centro del universo; el Viejo Mundo sacudido por siglos de invasiones y migraciones, la cristiandad impactada por la caída de Constantinopla en manos de los turcos, arrojada por ese evento a buscar nuevos caminos en los mares, la Europa revolucionada por los mercaderes y la burguesía, resultó de pronto muy pequeña, y pasó de ser el cuenco receptor de Eurasia a convertirse en una fuerza hacia fuera, un impulso a ir más allá.

Hernán Cortés fue tan sólo el heraldo de la historia.

[32] Es muy importante aclarar que en ese momento no había un país llamado México, y que dicho nombre no existía en la mente de ningún español y de ningún indio americano; pero para facilitar el manejo de conceptos, a partir de este punto se hará referencia a México para hablar del territorio al que se dirige Cortés.

LAS LENGUAS DE CORTÉS

GOLFO DE MÉXICO, FEBRERO A MARZO DE 1519

La lengua es la principal frontera de los hombres. Ahí se inicia o se termina el entendimiento humano, y es el principal obstáculo cuando se penetra en territorio desconocido. Pero Cortés tuvo suerte, si es que tal cosa existe, o quizá la diosa fortuna le sonríe a los que afanosamente la buscan. La suerte no es amiga de débiles y pusilánimes, pero es inseparable de los arrojados y valientes. Hernán Cortés tuvo suerte porque la merecía, y porque poseía esa misteriosa característica de la personalidad que resulta inexplicable pero fundamental: el don de gentes, el carisma; como quedaría claro, más allá de las fronteras lingüísticas.

En la Universidad de Salamanca Hernán Cortés estudió latín y gramática; es decir que, además de ser bilingüe (leía y escribía castellano y latín), conocía la estructura que daba forma a las lenguas, la lógica del idioma, porque eso es la gramática. Siempre nos hemos contado una historia en la que Cortés dependía de los demás en términos del idioma; pero lo único lógico es asumir que, tras catorce años en las islas, y amancebado con una local, Hernán hablaba la lengua de los taínos. Del mismo modo habría que comprender que, viviendo por años entre cientos de miles de nahuas, Cortés aprendió su lengua.

La comunicación, sin embargo, era el primer problema al que se enfrentaba toda expedición que llegara a lugares poblados. No sólo se trataba de comprender el idioma, sino algo mucho más profundo y complejo: los protocolos culturales; esto es, los modos de hablar y dirigirse a diferentes tipos de personas, la forma de hacer diplomacia, de declarar guerras y paz, de concertar alianzas. Pero la diosa fortuna siempre sonrió a Hernán Cortés.

Vamos a asumir, porque es lo único lógico, que Cortés entendía la lengua de los taínos. Algunos de éstos a su vez, dada la cercanía y vínculos comerciales con Yucatán, hablaban maya. Cortés llevó decenas de indios taínos en su expedición. Pero además de eso, Hernán contaba con un traductor maya, capturado en la expedición de Hernández de Córdoba, que llevaba dos años aprendiendo castellano. Le llamaron Melchorejo, y fue vital para que Cortés supiera que en

Cozumel había dos castellanos náufragos, perdidos diez años atrás.

Desde que Velázquez y Cortés llegaron a Cuba, junto a unos trescientos castellanos, comenzaron las exploraciones hacia otras islas y en busca de tierra firme. Un hombre fundamental de aquella época fue Vasco Núñez de Balboa, quien llegó a Cuba en 1511, procedente de Centroamérica; entre otras cosas, buscando sobrevivientes de un naufragio.

Núñez de Balboa zarpó a las Indias con Américo Vespucio y Juan de la Cosa en 1500, exploró Centroamérica y fue el primer europeo en vislumbrar el océano Pacífico. Víctima de un naufragio, llegó a Santo Domingo a finales de 1501, y salió huyendo de la misma ciudad en 1509, escondido como polizón en un barril para evadir a sus acreedores. Su habilidad y conocimientos lo hicieron escalar de polizón a capitán, y para 1510 fundaba la primera ciudad castellana en tierras continentales: Santa María del Darién.[33]

Desde Darién zarpó en un barco hacia La Española en 1511, pero naufragó a la altura de Cozumel y nunca más se volvió a saber de ninguno de los tripulantes. Todos fueron dados por muertos. Tiempo después resultó que dos de ellos habían sobrevivido, un soldado y un fraile, de los que Cortés tuvo noticias en 1519. El soldado se llamaba Gonzalo Guerrero y el fraile, Jerónimo de Aguilar.

Notificado de los pormenores por Melchorejo, Cortés ancló en Cozumel, en febrero, en busca de los náufragos. Gonzalo Guerrero se había casado con la hija de un cacique maya, tenía tres hijos, tatuajes, orejas perforadas y un bezote de jade bajo el labio; la noticia de la llegada de Cortés no cambió su nueva vida, y decidió quedarse. Pero el fraile Aguilar no había perdido la esperanza del rescate y, así, ocho años después de su naufragio, y dominando ya la lengua de los mayas, se unió a la expedición de Cortés, quien pudo recorrer el mundo maya con un intérprete de confianza.

Todo el trayecto desde Cozumel hacia Tabasco se llevó a cabo bajo la guía lingüística y cultural de Jerónimo de Aguilar, quien tras casi una década de vivir entre mayas conocía no sólo su idioma sino sus costumbres, lo cual resultaba más importante. No sólo era la lengua de Cortés, es decir su intérprete, le decía qué decir y cómo comportarse.

Siguiendo la ruta trazada por Grijalva, Cortés y sus hombres llegaron en marzo a Tabasco, una importantísima frontera cultural; se salía poco a poco del mundo maya para penetrar en los dominios del imperio azteca. Ahí desembarcaron con la intención de establecer contacto, pero fueron ferozmente atacados, según supo después Cortés, incitados por el propio Melchorejo. A fuerza de batallas y regalos, Cortés logró entablar comunicación con los jefes locales a través de Aguilar. Al pasar de la guerra a la paz vinieron los obsequios, y dado que los blancos extraños viajaban sin mujeres, el

cacique de Tabasco decidió obsequiarles a los recién llegados una veintena de esclavas.

Desde que llegaron a Cozumel, y a lo largo de todo su recorrido por las costas, Cortés se enfrentó a la misma situación: había pueblos indios que al parecer ya habían tenido contacto con los castellanos y eran, en general, hostiles; había otros que los recibían de manera pacífica. Pero en ambos casos, una vez que se establecía el contacto, los lugareños eran generosos en el momento de entregar ofrendas y presentes.

Los castellanos se mostraban como guerreros fuertes y poderosos, por lo que muchos pueblos los veían como aliados potenciales; de esa inquietud surgió aquello de obsequiar mujeres, a fin de crear alianzas sólidas a través de los vínculos de pareja. Cortés iba actualizando sus planes sobre la marcha; en cada pueblo los recibían, los agasajaban, les entregaban regalos y mujeres, y les hablaban del imperio azteca, así como de su legendaria capital pletórica de riquezas: Tenochtitlán.

Cortés iba teniendo claro su objetivo: llegar a la legendaria Tenochtitlán. No sabía a qué y no sabía cómo, pero la veía en su destino. Otro de los planes de Cortés era ir estableciendo población; ir, efectivamente, tejiendo alianzas con los pueblos locales mediante el emparejamiento. La única condición era bautizar primero a las mujeres.

En Tabasco le fueron ofrecidas veinte mujeres y Cortés las repartió entre sus capitanes. La más hermosa de todas ellas, como una diosa según dice la crónica de Bernal Díaz del Castillo, la asignó a un gran amigo de la infancia en Medellín, Alonso Hernández Portocarrero. Al fraile que la bautizó le daba igual su nombre de origen, impronunciable para él, y eligió al azar uno cristiano y común: Marina.

Es prácticamente imposible saber quién era esa mujer, sus orígenes y su nombre. Con el paso del tiempo, quien más hablaba con ella, a diario y de forma íntima, era Cortés. Él y sólo él podría dar una referencia, seguramente muy vaga; lo poco que pensamos saber de ella es a través de la crónica atribuida a Bernal, pero el testimonio fue necesariamente de Cortés.

Habría nacido en torno al año 1500 cerca de Coatzacoalcos, con el náhuatl como lengua materna, y aparentemente entre la nobleza de la zona. Siendo niña quedó huérfana de padre, su madre volvió a casarse, y al engendrar un varón con su nuevo marido, optaron por venderla como esclava en la región de Tabasco, zona de habla maya. Para cuando llegaron los castellanos ella dominaba las dos lenguas.

Marina llegó con los castellanos el 15 de marzo de 1519 y determinó con ello el resto de la historia. Los idus de marzo fueron favorables para Hernán Cortés. La expedición se detenía lo mínimo

indispensable en territorio ya conocido; Cortés buscaba lo ignoto, lo que estaba más allá. Desembarcaron en lo que hoy es San Juan de Ulúa el 22 de abril. Era viernes santo. En tierra fueron recibidos por una comitiva a la que Jerónimo de Aguilar no comprendía. Habían salido de la zona maya y se quedaron sin intérprete.

Los indios, bien vestidos y ornamentados, hablaban mucho y hacían gestos. Cortés fingía. Se intercambiaron regalos. Había tensión. Horas más tarde, en su tienda de campaña, Hernán Cortés recibió al fraile Aguilar que se hizo acompañar por la pareja de Portocarrero; le llevaba una espléndida noticia: Marina entendía el maya, pero su lengua natal era el náhuatl. A través de una cadena de traducción, Cortés tenía nuevamente una lengua y sería capaz de romper la barrera del entendimiento.

Marina explicó lo que pasó horas antes. Aquella comitiva era presidida por un dignatario azteca llamado Tendile, era embajador representante de Motecuzoma, quien mandaba a los extraños del mar muchos regalos y una instrucción contundente: retirarse. Cortés había tenido contacto directo con el imperio azteca. La religión era fundamental en ambas culturas, Cortés lo entendía y ordenó invitar a los embajadores aztecas a la celebración de la misa de Pascua, a la que asistieron sin comprender nada, pero con carácter respetuoso. Los extraños tenían dioses, y eso era bueno.

Marina escuchaba en náhuatl y traducía al maya a Jerónimo, quien a su vez trasladaba la información al castellano para comprensión de Cortés. La mujer dominaba las lenguas, y resultado de su noble origen, y de haber sido esclava de un cacique, conocía los protocolos culturales, sabía cómo había que comportarse, cuándo se debía hablar y cuándo callar, cómo se manejaba la diplomacia, con qué gestos se representaba respeto, y con cuáles desdén. Sería inseparable de Cortés a partir de entonces.

Los emisarios aztecas hablaban náhuatl, los indios totonacas que llegaron pocos días después, también. Todos los castellanos se referían a la mujer de Portocarrero como Marina, y con el tiempo los nahuas la llamarían Malintzin, por el parecido de su nombre pero agregando además el sufijo *tzin*, que significa nobleza. Por extraños retruécanos de la vida, Marina fue nombrada Malintzin, y Malintzin en castellano terminó quedando en Malinche.

Pero Malinche nunca fue ella. Ella era Marina, Malintzin le decían los embajadores de Motecuzoma, asumiendo que, como lengua del líder de los extraños hombres blancos, merecía tratamiento de señora. Marina siempre estaba junto a Hernán Cortés, o él siempre junto a ella, según se vea. Los aztecas se referirían a Cortés como Malintzine, el señor de Malintzin, sin que ese apelativo dejara claro quién era dueño de quién. Hernán Cortés era el Malinche. Así le dijeron siempre

a él los aztecas.

No cabe duda de que Hernán Cortés tenía suerte. Se enfrentaba a lo desconocido de la mano de una mujer, lo cual ya era mucho; pero, además, de la mujer que lo hizo conquistador de mundos. Qué absurdo pensar que Cortés fuera el conquistador. Ella hablaba, ella entendía, ella traducía, ella aconsejaba, ella marcaba ruta. Ella era uno de tantos seres humanos sometidos por los aztecas, y también le seducía la idea de conquistarlos. Hernán Cortés había protagonizado el más importante de los encuentros que tendrá a lo largo de su vida. Cortés y su lengua, Malinche, conquistaron un imperio.

[33] Ciudad hoy inexistente, pero ubicada en Panamá.

QUEMAR LAS NAVES

VERACRUZ, JULIO DE 1519

Hernán Cortés meditaba en el calor infernal de la playa de una ciudad que comenzaba su atribulada historia. Sería la puerta natural de entrada al país que estaba por nacer durante cinco siglos, y no dejaría de ver llegar invasores y migrantes. De momento era tan sólo una colección de firmas en un documento, una ficción legal para el rey y un argumento para ir más allá de lo que ningún europeo hubiera pisado, y a donde no tenían permiso de ir.

Pero Cortés invirtió toda su fortuna en ese viaje, y no era un burdo cazador de tesoros. No se trataba del oro. La tierra que los vio llegar constituía para él una profecía; el sitio para establecerse y crear un nuevo reino para la mayor gloria de Castilla. Hernán Cortés era un romántico medieval.

La mayor gloria de Castilla y del rey, desde luego, pasaban por la mayor gloria de Cortés. Imbuido por el nuevo espíritu antropocéntrico de la época, colocaba al individuo en el centro del universo, por mérito propio y no como parte de un reino más grande o vasallo de un gran señor. El rey representaba el camino para construir algo propio; él era un creador que no cesaría hasta lograr el cumplimiento de los sueños individuales, y era un empresario que invirtió toda su fortuna y no se detendría hasta obtener dividendos. Hernán Cortés era un pionero del mundo moderno. Era un hombre entre dos mundos.

Contemplaba el océano en la dirección por la que no pretendía volver nunca. Diez navíos flotaban en el fondeadero encontrado por el piloto Antón de Alaminos, quizá el navegante más experimentado de las islas remotísimas. Cortés salió con diez embarcaciones, y la suerte lo hizo toparse con una más en altamar, misma que compró y contrató a su tripulación, y la destinó como nave de enlace con Cuba. Esos barcos constituían su ancla con el pasado, y el único medio para volver. Eran la única tentación de volver a casa ahora que se presentaba frente a él la invitación a lo desconocido.

El verdadero viaje de Cortés apenas estaba por comenzar. Hasta ese punto todo era conocido; de Cuba a Cozumel, de ahí a Yucatán, la ruta a Tabasco y el río Grijalva, e incluso el fondeadero que el piloto Alaminos había descubierto en expediciones anteriores. Pero Cortés

venía escuchando hablar de los aztecas y su legendaria ciudad desde que tocaron tierra en Yucatán, y quería llegar hasta allá. Los aztecas, desde luego, habían oído hablar de Cortés y lo habían visto. Habían seguido con atención todo su recorrido. Llevaban más de veinte años observando a los extraños a los que trajo el mar.

Después de Tabasco la expedición de Cortés siguió costeando hasta llegar en abril al fondeadero de San Juan de Ulúa, ése donde escucharon misa de Pascua con los embajadores aztecas como invitados especiales. Los españoles y los taínos bajaron cañones y caballos, los enseres personales de Cortés, que viajaba como gran señor, artículos para regalar e intercambiar; y comenzaron de inmediato a cortar árboles para construir un campamento relativamente estable.

Fue quizá la primera vez que Cortés tuvo miedo, pues se sintió observado. Supo por el embajador Tendile que cada detalle de su viaje había quedado registrado por los ojos y orejas que Motecuzoma tenía desplegados por todo el territorio. La embajada era particularmente interesante; eran cuatro mil hombres, guerreros casi todos ellos, pero desarmados. He ahí una muestra de civilización, mostrar la fuerza pero no usarla. Llevaban cronistas para conservar cada detalle del encuentro, y pintores para que el tlatoani pudiera conocer el rostro de los recién llegados.

Y llevaban regalos. Ya en los desembarcos y encuentros anteriores los habían recibido con obsequios y se había procedido a intercambios; lo cual no dejaba de asombrar a Cortés por esa extraña mezcla de hostilidad y hospitalidad. Pero aquella embajada llegó con presentes suntuosos: pedrería, algodones teñidos, arte plumario y joyería de oro. Sólo importaba el oro. Para ese momento Hernán Cortés ya había puesto su mirada mucho más allá del preciado metal; él veía un establecimiento, un nuevo reino, pero su gente sí que era movida por el oro y él necesitaba a la gente. Ésa sería siempre la promesa y el combustible de la expedición.

Los mayas habían pasado hacía siglos por sus días de gloria, y la expedición de Cortés no había encontrado en aquel mundo nada más que villas rupestres muy parecidas a las del Caribe, aunque vio pirámides. El mundo nahua se presentó ante él como más sutil y refinado, viviendo su auge y no su declive, y las estructuras políticas parecían ser más complejas, lo cual evidenciaba, desde luego, mucha más riqueza y poder. Hernán Cortés sabía que tenía que impresionar.

Por esa razón organizó una misa. Entendía que los pueblos siempre se arredran ante símbolos y rituales. No fue sólo la misa. Había mandado construir un altar y decorarlo de la manera más solemne y ostentosa posible, con una gran cruz y su estandarte guadalupense, cantar en latín; después de la celebración, mandó disparar cañones al

aire en la playa y hacer correr a sus caballos. Cortés logró impresionar, lo cierto es que los indios se tumbaron al piso postrados. Eso indicaba que comenzaba la hora de negociar. Hernán también era civilizado y mostraba la fuerza para intentar no usarla.

Cortés permanecía de pie y sin hablar, porque no comprendía desde luego; pero la propia Marina lo había advertido además de los protocolos. Los grandes señores no hablaban sino a través de portavoces, eso hizo que Marina fuera mucho más que su traductora. Presentó sus respetos a Motecuzoma de parte suya y del gran señor al que decía representar, *Reydoncarlos*, como lo llamaron al principio los nativos; gran soberano al otro lado de los mares. Entregó como presente un trono de madera, terciopelo y alhajas. Además del oro, Cortés recibió lo más valioso: un séquito de dos mil hombres que se quedarían ahí para abastecerlos a diario de comida.

Qué suerte tenía Hernán Cortés. No tuvo conflicto con la lengua y la comunicación, y ni siquiera debía preocuparse del abasto alimentario. Qué tentador habría sido para él, como seguramente pasó, haber pensado que lo tomaban por un dios. Quizá tampoco tuvo la tentación de pensar que dos mil personas que lo alimentaban también vigilaban todos sus movimientos y daban cuenta de cada uno de ellos. Motecuzoma era un sabio, esos blancos no habían sido los primeros y no serían los últimos; podría aniquilarlos a todos, pero era mucho más sensato conocer a esos hombres. Siempre supo Motecuzoma que eran hombres.

Tendile se presentó una semana más tarde con un nuevo cargamento de regalos. Había notado que los ojos de los extraños sólo brillaban ante el oro, así es que la nueva comitiva llevaba el precioso metal en todas sus presentaciones posibles: cascabeles, joyas, aretes y colgantes, pepitas y polvo, esculturas finamente elaboradas y un disco solar macizo. Para casi todos los hombres de Cortés eso sólo podía significar el fin de la expedición; habían explorado y establecido contacto, tenían informes para Velázquez y, lo más importante, sin mucha dificultad ya habían conseguido oro. Era momento de volver.

La sombra de Velázquez se precipitó sobre Cortés. Él había financiado el viaje, pero la autoridad que lo facultó era el gobernador de Cuba, el representante legal del rey en aquel rincón de las islas remotísimas. Con Diego Velázquez había firmado Cortés las capitulaciones del viaje, y en dicho contrato se habían establecido los alcances y límites de la expedición, basado a la vez en la autorización concedida por los jerónimos: rescatar, explorar, intercambiar. No colonizar ni poblar. Mucho menos conquistar.

Hernán Cortés era el capitán de la flota y jefe de la misión, pero su autoridad quedaba limitada por el contrato legal con Velázquez. Los hombres lo sabían y para la mayor parte de ellos la misión ya se había

cumplido con sobrada recompensa para ellos en forma de oro. Sólo quedaba volver a rendir informe y a disfrutar la nueva fortuna. Es aquí donde hay que observar los tamaños de Cortés: no era un cazador de fortunas. El problema era que sus sueños difícilmente podían ser compartidos por los demás hombres, quizá ni siquiera podían ser vislumbrados.

Tendile llenó de oro a Cortés, que ya no estaba sorprendido tan sólo por la aparente hospitalidad sino por la generosidad. El gran señor Motecuzoma parecía desprenderse del oro con extrema facilidad, lo cual, para la mente de los castellanos, sólo podía significar que había mucho. En realidad, había poco y era resultado de tributos más que de extracción local. El señor azteca se desprendía de él con facilidad por dos razones: tenía tributarios que siempre le darían más y nada es más valioso que la estabilidad de su reino. El mensaje era contundente, los regalos se daban para que los extraños se retiraran.

Cortés agradeció pero reiteró su postura, la historia que había inventado sobre la marcha: había cruzado el mar por orden del rey don Carlos que deseaba conocer a Motecuzoma. No podía aceptar una negativa ni podía volver sin conocer Tenochtitlán, pues ello socavaría el poder y el honor de su gran señor. Entregó presentes para Motecuzoma: una copa de cristal cortado y una colección de camisas holandesas. Había comprendido que el intercambio no tenía nada que ver con el comercio sino con establecer vínculos.

Una vez más se presentó Tendile con obsequios algunos días después: prendas de algodón, piezas de oro, arreglos de plumas preciosas y cuatro enormes y espléndidas esculturas de jade. El embajador comunicó la negativa rotunda de Motecuzoma sobre recibir a Cortés, mandaba saludos al rey don Carlos y, para dejar claro el mensaje tajante, los dos mil hombres y el servicio de alimentación fueron retirados de inmediato. Si querían permanecer en aquellos arenales, tendrían que enfrentarse a la inanición.

Para la tropa el mensaje era más claro que nunca. No podrían permanecer aunque quisiesen; era hora de recoger el oro y volver a casa. Ante la falta de alimento Cortés se quedó sin argumentos. Pero qué endemoniada suerte tenía Hernán Cortés: dos días después, y al borde del motín, llegó una comitiva de indios que se presentaron ante él como totonacas, llevaban obsequios y, sí, también comida.

A través de Marina, Cortés se enteró del entramado político. Los totonacas hablaban náhuatl, igual que los aztecas; pero eso no los hacía un mismo pueblo. De hecho, comprendió que en toda la región se hablaban diversas variantes de aquella lengua, pero que existía una gran división entre ciudades rivales, algunas aliadas de los aztecas, y otras que eran enemigas a muerte. Fue el caso de Cempoala, la ciudad de donde provenía la comitiva.

El imperio azteca era de creación reciente, no tendría más de cien años y se había formado a fuerza de sangre y violencia. Sometían a decenas de ciudades en un vasto territorio no siempre conexo, cobraban tributos elevadísimos, a veces en forma de seres humanos para hacer sacrificios, y sus débiles y divididos rivales estaban salpicados a lo largo del territorio que se extendía desde la costa hasta un inmenso lago en un valle elevado, donde habían construido su ciudad. Cortés se enfrentó a una interesante sorpresa: el líder de los totonacas buscaba una alianza con ellos para defenderse de los aztecas.

La tropa estaba dividida. Muchos eran incondicionales de Cortés, que era además un gran seductor con las palabras, pero otros tantos se declaraban a favor de la legalidad; esto es, seguir las órdenes de Velázquez, que ya habían sido cumplidas, y por lo tanto volver. Otros más estaban confundidos, las órdenes fueron dadas sin conocer lo que iban a encontrar; población, civilización, oro. Seguir las órdenes parecía lo correcto, pero podían perder la oportunidad ante la pléyade de explotadores castellanos que ya pululaban por el Golfo. Cortés comprendió que lo único que necesitaba era una nueva ficción legal.

En la Universidad de Salamanca había comprendido toda la teoría de la ley, y de su padre, en Medellín, había entendido su aplicación práctica. Cortés encontró el recoveco. Los hombres libres tenían derecho a establecerse en comunidad, esto es, formar una ciudad; y la ciudad de hombres libres debía tener un marco legal. Eso había hecho Cortés al llegar a Cuba: fundar ciudades en nombre de Su Majestad para que los hombres vivieran en un marco legal.

¿Tenía derecho Cortés a fundar una nueva ciudad en medio de la nada? Dado que toda ley y todo entramado jurídico son siempre una ficción, una construcción humana para la autorregulación, ¿dónde está el límite, cuán flexible es dicha construcción? ¿Es válido crear una ficción distinta? ¿Es posible tomar la ficción original y ampliar sus alcances? Detrás de estas discusiones, en lo absoluto bizantinas, subyace la cuestión de la legitimidad del poder: Dios o los hombres, derecho divino o soberanía popular. El monarca era ungido por Dios, pero debía ser reconocido en cortes, por asambleas y parlamentos; había un pacto de vasallaje con el rey, y en todo pacto había por lo menos dos partes.

La Europa medieval fue construyendo legitimidades políticas con el Creador como fundamento, pero por herencia romana estaba la tradición de la asamblea y el poder como un pacto social sin carácter divino. El rey lo era por voluntad de Dios, pero con consentimiento del pueblo. El monarca representaba en la tierra el orden celeste, el noble era designado por Dios para regular el feudo…, pero la ciudad significaba el bastión del hombre libre, el comerciante, el burgués; es

decir, el plebeyo que no tenía derecho a gobernar, a menos que lo hiciera en nombre y representación del rey.

Al final, la ciudad era el polo de producción de la riqueza que los reyes necesitaban para hacer sus guerras, mantener sus conquistas y conservar su gobierno. El rey dependía de la ciudad y los ciudadanos lo sabían. Por eso exigían y obtenían derechos. Pues bien, Cortés estaba generando riqueza para el rey en su expedición, él y su gente eran hombres libres. Tenían derecho a fundar.

Fundar una ciudad consistía en redactar un acta notarial, y Cortés llevaba notario en su expedición, antiguo conocido de Medellín. Así pues, Diego de Godoy redactó el acta de fundación de la Villa Rica de la Verdadera Cruz, en nombre de Sus Majestades doña Juana y Don Carlos, y convirtió a la tropa en cabildo. Toda ciudad debía tener un alcalde, que no era sino un corregidor, el que regía en conjunto con el rey y en su representación; y que era electo por los ciudadanos. Serían electos dos: Portocarrero, amigo e incondicional de Cortés, y Francisco de Montejo, seguidor de Velázquez, del partido de los que quería volver. Cortés era astuto en asuntos de política.

Habiendo ciudad, cabildo y alcaldes, era necesario votar para elegir a un capitán general de dicha ciudad; esto es, la autoridad en términos militares, y un alguacil de justicia, o justicia mayor, quien era responsable de hacer que se cumplieran las leyes. Ambos puestos recayeron, por decisión del cabildo, y corroborado por los alcaldes, en Hernán Cortés.

Todo quedó registrado en actas notariales y todo fue en nombre de Sus Majestades. A través de dichos actos protocolarios, el capitán general ya no dependía más de Velázquez. Cortés se había colocado directamente bajo la autoridad de rey y actuaba en su nombre. Ahora era necesario notificar al rey de todo eso.

Hernán Cortés nació con suerte, pero también la construyó. ¿Era legal y correcto lo que estaba haciendo? Es difícil decirlo. Cortés jugaba en la frontera de la legalidad, que era finalmente lo que siempre habían hecho los jurisconsultos. Pero además de ello, Hernán jugaba, sin saberlo, en la frontera de dos mundos; el medieval y el moderno, el del feudo y el de los monarcas. Él estaba acomodando la ley a su antojo, usando las ficciones existentes; y del otro lado del mar, el monarca en cuyo nombre pretendía actuar, también jugaba con una ficción existente, el derecho divino, para trastocar todo el orden legal y construir otro.

Éste era un buen momento para detener el viaje y tratar de comprender el cambio del mundo al que toda la cristiandad se estaba enfrentando, y del que Cortés era protagonista de lujo. Por tradición medieval había dos tipos de hombres: nobles y plebeyos. Los primeros eran designados por Dios y tenían derecho a poseer tierras y a ejercer

gobierno; los segundos nacieron para callar y obedecer. Pero había una relación contractual entre dichos estamentos: el plebeyo trabajaba la tierra, estaba atado al feudo y entregaba la mitad del fruto de su trabajo al señor feudal, quien a su vez debía gobernar, administrar los bienes, todos de Dios, y defender en tiempos de guerra.

La nobleza del noble venía principalmente por su estatus de guerrero. La tierra se ganaba y se defendía con guerra. El campesino no peleaba. El noble tenía privilegios, pero más obligaciones. Todos los señores feudales eran nobles, los señores poseían tierras, la riqueza de la tierra les permitía tener caballos, armas y guerreros para defender el reino si era necesario. El rey necesitaba de sus señores y éstos a su vez necesitaban a sus vasallos. Había un orden implícito en todo esto.

Dicho orden comenzó a ser roto con la paulatina aparición de una nueva clase social que no tenía acomodo bajo los parámetros tradicionales: el comerciante. Era plebeyo como el campesino, y la antítesis dentro del sistema feudal. Su riqueza no dependía de la tierra y, por lo tanto, no estaba obligado a compartirla con un señor feudal. Esos comerciantes, hombres libres, iban creando las ciudades, conocidas entonces como burgos, de ahí el nombre genérico de sus habitantes: burgueses; es decir, ciudadanos.

El feudo era gobernado por el noble; la ciudad de hombres libres, por los propios ciudadanos; pero ya que como plebeyos no tenían derecho propio a gobernar, lo hacían en nombre y representación del rey. A cambio de este autogobierno, el rey exigía impuestos y otorgaba ciertos privilegios a las ciudades y los ciudadanos, quienes entregaban impuestos a cambio, principalmente, de dicho autogobierno. Así era el orden feudal.

En la tradición feudal los nobles tenían derechos sobre sus feudos y los ciudadanos sobre sus ciudades; además existían las franquicias de las universidades sobre las ciudades universitarias, gobiernos propios que eran casi un Estado dentro del Estado, y a esto se sumaban los derechos y privilegios de las órdenes de caballería, y las reglas de las diversas órdenes monásticas y los fueros religiosos.

Con tanto poder distribuido era imposible construir un Estado, cuya esencia era la centralización del poder. Ésa fue la lucha de Isabel y de Fernando, centralizar el poder en un reino que por tradición estaba atomizado. Ésa era la lucha que heredaría y continuaría Carlos, quien no perdió oportunidad de arrebatar el poder para centralizarlo en torno a su persona.

La red de familias de Cortés representaba la defensa de aquellos derechos antiguos, y es con esas bases que Hernán fundó una ciudad, en nombre del rey, sin que el rey lo supiera. Lo suyo significaba una argucia, pero atenido al discurso tradicional de las leyes y el poder,

era legal. Era mañosa, pero legítima. Pero Cortés sabía que la ley se disolvía en el poder divino y absoluto del monarca, ése era el sello del mundo que emergía; por eso, además de razones legales, el capitán general necesitaba otros argumentos, y ningún razonamiento superaba el oro, metal precioso que borraba las distinciones entre plebeyos y monarcas. Todos los buscaban.

Con los nuevos poderes emanados de la soberanía popular, Cortés dio la orden de organizar una comitiva que se trasladara a la ciudad totonaca de Cempoala, al tiempo que arrestaba y encarcelaba a los más rebeldes entre los seguidores de Velázquez, y dispuso a los demás a la construcción de los primeros edificios de madera de la recién fundada ciudad. Era junio del año del Señor de 1519.

Entrar a Cempoala significó un respiro de aire fresco. A Cortés y a sus hombres, y a Marina, desde luego, los recibió una ciudad en toda forma, con casas, edificios públicos y palacio. Modestos pero en forma. Una comitiva de nobles los esperaba para conducirlos a la presencia del líder de los totonacas, quien pasaría a la historia con el apelativo de Cacique Gordo, una especie de rey quien se dedicó a volcar sobre Cortés una perorata en contra de Motecuzoma; describió la violencia, el estado de guerra perpetua, los sacrificios humanos, los tributos de castigo, la humillación constante y la mezcla de miedo y odio que profesaban hacia los aztecas.

Improvisando sobre las circunstancias, Cortés dio forma a su plan inmediato: llegar a Tenochtitlán, aunque no supiera bien a qué, y para hacerlo podría valerse de la tremenda animadversión que profesaban docenas de pueblos contra los aztecas. El capitán general propuso una alianza, pero los totonacas la rechazaron. Había demasiado miedo contra los aztecas y ellos no eran grandes guerreros. Por primera vez en el viaje, Cortés escuchó el nombre de la ciudad que más odiaba a los aztecas, que más amenazada se encontraba, y que estaba conformada por valientes y bravos guerreros: Tlaxcala.

Estando Cortés en Cempoala llegó una comitiva azteca de recaudadores de impuestos. El capitán general urdió un plan sobre la marcha: capturó y encerró a los emisarios aztecas ante el pavor del Cacique Gordo. Cortés hizo un despliegue de fuerza, dijo que así pretendía tratar a todos los aztecas y a cualquier otro que cometiera injusticias. Presionó a Cempoala a firmar una alianza, misma que sería finalmente establecida y confirmada a través de la entrega de mujeres cempoaltecas para que emparentaran con los llegados de Castilla, que comenzarían a ser conocidos como *caxtiltecatls*.

Cortés hizo de las suyas. Era bueno con las palabras, adaptó la realidad, mentía pues; y confundió a los dos bandos. Era hábil. Argumentó ante el Cacique Gordo la historia que ya no soltaría jamás: había sido enviado por el soberano más poderoso del mundo, don

Carlos, quien conociendo los hechos de aquel mundo, lo designó como embajador para someter a todos al orden y al vasallaje. Además, desde luego, les trajo la palabra del único y verdadero Dios, para que además de vivir mejor en la Tierra, pudieran asegurar una vida eterna de bondades tras la muerte.

El capitán general encerró a los emisarios aztecas; luego, en la noche y en medio del sigilo, habló con ellos y liberó a dos, argumentando que fue idea de los cempoaltecas, pero que él, que se asumía amigo de Motecuzoma, los salvó para que contaran todo a su gran señor. Al día siguiente se asumió sorprendido por el escape de aquellos dos, y reprendió a los cempoaltecas, quienes presas del pánico, aceptaron ayudar a Cortés a internarse en el territorio. Aliado de los cempoaltecas, que le proporcionaron alimentos, guías y cargadores, Hernán decidió su próximo destino: Tlaxcala.

Para este momento Hernán Cortés creía que comprendía, pero no comprendía nada en realidad. No tenía noción de qué tipo de reinos y ciudades existían en ese mundo ni de cómo manejaban su política y su diplomacia; menos aún podía tener siquiera una idea cercana a sus visiones de la guerra; del concepto de lo divino y lo sagrado, ni hablar. Simplemente no podía saberlo.

Padecía de la misma ceguera cultural que cualquier otro humano; pensaba que sus formas eran las únicas correctas, que su civilización era la única elevada y su Dios el único verdadero. Creía que sus símbolos eran realidades y los de los otros pueblos, supercherías. Aprendería mucho en los siguientes dos años.

Sin saber a lo que se enfrentaba Hernán Cortés decidió encararlo. Sabía de la existencia del imperio azteca al que imaginaba desbordando riquezas, con techos y calzadas de oro. Aún no era capaz de valorar las cosmovisiones que lo rodeaban y eso lo impulsó a sentirse superior. Creía que había comprendido las complejas relaciones de los pueblos del lugar que aún no sabía que se llamaba Anáhuac, que unos odiaban a otros y que sólo tenía que presentarse ante los enemigos de los aztecas para ganar nuevos aliados. Fue gracias a su ingenuidad que tomó una decisión que sería determinante: dejarlo todo para seguir adelante. Quemar las naves.

Con la absoluta determinación de seguir adelante, Hernán Cortés volvió a las playas donde había fundado Veracruz, con toda su comitiva original y acompañado de cientos de cargadores y guerreros totonacas. Daría la orden de partir, pero sabía que eso sería fuente de conflicto entre su tropa, aun investido como estaba de su nueva autoridad. Pero además una mala noticia lo aguardaba a su regreso. El undécimo barco, el de enlace, había llegado de Cuba con los últimos pormenores. Velázquez lo había declarado fuera de la ley, había escrito a don Carlos adjudicándose el descubrimiento de Yucatán y

todo mérito de la expedición de Cortés; y había obtenido autorización real para comandar una conquista.

Todo empujó a Cortés a ir más allá. El poder de la autoridad real lo alcanzó a través de una conspiración que había dado a Velázquez el poder y los alcances que ostentaba Diego Colón, y él sólo veía como posibilidad ir más lejos. Pero antes de proceder a cualquier acción debía escribir a don Carlos, tenía derecho a contar su versión de los hechos, desde la legalidad de la expedición hasta la fundación de la ciudad de Veracruz, de la estrechez de miras e incapacidad del gobernador de Cuba y la necesidad de colocarse por encima de su autoridad, pero siempre por debajo de la del rey.

Hernán Cortés tenía que escribir y dar todos los argumentos legales a su alcance, pero conocía bien el alma de las personas y cómo su voluntad se esclavizaba ante el metal dorado, incluso la de un rey. Escribiría contando la aventura llevada a cabo por mayor gloria de Dios y de Su Majestad, de los indios bautizados, de las cruces clavadas, de los vasallajes recibidos, de las posibilidades a futuro…, y del oro obtenido, del cual, evidentemente mandaría una parte.

Una iluminación repentina sacudió a Hernán Cortés. No enviaría el quinto real o parte alguna del tesoro…, lo enviaría todo. Todo, cada alhaja, cada paño de algodón, cada piedra de jade, cada obra de fino plumaje y cada pepita de oro. Cortés no conservaría su parte, que había sido estipulada igual que la del rey, en un quinto, y entregaría la del resto de la tripulación. Sabía que tendría que pronunciar el discurso más elocuente de toda su vida para convencer a su gente. Pero siempre había confiado en su suerte.

Cortés reflexionó y buscó lo bueno en medio de la desventura. Junto con la noticia, el capitán trajo también sesenta hombres de repuesto y dos caballos. Contaba con más de quinientos castellanos y algunos miles de indios, y ya había visto el oro brillar en las pupilas de sus hombres. Había comprendido sus ambiciones, y pensaba colmarlas, y había comprendido también sus miedos, y pensaba transformarlos en fuerza vital.

Todos escribirían a Su Majestad y todos enviarían el oro. Cortés se envolvía en la colectividad. Finalmente había fundado una ciudad, y fue precisamente el poder de la colectividad el que se lo permitió. Así pues, el capitán general escribió una carta describiendo todos los detalles de la expedición, desde la salida de Santiago hasta la fundación de Veracruz y la alianza con los totonacas, cuidó los detalles legales y la hizo firmar por todo el cabildo.

Todos habían fundado Veracruz, todos habían explorado y arriesgado la vida por la gloria del rey, todos solicitaban la ratificación de Cortés en sus puestos de justicia mayor y capitán general, todos instaban de esa manera el poder seguir adelante con la

exploración y conquista; y sí, todos enviaban su oro al rey, confiados, según le exponían, en que era nada comparado con lo que habrían de encontrar.

De eso último era de lo que hubo de convencerlos Cortés antes de hacerlos firmar una carta colectiva al rey. Si ese oro era el que enviaba Motecuzoma, cuánto más habría para ellos en su ciudad, que además, según les mencionó Cortés que le dijeron los totonacas, tenía techos y calzadas de oro. Todo el cabildo firmó y el notario contó cada detalle del tesoro que sería cargado en una de las naves, junto a la carta y los documentos legales, con cincuenta tripulantes y un nutrido grupo de indios para que el rey conociera a sus nuevos súbditos.

Faltaba el hombre de confianza. Todo el tesoro del rey en un barco requería del mejor hombre de Cortés para comandar la expedición, y el capitán general optó por Alonso de Portocarrero y Francisco de Montejo. Los dos alcaldes de Veracruz en persona llevarían su oro al rey, y dejaban a Cortés como única autoridad. Al enviar a Montejo, Cortés se sacudió a un opositor, y al consignar a Portocarrero tenía certeza en el buen cumplimento de la misión…, y mandó al otro lado del océano al hombre que originalmente había recibido a Marina.

Los hombres vieron zarpar el oro con mucha desesperanza y un poco de ilusión. El barco del tesoro se perdió en el horizonte y con ello los aventureros castellanos vieron limitadas sus opciones a sólo dos posibilidades: volver a Cuba con las manos vacías a enfrentar la ira de Velázquez, o marchar tierra adentro en busca de una mayor gloria. Esa tarde, Hernán Cortés les haría más sencilla la decisión al quitarles una de esas dos alternativas.

Era julio del año del Señor de 1519 cuando Cortés firmó la primera de las muchas cartas que enviaría en su vida a don Carlos. Con la puesta de sol, Hernán Cortés meditó en el calor infernal de la playa de una ciudad que acababa de nacer. Sabía bien lo que había hecho, no era un burdo envío de dineros para comprar favores. Con la noticia sobre Velázquez, Cortés también fue enterado de los acontecimientos europeos, y el más relevante de ellos era que Carlos I de Castilla, tras comprometer toda su fortuna y adquirido deudas, había sido electo como Sacro Emperador Germánico. Cortés era el súbdito devoto que enviaba el principal tributo al nuevo emperador de la cristiandad, asegurando con ello el pago de sus deudas.

Hernán Cortés decidió cruzar el Rubicón. Ésa fue la idea que cruzó por su mente viendo el cielo negro estrellado; aun sabiendo que quizá sería el único hombre de todo el grupo capaz de comprender esa referencia cultural. Cruzaba el río como Julio César, quemaba el pasado, lo apostaba todo. Había colmado la ambición de su gente con promesa de riquezas incalculables, y estaba a punto de transformar sus miedos en fuerza vital al no dejarles más opción que seguir adelante.

Una noche solitaria en la que Hernán Cortés pudo hacer un repaso de su vida, del hombre en que se había convertido, los sueños que había logrado y los que ahora buscaba. Reflexionar sobre ese ímpetu incontenible de ir más allá. Tenía 34 años y se apostaba todo por el todo cuando ya nada más podía exigirse de él. ¿Qué buscaba, qué lo motivaba en realidad, de dónde venía su fuerza y su certeza?

Cortés, el moderno, quería asegurar su empresa. Cortés, el romántico medieval, quería crear un nuevo reino, reconociendo la máxima autoridad de don Carlos, pero separado de Castilla, con otras ideas y métodos diferentes, con mestizaje, con unión. Cortés, el caballero, se vislumbraba como un hombre de Dios, un paladín de la cristiandad llevando la fe más allá de los océanos. Quién le diría que de alguna forma se cumplirían cada uno de sus más grandes sueños de grandeza.

Cortés el soñador veía aventuras y el ambicioso, riquezas. Cortés el humanista concebía una utopía, un nuevo principio; el religioso se atrevía a soñar con una tierra prometida. Cortés, el hijo único, se imaginó como gran señor de un vasto dominio donde sólo prevaleciera su voluntad. Todo eso se cumplió también.

En una noche común y corriente comenzó una cita con la historia, Hernán Cortés tomó una decisión sin marcha atrás que lo conduciría, un evento tras otro, a estar de pie frente al grande y poderoso Motecuzoma. Sonrió. Empezó a ver la consecuencia de sus actos, el cumplimiento de la última orden que dio a Portocarrero. Los barcos se estaban hundiendo. Los diez navíos se iban a pique y se atascaban en las arenas del fondeadero. No había forma de volver sobre sus pasos.

Los gritos de los hombres se escuchaban por la noche. Cortés tenía explicaciones. Habló con los capitanes de todos los barcos y todos le aseguraron, declararon y firmaron, que las embarcaciones ya estaban inservibles, por lo que tomó la decisión de barrenarlas, para que encallaran en la arena y la madera fuera utilizable. La vida los había dejado sin opciones, lo único que podían hacer era seguir adelante hacia lo desconocido.

Los siglos modificaron el episodio hasta convertirlo en leyenda y transformar el agua en fuego. Hernán Cortés hundió sus naves, pero al hacerlo, quemó todo su pasado. Dio el salto sobre el abismo. Es evidente asumir que Cortés tenía miedo. Desde su punto de vista estaba en medio de la nada, rodeado de lo incognoscible, con la incertidumbre como única certeza. Fue aquí donde superó a Julio César y a Alejandro. Marcharía con menos de quinientos hombres a conquistar en menos de dos años un imperio y un mundo. Un hombre convencido de su misión dio el paso decisivo para acudir a su cita con la historia.

LA FUERZA DE LA HISTORIA

ALREDEDOR DEL MUNDO

Mucho se ha dicho que a Cortés lo envió la fuerza de la historia, y es importante comprender lo que eso significa. Hernán Cortés no se comprendía a sí mismo ni a sus motivaciones, porque cayó en la tentación de asumirse como un individuo que, con el ejercicio de su libre albedrío, era capaz de alterar la fuerza de la historia, la voluntad de poder que subyace a todo el devenir de la humanidad. Vivía en una paradoja. Asumió el poder de su individualidad al tiempo que sentía ese extraño fervor de estar cumpliendo una misión divina en la que él era un simple medio. Era un hombre entre dos mundos y dos ideas del hombre.

Vivía en la contradicción de asumirse como un hilo más en la trama de Dios, al tiempo que abrazó la individualidad y su culto, que son quizá el producto cultural más importante del llamado mundo moderno; el hombre, y el sagrado regalo de la libertad, como centro indiscutible del universo.

El individuo único e indivisible, irrepetible en cada detalle de su personalidad, y dotado de libre albedrío para ser causa eficiente de los grandes acontecimientos de la historia; ése es el mito del hombre moderno que aún tenemos como herencia. Sigue siendo, por lo tanto, el punto de vista desde el que tratamos de comprender la historia, desde el poder del individuo, y también por eso estamos impedidos para comprender a Hernán Cortés, o a cualquiera de los otros grandes protagonistas de la transformación humana; porque queremos entender los hechos desde el brío del individuo y no desde la fuerza misma de la historia.

Desde el origen de la civilización, la marcha humana comenzó a expandir y extender un impulso, una energía que lo mueve todo. La esencia de la civilización es el movimiento. Es una capacidad imparable de crear cultura, construir conceptos, imaginar dioses, edificar ciudades, someter pueblos, imponer dominio, extender territorios, asegurar posesiones, traspasar fronteras, superar límites, romper barreras, superar obstáculos, escalar montañas, trazar caminos, transgredir confines, conocer lo desconocido. La humanidad siempre busca ir más allá y nada la detiene.

Los seres humanos crean estructuras de todo tipo: económicas, políticas, sociales, religiosas, culturales; y con el paso del tiempo siguen construyendo sobre dichas estructuras, con lo que el resultado es que el ser humano es ante todo un creador de complejidad. Cada sociedad es más compleja en cada uno de sus detalles, que todo estadio anterior; y la mayor complejidad siempre ha requerido de más recursos, por lo que toda civilización, en su propio desarrollo, es conquistadora y acaparadora de recursos, y, por tanto, expansionista.

Querer tener más y buscar no ser despojados parecieran el quid de las guerras humanas, y su combustible inagotable. Nada detiene a la humanidad, pero hay ciertas cosas que encauzan su camino; comprender esas fuerzas, como el clima, la orografía y la geografía, es fundamental para entender los grandes procesos de la historia en los que el individuo termina siendo sólo un engrane.

Hace cientos de millones de años, antes de que la humanidad pudiese ser incluso una lejana posibilidad, el planeta que finalmente nos dio cobijo ya estaba determinando los pasos de nuestra historia. En el pasado geológico de la Tierra se formaron los continentes, se unieron, se fragmentaron, se movieron, se desplazaron por el mundo, chocaron hasta crear las masas continentales que dieron forma al mundo en el que comenzó nuestro periplo.

En esos choques se crearon montañas, cordilleras y ríos que serán decisivos en la evolución de la civilización. La masa euroasiática quedó formada por grandes extensiones territoriales con una división muy marcada; todas las cadenas montañosas se van eslabonando, desde la península ibérica hasta China, pasando por los Alpes, los Cárpatos, los Balcanes, el Cáucaso, la meseta de Irán y el Himalaya, hasta formar una sola y enorme red de montañas que divide Eurasia en un norte y un sur que, con condiciones de vida completamente distintas, generarán los dos grandes estilos de vida que se enfrentaron durante milenios: los agricultores sedentarios y los pastores nómadas.

Dichas condiciones aparecieron casi por sorpresa. El *Homo sapiens* que somos, originario del oriente de África, comenzó a migrar y a poblar el planeta hace unos 150 mil años, y hace quince mil ya había llegado a los rincones más lejanos, como Australia, el sureste asiático o la totalidad del continente americano. Pero no hay que olvidar que a lo largo de todo ese tiempo nuestro planeta experimentaba la Edad de Hielo, la última era glaciar de la que salimos hace apenas unos quince mil años. La humanidad pobló la totalidad del planeta cuando éste se encontraba congelado.

Al terminar el retroceso de los hielos, los seres humanos que vivían al sur de las grandes cadenas montañosas se enfrentaron a condiciones que propiciaban la agricultura. Tierras más cálidas y fértiles, ríos abundantes, planicies, más horas de sol, todo ello contribuyó el

desarrollo de la agricultura, que dependía de que las comunidades humanas se asentaran y trabajaran la tierra; ello generó ciudades y estructuras complejas de poder. Sería el origen de los imperios.

Al norte había grandes pastizales, menos ríos, tierras más frías y secas, definitivamente condiciones que no favorecían la agricultura, pero sí el desarrollo de una cultura de pastores nómadas, en comunidades más pequeñas, con relaciones de poder más equitativas y horizontales, y sin grandes asentamientos humanos.

A lo largo de la historia humana será muy común ver encuentros ocasionales de estas dos formas tan distintas de cultura: nómadas contra sedentarios. El pastor y el agricultor protagonizarán épicas batallas de la humanidad que provocarán choques y encuentros de culturas, guerras e intercambios comerciales, mezcla de ideas, dioses, frutos, semillas y productos. La civilización, hija de la agricultura, se verá asediada por los bárbaros del norte, los hijos del nomadismo.

La concentración de seres humanos en comunidades agrícolas fue el origen de pueblos que devinieron en ciudades, ciudades que al conquistarse unas a otras originaron reinos, que al crecer y extenderse dieron a luz a los imperios. Ahí está la fuerza de la historia. La podemos ver en los primeros imperios, como el de Sargón en el Medio Oriente, unos veintisiete siglos antes de Cristo, o el egipcio en la misma época; los persas y los chinos, los griegos y los romanos. Siempre fue un punto donde la acumulación de poder y la necesidad de recursos generaron su expansión y crecimiento devorando todo lo que podía a su paso.

Los imperios crecieron y se hicieron poderosos, y además podían protegerse contra sus eventuales debilidades. La solidez del imperio era el producto agrícola, y las estructuras imperiales favorecían el almacenar y acaparar dicho producto. Las ciudades fueron polos de producción de riqueza y grandes trojes de recursos alimenticios. Cada vez que las condiciones climáticas eran desfavorables, los pastores nómadas invadirían la civilización. A veces serían simples incursiones de saqueo, y en otras ocasiones serían grandes hordas migratorias que provocarían incluso la caída de grandes imperios.

El encuentro entre grupos humanos, entre nómadas y sedentarios, entre pastores y agricultores fue la esencia de la historia humana. Dichos encuentros siempre generaron guerra y violencia, pero también intercambio de ideas y concepciones del mundo, por lo que cada encuentro fue fuente de nuevas culturas y civilizaciones. Es la historia de los arios invadiendo el Indostán; los persas llegando a la meseta de Irán; los griegos conquistando el Mediterráneo; los romanos ocupando el mundo griego y los germánicos destruyendo el Imperio romano; los hunos, eslavos y vikingos invadiendo Europa; los turcos tomando Anatolia y los mongoles sometiendo Asia.

Todo este movimiento generó grandes corrientes migratorias, siempre delimitadas por ríos y cordilleras, que darían forma a las diversas civilizaciones. En Eurasia, desde Iberia hasta China, los grupos humanos podrían migrar e intercambiar productos; la orientación de este a oeste que tiene la gran masa continental favorecería el encuentro humano y la adaptación de frutos, semillas y animales, ya que los desplazamientos se darían en la misma latitud. Este encuentro constante sería el motor de la evolución cultural en el llamado Viejo Mundo, esa interacción sinfín de ideas, armas y tecnología, empujaría de forma permanente la evolución social.

En América ocurrió lo contrario. Desde que los primeros seres humanos llegaron por el futuro estrecho de Bering, las formaciones rocosas y montañosas de un continente orientado de norte a sur obligarían a los grupos humanos a migrar en dicha dirección. A eso hay que agregar que la orientación norte-sur desfavorecía por completo el intercambio migratorio, pues no coincidía el clima, las horas de sol ni las estaciones. Grupos humanos más pequeños, que quedaron aislados del resto del mundo y que además a causa de la propia geografía se fueron aislando entre sí. Esa fue la realidad americana.

Pero en el norte de América se repetía a pequeña escala el fenómeno eurasiático. Había un sur más propicio para la agricultura y que sería por lo tanto asiento de ciudades y por consecuencia de civilización. Es la zona que sería llamada Mesoamérica. Ahí había pueblos que devinieron en ciudades y que por tanto originaron reinos e imperios; había estructuras políticas más complejas y acumulación de productos agrícolas, y sería por lo tanto una zona que siempre sería buscada e invadida por los nómadas del norte.

Pero hubo una gran diferencia. Eurasia favorecía la migración y el territorio estaba más poblado, por esa razón las migraciones de los nómadas serían formadas por grupos grandes, que además disponían de la que sería su arma más terrible: caballos que les daban un poder de movilidad y de ataque nunca antes visto. Por el contrario, en América había menos población y la propia geografía no propiciaba la migración, por lo que los grupos humanos en movimiento serían siempre más pequeños y por lo tanto más proclives a la adaptación que a la invasión. Además, a falta de caballos, esas pequeñas migraciones americanas se harían a pie, por añadidura más despacio y con mucho menos poder destructivo.

La falta de caballos determinó fundamentalmente a la civilización mesoamericana. A falta de ése, o cualquier otro animal de tiro o de transporte, el crecimiento de los imperios fue menor. No había tantas extensiones agrícolas ni capacidad de sembradío a gran escala; había poca movilidad, el transporte y carga se hacía a lomo de humano, por

lo que todo tipo de comunicación era más lento, la propia capacidad de cobrar y trasladar tributos fue menor, e incluso las guerras serían muy distintas pues no era posible movilizar grandes ejércitos, ni mucho menos su aprovisionamiento.

Por todo lo anterior será que América y Europa se encontraron en situaciones absolutamente distintas en cuanto al desarrollo de su civilización. Ni siquiera cabe hablar de mayor o menor evolución; circunstancias diferentes generaron retos diferentes y respuestas creativas distintas. En ambos lados del océano, la correspondiente civilización sería justo la mejor respuesta que cada grupo humano podía dar a sus respectivas coyunturas.

Para el momento histórico que le tocó vivir a Hernán Cortés, el impulso de la cristiandad era hacia fuera; es muy importante comprender esa determinación de ir más allá. Si uno observa Eurasia como el único bloque de tierra que es, podrá notar que ese rincón al que se llama Europa no es sino la pequeña península en la que termina el continente y hacia donde la geografía ocasiona gran parte de las corrientes migratorias. Durante siglos, Europa fue un cuenco receptor de grupos humanos que fueron conformando su civilización.

El imperio romano fue un impulso hacia fuera que se mantuvo durante casi setecientos años. Desde un punto en la península itálica el ímpetu de expansión avasalló toda la cuenca del Mediterráneo, y ése fue el poder dominante hasta el siglo V de la era cristiana. Una serie de conflictos y descomposiciones internas, sumados a una gran presión de flujos migratorios que el imperio no fue capaz de asimilar, precipitaron la caída de Roma.

Europa se convirtió en un cuenco receptor que vio la llegada de hunos y germanos en el siglo IV, de ávaros y búlgaros en el siglo V, eslavos a partir del siglo VI, vikingos a partir del VII, árabes a partir del VIII y normandos desde el IX. Diversos pueblos túrquicos, jinetes de las estepas, comenzaron a llegar desde el siglo X, como preludio de la gran invasión nómada que serían los mongoles en el siglo XIII.

Todos llegaron al espacio de cultura y civilización que había creado Roma sobre las raíces griegas y el componente cristiano. Todos destruyeron, todos se acogieron y adaptaron, todos fueron elementos que de alguna u otra forma contribuyeron a la construcción de la civilización europea que durante siglos se denominó a sí misma como la cristiandad.

Toda esa mezcla de grupos humanos, con sus ideas, cultura, religión y cosmovisiones, todo el conflicto bélico que generaron, con el despliegue de creatividad que eso conlleva, más las redes comerciales forjadas y el correspondiente intercambio de productos y conocimiento, fueron transformando Europa y sus fuerzas históricas hasta que todo el rincón occidental del dicho espacio cultural se fue

convirtiendo en un poderoso impulso hacia fuera. Por eso el llamado Viejo Mundo se desparramó por el océano.

Castilla fue una manifestación de ese impulso hacia fuera, de esa expansión. La fuerza que la hizo moverse fue precisamente la cristiandad, no sólo entendida como religión sino como cultura, como forma de comprender el mundo. Por eso Castilla encabezó una guerra santa contra el islam, y por eso tras la conquista de Granada ese furor era incontenible y atravesó el Atlántico.

En su lado del mundo, las fuerzas y circunstancias del Nuevo Mundo lo tenían en aquel momento histórico como una potencia hacia dentro. Mesoamérica era un cuenco receptor como lo había sido Europa, y llevaba siglos recibiendo corrientes migratorias que estaban alterando todo el orden político en el valle de Anáhuac. Recibió a los pueblos otomíes, después a los pueblos nahuas, y recibió también a los castellanos.

Europa estaba expulsando en un momento en que América estaba recibiendo. Cortés fue sólo una manifestación de esto; por eso mientras estaba partiendo hacia Tenochtitlán, y sin que él pidiera saberlo, estaba zarpando de Sevilla la expedición que tres años después resultó la primera en dar la vuelta al mundo por mar, cuando todos los pueblos americanos estaban contenidos en tierra. El encuentro era inevitable.

PUEBLO ELEGIDO Y TIERRA PROMETIDA

VALLE DE ANÁHUAC

Dios se hizo presente en la tierra y se manifestó en forma humana para poder guiar a sus hijos perdidos. El sol penetra en la tierra todas las noches y cada día genera un nuevo amanecer. Es un sol triunfante, la luz que derrota a la oscuridad, y la tierra que entrega su abundancia y su fruto sagrado. Dios toca la tierra y de la tierra nace Dios.

Así se manifestó el sol guerrero Huitzilopochtli, en una de las versiones mitológicas sobre su origen. Su espíritu en forma de plumas preciosas llegó a Coatlicue cuando piadosamente barría el templo. Guardó las plumas bajo sus ropas, junto a su vientre; pero cuando quiso tomarlas nuevamente, éstas habían desaparecido y ahora ella estaba encinta sin mediación sexual. Tuvo muy claro desde entonces que su vientre albergaba lo divino.

Así nació Huitzilopochtli según las leyendas. Un dios solar y guerrero, concebido de manera milagrosa, que tomó bajo su tutela a la tribu nahua de los aztecas, como pueblo elegido, y que en algún momento de su confusa y nebulosa historia decidió ofrecerles una tierra paradisíaca para que tomaran posesión de ella, y se hicieran amos y señores de todo lo que sus ojos alcanzaran a mirar. La condición era venerarlo y seguir sus instrucciones, dejar su tierra de origen y migrar sin rumbo conocido hasta encontrar una señal divina: un águila posada sobre un nopal y devorando una serpiente. En ese lugar sagrado se unirían el cielo y la tierra.

Los aztecas dejaron el edén en el que habitaban, una tierra de absoluta abundancia donde vivían en convivio con los dioses, sin conocer la carencia, el hambre o el miedo; dejaron el paraíso y salieron al mundo, donde se convirtieron en una tribu errante que tuvo que enfrentar todo tipo de vicisitudes y calamidades, pero con la certeza de que si seguían a su Dios llegarían de vuelta al paraíso, a una tierra prometida. No serían el primero, ni el último, ni mucho menos el único pueblo en forjar una fábula de ese tipo, la más común de las leyendas originarias de la especie humana; parecida sobremanera a una que los castellanos conocían por fuerza: la hebrea o judía, origen de la cristiana y que compartían con los musulmanes.

La historia se complica cuando los que pretenden estudiarla

confunden las leyendas místicas con hechos. La expulsión del paraíso, la travesía por el mundo y el regreso al estado divino original conforman una historia que los humanos nos hemos contado siempre, precisamente porque es la esencia del drama humano, el periplo sagrado grabado en lo más profundo de nuestro inconsciente colectivo.

Así pues, los aztecas tenían una mente compleja y simbólica, como cualquier humano, concepciones de lo sagrado y visiones místicas de la vida. Con el paso del tiempo, los frailes franciscanos llegados tras de Cortés, encontraron todas las similitudes mitológicas entre las visiones sagradas de aztecas y castellanos, y dado que narraron los hechos *a posteriori*, también se encargaron de crear más coincidencias de las que probablemente existían. Fueron ellos los que construyeron una justificación espiritual de los hechos, y los creadores del mito en el que Cortés fue confundido con Quetzalcóatl.

Pero ¿quiénes eran estos aztecas que se contaban la leyenda de Huitzilopochtli y Coatlicue?, ¿quiénes eran el pueblo y la cultura con los que se encontró Hernán Cortés?, ¿cómo era esa tierra a la que llegó?

Por sus propias condiciones climáticas, ríos, montañas y valles, y circunstancias propicias para la agricultura, Mesoamérica era un cuenco receptor. Ésa era la fuerza de la historia en ese rincón del mundo en el momento de la llegada de los castellanos. Mesoamérica recibió a diversos pueblos migrantes provenientes del norte, a los nómadas que buscaban el abrigo de la civilización. Los aztecas fueron, de hecho, la última oleada migratoria en llegar y destruir, adoptar, adaptar, conquistar y asentarse, antes de la llegada de los castellanos, que hicieron exactamente lo mismo.

Muy poco se sabe en realidad de los aztecas, pues ellos mismos no contaban ni registraban su historia de forma metódica; y cuando lo hacían, su principal objetivo no era una colección de hechos o una cronología detallada y exacta, sino precisamente hacer una narrativa simbólica, mucho más mística que científica.

Frailes franciscanos que aprendieron náhuatl, y nahuas cristianizados que adoptaron el castellano, son la principal fuente para saber un poco del pasado en el valle de Anáhuac. Ninguna de dichas versiones puede ser considerada exacta, pero no por ello deben ser tampoco devaluadas; tanto indios como franciscanos daban prioridad a explicaciones simbólicas de los hechos.

Los franciscanos tomaron un mito tan vivo como el de Quetzalcóatl y le dieron nueva vida a través de una serie de adaptaciones y sincretismos, donde Cortés era confundido con la serpiente emplumada, o de alguna forma simbolizaba el esperado regreso de dicho personaje que era rey, dios, salvador de la humanidad y maestro

místico. Como Jesús, Quetzalcóatl enseñó y predicó el origen y esencia divina de cada humano, igual que él se inmoló, en símbolo de la poca importancia del cuerpo y el mundo, y como él, prometía volver.

¿Quién era Quetzalcóatl?, ¿desde dónde les llegó a los aztecas la leyenda de tan místico personaje? ¿Cómo era esa Mesoamérica y ese valle de Anáhuac que esperaba el regreso de dicho ser divino?, y por encima de todo, ¿quiénes eran los pueblos nahuas, y de entre ellos, los aztecas con los que haría contacto Hernán Cortés?

Los nahuas eran los grupos humanos que hablaban la lengua náhuatl. Eran los pueblos dominantes en tiempos de la llegada de los españoles, pero eran relativamente nuevos en el Anáhuac. Eran la última oleada de invasores bárbaros del norte, llamados de forma genérica chichimecas, que se habían establecido en zona agrícola civilizada, de forma violenta, porque así había sido dicha dinámica en toda la historia de las culturas, y que terminaron por adoptar y adecuar los rasgos de la cultura dominante.

Todo pueblo establecido llegó alguna vez, pues nada es desde siempre. Todos fuimos nómadas en algún momento, y toda civilización es producto de encuentros y conquistas, mezclas y fusiones. Quizá por eso una de las leyendas que tenía presente Motecuzoma, y que le expuso a Cortés, es que sabía que los aztecas no eran originarios de esa tierra. Quizá de ahí la sabiduría del tlatoani de querer recibir a los nuevos recién llegados.

Tratemos de comprender Mesoamérica. Hay asentamientos humanos y transformación de la naturaleza en la zona desde el 7000 a. C. La civilización mesoamericana se construyó aproximadamente desde el segundo milenio antes de nuestra era, con los pueblos que hoy llamamos olmecas. Se replicó en América el proceso eurasiático: un cuenco receptor que a lo largo de siglos albergó a diversos grupos humanos que llegaron en oleadas migratorias distintas; distintos pueblos con distintas lenguas, pero que, como en Europa, a fuerza de llegar a un sitio común, iban poco a poco construyendo una gran civilización. Eso era Mesoamérica, una multiplicidad de pueblos y una sola civilización que se transformó con el tiempo.

Poco se sabe de los olmecas, pero estaban establecidos desde 1500 a. C., y aportaron gran parte de los elementos comunes de la civilización, como la domesticación del maíz y el cacao, la combinación de un calendario lunar de 260 días con uno solar de 360, la construcción de basamentos piramidales, el ritual religioso del juego de pelota, los sacrificios humanos y, al parecer, la veneración a la serpiente emplumada. La serpiente era la tierra, el mundo, la materia, el cuenco, lo femenino; las plumas representaban el paraíso, el cielo, el espíritu, lo masculino. Una serpiente emplumada simbolizaba la unión mística, el descenso al mundo y al ascenso

espiritual; ésa sería la base de las religiones mesoamericanas.

No sabemos quiénes eran étnicamente los olmecas, ni sus orígenes o la lengua que hablaban. No son, desde luego, ningún tipo de grupo nahua, que eran aquellos con quienes se encontró Cortés, y que para dicho momento no habían aparecido en el horizonte de la historia. Compartiendo el espacio cronológico vivían los huaxtecos de la zona del Golfo y también por la misma época residían los mayas en Centroamérica, de quienes se sabe igual de poco en cuanto a orígenes, y que tardaron más tiempo en ser influidos por la cultura mesoamericana.

Desde aquellos lejanos tiempos, el cuenco mesoamericano era con frecuencia asediado por grupos humanos de nómadas que migraban constantemente desde el norte, y que significaban una amenaza persistente para la civilización establecida, aunque al mismo tiempo la iban enriqueciendo. El más importante de estos grupos eran los otomíes, que llegaron a dominar todo el centro de Mesoamérica, tomaron elementos culturales de los olmecas, y, se conjetura, fueron quienes fundaron la imponente ciudad que mucho tiempo después los aztecas denominaron Teotihuacán.

Nada se sabe en realidad de Teotihuacán, ni quiénes la construyeron, ni cómo se llamaba ni cuál era la razón de ser de sus pirámides.[34] El dato más certero del que se dispone es precisamente que ése no era el nombre de la ciudad. Ese apelativo, Ciudad de dioses, fue el que le dieron los aztecas alrededor del siglo XII, cuando la ciudad ya estaba abandonada y en ruinas, y ante su magnificencia arquitectónica sólo pudieron concebir que había sido construida por seres divinos.

Teotihuacán comenzó a existir en torno al siglo II a. C., para el siglo V d. C. era ya el centro económico, político, cultural y religioso de Mesoamérica, y trescientos años después ya había sido abandonada. Para aquel entonces los aztecas estaban lejos de comenzar a existir como pueblo. Es un hecho que veneraban a la serpiente emplumada, aunque no es posible saber qué nombre le daban a dicho ser; Quetzalcóatl es una palabra náhuatl, y ésa no era la lengua de los constructores y habitantes de Teotihuacán.

La religión giraba en torno a la serpiente emplumada, probablemente como herencia tomada de los olmecas, y será también el legado que dejaron para los grupos nahuas que comenzaron a llegar a la zona en torno al siglo IX, cuando la llamada ciudad de los dioses vivía su absoluta decadencia, e iba siendo lentamente sustituida por Tollan, capital de otro pueblo del que muy poco se sabe: los toltecas. Lo más probable es que su origen no fuese nahua, pero al parecer ésa llegó a ser la lengua de la clase dirigente. Eso otorga un dato preciso, que es en torno al auge de Tollan, siglo IX, cuando podemos hablar de

que los nahuas se establecieron en la región.

Como cuentan varios de sus mitos, los nahuas llegaron del norte, de donde venía todo flujo migratorio en Mesoamérica, de un Aztlán que sólo existe en el terreno de la mitología, aunque muchos historiadores hayan empeñado carreras académicas en encontrar su ubicación. Aztlán, como todo edén primigenio, sólo puede ser encontrado en el interior de cada individuo humano. Es un mito místico, espiritual y religioso que nada tiene que ver con el devenir histórico del pueblo.

Teotihuacán fue una especie de capital mesoamericana, centro fundamental del poder durante siglos. Ante su decadencia, como pasa ante todo vacío político, otras ciudades intentaron asumir ese rol, y eso fue precisamente lo que logró Tollan: una ciudad con una población probablemente otomí, con influencias toltecas, pero con una elite nahua. Al igual que en la llamada ciudad de los dioses, los toltecas seguían el culto a Quetzalcóatl, quizá fueron los primeros en darle dicho nombre y contaron mitos en torno a él.

El más importante de dichos mitos es una mezcla de política y religión, en el que se hablaba de un rey, Ce Ácatl Topiltzin, identificado con Quetzalcóatl, que habría gobernado alrededor del siglo X, y que enfrentó una terrible guerra civil contra Tezcatlipoca, que terminó siendo una conflagración apocalíptica entre el bien y el mal, la virtud y el vicio, la luz y la oscuridad, en la que Quetzalcóatl fue derrotado con mentiras y argucias; salió huyendo en dirección a donde sale el sol, y se inmoló con fuego para ascender al cielo, no sin antes prometer que volvería para instaurar nuevamente su reino.

Dicho rey legendario tiene algo de histórico, pues, según se cuenta, al abandonar su ciudad se encaminó con sus seguidores hacia el este, en una peregrinación que lo llevó hasta la zona maya de Yucatán, donde transmitió la enseñanza y religión de Quetzalcóatl, conocido en aquellos lares como Kukulcán. Así llegó la Serpiente Emplumada a los mayas itzaes, y así, era ya el mito religioso más extendido cuando llegó Hernán Cortés. Fue en las costas de Yucatán donde Quetzalcóatl se sacrificó por la humanidad, ascendió a los cielos y prometió regresar.

El mito puede interpretarse de manera tan cristiana que es muy probable que sea justo eso, una reinterpretación posterior a los españoles; aunque no deja de ser posible que nos encontremos frente a un mitema místico común.[35] No obstante, parece ser que eso es lo común al mito de Quetzalcóatl en todos los pueblos que de alguna forma siguieron su tradición espiritual: un rey de talante divino que era representación de todo lo bueno, un destierro o exilio provocado por una lucha contra la oscuridad, y la promesa redentora de reinstaurar el bien.

Los nahuas eran pueblos invasores, como fueron en su momento

todos los pueblos en la historia de las culturas, así como los españoles después, quienes a su vez, como pueblo, fueron resultado de una serie de invasiones, migraciones y sincretismos de pueblos eurasiáticos. Si se asume como verdad esa versión histórica en la que México existe desde hace tres mil años, resulta que los nahuas también conquistaron México, pues dichos pueblos invadieron el territorio entre los siglos IX y XII.

Con los nahuas se repitió otra constante de la historia de las culturas: los pueblos invasores eran minoritarios, pero más belicosos, y tomaron el poder en sociedades compuestas por otros conglomerados humanos; se convirtieron en la elite y por lo tanto impusieron su lengua, que mezclaron con las existentes. Como los romanos que implantaron el latín en Europa, los han impusieron el mandarín en China, o los propios castellanos que instituyeron su lengua en la península ibérica. Por otro lado, los pueblos invasores, en general menos civilizados, tomaron los principales rasgos culturales de los pueblos establecidos.

La religión es quizá el rasgo cultural más importante que adoptan y adaptan los pueblos; y así, los nahuas que se establecieron en Mesoamérica fueron tomando la tradición de Quetzalcóatl y la fundieron con sus propias creencias. Nos enfrentamos a otra constante: los pueblos agrícolas sedentarios desarrollaron relatos divinos muy complejos, asociados a los ciclos agrícolas, con dioses del cielo y la tierra, de la lluvia y el sol, de la fertilidad y la cosecha, mientras que los nómadas invasores elaboraron relatos más simples, y dado que vivían de la guerra, crearon dioses solares y viriles que los guiaban en la batalla.

No pasó en Mesoamérica nada que no sucediera en Eurasia. De hecho, es fascinante ver cómo en realidad se repiten los procesos: nómadas con dioses guerreros que enfrentaron a sedentarios con panteones[36] agrícolas, en movimientos cíclicos que iban dando fuerza y forma a la civilización. Grupos nómadas minoritarios que invadieron y sometieron a grupos sedentarios mayoritarios, y asumieron los aspectos más importantes de su cultura y civilización.

Los humanos somos iguales en cada rincón del planeta, nuestra mente funciona de la misma manera en todos los casos, a través de la creación de sistemas simbólicos. Todos usamos la lógica y la razón para enfrentarnos a problemas similares: el mundo y la subsistencia en él; y por eso llegamos también a soluciones semejantes. Todos nos enfrentamos a un sistema emotivo que no comprendemos, y que por eso nos domina; y todos hemos siempre intuido la trascendencia de la materia, la supremacía del espíritu y hemos creado símbolos para explicar lo inexplicable.

Todas las culturas nacen, crecen y mueren. Todas se enfrentan, en

esos ciclos, a los choques con otros grupos humanos y sus cosmovisiones, todos los grupos humanos han hecho eso recurriendo a la guerra y los intentos de entendimiento. Todos hemos tenido miedo y hemos sucumbido a él. Todas las civilizaciones se han enfrentado, muchas han sido dominantes y otras dominadas. Todas han muerto, pues nada es para siempre, pero todas han dejado semillas para los elementos culturales de futuras civilizaciones. Nada surge de la nada, todo es sincretismo, todo mundo se levanta sobre las cenizas de los anteriores. Sólo en México se educa a los individuos para lamentarse de ese inevitable y obligatorio proceso.

La llegada de los castellanos, impulsados por una fuerza hacia fuera, a un cuenco cultural que los recibió, como consecuencia de su fuerza hacia dentro, no fue en absoluto distinta a los pueblos del mar que invadieron el Mediterráneo para ser el origen de los griegos; los arios que ocuparon el Indostán para ser origen de persas e hindúes; o los propios pueblos germánicos que conquistaron Europa para ser componente vital de la civilización occidental. Lo que llega y lo que hay se une para formar algo nuevo; sea Grecia, Persia, India, Europa o México.

En lo más profundo, todos los sistemas mitológicos terminan por contar lo mismo. Quetzalcóatl es dios de la vida, la luz y el conocimiento, es señor de la fertilidad y el civilizador que enseña la agricultura, es la estrella que aparece en cada alba y en cada ocaso, la luz que brilla por encima de la oscuridad, la divinidad de los vientos benéficos, del soplo divino que entrega a la humanidad. Es el dios que une la tierra con el cielo y la materia con el espíritu, el que une las dualidades aparentes del mundo. Es dios y el hijo de dios.

En el principio no había nada, y de esa nada surgió Ometéotl, la divinidad de la dualidad que fue origen del mundo. Era creador supremo, señor y señora de la dualidad, semilla de todo lo existente, germen de lo masculino y lo femenino, nuestro padre y nuestra madre, fuente de la energía universal, de donde todo surge y a donde vuelve, el sustento primero y último, el dios de lo cercano y lo lejano, el Uno mediante el cual todos viven y en el que todos son. Era el Ser, el inventor de sí mismo, el dador de vida…, y el origen de Quetzalcóatl.

Siendo el todo y la dualidad, Ometéotl engendró de sí mismo a dos parejas de dioses gemelos: Tonatiuh y Meztli, sol y luna respectivamente; y a Tonacatecuhtli y Tonacacíhuatl, señor y señora de la vida, de quienes nacieron los cuatro Tezcatlipoca, los cuatro espejos divinos de los que brotaría el mundo horizontal y vertical, el tiempo y el espacio, y los cuatro puntos cardinales. Eran las divinidades rectoras del mundo.

El Tezcatlipoca negro representa la causa misma del mundo. Es la mente en movimiento, la dualidad, la idea de la fragmentación divina;

es el señor del Norte, asociado con el frío, la muerte y la tierra, y por lo tanto al Mictlán o inframundo; pero ante todo, a los pensamientos, mismos que puede ver en cada ser humano como si su mente fuese un libro abierto. Tezcatlipoca rojo, o Xipetótec, simboliza el movimiento o devenir constante del mundo, la fuerza que hace que nada sea permanente y todo se transforme. Es dios de vida, muerte y resurrección, señor del Este, fuerza masculina del universo, divinidad de renovación y desprendimiento.

Tezcatlipoca azul, o Huitzilopochtli, personifica la voluntad de poder, de fuerza, de creación y de vida. Es el señor del Sur, guerrero solar que recompensa las conquistas, el que destruye para que exista la renovación.

Quetzalcóatl encarna el Tezcatlipoca blanco, la consciencia pura detrás de la mente, la fuerza que busca reunificar lo fragmentado. Es el portador de la luz, señor del Oeste que viene con el viento del este, de donde nace el sol; creador y redentor de la humanidad.

Fue Quetzalcóatl el que creó a la humanidad del llamado quinto sol, después de cuatro mundos anteriores con sus respectivas destrucciones. El dios que muere, desciende al inframundo, y resurge de él para crear una nueva humanidad con una pizca de divinidad, pues agregó su propia sangre a la masa de maíz que sería la base de los hombres. Era el dios que ya veneraban los pueblos del Anáhuac cuando llegaron los aztecas, y que fue integrado por ellos a su propia cosmovisión.

Huitzilopochtli era un dios tribal de los aztecas, pero ellos lo incorporaron a las mitologías religiosas existentes hasta convertirlo en uno de los cuatro Tezcatlipoca, con lo que lo hicieron hermano de Quetzalcóatl. Por otro lado, cuando narraron el mito del origen azteca, pueblo proveniente de Aztlán, establecieron que la señal que les indicaba Huitzilopochtli era un águila y una serpiente; los elementos constitutivos de la serpiente emplumada. En el mito renovado, Huitzilopochtli envió a los aztecas a buscar a Quetzalcóatl.

Las leyendas de los aztecas los convirtieron a ellos mismos en un pueblo elegido por su dios supremo, y a la isla donde fundaron su ciudad, en una tierra prometida sobre la que tendrían derecho absoluto de mando. Pero los mitos y las leyendas siempre se escriben *post facto*; es decir, después de los hechos y para darles explicaciones de carácter simbólico. Esto significa que el gran mito de la peregrinación azteca fue necesariamente escrito cuando Tenochtitlán ya existía, y ya ejercía su poder sobre otros reinos y ciudades.

Siete grupos nahuatlacas salieron del mítico lugar de origen llamado Aztlán, en alguna fecha indeterminada del pasado, para ir llegando a la zona lacustre y montañosa de los valles de México y Puebla entre los años 900 y 1000. Nahuas eran los xochimilcas, asentados ya desde

el 920, o los acolhuas, que ya habían fundado Texcoco en torno al 1050; los chalcas, tepanecas, tlahuicas, tlaxcaltecas; y los últimos en asentarse y organizar una ciudad fueron los aztecas, que alrededor de 1325 fundaron Tenochtitlán.

Compartían lengua pero eran enemigos, cada grupo se estableció en su propio territorio y fue construyendo sus propias ciudades, en conflicto unas con otras. Pero iban creando una cultura común con mitologías y cosmovisiones muy similares, derivada finalmente de tener un origen nómada común, mismo idioma y de haber invadido una zona donde ya existía una gran civilización en torno a Teotihuacán y Tollan.

Como en toda la historia de la guerra humana, la causa primordial de conflicto son los recursos. Las ciudades harán guerras, formarán alianzas, firmarán pactos, se impondrán tributos unas a otras siempre que la superioridad bélica se los permitiera, planearán matrimonios y redes familiares, se traicionarán y asesinarán por el poder.

Ésa fue la dinámica de los pueblos nahuas, hasta que, hacia 1502, cuando ascendió al trono Motecuzoma, la mayor parte de las ciudades estaban sometidas por el sistema de poder azteca. Las pocas que no, como Tlaxcala, iban siendo asfixiadas lentamente. Se perfilaba el imperio y se perfilaba asimismo su enemigo a muerte.

Cuando fundaron su ciudad, los aztecas eran tributarios de la potencia que entonces dominaba la cuenca del lago de Texcoco: Azcapotzalco. En algún momento en torno a 1360 se rebelaron contra sus señores y nombraron a su primer gobernante al que dieron el título de tlatoani —el que habla— en la persona del guerrero Acamapichtli. Eso significó soportar décadas de guerra constante bajo su mandato, de 1366 a 1390; el de su sucesor, Huitzilíhuitl, de 1391 a 1415; y el de Chimalpopoca, entre 1415 y 1427.

Bajo el reinado del cuarto tlatoani, Itzcóatl, de 1427 a 1440, los aztecas derrotaron a sus antiguos amos de manera definitiva, y se convirtieron en los nuevos señores del Anáhuac, en alianza con las ciudades de Tacuba y Texcoco. De aquellos tiempos surgieron los mitos de origen y destino de los aztecas, cuando tenían que legitimar el poder y para ello necesitaban argumentar un noble linaje. Crearon la versión histórica de que eran descendientes de los toltecas, así como los italianos construyeron el mito de ser herederos de los troyanos.

Entre 1440 y 1470 reinó Motecuzoma Ilhuicamina. A partir de aquel tiempo ya es posible hablar de un imperio azteca, y también desde entonces fue apareciendo la eterna ciudad enemiga que fue sometida a un sistema de guerra constante para obtener prisioneros destinados al sacrificio humano: Tlaxcala. Aún no había nacido Hernán Cortés del otro lado del mundo, pero se comenzaron a gestar las circunstancias que le permitirían llegar a su cita con la historia.

Entre 1470 y 1482 los aztecas fueron guiados por Axayácatl, quien en algún año de su reinado engendró al hombre que se presentaría ante Cortés como representante de todo un mundo: Motecuzoma Xocoyotzin. Gracias al sistema de tributos, Tenochtitlán era rica y próspera, se construía el monumental Templo Mayor, así como nuevas calzadas para unir la ciudad-isla con tierra firme, se incrementaba el poder de los aztecas y se refinaban los protocolos y rituales de su nobleza.

Entre 1482 y 1486, bajo mandato de Tízoc, la expansión militar se detuvo, pero se establecieron sistemas de comunicación y correo hacia todos los puntos cardinales de los dominios aztecas, y se terminó la construcción del Templo Mayor, cuya sagrada inauguración correspondió al tlatoani Ahuízotl, gobernante de 1487 a 1502. En su reinado se logró la máxima expansión del imperio, y comenzaron a llegar las primeras incomprensibles noticias de los extraños hombres que arribaban desde el mar.

En 1502, a Motecuzoma Xocoyotzin le tocó dar un paso al frente en camino a su encuentro con el destino; la nobleza de las ciudades del lago de Texcoco lo eligió nuevo gran orador o huey tlatoani de los aztecas. El imperio estaba en un apogeo muy engañoso, dominaba más tierras que nunca, pero había llegado a su límite natural de expansión y había generado más animadversión que nunca entre sus enemigos.

Todo el sustento del poder azteca estaba basado en mitologías místicas y religiosas. Se veían como un imperio sagrado cumpliendo la misión divina de dar vida al universo a través de los sacrificios humanos. Los dioses depositaron la pizca de divinidad humana en la sangre, y por eso era sangre viva la que debía ofrendárseles. Motecuzoma era un gran guerrero, pero fue electo por ser religioso, místico y sabio. Era mucho más un sumo pontífice que un emperador.

Motecuzoma dio por ciertas las leyendas sobre el origen de los aztecas y su glorioso destino; pero otro de los grandes mitos fue aquel en el que Quetzalcóatl prometió volver para sentarse en el trono de su reino, por lo que el dominio sobre su tierra prometida, así como fue augurado, estaba destinado a terminar. Los castellanos que llegaron, inspirados por el fervor religioso de la reconquista ibérica, también se veían como un pueblo elegido, y con esa concepción sobre sí mismos, verían también el Anáhuac como su tierra prometida.

[34] En términos formales, las construcciones mesoamericanas no son pirámides, ya que éstas terminan en punta. Lo de Mesoamérica son basamentos piramidales, estructuras gigantescas cuyo objetivo principal era albergar un templo en su cúspide trunca y plana. Por cuestiones prácticas y coloquiales a lo largo del texto serán mencionadas como pirámides o como templos.

35 En el estudio de los mitos de las culturas, la palabra *mitema* se refiere a la base más irreductible de un mito; esto es, el tema profundo al que se refiere, que puede ser contado con relatos diversos.

36 La palabra *panteón* significa en latín unión (pan) de dioses (theos), y se usa para referirse al conjunto de dioses y diversas divinidades en los que cree una cultura.

LA CITA CON LA HISTORIA

ENTRE LOS VOLCANES, NOVIEMBRE DE 1519

Los sueños y esperanzas de Hernán Cortés se arremolinaban en su mente frente al espectáculo más impresionante que había visto en su vida hasta ese momento. Ahí estaba, al mando de unos cuatrocientos españoles y miles de indios, en medio de dos majestuosos volcanes nevados. Los dos vigilantes del valle de Anáhuac, según le explicó Marina: la princesa dormida y el valiente guerrero que vela eternamente su sueño en espera de su despertar. Maravillosa alegoría para el presente y el futuro.

Frente a él se desplegaba la región más transparente del aire, con una claridad que permitía vislumbrar incluso el infinito. El imponente lago de Texcoco del que tanto le habían hablado los tlaxcaltecas, y ahí, enseñoreándose de las aguas, como promesa divina, la ciudad-isla que era capital de los aztecas. Una sola imagen para la eternidad que aseguraba el cumplimiento de todos los sueños. Había pasado del terreno del mito al de la realidad: la gran Tenochtitlán.

El tiempo se había detenido ante la contemplación de su santo grial. Aún no sabía qué tipo de fuerza lo había llevado hasta Tenochtitlán. No estaba seguro de cómo proceder. ¿Cómo elaboras un plan cuando te enfrentas a lo desconocido? Cortés improvisaba sobre la marcha, hacía planes ocasionales que iban cambiando según las circunstancias frente a él; pero ante todo confiaba. Se entregó a algo mucho más poderoso que él, una fuerza y una voz lo impulsaron a ir más allá, y él simplemente se rindió. Cortés se asumió más como un iluminado que como un estratega.

Reflexionó con los ojos clavados en los inmensos templos que se veían a lo lejos. En ese instante de su vida, Cortés se sentía con la certeza absoluta de alcanzar lo inalcanzable. Su mirada estaba perdida en la ciudad que tenía frente a él. Tres meses atrás había hundido sus barcos para obligarse a ir hacia delante; ahí estaba ahora, tras haber enfrentado guerras y firmado alianzas, en la puerta de entrada al centro del imperio azteca.

Cortés abandonó las costas y la ciudad de Cempoala el 16 de agosto de 1519, y comenzó su viaje tierra adentro. Dejó hombres españoles y mujeres indias en aquella ciudad totonaca y en su recién fundada

Veracruz. Dejó colonos, quería alianzas sólidas y duraderas, buscaba que algunos de sus hombres se fueran aclimatando a lo indio, trató de ir poblando y adaptando. Cuatrocientos españoles y cuatro mil totonacas se encaminaron hacia el corazón del imperio.

Marina conocía el destino, Cortés caminaba entre tinieblas. Cómo podría él comprender la rivalidad entre Tlaxcala y Tenochtitlán, que, según le decían, venía desde siempre, aunque lo cierto es que había iniciado menos de tres generaciones atrás. Pueblos hermanos en luchas por recursos y dominio. Ella conocía la historia y las costumbres, sabía cómo se hacía la guerra y la paz en aquel mundo, conocía los límites en los campos de batalla; él dependía de los totonacas, y de lo que Marina le dijera sobre ellos y sobre todos los demás. Entre ellos dos ella era la tlatoani, la que hablaba y la que tenía el poder.

Cortés y su expedición se dirigieron hacia Tlaxcala por recomendación, y quizá orden, del cacique de Cempoala. A Cortés siempre le gustó pensar que se rendían ante él y lo obedecían. Era tentador pensarlo, jamás reflexionó que quizá estaba haciendo la guerra que otros necesitaban y cumpliendo sus designios. En su mente, Cortés ordenó ir a Tlaxcala y todos lo obedecieron. A Tlaxcala, porque eran enemigos encarnizados de los aztecas y los odiaban a muerte. Todo indicaba que eran el aliado natural.

El capitán general había tratado de comprender la situación bélica y política de la zona. En el valle donde dominaba Tlaxcala, había una débil alianza contra los aztecas en la que participaban también Cholula y Huexotzinco, así como ciudades menores que pagaban tributo. El objetivo nunca era derrotar a los aztecas, era sobrevivir a ellos.

El poder de su imperio rodeaba el valle y les impedía hacerse de recursos vitales para progresar. A cambio de una aparente independencia, Tlaxcala debía participar cada año en una guerra acordada, la guerra florida, que tenía como objetivo que los aztecas capturaran prisioneros vivos para ser sacrificados.

Al otro lado de los volcanes se extendía el valle de Anáhuac y el gran lago de Texcoco, eran los dominios de la Triple Alianza: Tlacopan, Texcoco y Tenochtitlán. Esas dos alianzas y esos dos valles, hacia ambos lados de los volcanes, vivían en un estado de guerra perpetua. Todos odiaban a los aztecas, según le había dicho a Cortés el Cacique Gordo.

Cuatrocientos españoles, cuatro mil totonacas, algunos taínos; con doce caballos y cargando igual número de cañones y algunas pocas escopetas, tomaron el camino de Tlaxcala. Fueron recibidos por unos cinco mil guerreros tlaxcaltecas que, sin preguntar motivos e intenciones, se lanzaron sobre la expedición de Cortés.

Ya habían oído hablar de los castellanos, habían recibido noticias de su andar y sus encuentros con embajadores de Motecuzoma. Ya había discutido la elite militar y política de Tlaxcala lo que debía hacerse. Unos apostaban por recibirlos en paz y otros por aniquilarlos con la guerra. Los recibieron con guerra para tener más fuerza al hablar de paz.

Hernán Cortés estaba enfrentando su primera batalla, y con ello se encontraba también por vez primera con un aspecto fundamental de la cosmovisión náhuatl: se peleaba en honor a los dioses solares; con la puesta de sol cesaron los combates, que además no buscaban matar ni aniquilar sino refrenar contingentes y obtener prisioneros. Sacaría provecho del enfrentamiento entre dos visiones de la guerra.

Al día siguiente continuaron los combates. Tlaxcaltecas y castellanos se enfrentaron a lo largo del día, que terminó con un acercamiento para hablar de paz. Marina expuso el deseo de Cortés de entablar alianza con Tlaxcala y los emisarios se retiraron a llevar el mensaje. Al día siguiente los tlaxcaltecas los atacaron de nueva cuenta y una vez más lucharon de sol a sol. Cortés desconocía que la razón de ser de esa actitud contradictoria era que los líderes de Tlaxcala no habían llegado entre ellos a un acuerdo sobre cómo proceder. Los viejos sabios optaban por la paz y el diálogo, los jóvenes guerreros apostaban por la batalla.

Aquella noche, después de ataques feroces y violentos, los tlaxcaltecas enviaron embajadores de paz ante Cortés. Desesperado por su actitud, mandó cortar manos y orejas y enviar a los emisarios de vuelta. En Tlaxcala se impuso la opinión de los sabios, y el líder guerrero Xicohténcatl se presentó ante Cortés para comenzar el diálogo sobre una alianza. El 18 de septiembre de 1519, Hernán Cortés fue recibido por los cuatro grandes señores de Tlaxcala.

Cortés estaba buscando una alianza militar; lo que obtuvo en Tlaxcala fue el inicio de su sueño mestizo. Hablaron de la guerra y la paz, Cortés habló de Castilla, de don Carlos y del verdadero Dios, al tiempo que escuchó historias sobre el valle, los volcanes, los dioses nahuas, la grandeza de Tlaxcala y los abusos de los aztecas. Después los tlaxcaltecas ofrecieron a cinco princesas; para que la alianza fuera real y seria, tenían que ser familia. Cinco mujeres, según tradujo Marina, para que tengan descendientes con ellas y entonces seamos hermanos.

Hay que entender a profundidad lo que está ocurriendo. No eran los vencidos ofreciendo mujeres en el botín de guerra de los vencedores. Eso jamás ocurrió de aquella forma. Los tlaxcaltecas y los castellanos habían demostrado su fuerza por igual. No había vencedores ni vencidos sino un acuerdo. Había una alianza entre tribus, y las alianzas siempre en la historia de las culturas humanas se han sellado

con matrimonios. Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Alonso de Ávila, Juan Velázquez de León y Pedro de Alvarado recibieron a sus mujeres, y efectivamente hermanaron con los tlaxcaltecas.

Las mujeres fueron bautizadas, los castellanos fueron acomodados en palacios, se les permitió hacer un altar con una cruz y la imagen guadalupense de Cortés; y comenzaron los planes para acercarse a Tenochtitlán. No resultaba extraño para los tlaxcaltecas el bautizo de las mujeres; en los pactos matrimoniales se respetaban las tradiciones religiosas del esposo. Los caciques y los guerreros no se acercarían al dios castellano hasta mucho después.

Los aliados de Tlaxcala supieron las noticias y comenzaron a moverse; así, la ciudad de Huexotzinco se unió también a los castellanos. No había nada al respecto de todos estos movimientos de los que no estuviera enterado Motecuzoma a través de una vasta red de espías. La postura que adoptó Cholula sería fundamental. Cortés y sus hombres; castellanos, taínos, totonacas, tlaxcaltecas y huexotzincas salieron rumbo a Tenochtitlán.

Los pasos de los castellanos alarmaban a Motecuzoma, y en el camino, otra embajada azteca, con trescientos cargadores de regalos y alimentos, se presentó ante Cortés. El tlatoani enviaba saludos para él y para don Carlos, con generosos obsequios, pero reiteraba la negativa a recibir al grupo en Tenochtitlán. Motecuzoma no había ordenado ningún ataque hasta el momento. Hernán Cortés no podía comprender por qué pero los tlaxcaltecas sí; era evidente que no había consenso. Si no había guerra, los aztecas buscarían alianzas, y eso no podían permitirlo los tlaxcaltecas. La guerra debería ser alentada.

Era importante determinar el camino, y eso estaba fuera de las posibilidades de Hernán Cortés, que dependía de las decisiones de Xicohténcatl, y de las traducciones y negociaciones de Marina. El destino era la ciudad-isla, pero ¿por dónde llegar? Frente al mapa, a Cortés le parecía que lo lógico era tomar camino de Huexotzinco, más cercana a Tenochtitlán, pero Marina y el líder tlaxcalteca lo convencieron de tomar el camino de Cholula. Eso ordenó Cortés y todos lo obedecieron.

Cholula había estado aliada con los tlaxcaltecas, pero había recibido también embajadores aztecas. La ciudad era intocable, pues era la ciudad sagrada de Quetzalcóatl. Más allá de la guerra y la paz, todos veneraban y respetaban a la serpiente emplumada, un dios que no gustaba de las hostilidades. A ese santo recinto llegaron los hombres de Cortés, el 12 de octubre de 1519.

Ahí estaba la vergüenza de Hernán Cortés y la causa de la culpa que lo carcomía. Un hombre no es el concepto que tiene de sí mismo, sino el resultado de sus actos. Y sus actos habían sido reprobables e ignominiosos. Siempre argumentaría ante sí mismo y ante otros que

no tuvo alternativa, que fue lo mejor, que no tuvo opción como comandante en guerra. En el fondo sabía que había sido aconsejado por el miedo, el peor aliado para tomar decisiones. Le gustaba pensar que él estaba al mando, y por eso no podía concebir que llegó a hacer guerra en Cholula porque ése era el objetivo de los tlaxcaltecas.

A base de rituales, bautizos, misas cantadas, trote de caballos y disparo de cañones, Cortés había tratado de impresionar a los indios en ocasiones anteriores. En la ciudad sagrada de Quetzalcóatl las cosas se tornaron al revés, y los castellanos fueron recibidos en medio de cantos, danzas, sonidos y rituales que los sumergían en una mezcla de asombro y miedo.

La gente los observaba, los sumos sacerdotes vestían sus galas y ostentaban todos los símbolos religiosos; el sonido de flautas, caracolas y tambores acompañó la recepción, los danzantes giraban en torno a ellos y el humo del copal se extendía. Era imposible saber para ellos lo que estaba ocurriendo.

Fueron instalados en palacios dentro de la ciudad, pero se negó el acceso a los guerreros tlaxcaltecas. Los castellanos entraron solos a Cholula. Los embajadores de Motecuzoma estaban ahí, y aunque sostenían largas conversaciones con Cortés, era imposible concertar un encuentro. A los pocos días los castellanos dejaron de recibir alimentos y el ambiente se tornó más hostil.

Marina le dijo a Cortés lo que ocurría. Los cholultecas habían pactado con los aztecas, y se había urdido una conspiración para matarlos a todos. Estaban en medio de la ciudad, condenados a la inanición, rodeados de decenas de miles de habitantes, de la elite guerrera, y ellos eran poco menos de cuatrocientos y alejados de los tlaxcaltecas. Parecían estar condenados. Era deber de Hernán Cortés salvarlos a todos y sacarlos de la ratonera en la que él mismo los metió.

Contra la conspiración, Hernán Cortés tramó otra. Anunció su partida de la ciudad a los dignatarios de Cholula y los embajadores aztecas, y solicitó una audiencia con ellos. Cien nobles cholultecas y los embajadores de Motecuzoma se presentaron en el palacio que hospedaba a Cortés; él hizo pasar a treinta nobles y a los embajadores y les reveló que conocía la conjuración para asesinarlos.

No les dio tiempo de reaccionar; ante una orden suya una serie de hombres escondidos aparecieron y comenzó una degollina. Al mismo tiempo se dispararon escopetas como señal, y castellanos armados entraron a la ciudad al mando de los guerreros de Tlaxcala.

Cortés mandó quemar templos y edificios al tiempo que los tlaxcaltecas se entregaban al saqueo. Cinco horas de combate y unos tres mil muertos. Toda la nobleza fue pasada a cuchillo, con los embajadores de Motecuzoma como testigos para que llevaran las

noticias al tlatoani, quien ante semejante despliegue de poder, fuerza, y barbarie, decidió admitir a los extraños de allende el mar. Cortés sería recibido en Tenochtitlán.

¿Cuáles eran las opciones de Motecuzoma? Qué difícil papel le tocó jugar en la historia al último gran tlatoani de los aztecas, quien al igual que Cortés, desde luego, era sólo una manifestación de las fuerzas de la historia y el espíritu del tiempo. Dos mundos se acercaban precipitadamente para generar el encuentro más grande en la historia de la humanidad, y ninguno estaba preparado para eso.

Dos mundos corrían al encuentro, uno era representado por la fuerza de Hernán Cortés, y el otro recaía pesadamente en los hombros de Motecuzoma. Dos mundos con evoluciones culturales separadas por decenas de milenios de años, se encontraron cuando la humanidad terminó de dar la vuelta al mundo. A Cortés y a Motecuzoma les tocó el extraño privilegio de protagonizar un encuentro que no dependía en absoluto de ellos. Dicho de otra manera: sin el conquistador y el tlatoani los procesos y transformaciones históricas hubiesen sido los mismos.

¿Qué opciones tenía el tlatoani? Es muy importante elaborar dicha pregunta desde la realidad propia del momento y evitando cualquier resquicio de conceptos actuales. No, Motecuzoma no sabía que se enfrentaba a la conquista de México, al igual que esos exploradores no se asumían como los conquistadores. Tenochtitlán era el centro del mundo civilizado, el único mundo en la visión azteca, y la civilización siempre ha recibido el embate de hordas invasores y grupos migrantes. Eso eran los blancos extraños de allende el mar, un grupo migrante y una horda invasora, uno más en la historia. Eran violentos y civilizados, fuertes y poderosos, bien valía la pena recibirlos y pactar alianzas.

Recibirlos era una opción, una sabia y sensata desde la óptica de Motecuzoma. Los extraños ya no eran novedad; para el año del encuentro las noticias sobre los castellanos llevaban veinte años recorriendo el imperio azteca y el mundo maya. Motecuzoma supo de ellos desde que ascendió al trono, había seguido sus pasos. Sabía que eran peligrosos y potenciales aliados valiosos. Sabía por los relatos ancestrales que el fin del quinto sol estaba profetizado, que su mundo estaba destinado a transformarse en otra cosa. Recibirlos era su opción.

Pero contrario a lo que se piensa, el poder del tlatoani distaba de ser absoluto; la nobleza de las ciudades de la Triple Alianza y algunas ciudades asociadas formaban una especie de gobierno confederado colegiado, donde el señor azteca jugaba un rol principalísimo, pero no único. Motecuzoma tenía que llegar a acuerdos, y no todos compartían su visión.

Además, aquella corte, como todas en la historia, era un hervidero de conspiraciones, y la aparición de los extraños servía para mover hilos dentro del entramado del poder. Dicho de otra manera, en Mesoamérica también había derrocamientos y golpes de Estado, regicidios y guerras civiles, y entre las ciudades nahuas estaban a la orden del día. Muchos hermanos de Motecuzoma hubieron de morir para que éste pudiese consolidar su poder. Otros sobrevivieron, uno de ellos, Cuitláhuac, aspiraba al trono.

La opción de Cuitláhuac era la guerra. Atacar a los extraños con todo el poder del que pudieran disponer y erradicarlos. Acabar el problema de raíz. Ellos eran el poder imperial, los hijos del sol, y los otros eran extraños invasores. Pero la guerra total requería apoyo total, y Cuitláhuac no lo tenía. Por eso no hubo guerra. No de momento, el hermano del tlatoani buscará su oportunidad. Recibirlos o hacerles la guerra. La única otra opción era tratar de tomarlos por sorpresa y aniquilarlos a todos. Ésa ya la habían intentado en Cholula y no había dado resultado.

Ahí estaba Cortés entre los volcanes repasando mentalmente los acontecimientos. Quién era él al salir de Castilla quince años atrás, al dejar Santo Domingo hacía siete, o al dejar Cuba apenas unos cuantos meses. Quién era el que estaba de pie entre dos volcanes contemplando con miedo y asombro la gran Tenochtitlán. De qué era capaz, a qué estaba dispuesto.

Su sueño era crear algo nuevo sin repetir los errores de los castellanos en el Caribe, buscaba fusionar dos mundos para que éstos no se aniquilasen. No buscaba la guerra, pero ésta llegó. Siempre se dirán eso los que recurren a la guerra. Cortés, además, se argumentaba a sí mismo la simple supervivencia. Se había arrojado al vacío sin pensarlo y de pronto estaba en medio de la nada rodeado de enemigos. Se prometió que una escena así jamás volvería a repetirse. No lo logró.

El paso de Cortés entre los volcanes conmocionó al valle de Anáhuac. El 8 de noviembre de 1519, después de haber acampado y hecho planes por seis días, el grupo comenzó la marcha antes de la salida del sol. El capitán general estaba decidido y dio la orden contundente: ¡Vamos a Tenochtitlán!

Al bajar de los volcanes comenzaron las recepciones. Todos los pueblos y sus grandes señores sabían de su llegada, y conocían también la última decisión que tomó Motecuzoma al respecto. Los señores de Iztapalapa y Culhuacán los recibieron con todo tipo de protocolos y ceremonias, les llevaron regalos y les obsequiaron más oro. Las ciudades de la cuenca lacustre estaban muy pobladas, y la multitud se agolpó en el camino para ver a los extraños. Los guerreros se sumaron en son de paz a lo que se convirtió en una larga procesión,

la música y la danza los acompañaba conforme se enfilan por lo que parecía una calzada principal. Había un ritual de carácter religioso para recibirlos.

Cortés iba al frente, a caballo, seguido por sus capitanes también en montura, y detrás de ellos, la soldadesca. En torno a ellos iban cargadores que llevaban cañones y regalos, la tropa castellana de a pie, y miles y miles de tlaxcaltecas y otros aliados que nunca habían estado tan cerca de la capital azteca; a Tenochtitlán sólo se entraba para morir sacrificado. Se encaminaba despacio hacia su cita con la historia.

La comitiva de Cortés dejó atrás las últimas isletas y chinampas y llegó directamente a la entrada principal de Tenochtitlán, al final de una ingeniosa calzada hecha a base de porciones de tierra y puentes movedizos para unir la isla con tierra firme. La multitud se iba quedando atrás. Tenochtitlán era una ciudad sagrada, y su plaza central, con sus templos, significaban el centro del universo. Sólo los guerreros, nobles y sacerdotes vivían ahí.

Varios señores de las ciudades lacustres guiaban a Cortés. Ante una orden de ellos todos se detuvieron. Al frente, saliendo por la calzada principal de Tenochtitlán, con el templo circular de Quetzalcóatl por la espalda, estaba la comitiva de Motecuzomatzin Xocoyotzin, noveno tlatoani de los aztecas.

El señor de los aztecas se presentó con toda su gloria, lo llevaban en silla de andas y estaba rodeado por cuatrocientos nobles y guerreros. Todos iban hermosamente decorados con plumas de quetzal, jade y oro, todos hicieron caravanas a su paso, nadie lo vio a los ojos. Cuando bajó de la silla de manos, sirvientes arrojaron pétalos por delante de sus pies. Todos los demás iban descalzos, él usaba sandalias con suela de oro.

Hernán Cortés descendió de su caballo, temeroso pero sonriente. Nervioso. Los caballos iban limpios y las armaduras pulidas y relucientes. Trataba de impresionar. Se quitó el sombrero y se acercó a Motecuzoma intentando abrazarlo fraternalmente. Los señores que lo rodeaban se interpusieron. Motecuzoma besó la tierra delante de Cortés. Él hizo una reverencia y una inclinación de cabeza ante el tlatoani.

Hicieron espacio y guardaron silencio. Mostraban respeto. Sirvientes de Motecuzoma se adelantaron con obsequios, con plumas y oro. El capitán general y el tlatoani intercambiaron collares. El lenguaje serían los gestos. El tlatoani les indicó a los castellanos que entraran en la ciudad, la comitiva castellana siguió a la azteca en dirección del Templo Mayor de Tenochtitlán. El sol llegó al cenit.

Los castellanos se maravillaron y aterrorizaron. La ciudad era gigantesca, mucho más grande que Sevilla. Era hermosa y brutal. Un

gran muro decorado llamó su atención, pero de cerca descubrieron que estaba hecho de cráneos. El templo los deslumbró con su altura y majestuosidad, pero las escalinatas estaban manchadas de sangre humana.

Motecuzoma se detuvo cerca del palacio de Axayácatl que había elegido para hospedar a la comitiva castellana. Se dirigió hacia Cortés, y ante la sorpresa de todos, tomó su mano y lo hizo atravesar la plaza para llegar al patio principal palacio en cuestión, donde invitó a Cortés a sentarse.

Todos estaban admirados y nadie comprendía bien lo que ocurría. No Cortés desde luego, pero probablemente tampoco Motecuzoma. Nunca estás preparado para que en tu tiempo se cumplan las profecías. El tlatoani desapareció y regresó al poco tiempo con sirvientes cargados de regalos. Cortés agradeció y solicitó permiso para hablar.

Era turno de Marina. Era la lengua de Cortés. Sin importar que el capitán general entendiera o no algo de náhuatl para este momento, la costumbre protocolaria era clara: los grandes señores no hablaban. Cortés agradeció la hospitalidad y el recibimiento, y colmó a Motecuzoma de saludos enviados del rey don Carlos. Descansa, dijo Motecuzoma a Cortés, estás en tu casa y en tu estado natural, libérate del cansancio del camino, y de todas las cosas malas que te han dicho de mí. No creas más de lo que ves con tus ojos, los tejados de las casas no son de oro, y aquí estoy yo, de carne y hueso como tú.

Motecuzoma se retiró. Los castellanos tenían el palacio a su disposición, con alimentos y sirvientes. Hernán Cortés estaba en medio de una ciudad de decenas de miles de habitantes; no sabía si sentir gloria o miedo. Nadie sabía lo que ocurría, esa recepción era extraña para todos. No parecían ser prisioneros. Lo comprobarían dos días después cuando decidieron salir a caminar y nadie se los impidió. Cortés había llevado a su expedición al corazón mismo del imperio. Lo había logrado sin guerra.

Hernán Cortés no planeó con sus aliados tlaxcaltecas un asedio a la ciudad o una guerra frontal. No habló de guerra jamás, sino que envió constantes saludos de paz a Motecuzoma. Anunció su llegada y se presentó puntual, sin ser invitado, desde luego. Marchó hacia la entrada principal de manera triunfante, guiado por el gran señor de los aztecas. No era un guerrero ni un salvaje, ni ladrón o salteador. Era un diplomático hábil que logró negociar lo innegociable, desde su punto de vista, claro está.

Entró por la puerta grande. Por la misma que entraron Alejandro a Jerusalén y César a Roma. Ese es el tamaño de la hazaña histórica de Hernán Cortés. No es nada más, pero tampoco nada menos. Generó un choque violento sin duda, lo cual depende mucho más de la

humanidad que de Cortés, y protagonizó el encuentro de dos culturas que inevitablemente comenzaron a fundirse en el lento proceso de generar algo nuevo.

Cortés siempre se vio seducido por la idea de que lo recibían triunfante, o aceptando derrota y vasallaje. Que asumían la superioridad de don Carlos o del único y verdadero Dios, que se rendían y lo aceptaban, que lo invitaban a su ciudad. No se le ocurrió pensar que lo metían al corazón mismo del poder, rodeados por la elite militar de los aztecas, donde quedaba mejor vigilado y controlado que en cualquier otro sitio, organizando alianzas con los enemigos.

Los castellanos fueron recibidos por los aztecas porque eran un fuerte y poderoso grupo de guerreros migrantes, uno más de tantos en la historia del Anáhuac. La opción de enfrentase a ellos y aniquilarlos no era tan obvia en ese tiempo histórico como pudiera pensarse quinientos años después, con un discurso de conquista como referencia. Nadie en ese momento, ni aztecas, ni tlaxcaltecas ni castellanos estaban protagonizando la conquista de México. Es fundamental comprender eso. Puede parecer extraño que Motecuzoma recibiera a Cortés, pero no hay que olvidar que ya lo habían recibido los mayas, los totonacas y los tlaxcaltecas.

Aun así hay que decir que la recepción de Cortés en Tenochtitlán fue un evento muy extraño. Es imposible comprender lo que ocurrió porque para ello tendríamos que estar dentro de la mente de Motecuzoma. Cortés podía hablar con el tlatoani, pero eso, incluso teniendo traducción, no significó que se comprendieran.

Motecuzoma acudió a saludar a Cortés desde el primer día, y éste se presentó ante él en su palacio. A partir de entonces se veían a diario y conversaban durante horas. Paseaban y comían juntos, visitaron palacios y casas, fueron a los grandes barrios de la ciudad y a las ciudades vecinas, caminaron por el bosque sagrado y subieron a la cúspide del Templo Mayor. Sería fascinante, aunque tristemente poco posible, saber el contenido de esas conversaciones. La única fuente directa es la crónica de Bernal Díaz del Castillo, pero él, fuera quien fuera, no estaba presente en medio de esos diálogos.

Hablaron de historia, de mitos y leyendas, de tradiciones, de dioses y del único Dios. Éste último tema molestó a Motecuzoma, cuando notó la absoluta inflexibilidad y cerrazón que en dicho tema exhibían los castellanos. El tlatoani, fiel a las costumbres locales, estaba dispuesto a aceptar un nuevo dios, evidentemente poderoso; uno más entre tantos dioses existentes. Cortés era tajante; todos los demás dioses eran demonios.

De qué no podrían hablar los representantes de dos mundos mutuamente desconocidos, cada uno con un gran potencial de

impresionar al otro. Motecuzoma quería saber de Castilla y de don Carlos, de los caballos y los cañones, de las casas flotantes en las que habían llegado, de su cosmovisión. Cortés supo de la historia de los aztecas y sus dioses, las leyendas de Quetzalcóatl, la animadversión de los pueblos, la comida y las costumbres. En un tema estuvieron de acuerdo: los relatos sobre la creación.

La discusión política continuaba en el seno del poder azteca. Motecuzoma los había recibido, pero las voces de acabar con ellos seguían clamando, más ahora que eran blanco fácil. Cuitláhuac, el hermano del tlatoani, era el líder de esa oposición. Los castellanos eran presa de una confusa mezcla entre terror y ambición; se sentían amenazados por cada sombra que podían distinguir. Muchos pugnaban por retirarse; pero ahí, en ese palacio que les servía de alojamiento, estaba resguardado en varias habitaciones el tesoro de Axayácatl. La enfermedad del oro se apoderó de ellos.

El oro del imperio guardado en los mismos aposentos donde ellos dormían. Se veían dueños de todo, se soñaban como grandes señores en su regreso a Castilla. Todo su ser los impulsaba a huir, pues ellos no comprendían los sueños de Cortés, pero la fuerza del oro los mantenía prisioneros. Pudo haber sido un gran error de Motecuzoma resguardar en el mismo palacio al oro y a los extraños que tanto lo ambicionaban; o pudo ser una gran estrategia.

Pocos días llevaban viviendo dentro de Tenochtitlán en esa extraña paz, cuando llegó la noticia que los alarmó a todos y cambió las cosas. Dos castellanos habían sido asesinados en Veracruz por guerreros aztecas. Con eso como argumento, y temiendo por la seguridad de la expedición, Cortés y sus capitanes tomaron la determinación de apresar a Motecuzoma. Ellos, prisioneros en la ciudad, decidieron prender al tlatoani.

Fue otro acontecimiento de los más inexplicables; pero Cortés y sus capitanes fueron a entrevistarse con Motecuzoma a su palacio, y ahí, bajo fuertes amenazas armadas y palabras dulces, le exigieron que se trasladara con su comitiva de sirvientes a vivir con ellos, pues sólo así podían asegurar la vida. Bernal describe que Cortés se dirigía a Motecuzoma de manera amorosa y reverencial.

Era el tlatoani y como tal sería tratado, recibiría personas y despacharía asuntos. Gobernaría como siempre, pero acomodado entre los castellanos. Motecuzoma aceptó, anunció a su gente que era su voluntad dicho traslado y que nadie hiciese violencia alguna contra los invitados. Nadie ha comprendido, ni entonces ni ahora, las razones de Motecuzoma.

Terminaba el mes de noviembre de 1519. En ese estado de cosas, los castellanos, compartiendo palacio con el tlatoani, vivieron en relativa paz en la mismísima Tenochtitlán por siete meses. Hernán Cortés veía

sus sueños convirtiéndose en realidad. No tenía un plan, esperaría la inspiración como siempre. Había llegado a Tenochtitlán en son de paz, pero sus aliados indios en realidad esperaban la guerra.

LA NOCHE QUE CORTÉS LLORÓ

EN ALGÚN LUGAR DEL ANÁHUAC, 30 DE JUNIO DE 1520

Hernán Cortés lloró. No fue la primera ni la única vez, pero sí la más famosa. La mitad de sus hombres había muerto en la desesperada huida de la capital azteca. Perdió su propio oro y el quinto del rey, vio morir al gran Motecuzoma y observó cómo se desmoronaban ante él sus más grandes sueños y esperanzas. Grandes amigos murieron ahogados por el peso del oro en las salitrosas aguas del lago de Texcoco.

Todo había terminado. Había alcanzado lo inalcanzable de manera vertiginosa e incomprensible; y así de pronto lo perdió todo. Cortés se detuvo a recuperar fuerzas y a reflexionar a la sombra de un gigantesco ahuehuete. Tenía miedo y lo abatía la tristeza. Hernán Cortés lloró. Tenía muchas razones para llorar.

Tenía que buscar y encontrar culpables. Motecuzoma por no saber imponer su autoridad, Cuitláhuac por su absoluta cerrazón y ánimo guerrero, por su oportunismo político incluso; el malhadado y malnacido gobernador de Cuba que no dejaba de asediarlo, envidioso de sus hazañas, el infame de Pánfilo de Narváez al que tuvo que ir a atacar a Veracruz, el imbécil de Pedro de Alvarado, bárbaro, salvaje e incompetente…, a Cortés no le gustaba asumir culpas, pero en lo más profundo de su apesadumbrada alma sabía que él y sólo él había tomado las decisiones incorrectas.

Jamás en su vida se sintió Hernán Cortés tan abatido y derrotado, pero tras horas de silencio y reflexión comenzó a recuperar esa fuerza de espíritu, esa fe inquebrantable que le auguraba la victoria. Tenía que tomar decisiones. Una vez que tuvo la certeza de estar momentáneamente a salvo de sus perseguidores aztecas, pasó la noche en vela repasando los acontecimientos.

Con el nuevo amanecer recobró nuevos ánimos y pudo ver las cosas desde otra perspectiva. No habían sido echados de la gran Tenochtitlán; se fueron como guerreros en retirada buscando el momento de un nuevo ataque. Se replegaron estratégicamente y no estaban vencidos. Había que buscar lugar seguro para recomponer y sanar la tropa, tomar nuevos bríos, curar heridas y llorar muertos. No estaban derrotados.

La única esperanza estaba en Tlaxcala, y en que dicha ciudad honrara su alianza. Cuatro mil guerreros tlaxcaltecas murieron en esa noche triste en que huyeron de Tenochtitlán. Eran cuatro mil razones para querer venganza sobre los aztecas, pero también cuatro mil motivos de animadversión contra los castellanos. Todo dependería de Tlaxcala. Hernán Cortés intentó tomar Tenochtitlán en paz. Ahora estaba dispuesto a apropiarse de ella a través de la guerra. No le gustaba la idea, pero era lo único que le podía ofrecer a los tlaxcaltecas, de quienes dependía la supervivencia de todos y cada uno de los españoles.

Siete meses habían vivido en Tenochtitlán, alojados como grandes señores en un palacio, con la alimentación y el sustento asegurados, y conviviendo a diario con la nobleza azteca y los grandes señores de las ciudades vecinas. Entre noviembre de 1519 y mayo de 1520 cohabitaron en relativa paz en la ciudad-isla: Cortés había llegado a pensar que era sólo cuestión de tiempo que los nobles y los guerreros se acostumbraran a su presencia y lentamente fueran aceptando el convivio; pero lo cierto es que no tenía un plan.

De momento se sentían en el poder gracias a la extraña colaboración de Motecuzoma, pero ¿cuánto tiempo podrían mantener dicho estado de cosas? Sólo el místico tlatoani parecía comprender la sabiduría detrás de la aceptación, pero el resto de la elite se mostraba cada vez más inconforme con la presencia de los extraños; la de los castellanos desde luego, pero la que les resultaba más infamante era la de los tlaxcaltecas, quienes sólo deberían pisar Tenochtitlán para ver, con sus últimos suspiros de vida, cómo les extraían el corazón.

La presencia de los blancos en la ciudad significaba cada vez mayor afrenta, y servía como acicate político a los enemigos y opositores de Motecuzoma, como su propio hermano. Nunca en la historia de los aztecas se había desconocido a un tlatoani, pero nunca un gran señor había permitido tanto abuso sobre su ciudad y su pueblo. Motecuzoma parecía permitirle todo a Cortés, quien en una de sus conversaciones con el tlatoani comprendió sus razones y su sabiduría: ¿Cuántos más vienen detrás de ti?

Ése era el asunto. Era sencillo masacrar a los extraños. Pero era evidente para el sensato que seguirían llegando. Hacía veinticinco años que habían comenzado a llegar desde el otro lado del mar; cada vez eran más y llegaban con mayor frecuencia y fuerza. El grupo de Cortés era sólo el primero que había logrado ir más adelante que cualquier otro, pero no dejarían de llegar. Era mejor ser aliado de Hernán Cortés.

En ese tiempo de convivio Cortés pudo comprender la vida cotidiana del azteca, el funcionamiento de la ciudad, las redes de abasto a una isla que no producía recursos por sí misma, las vías de

comunicación a través de puentes movedizos. Realmente pensó que podía llegar a asimilarse en aquel paisaje indiano. Todos sus planes se vinieron abajo a principios de mayo, cuando una tropa de dieciocho barcos, mil hombres y ochenta caballos llegó a la recién fundada Veracruz al mando de Pánfilo de Narváez. Sus órdenes eran aprender a Hernán Cortés.

Pánfilo de Narváez había llegado a las islas remotísimas alrededor de 1502, quizá con Francisco de Garay, quien llegaría a ser gobernador de Jamaica, donde vivió Narváez hasta 1511, año en que se trasladó a Cuba a las órdenes de Diego Velázquez. Él y Cortés se conocen desde entonces, y a partir de ese momento tuvieron grandes diferencias por su forma de proceder con los indios. Mientras Hernán se asimilaba, Pánfilo era de los que optaban por la aniquilación y el sojuzgamiento.

Velázquez tenía sus razones. Desde su punto de vista, Cortés era rebelde y traidor, pues se lanzó a la conquista sin tener aprobación para ello. Claro que Cortés ya se había colocado directamente bajo la autoridad de don Carlos tras la fundación de Veracruz, pero el rey aún no había respondido, y no estaba claro si estaría dispuesto a legitimar al capitán general en dicho puesto, y Velázquez quería obtener ventaja, sobre todo porque sabía del gran tesoro que había recibido Su Majestad, por si las razones legales no terminaban de convencerlo.

¿Qué conflicto se escondía detrás de todo esto? Muchas cosas terribles se pueden decir de Velázquez, como ser vividor, abusivo, corrupto y quizá incompetente, pero en su favor hay que decir también que había seguido el camino establecido desde su llegada a las islas en 1493. Había llegado bajo la autoridad de Cristóbal Colón, se había quedado y sobrevivido; había subido por el escalafón, había prestado servicio público a la Corona y se sentía merecedor de recompensa. Mucha razón tenía en ello.

Cristóbal Colón había firmado un contrato legal con los Reyes Católicos, y más allá de cómo y cuántas veces violaron susodicho contrato las dos partes; ése era el fundamento de la expedición: unas capitulaciones del almirante con la Corona. El propio Diego Colón firmó capitulaciones con Fernando de Aragón y el mismísimo Velázquez lo había hecho con el hijo del almirante. Había un orden y una cadena de mando. Cortés firmó un convenio con Velázquez y lo incumplió en su favor en cuanto tuvo la oportunidad.

Desde el punto de vista de Cortés los hombres hacían su suerte a través de la inteligencia. Él no había tenido la oportunidad de estar en los círculos cercanos a la Corona, no nació cerca de la corte ni de la gente que conoce gente. Él tenía que labrarse su suerte. Sabía que podía dar mejor servicio a la Corona sin Velázquez. Este hombre entre dos mundos que era Hernán Cortés aprovechó las ventajas del sistema

monárquico al que servía, pero era el representante del espíritu del Renacimiento y del mundo moderno, donde el individuo era el centro del universo. El hombre común podía ser el nuevo amo y señor.

Cortés había tejido una maraña legal para legitimar sus acciones, Velázquez quería detenerlo antes de que hubiese respuesta del rey. Por eso mandó a un antiguo enemigo de Cortés al mando de la expedición para hacerlo preso. El capitán general había logrado vencer a los indios y aliarse con ellos hasta llegar al centro del imperio, y era la avaricia de otros castellanos la que se interponía en su camino.

Pero ahí donde uno podría ver mil hombres con las órdenes de arrestarlo, Hernán Cortés prefirió ver la oportunidad de mil hombres de refuerzo para su empresa. Tenía que derrotar a Narváez y la mejor forma de hacerlo era que sus hombres optaran por no pelear. Cortés contaba con la enfermedad del oro.

Entre repartimientos de oro, dulces y seductoras palabras, y triunfo en algunos enfrentamientos, Cortés logró efectivamente vencer a los hombres de Narváez y convencerlos de unirse a su causa. Pero para ello tuvo que abandonar Tenochtitlán e ir a luchar a Veracruz. Tuvo un gran triunfo, pero en realidad había tomado su decisión fatal.

Cuando estaba en Tenochtitlán, Cortés tuvo las noticias de la llegada de Narváez, se presentó ante él la disyuntiva: quedarse en la capital azteca y que sus capitanes fueran a luchar a la costa; o combatir él personalmente contra los recién llegados mientras uno de sus capitanes se quedaba al mando en la ciudad-isla. Cortés había entrado a Tenochtitlán con más negociaciones que batallas, y pensaba que debería funcionar de igual forma contra los castellanos que llegaban por él. Él era bueno con la espada, pero se asumía como el mejor de todos en el arte de las palabras.

Así pues, Cortés decidió salir a enfrentar a Narváez con algunos castellanos y otros tantos tlaxcaltecas. Pensaba que esa batalla requería mucha más diplomacia que la que hacía falta para mantener en orden Tenochtitlán. Él saldría a combatir o negociar, y Pedro de Alvarado quedaría a cargo de Tenochtitlán. Sólo una cosa tenía que hacer y era no hacer nada. Dejar las cosas como estaban. Fue incapaz de hacerlo, y en vez de ello encendió la flama de la rebelión entre los indios.

Nunca sabremos qué paso ni por qué. Cortés regresaba de la costa con los casi mil hombres de Narváez, a los que había endulzado el oído con historias de la gran capital azteca, con tejados de oro y riquezas fluyendo por sus calzadas, grandes templos y mercados, pero lo más importante: absolutamente bajo su control. Llegó con esa tropa a una ciudad que lucía abandonada y con el espíritu de rebelión y venganza flotando en el ambiente.

La calzada principal para llegar a la plaza central estaba vacía, las

canoas no surcaban el lago y las mercancías no llegaban al mercado de Tlatelolco. La ciudad estaba semiabandonada, sin nobles ni guerreros en el horizonte, y con mujeres aterrorizadas en algunos rincones. Una sola palabra, de todas las que recibió Cortés como explicación, le bastó para comprenderlo todo: Tonatiuh. Era el nombre del dios del sol, y era como los aztecas se referían a Alvarado a causa de su imponte tamaño, tez blanca y cabellos rojos como el fuego.

Cortés y su tropa renovada pudieron penetrar en la ciudad y atravesar su plaza sin contratiempos hasta llegar al palacio de Axayácatl donde los castellanos y los tlaxcaltecas estaban parapetados. La ciudad se había rebelado, les habían cortado suministros, estaban sitiados, prisioneros en aquel palacio al centro de la ciudad, y al parecer la autoridad de Motecuzoma había sido desconocida.

Sólo podremos conjeturar lo que ocurrió, pues el gran protagonista fue Pedro de Alvarado, y Cortés se encerró con él, a solas, a escuchar explicaciones. Bernal Díaz, del que jamás conoceremos su identidad y que no estuvo presente en el diálogo, es la única fuente. Se sabe que el capitán general echaba espuma por la boca contra su subordinado, pero se contuvo.

Al parecer había una fiesta azteca, el Tóxcatl, una celebración en honor a Tezcatlipoca donde un joven hermoso que llevaba un año en preparación, recibiendo todo tipo de lujos y placeres, sería sacrificado al dios del espejo de obsidiana. Los aztecas querían llevar a cabo la ceremonia, Alvarado prohibió que hubiera sacrificios, algo se salió de control y degeneró en matanza.

Como la historia siempre se ha usado como herramienta política, los hechos son narrados e interpretados según las posturas que se desea justificar. En la versión del castellano civilizado y el indio salvaje, Alvarado se opuso terminantemente al sacrificio humano y estuvo dispuesto a arriesgar la vida con tal de impedirlo; los aztecas se rebelaron, estaban armados; ya comenzadas las danzas, los rituales y los sacrificios, decidieron aprovechar la ausencia de Cortés y seguirse de largo con los castellanos. Alvarado entró en pánico y hubo enfrentamientos en el Templo Mayor que se extendieron por toda la plaza central de la ciudad.

En la versión del indio bueno, representante del buen salvaje, y el castellano como un bruto saqueador, los aztecas se dispusieron a danzar desarmados para conmemorar a Tezcatlipoca, y el infame Alvarado aprovechó su inerme inocencia para desatar una masacre, motivado por la ambición de quedarse con todo el oro de la ciudad. Las dos versiones son absurdas.

Cortés no estaba. Eso es un factor fundamental, pues de alguna forma el capitán general había sabido mantener el orden de las cosas, una cohabitación relativamente armoniosa basada en el respeto que

profesaba Cortés a los aztecas en general, y de manera muy particular la relación de reverencia que estableció con Motecuzoma. Todos los castellanos se sometían a Cortés, y de entre los indios, parecía que tenía influencia sobre muchos; algunos lo respetaban y otros le temían. La ausencia de Cortés bien pudo generar que los aztecas inconformes con la situación, encabezados por Cuitláhuac, decidieran aprovechar la situación.

Que Alvarado tomara decisiones llevado por la ambición del oro es poco probable. Ellos estaban encerrados con el tesoro de Axayácatl. Era un riesgo que no valía la pena. Que actuara de manera estúpida e intempestiva motivado por el pánico es siempre posible; la fiesta Tóxcatl y sus rituales pudieron ser impactantes y atemorizantes.

Que los aztecas iban desarmados es un desatino total. Los guerreros águila y jaguar siempre estaban armados y listos para la batalla, y las conmemoraciones a Tezcatlipoca tenían un componente sanguinario implícito. Que Alvarado quisiera impresionar a Cortés es siempre probable, y que con este objetivo en mente se excediera y tomara decisiones equivocadas es igual de posible.

Los hechos son claros. La presencia castellana era incómoda para gran parte de la elite política y militar, que veían el cautiverio de Motecuzoma como la peor afrenta. La ausencia de Cortés, que parecía tener embelesado al tlatoani, debía ser aprovechada. Una fiesta de sacrificio en honor a Tezcatlipoca era una coyuntura perfecta para comenzar la rebelión legítima contra lo que para muchos era abiertamente una invasión. Alvarado no era Cortés ni estaba cerca de sus tamaños, y es sencillo pensar en que la situación se le saliera por completo de control.

La realidad contundente es que, en ausencia de Cortés, hubo un terrible enfrentamiento en el corazón de Tenochtitlán, en su lugar más sagrado y en medio de fiestas religiosas. Hubo una lucha en el Templo Mayor y Alvarado mató sin conmiseración alguna a los guerreros, y después a mujeres y niños. El hilo se cortó por lo más delgado. La situación era insostenible, la rebelión se extendió y los castellanos, en absoluta desventaja numérica, se atrincheraron en el palacio, mientras los aztecas optaron por cortarles todo suministro y mantenerlos sitiados, fuera para dejarlos morir de inanición, o esperando el momento de atacar.

Ésas eran las circunstancias cuando regresó Cortés, alrededor del 24 de junio. Logró llegar hasta el palacio, probablemente con la complicidad de los aztecas, que preferían tenerlos a todos encerrados. El odio flotaba en el ambiente y era evidente que sería imposible volver a la tensa paz que se mantenía antes. En la mente de Cortés, sólo Motecuzoma podía salvarlos. El pueblo le tenía un respeto reverente, absolutamente religioso. El tlatoani era una voz inapelable.

Lo que no podía saber Hernán Cortés era que Motecuzoma había dejado de ser el tlatoani para la elite guerrera. Cortés había presionado demasiado, había estirado la liga más allá de sus límites y logró algo hasta entonces inconcebible en el imperio azteca: el golpe de Estado abierto. Argumentando algún tipo de embrujo o encantamiento que había arrojado a Motecuzoma en brazos de los invasores, Cuitláhuac encontró la oportunidad que había estado buscando por años y convenció a los líderes guerreros de desconocer a Motecuzoma y nombrarlo a él como tlatoani.

Cortés habló con Motecuzoma. Le pidió que tranquilizara al pueblo. Que saliera al balcón del palacio para hablar ante la multitud y los convenciera de dejar marchar a los castellanos. El tlatoani apareció ante su pueblo y la ciudad se sumergió en un absoluto silencio. El tlatoani representaba a los dioses. Motecuzoma hablaba y la gente escuchaba. De pronto se oyeron gritos de desaprobación entre los aztecas, acusaciones de haberse entregado a los enemigos. Mujer de Cortés, cuenta la leyenda que le gritaron. Una piedra. Otra más. De pronto una lluvia de piedras se abatió sobre Motecuzoma, una de ellas se estrelló en su frente y el tlatoani cayó al suelo.

Como en todas las épocas y en todas las culturas, la multitud nunca es espontánea, siempre es movida desde sus bajas pasiones por alguien más. Fuenteovejuna[37] es un monstruo que no existe, la turba iracunda que se mueve al unísono siempre es instigada por una mente maestra. La crónica del tal Bernal es clara, y es la única narración *in situ* de la que se dispone: los aztecas lapidaron a su gran señor, que era protegido por los castellanos.

Motecuzoma perdió el conocimiento y fue llevado a sus aposentos con sus sirvientes y los curanderos. Lo atendieron un médico castellano y un sanador azteca. Ninguno logró nada. La herida se infectó y las fiebres subieron, pero lo más importante, el tlatoani ya no quería vivir. Cortés se arrodilló y le pidió perdón. Lloró. Le suplicó que aceptara el bautismo cristiano, cosa que no hizo. Hubo una sola solicitud de Motecuzoma a Cortés: que cuidara de sus hijos.

Llena de paradojas está la llamada conquista de México y ésta es una de ellas. El tlatoani fue despreciado y apedreado por la multitud azteca, asesinado por su propio pueblo; y fue cuidado y llorado por los castellanos. La herida no bastaba para matarlo, pero al parecer, en su convalecencia, pide a su chamán algún brebaje que lo ayudara a transitar de mundo. El gran tlatoani Motecuzoma expiró su último aliento el 28 de junio del año de 1520 del calendario de los conquistadores.

Con Motecuzoma muerto no quedaba más plan que huir a toda costa de la ciudad. Pero no había cómo. Durante su estadía, los castellanos habían construido dos bergantines para navegar por el

lago, pero fueron hundidos. Tenían que salir a pie de una isla, y en la calzada que unía con tierra firme habían sido retirados todos los puentes. Estaban acorralados. Necesitaban tiempo para construir puentes que pudieran llevar consigo, y además era necesario fundir todo el oro y hacer lingotes. No era realmente necesario, pero Cortés necesitaba salvaguardar aunque fuera el quinto del rey. Todas sus justificaciones ante don Carlos necesitan ese oro.

Dos días después los puentes estaban listos, se había fundido el oro azteca y cundía la desesperación en la gente. Ningún día sería bueno para huir, tenían que intentarlo a sabiendas de que era un escape arriesgado y con pocas probabilidades. Pero quedarse a morir de hambre no era una opción. Cortés había salido del palacio para entregar el cuerpo de Motecuzoma a su hermano Cuitláhuac; tendrían que darle el funeral digno de un tlatoani, y esperaban aprovechar que todos los guerreros estarían rindiendo honores para escapar. Además, los aztecas no luchaban de noche.

Pero Cortés había hecho que las costumbres más sagradas de los aztecas cayeran desmoronadas. Decidieron no hacer funerales fastuosos ni guardar luto, precisamente para atacar a los españoles, y cuando los vieron huir por la noche y bajo la lluvia, poco les importó que no fueran a ser vistos por sus dioses. Atacaron de noche y, faltando a otra costumbre, no buscaban prisioneros vivos para el sacrificio. Buscaron directamente matar.

La noche del 30 de junio de 1520, Hernán Cortés tenía todo listo para intentar la huida desesperada. Dividió al gran contingente en tres grupos. Él encabezaría a un primer grupo de castellanos que llevarían consigo a sus mujeres indias y el oro del rey; un segundo grupo de castellanos saldría con un poco de retraso liderados por Cristóbal de Olid, y en tercer lugar marcharía la retaguardia, con el grueso de los guerreros tlaxcaltecas de Xicohténcatl y espoleados por Pedro de Alvarado.

La noche era oscura y Tláloc hizo su parte. Oscuridad y lluvia parecían proteger la expedición de Cortés. Pero era imposible que más de mil personas dejasen la ciudad sin ser descubiertas, y como no había fastuosos funerales sino guerreros a la espera, la discreta huida se convirtió en una carnicería. Cuitláhuac había jurado venganza y no quería dejar a uno solo vivo. Quería aniquilar a todos los tlaxcaltecas para lavar la deshonra de la ciudad, y matar personalmente a Alvarado y a Cortés.

Los tres grupos de escape salieron en silencio y en orden, pero de inmediato se vieron perseguidos por guerreros aztecas. Los castellanos huyeron despavoridos, y para fortuna de ellos, los tlaxcaltecas optaron por morir luchando y no corriendo. La enfermedad del oro mató a tantos castellanos, como los propios guerreros aztecas: después de

apartar el quinto del rey y el suyo propio, Cortés permitió que todos los demás se sirvieran a sus anchas. Unos prefirieron cargar poco o nada y asegurar la vida, muchos otros se llenaron de oro por el cuerpo y se hundieron en el lago. Murieron ricos.

Se perdió el oro del rey y el de Cortés, el puente móvil se rompió y la lluvia de flechas comenzó a aniquilar a los castellanos que perdieron todo orden. Todos terminaron en el lago, los más pesados por el oro se fueron hundiendo y se convirtieron en el verdadero puente por el que lograron huir sus compañeros. Perdieron los caballos y la artillería casi por completo; miles de tlaxcaltecas murieron y la mitad de los castellanos no vieron salir el sol.

Cortés se debatía entre asegurar el oro del rey o a Marina; le quedó claro que el oro podía ser recuperado. Fue herido en la pierna y se salvó de milagro, gracias a la intervención de sus hombres fieles. Cuando creía que había salvado la vida fue mordido por un escorpión; entre la ponzoña del animal y la infección de la herida casi dejó la vida. Rezó. Era lo único que quedaba por hacer.

Alvarado fue de los pocos que sobrevivió en la retaguardia, según cuenta su propia leyenda, a causa de escapar usando un gran madero como pértiga para saltar en vez de cruzar los puentes. Marina se salvó, igual que la hermana de Xicohténcatl, bautizada como María Luisa y mujer de Pedro de Alvarado. Perdieron a Motecuzoma, a amigos y seres queridos; el tesoro y, especialmente, toda esperanza. Ése era el panorama que vislumbró Cortés, entre fiebres y delirios, recargado en un ahuehuete en aquella noche triste.

Con el amanecer del día primero de julio, Hernán Cortés sostuvo conversaciones de manera individual con muchos de sus hombres. Él era formalmente el líder, pero después de la tragedia era fundamental medir el alcance de dicho liderazgo. Cortés los había metido en esta tragedia, sería suficiente para quitarle el voto de confianza; por otro lado, todos parecían tener en claro que él era el único hombre que podría salvarlos.

Cortés siguió al mando. A través de Marina habló con los tlaxcaltecas. Que los aceptaran de nuevo en su ciudad era la única esperanza. El guerrero Xicohténcatl no podía tomar esa decisión por sí solo, únicamente los grandes señores de la ciudad irían a Tlaxcala. Pero debían tener mucha precaución pues los aztecas los seguían y estaban comenzando a arengar a todas las ciudades del lago que estuvieran dispuestas a dar batalla. Era un momento peligroso para los aztecas; su poder imperial estaba en cuestión y el gran Motecuzoma había muerto en una situación poco clara. Algunas ciudades se sumarían a los aztecas, pero muchas otras vieron la oportunidad de liberarse de ese poder para siempre. Incluso en la más terrible de sus derrotas, la diosa fortuna le sonrió a Hernán Cortés.

Cuitláhuac era el nuevo líder de los aztecas. No podría decirse de él que es el tlatoani, pues dicho título, revestido de un gran carácter religioso, requería una elección colegiada entre los señores de la Triple Alianza, la aprobación del cihuacóatl, una especie de primer ministro que era también jefe militar y tenía además importantes cargos religiosos del culto a Quetzalcóatl; una serie de rituales y protocolos sagrados, largos periodos de meditación y ayuno por parte del elegido, y algo muy importante: guerra.

La guerra perseguiría a los castellanos. En varias ciudades y pueblos fueron atacados, pero lograron ir derrotando o escapando; hasta que llegaron a un poblado en el camino de Tlaxcala donde había veinte mil soldados aztecas y aliados esperándolos. Ahí, en Otumba, los castellanos darían la gran batalla por su vida. Ellos no eran más de seiscientos, y quizá dos mil tlaxcaltecas. Parecía que no tenían oportunidad.

Al mando de la tropa azteca está el cihuacóatl Matlatzincatzin, hermano de Cuitláhuac. El plan de Cortés sería concentrarse en capturarlo a él; pues así se lo dijo Marina. Apresar al comandante militar era considerado una derrota absoluta, y los guerreros no lucharían sin él. Era la única esperanza. La fe estaría presente de nueva cuenta. Quizá lo percibió en realidad o quizá sólo quería envalentonar a sus hombres, pero Cortés dijo ver en el cielo una cruz de Santiago presagiando la victoria, así como aquella frase que vaticinó el triunfo de Constantino el Grande: “Con este signo venceréis”. Era la batalla decisiva por el imperio y Hernán Cortés quiso equipararla a las glorias de Roma. Eso, de paso, lo colocaba a él en el rol de César.

Con el apoyo de Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Olid, Hernán Cortés atacó y derribó al líder azteca, que sería atravesado en el suelo por una lanza que salió del brazo de Juan de Salamanca. El pronóstico de Marina resultó correcto, con el cihuacóatl muerto, los guerreros comenzaron a dispersarse y los castellanos pudieron replegarse hasta alcanzar Tlaxcala, a donde Cuitláhuac había enviado embajadores para proponer una alianza y derrotar juntos a Cortés.

Demasiados agravios ancestrales había entre aztecas y tlaxcaltecas. El castellano era el verdadero peligro, el enemigo a vencer, plantearon los aztecas; pero los de Tlaxcala no odiaban a los de Castilla, no había con ellos una historia de cien años de abuso y guerras floridas, de impuestos pagados con sangre. Desde tiempo atrás, Nezahualcóyotl y Nezahualpilli, los legendarios reyes sabios de Texcoco, habían recomendado a los aztecas transformar las relaciones con las ciudades tributarias para evitar resentimientos incurables; intoxicados por su poder los aztecas se burlaron de semejante idea. La suerte había sido echada incluso antes de que Cortés atravesara el océano.

Los tlaxcaltecas y los castellanos confirmaron una alianza que convino a ambos. Tlaxcala era el único lugar donde Cortés y sus hombres podían estar seguros; y los castellanos habían demostrado ser espléndidos guerreros. Nunca antes había soñado algún reino mesoamericano con derrotar a los aztecas, y ahora, poco a poco, emisarios de diversos rincones se acercaban a Tlaxcala para ser parte de la alianza que al parecer estaba destinada a acabar con su tiranía. Cortés logró lo que nunca se había conseguido en ese territorio: unión.

Cortés secó sus lágrimas y sus hombres sanaron sus heridas. No había marcha atrás. Más allá de barcos quemados o barrenados, ahora era imposible en términos legales volver a Cuba, donde todos serían ejecutados por Velázquez, y en Tlaxcala sólo se les daba cobijo porque los veían como los hombres que vencerían a los aztecas. Sólo quedaba el camino hacia delante, y ése culminaba con la conquista de Tenochtitlán. Sólo quedaba vencer o morir.

Los meses pasaron y los ánimos se recuperaron. Habían contado y ubicado a los muertos, les habían oficiado misas y los habían llorado. Ahora era necesario vengarlos. Quiso entrar a Tenochtitlán en paz, ahora las circunstancias lo obligaron a la guerra, pero el plan para tomar la capital azteca debía ser muy bien pensado. En siete meses viviendo en la ciudad-isla, Hernán Cortés pudo conocerla bien, analizar sus fortalezas y debilidades, y con base en eso ideó una estrategia. La ciudad debía ser sitiada, para ello sería necesario construir barcos.

Tiempo habrá para preparar la batalla final, pero primero Cortés debía luchar una cruzada legal con el arma que manejaba incluso mejor que la espada: las letras. Había que rendir cuentas y dar explicaciones. El capitán general decidió que era momento de escribir al rey don Carlos y ponerlo al tanto de toda la travesía ocurrida desde la fundación de Veracruz hasta la noche triste en que perdieron Tenochtitlán. Lo más importante: había que dejar claro a Su Majestad que el responsable de la debacle había sido Diego Velázquez.

Lo primero que pasó por su mente de jurista de Salamanca era el aspecto legal de la expedición. Si bien él había elaborado actas notariales en toda ley, aún no sabía qué decidiría el rey. La principal razón que esgrimió Cortés en la primera carta dirigida al monarca fue el oro, y eso fue justamente lo que se perdió en la huida de Tenochtitlán. Tendría que comprar los favores del rey con explicaciones y promesas.

Redactó un documento describiendo el tesoro, cómo lo fundieron en lingotes para separar el quinto del rey, cómo lo protegieron con sus vidas y cómo finalmente se perdió todo en el fondo del lago. Le pidió a los capitanes y a los hombres de la tropa que rindieran testimonio de lo ocurrido y que declararan contra el gobernador de Cuba. Todo era

culpa de Velázquez y Narváez; sin su intervención motivada por la envidia, no hubieran perdido la ciudad y el oro. En otro tema importante, le hizo cuentas al rey, dejando en claro que fue él, Hernán Cortés, el que invirtió toda su fortuna en la expedición, pues el infeliz de Velázquez aseguraba que era dinero de la Corona.

La historia de la huida se hizo constar en actas con todos los detalles y testimonios, y después Cortés pidió a todos los hombres que quedaban con vida, 544, que firmaran el documento. Ninguno de ellos, por cierto, se llamaba Bernal Díaz del Castillo. El capitán general se amparó de nueva cuenta en el poder que emanaba de la soberanía popular; fueron los hombres quienes lo eligieron por ser el más apto para dar mayor gloria al rey, y fueron ellos los que ratificaron ese poder y esa confianza. Suplicaron al rey que ratificara a Hernán Cortés en sus cargos.

Una vez cubierta la parte legal, Hernán Cortés decidió escribir un relato de los hechos, dirigido a “el muy alto, poderoso, y muy católico príncipe, invictísimo emperador y muy señor nuestro”. Cortés procuró estar al tanto de la alta política europea, sabía que don Carlos había sido electo emperador germánico y necesitaba ensalzarlo al respecto, a la vez que evitaba hacer mención de su madre Juana, dejando claras las lealtades.

Cortés narró la alianza con los totonacas, el camino a Tlaxcala, la guerra y la paz con dicha ciudad y el vasallaje de los señores a Su Majestad. Habló de Cholula, justificando lo injustificable, del paso entre los volcanes y de la suntuosa recepción en la capital azteca, del poder y majestad de Motecuzoma, y de cómo incluso tan gran señor se sometió al emperador del mundo. Se extendió en describir paisajes, personas y recursos, en hacer notar el valor de sus capitanes, en el control que llegó a tener sobre Tenochtitlán, y en cómo se perdió todo a causa de la intervención de Velázquez y Narváez.

Ahí estaban las explicaciones para mandar cartas y no oro, y ahí también las promesas; él, junto a los demás castellanos, y sus nuevos súbditos tlaxcaltecas, volverían por sus fueros y tomarían Tenochtitlán. Cortés habló de todas las tierras recorridas como si de un solo reino se tratase, y recomendó al emperador un nombre para sus nuevos dominios: la Nueva España del Mar Océano.

Una vez que tuvo los documentos listos necesitaba hacerlos llegar hasta Santo Domingo y luego a Sevilla. Designó para tan importante misión a Alonso de Ávila, quien también debía llevar cartas personales a Catalina Xuárez, su esposa, y a Leonor, su amante taína, en ambos casos con un poco de oro. Escribió también a su padre narrando todos los pormenores y pidiéndole que lo representara en la corte del rey, junto con un primo de Medellín, el abogado Francisco Núñez. Había un encargo muy importante; el relato para el rey debía ser de dominio

popular, y pidió a su abogado que hiciera los esfuerzos necesarios para publicarlo. La segunda carta de relación de Cortés sería publicada en Sevilla en 1522.

Alonso de Ávila salió rumbo a su misión. No llevaba el oro del rey, pero bien se cuidó Cortés de enviar obsequios con jade, oro y plata, obsidiana, plumas de quetzal, cacao y semillas. La suerte jugó nuevamente a su favor; don Carlos fue coronado emperador en la capilla de los carolingios, en Aquisgrán, el 23 de octubre de 1520. Necesitaría dinero. Hubiera preferido el oro Su Majestad, pero la carta y los presentes eran suficientes para convencer a los banqueros alemanes de su solvencia.

El envío de ese desconocido llamado Hernán Cortés llegó nuevamente en el momento preciso. Veinte años tenía don Carlos y estaba por convertirse en emperador del mundo. Treinta y cinco años tenía Cortés, y estaba por crear gran parte de dicho imperio.

Cortés comenzó a negociar con los tlaxcaltecas y a plantear su estrategia de victoria. No era que asediar una ciudad hasta matarla de hambre fuese algo que no pudiesen pensar sus aliados; pero tenían conceptos muy diferentes de la guerra. En el mundo nahua era para honrar a los dioses, dar vida al universo y obtener prisioneros, jamás la aniquilación. Aun así estaban de acuerdo con Hernán Cortés. Empezaron a planear la construcción de bergantines que sirvieran para sitiar la ciudad.

El mes siguiente llegaron extrañas noticias a Tlaxcala. Los dioses de los aztecas habían sido definitivamente derrotados por el dios de los hombres blancos; tras la salida de éstos de la gran ciudad, un castigo comenzó a azotar a la población, que se veía de pronto llena de grandes abscesos negros y morados que los hacían hervir en fiebre y perder la cordura hasta morir. No hubo chamán, astrólogo o curandero que lograra hacer algo al respecto, la ciudad completa estaba muriendo. El 25 de noviembre, después de sólo ochenta días al mando de los aztecas, el gran guerrero Cuitláhuac había muerto. Cortés sabía muy bien lo que ocurría y sintió un hueco en el alma: no fueron los dioses sino la viruela.

[37] *Fuenteovejuna* es el título de un drama teatral de Lope de Vega, ambientado en una época ya descrita en esta obra: la guerra civil entre Isabel y la Beltraneja. Los hechos se desarrollan en un municipio andaluz llamado Fuente Obejuna, donde, cansada de los abusos de poder del comendador, la multitud lo asesina. Cuando la autoridad busca a los responsables del asesinato, la multitud responde a coro que fue Fuenteovejuna; es decir, el pueblo en su conjunto. Fuenteovejuna es desde entonces una referencia muy española de psicología de las masas para hablar acerca de linchamientos masivos y de cómo el individuo se disuelve en la masa.

LA MUERTE DEL QUINTO SOL

TENOCHTITLÁN, 13 DE AGOSTO DE 1521

La luz y la oscuridad dieron origen al mundo a través de Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, el resplandor divino y su reflejo oscuro. Comenzó el sueño de dualidad del mundo, surgieron como separados el cielo, con vientos de cuatro direcciones, y la tierra, con cuatro puntos cardinales. Inició el devenir del tiempo y la vida y la muerte comenzaron su danza, la que hace que todo en el mundo brote, exista y esté condenado a la destrucción. Comenzaron así las eras o soles que han engendrado diferentes mundos.

Tezcatlipoca se convirtió en el primer sol que alumbró al mundo y lo hizo durante 676 años, hasta que fue destronado por Quetzalcóatl, luz del segundo sol que reinó por igual cantidad de años. El señor Tláloc, del agua y la lluvia, de lo que brota y nace, del rayo que toca la tierra desde el cielo, rigió durante 364 el tercer sol, hasta que llovió fuego por designio de Quetzalcóatl, y Chalchiuhtlicue, consorte de Tláloc, fue la luz del cuarto sol durante 312 años más. Cada sol fue la era de una distinta humanidad, pero en todos los casos los hombres no agradaron a los dioses y fueron destruidos por algún cataclismo.

Muchas versiones hay en torno a la leyenda de los soles, pero todas coinciden en la existencia de cuatro eras previas al mundo de los nahuas, los dioses destruían al género humano a través de cataclismos con fuego, agua, aire y jaguares, y finalmente la desidia y el aburrimiento divino los llevaba a decidir no crear nuevamente.

Fue entonces cuando la Serpiente Emplumada descendió del cielo a la tierra, para crear del maíz a la humanidad del quinto sol, para lo cual debe descender aún más, al inframundo, el Mictlán, para obtener de la tierra los huesos sagrados necesarios para engendrar una nueva humanidad, y un nuevo pacto con los dioses.

Una serie de leyendas teotihuacanas, toltecas y nahuas se fundieron con el paso de los siglos hasta llegar a tiempos de los aztecas, los herederos culturales de aquellos mundos, la humanidad del quinto sol, los hijos de Quetzalcóatl. Ésa será la historia que se cuenten de sí mismos; un origen místico, un designio divino de ser amos y señores, y una profecía del fin del mundo. Eso último ocurrió el 13 de agosto de 1521.

Quizá cien mil hombres tomaron México Tenochtitlán y provocaron una masacre. Hernán Cortés no entendía lo que ocurría. Hizo todo para evitar un baño de sangre, había cortado el acueducto que abastecía de agua a la ciudad-isla, y había bloqueado con miles de hombres los accesos del oeste, rumbo a Tlacopan, y del sur, rumbo a Coyoacán e Iztapalapa, cuidándose bien de dejar completamente libre la calzada del norte con dirección a Tepeyácac. Así, mientras castellanos y tlaxcaltecas asediaban Tenochtitlán por aquellas entradas, los aztecas podrían huir con facilidad. Él podría tomar la ciudad y proclamar la victoria sin que eso significara una carnicería. Pero no fue así. Los guerreros aztecas no se retiraron, y su último gran señor, Cuauhtémoc, estaba dispuesto a un sacrificio colectivo.

Casi un año había transcurrido desde la muerte de Motecuzoma, y Hernán Cortés no podía evitar lamentarse y suspirar. Todo hubiera sido tan diferente. Cortés jamás pudo saber por qué el gran señor de los aztecas había sido tan benévolo con ellos. Ante una mente como la de Cortés podía haber muchas explicaciones: aceptó la superioridad de don Carlos o la del propio capitán general, comprendió de inmediato la superioridad cultural y militar, asumió la supremacía de Dios contra los dioses. El razonamiento de Hernán Cortés no le permitía comprender a Motecuzoma. A decir verdad, jamás podremos comprenderlo.

Podemos tomar como verídicas las conversaciones entre Cortés y Motecuzoma, como se presentan en la crónica de Bernal, en las propias cartas de Cortés, o en la biografía escrita por su capellán Francisco de López de Gómara; el detalle es que cada una de esas fuentes presenta la versión de Cortés, entendida y comprendida por una mente castellana, y escritas después de la conquista con evidente ánimo legitimador.

Más de doscientos días seguidos conversaron el conquistador y el tlatoani. Supuestamente Motecuzoma decía a Cortés que era bienvenido, que descansara, que era recibido en su ciudad y su reino, que le habían guardado el trono, que sabían quién era y lo esperaban, que todo era suyo… Jamás podremos saber con certeza si esos diálogos fueron reales, o parte de la posterior construcción del mito de Cortés como Quetzalcóatl. Lo que es un hecho fue que Hernán Cortés entró por la puerta grande y llevado por el tlatoani, que Motecuzoma lo alojó y lo trató con la mayor deferencia, y que durante siete meses convivieron castellanos y aztecas en Tenochtitlán.

Por razones misteriosas, místicas, profundas y desconocidas, la opción de Motecuzoma nunca fue la guerra que, por razones más comprensibles, era la alternativa de Cuitláhuac y Cuauhtémoc. Poco se puede saber de Motecuzoma. Su nacimiento se ubica en torno a 1467, probablemente de manera simbólica para hacerlo tener 52 años[38] en

el momento de su encuentro con Cortés, pero si creemos en las descripciones físicas de quien haya sido Bernal Díaz del Castillo, quien lo ubicó de poco más de cuarenta, habrá nacido alrededor de 1474.

Era de origen noble, educado como guerrero, como místico, astrólogo, filósofo y ministro religioso. Antes de ser entronado era considerado principalmente un místico y, según parece, no quería ser nombrado tlatoani. Era un experto en la historia, las leyendas y la mitología aztecas, y fiel creyente en las profecías de Quetzalcóatl. Una vez en el poder resultó ser un gran guerrero, un conquistador que llevó al imperio azteca a su máxima gloria, pero al parecer siempre creyó en un extraño augurio sobre la caída final de su pueblo.

Se dice de Motecuzoma que era del todo inaccesible, casi nadie tenía audiencias con él, nadie lo miraba a los ojos, no pisaba el suelo sin que fuera barrido delante de él, pasaba largas horas al día en oración y meditación; se rodeaba de todo tipo de lujo y ostentación, pero a la vez era humilde ante los dioses y muy proclive a hacer penitencias. Hay que considerar que el comportamiento de Motecuzoma, y de su gente, era resultado de la evolución y refinamiento de los protocolos construidos en torno al tlatoani, fuese quien fuese. Es erróneo tratar de dar referencias europeas para comprender a los aztecas; pero si quisiéramos hacerlo, hay que pensar que la investidura de tlatoani sería más parecida a la de un papa que a la de un rey o un emperador. Era la voz de mando del imperio, pero era ante todo un sumo pontífice.

Pareciera que Motecuzoma, en su gran sabiduría, practicó una estoica actitud de aceptación ante la llegada de Cortés a Tenochtitlán. Ésa era la realidad y no estaba en sus manos cambiarla. No es un pensamiento fatalista, sino más bien profundamente espiritual o filosófico.

Una versión que dota a Motecuzoma de una sabiduría más pragmática, podría llevarnos a pensar que, ante las intrigas de poder en la propia Tenochtitlán, la rebelión y sedición en las ciudades de la Triple Alianza, Tacuba y Texcoco, y al odio cada vez más peligroso de grandes enemigos como los tlaxcaltecas, el tlatoani vio en los poderosos recién llegados a unos potenciales aliados si sabía tratar con ellos. En cualquiera de los casos se sobreentiende que Motecuzoma conocía la verdad fundamental: aquel grupo de castellanos no era el primero y no sería el último, serían cada vez más.

La muerte de Motecuzoma lo alteró todo, y destruyó el sueño de lograr una coexistencia armoniosa. Cortés había llegado hasta la ciudad-isla gracias a su alianza con los tlaxcaltecas; ésa y las otras alianzas fueron la razón de que Motecuzoma decidiera recibirlos; él podía proponerles una alianza más fuerte, tenerlos de su lado y que fueran el poder necesario para terminar de someter a los tlaxcaltecas y

a las demás ciudades. Cortés había llegado a acuerdos con los tlaxcaltecas por astucia y necesidad, pero lo más probable, en esos siete meses de convivio en Tenochtitlán, era que el capitán general hubiese preferido también aliarse con los aztecas. Quizá en sus más delirantes sueños de grandeza, anhelaba ser el que uniera a todos esos reinos enemistados.

Pero todo se había desmoronado. Nadie en el pueblo azteca se hubiese atrevido jamás a cuestionar la autoridad sagrada de su tlatoani, el gran Motecuzoma no fue asesinado a pedradas por su pueblo, como cuenta la leyenda popular. Ningún plebeyo hubiera osado lanzar la primera piedra contra su señor. El pueblo fue la coartada, pero alguien lanzó la piedra; un emperador no cae muerto por accidente. Cortés comprendió que su presencia en la capital imperial influyó de manera decisiva en la evolución de conflictos políticos y conspiraciones que ya existían en la gran familia real que ostentaba el poder.

Motecuzoma hubo de matar a cientos de hermanos para consolidar su poder, y de igual manera funcionaban las cosas en Texcoco y en Tlacopan, y en Tlatelolco, Iztapalapa y Coyoacán, y en Tlaxcala y en Cholula. En Mesoamérica, como en cualquier otro lugar donde el desarrollo de las culturas hubiera llevado a la formación de estructuras monárquicas, de cotos de poder en torno a pequeñas familias, la conspiración y el asesinato era la norma. Una red familiar trazada con pactos matrimoniales y linajes dinásticos ejercía todo el poder en el mundo nahua. Mesoamérica no era diferente a Europa.

Cuitláhuac buscaba el poder y conspiraba por él. La presencia de Cortés y su gente en la ciudad, con la crisis que ello generaba, lo ayudaron a mover piezas. Motecuzoma aún vivía y reinaba, aunque fuera desde el palacio de Axayácatl, cuando Cuitláhuac ya había conseguido que los principales señores y guerreros lo desconocieran. Alguien lanzó una piedra contra Motecuzoma y otras más le siguieron, pero no existen los actos espontáneos de todo un pueblo, no sin una mente maestra.

Cuitláhuac era un guerrero poderoso y valiente, no un sabio como Motecuzoma. Estaba envuelto en conflictos políticos para ver más allá del inmediato plazo. Era un hombre pragmático, de los que solucionan un problema en cuanto se presentan. Planeó el ataque contra los castellanos en la Noche Triste, los persiguió y los hizo huir al tiempo que trataba de establecer alianzas con otros pueblos y reunir guerreros para aniquilarlos para siempre.

Quizá lo hubiera conseguido, era el peor enemigo al que se podrían enfrentar los castellanos, pero no pudo contra la viruela que llegó con alguno de los hombres de Narváez que se unieron a Cortés. Había enfermedades en el Anáhuac, pero jamás un organismo americano se

había enfrentado a la viruela y no existían los anticuerpos. Había muchas ciudades, muy pobladas y unidas por intensas redes políticas y comerciales; las principales condiciones que una epidemia necesita para proliferar. No había forma alguna de ganar esa batalla.

Murió Cuitláhuac. Tlaxcala y las demás ciudades al otro lado de los volcanes se fortalecían y recibían aliados. Se comenzaron a formar grandes tropas y a construir bergantines para el asedio. El odio que los aztecas cultivaron por décadas comenzó a germinar por todos lados. Incluso la ciudad de Texcoco, la otra gran fuerza de la Triple Alianza rindió simbólicamente vasallaje a don Carlos y se unieron al gran ejército que estaba formando Hernán Cortés, un ejército de decenas de miles de indígenas donde había quinientos castellanos.

Un nuevo líder tenía que ser elegido entre los aztecas, pero ya no se podía llevar a cabo ningún ritual ancestral ni respetar tradición alguna. Ya no existía la Triple Alianza ni había un gobierno colegiado de grandes señores; el cihuacóatl también había muerto y además en ese momento no se necesitaba un líder religioso o místico, sino un guerrero arrojado y valiente que no midiera consecuencias. Fue así como algunos nobles eligieron a la persona que debía guiar a los aztecas en el trance más difícil de su historia; un guerrero águila de unos 22 años, con todo el coraje, pero sin sabiduría: Cuauhtémoc.

Un águila fue la señal que envió Huitzilopochtli a los aztecas para marcar el lugar sagrado donde deberían fundar su ciudad; el águila era su emblema y los guerreros águila su mayor poder bélico. Motecuzoma creía entender una serie de signos y presagios como el cumplimento de una profecía sobre el fin del imperio; tras su asesinato y la muerte de su hermano por viruela, el peso del poder azteca recayó en un joven con un nombre extrañamente profético. Cuauhtémoc significa águila que cae.

Cuatro soles alumbraron a cuatro anteriores humanidades antes del advenimiento de los aztecas. Todos terminaron con un cataclismo propiciado por los dioses para dar lugar a algo nuevo. Todo en el mundo es un devenir entre creación y destrucción. Quetzalcóatl fue el quinto sol, pero ante su enseñanza de benevolencia y compasión se impusieron la guerra y el sacrificio humano. Se fue por oriente en el año Uno Caña y prometió volver. Hernán Cortés llegó por oriente en el año Uno Caña; desde diez años atrás, Motecuzoma fue testigo de una serie de presagios funestos que a su entender significaban el fin de su mundo.

El cataclismo llegó. No fue agua, fuego, viento o tierra. Fue odio y viruela. El quinto sol finalizaría como todos, era el sol del movimiento, y jamás hubo mayor movimiento transformador en la historia de Mesoamérica que la llegada de Hernán Cortés y los castellanos.

El último presagio funesto fue la espectral aparición de una diosa antigua, cada noche vagando por las calles de Tenochtitlán emitiendo el mismo lamento: ¡Hijos míos, nuestros dioses mueren y nosotros moriremos con ellos! ¡Hijos míos, a dónde podré llevarlos y esconderlos! En el asedio final, contradiciendo las órdenes de Cortés, los soldados hicieron caer los ídolos de piedra del Templo Mayor de los aztecas.

Apenas un año atrás había salido huyendo de Tenochtitlán con todas las probabilidades en su contra; pero Hernán Cortés logró recomponerse, llenar de nuevos bríos a sus hombres, establecer un nuevo pacto de confianza con los tlaxcaltecas y preparar todo para el ataque final. Cuauhtémoc no quiso saber nada de ellos y rechazó todo intento de acercamiento; cuando comenzó el sitio final y se cortó el suministro de agua se le propuso la rendición en son de paz, algo que Cortés tenía que ofrecer siguiendo los parámetros de su cultura, y algo que Cuauhtémoc probablemente no podía ni siquiera concebir, debido a la suya.

Desde abril de 1521, Cortés y su gente estaban en Texcoco, el aliado más importante que pudieron conseguir, pues los trece bergantines que construyeron para sitiar la ciudad de Tenochtitlán debían ser botados en el lago, lo cual evidentemente no podía hacerse desde Tlaxcala. En Texcoco terminaron de ensamblar las embarcaciones, las echaron al lago y quedó todo listo para el ataque final.

Los valles centrales de Mesoamérica se convirtieron en el escenario principal de una conflagración histórica: del lado occidental de los volcanes estaba el bando de los aztecas y sus muy pocos aliados; del lado oriental, el resto de los pueblos, quinientos castellanos incluidos, listos para apostarlo todo.

Cortés seguía contando con el abrazo protector de la diosa fortuna. Los hechos protagonizados por él, y la leyenda que se iba forjando, ya circulaba por las islas remotísimas y eran cada vez más frecuentes los desembarcos de españoles en las costas del Golfo. Barcos del gobernador de Jamaica, Francisco de Garay, y naves mercantes. Cada embarcación significaba hombres, caballos, armas, pertrechos, herramientas…, y Cortés lo compró todo. En alguno de esos barcos arribó un tal Julián de Alderete, tesorero de la Corona en Santo Domingo, que llegaba para hacer cuentas con Cortés.

Con todo listo para comenzar el asedio brotó una rebelión. Cortés los enviaba a una guerra imposible en la que muchos no veían el menor interés; si su autoridad emanaba de la gente manifestándose a mano alzada, la gente se la podía quitar de la misma forma. Varios castellanos e indios se rebelaron contra el capitán general, quien descubrió la conspiración y a sus instigadores, a los que ordenó colgar como traidores. Del lado español, el líder era un tal Antonio Villafaña,

y del lado tlaxcalteca fue el príncipe Xicohténcatl, que había decidido que era mejor aliarse con Cuauhtémoc.

El 30 de mayo de 1521 Cortés dio la orden de romper el acueducto que desde el bosque sagrado de Chapultepec dotaba de agua a la ciudad; después fue que tomó las calzadas del occidente y del sur, y dejó libre la del norte. Mandó emisarios con las noticias y la última oportunidad de rendición. Fue en ese momento cuando Cuauhtémoc optó por el suicidio colectivo, todos perecerían antes que entregar la ciudad.

Trece bergantines, y en cada uno de ellos un cañón, tomaron posiciones estratégicas al este y oeste de Tenochtitlán y fueron lentamente cerrando el círculo. La ciudad había sido abandonada por la gente común y los guerreros quedaron atrapados, sin agua, sin comida y con cadáveres cubiertos de contagiosas pústulas de viruela. Castellanos y tlaxcaltecas tomaron la plaza central y un grupo de hombres escaló el Templo Mayor para destruir a sus dioses. Cortés prohibió la profanación, pero resultó inútil: mucho odio añejo de los tlaxcaltecas y mucho furor fanático por parte de los castellanos.

Los aztecas continuaron la guerra sin sus dioses. Ya no había nada de ritual ni de religión. Era una matanza de defensa y de venganza. Peleaban de noche, mataban, luchaban sin testigos divinos. Los castellanos avanzaban palmo a palmo, pero sufrían derrotas; el propio Cortés sería gravemente herido en batalla el 30 de junio, y salvado por sus hombres. Setenta prisioneros fueron sacrificados en el templo profanado. Se les sacó el corazón como siempre, pero los cuerpos fueron descuartizados y decapitados, y las cabezas colocadas en la pared de los cráneos.

Con la plaza en manos de sus enemigos, los aztecas sobrevivientes decidieron atrincherarse en Tlatelolco; Cortés mandó entonces cerrar la calzada que comunicaba aquella ciudad con Tepeyácac, y comenzó un lento y doloroso asedio, paso a paso, por los cuatro puntos cardinales.

A finales del mes de junio los castellanos tomaron el palacio de Cuauhtémoc y le prendieron fuego; el incendio se propagó en todas direcciones. La plaza mayor de Tlatelolco se convirtió en el escenario final de un cruel apocalipsis. No hay agua ni comida. Los cadáveres se descomponían en las aguas salitrosas. El último día de julio cayó la plaza y el templo; Cuauhtémoc y sus últimos guerreros lograron refugiarse en la gran plaza del mercado y se dispusieron a morir en la defensa.

Hernán Cortés tenía sitiados y derrotados a los aztecas sobrevivientes. Detuvo los ataques por diez días sin dejar las posiciones. Surgió de nuevo en él ese espíritu de la cultura caballeresca y ofreció lo que Cuauhtémoc consideraría indigno

aceptar: la rendición. Eran visiones de la guerra mutuamente incomprensibles. El conquistador intentó negociar, el guerrero se opuso. Cortés hubiera preferido la negociación, pues entrar a la ciudad en combate significaba saqueo, y no podía prohibir eso a los tlaxcaltecas. La humillación azteca era su única motivación

Entregar la ciudad era, efectivamente, humillante, por eso Cuauhtémoc y sus guerreros habían decidido morir. Se encerraron en Tlatelolco. Pero el joven líder se negó a aceptar que Tenochtitlán pudiera caer, que el poderío azteca llegara a su fin, y eligió entonces la opción de huir para luchar después. Intentaría cruzar el lago en una canoa para conseguir aliados en tierra firme, pero los bergantines de Cortés eran absolutamente eficaces, y el capitán García Holguín le dio alcance.

Cuauhtémoc fue apresado y presentado ante Hernán Cortés. Al primero lo destruía la vergüenza y al segundo la tristeza; el tlatoani había jurado morir entre los suyos y fue capturado mientras escapaba, el conquistador se había propuesto lograr su victoria sin una masacre, y de Tenochtitlán sólo quedan escombros en llamas. El encuentro entre dos mundos completamente distintos y distantes fue violento y destructor. Siempre algo nuevo nace de las cenizas, el eterno ciclo de morir y renacer. ¿Podría renacer algo en medio de esa debacle?, ¿podrían esas dos culturas unirse para dar a luz a una nueva civilización?

Cuauhtémoc se posó firme delante de Cortés. Estoico, impasible, sereno. El último guerrero azteca tenía un solo camino para alcanzar la gloria y así poder acompañar al sol en su viaje por la bóveda celeste: la muerte sagrada, el sacrificio del guerrero. Eso fue lo que solicitó a Cortés: He hecho cuanto he podido por defender a mi pueblo y mi ciudad y no estar ante ti. Toma la daga que llevas en el cinto, y sácame el corazón.

¡Qué poca comprensión de esa visión de lo sagrado tenía Hernán Cortés! ¡Qué poco reconfortante era para Cuauhtémoc la idea cristiana de la compasión! El conquistador abrazó al guerrero con un perdón cristiano que no fue sino la culminación de su humillación. Qué mundos tan diferentes. Cortés hubiera considerado una deshonra matar al enemigo derrotado e inerme, pero esa muerte era la única dignidad que le quedaba al líder azteca, para quien una daga debajo del esternón, para extraer por ahí su corazón, era la único que le quedaba. Ésa fue la noche triste de los aztecas.

[38] Los ciclos o “siglos” del calendario azteca duran 52 años, número altamente simbólico en su cosmogonía.

LA CONSTRUCCIÓN DE ALGO NUEVO

AL DÍA SIGUIENTE DE LA CONQUISTA

A lo largo y ancho del lago y de las islas los tlaxcaltecas celebraban la victoria. Para ellos había caído el tirano. Guiados por Cortés habían logrado lo imposible. Celebraban en medio de la muerte y la desolación un triunfo glorioso. Más de cien mil indios de diversos pueblos y ciudades, unidos y liderados por Hernán Cortés, hicieron nacer México. ¿Nacía de la victoria o de la derrota? Eso queda en el terreno de la interpretación para las generaciones posteriores. Como siempre en la historia de las culturas, el triunfo de unos y la debacle de otros provocó un encuentro y una conquista.

Era el 13 de agosto de 1521. La ciudad y el imperio caían ante Hernán Cortés. Victoria para unos y derrota para otros. Fue las dos cosas y a la vez no fue ninguna. Esa conquista fue un encuentro más de la humanidad. Triste humanidad hemos creado que sólo sabe encontrarse de manera violenta; eso es una reflexión para todos.

Pero pasa el tiempo y todo cambia, todo se destruye, todo se transforma. De la devastación siempre emerge la vida, grandes bosques y vergeles surgen de las cenizas volcánicas, la hermosa flor de loto brota de la inmundicia del pantano. El ave Fénix no se lamenta de su última muerte, sino que agradece una nueva oportunidad de vivir.

Comenzó un nuevo sol donde Hernán Cortés depositó una semilla divina en una tierra sagrada. Mucho tiempo tendrá que pasar, quizá quinientos años, para que ese nuevo sol llegue glorioso al cenit, pero también puede hundirse en su ocaso y ahogarse con su propia violencia, morir en su propio conflicto.

Motecuzoma vio la historia de la humanidad resumida en el encuentro con Hernán Cortés. Él eligió la aceptación. De la paz que brota de la aceptación sólo se llega a la iluminación. Cuitláhuac optó por la guerra y Cuauhtémoc, por el suicidio. Quinientos años después de su fatigoso nacimiento, México será lo que decida ser, será su reacción al pasado. Cinco siglos después el país aún condena al sabio y glorifica al guerrero. Aún opta por el conflicto y por generar odios basados en un pasado que ningún habitante vivió. México se excusa en una narrativa. México aún prefiere ver conquista donde podría ver un encuentro.

Cortés y Cuauhtémoc estuvieron juntos bajo el cielo de una tarde tormentosa. Cortés abrazó. Cuauhtémoc finalmente aceptó. El conquistador ordenó que se respetara al gran guerrero azteca como el tlatoani que era, que fuera tratado con la dignidad que su nobleza obligaba, y desde luego, intentó alcanzar con él lo que por siete meses se logró con Motecuzoma. Cortés le pidió que hablara ante sus guerreros y ante su pueblo. El águila que cae llamó a dejar las armas.

Aztecas y tlaxcaltecas juntos jamás habrían sido derrotados. Todos los pueblos nahuas, herederos de tres mil años de cultura y civilización, estaban violentamente divididos cuando la historia los llevó ante su encuentro decisivo. Eran una misma lengua y una misma cultura, con una terrible división política que los llevó al odio entre hermanos. Con todo para la unidad eligieron el camino de la fragmentación y fueron derrotados. Ése fue el fin del México antiguo. Ése fue el nuevo nacimiento.

Pero más allá de romanticismos que hoy se pueden usar como metáfora e incitación a la paz, el 13 de agosto de 1521 fue el fin de Mesoamérica. La caída del quinto sol es un poema, la caída de Tenochtitlán fue una masacre sanguinaria. Terminó el asedio pero lo peor estaba por venir. Nada detendría a los tlaxcaltecas con su sed de venganza, y nada detendría la obsesión castellana de encontrar el oro de la Noche Triste. Sed de venganza y obsesión por el oro son la historia de México a quinientos años de la conquista, y eso no es culpa de España ni de Hernán Cortés.

Después de la batalla decisiva faltaría definir algo fundamental: ¿quién era el triunfador? La respuesta parecía fácil a simple vista, pero no lo es. ¿Venció Castilla o Tlaxcala? En el supuesto de que fuese Castilla, ¿quién era el nuevo tlatoani, el presente Cortés o el invisible don Carlos? ¿Quién ostentaría el poder arrebatado a los aztecas?, ¿dónde quedaría establecida la sede del nuevo poder?

Decenas de miles de tlaxcaltecas tomaron Tenochtitlán, pero quinientos castellanos eran los líderes, y tan sólo un extremeño era el capitán general. Más aún, fuera por lealtad de buen súbdito o por conveniencia protocolaria, Cortés había hecho todo en nombre de Su Muy Católica y Cesárea Majestad don Carlos. Después del triunfo, ¿quién podría saborear las mieles de la victoria: los tlaxcaltecas, Hernán Cortés o el rey? Ése fue el principal conflicto en el nacimiento del nuevo México al que Cortés bautizó como la Nueva España.

¿Quién podría sitiar México Tenochtitlán? ¿Quién podría derribar los cimientos del cielo? Ésta es nuestra ciudad donde nadie teme morir en la guerra. Ésa es nuestra gloria. Con nuestras flechas y nuestros escudos está existiendo la ciudad. Ésos eran los cantares de gesta heroicos de los aztecas. ¿Dónde quedaba ahora su grandeza? Ante la desesperación de Cortés comenzó a repetirse en México el escenario

de las islas remotísimas: las epidemias aniquilaban, la tristeza abatía y dominaba, la depresión mataba y llamaba al suicidio, la reproducción se evitaba, el odio carcomía y dividía. Los dioses habían muerto y no había razón para vivir.

Los retos que se presentaron ante Cortés son quizá mayores que la conquista misma. Además de capitán general, él era alguacil de justicia mayor. Había sabido administrar la guerra, ahora tenía que administrar la paz y repartir justicia por igual entre indios y castellanos, entre vencedores y vencidos. Lo primero era reconstruir.

Ante el caos de muerte y pestilencia que era la otrora capital del pueblo del sol, decidió establecerse en Coyoacán, tierra firme al sur de la ciudad-isla. Desde ahí trata de organizar la entropía. Miles de cadáveres insepultos apestaban el aire y propagaban la peste. Había que enterrar y rezar, había que sanar y construir. Pero los tlaxcaltecas seguían con la obsesión de destruir, y los castellanos sólo tenían espacio en su mente para el tesoro perdido de la Noche Triste. No les interesaba nada que no fuera encontrar el oro de Motecuzoma.

Los sueños de Hernán Cortés diferían mucho de los de su tropa, y de los del tesorero de la Corona, Julián Alderete; ese que había llegado poco antes de la batalla final en el barco de Francisco de Garay. Cortés hacía todo en nombre de Su Majestad y hasta apartaba el quinto real, pero el rey estaba al otro lado del océano. Ahora su presencia se hacía sentir en la persona de un tesorero; si Cortés se había tomado la atribución de conquistar en su nombre, era tiempo de comenzar a fiscalizar los resultados de dicha conquista.

Cortés ya había comprendido que la riqueza de México no estaba en su oro. La riqueza era México mismo. Pero sus hombres tenían la enfermedad del metal dorado y nada podía sacarlos de sus ensoñaciones de gloria y riqueza; se veían de vuelta en Castilla como grandes señores. Hernán Cortés tenía claro que no volvería jamás, que él pertenecía a ese hermoso país que siempre había estado en su destino. Así pues, sus hombres querían oro y el tesorero del rey también. Eran todos unos burdos cazadores de tesoros, pero en el fondo no podía reprocharles nada, él mismo abusó siempre del hechizo del metal dorado, fue la promesa que siempre colocó frente a sus hombres cuando eran rendidos por la desolación.

Pero no había botín que repartir. Nadie encontraba el legendario tesoro de la Noche Triste. Saquearon casas y palacios, buscaron en los templos, tiraron paredes, levantaron pisos. No había nada. Los rumores comenzaban a recorrer y corroer las mentes de los soldados; Cortés se lo había robado todo, él sabía dónde está, él había escondido el tesoro.

Hernán Cortés conocía perfectamente dónde estaba el oro, pero esa respuesta nunca sería satisfactoria. Todo el oro que fundieron en

lingotes para llevárselo en la huida terminó en el fondo del lago. Estaba sepultado en el lodo del lecho lacustre de Texcoco, entre las armaduras y alforjas de cadáveres en plena descomposición en el agua salitrosa y enlodada. A Cortés no le preocupaba la ausencia de oro. Pero los hombres comenzaron a conspirar.

Es en búsqueda de respuestas como nacen todo tipo de leyendas, y la leyenda que tomó forma rápidamente fue que Cuauhtémoc conocía el escondite del tesoro azteca. Era menester interrogarlo, torturarlo de ser necesario hasta hacerlo confesar. Tontos y necios castellanos; el hombre que estuvo dispuesto a morir por su gloria divina, el guerrero que convocó al suicidio colectivo, no se arredraría ante ningún tormento.

Pero el tormento se llevó a cabo. Julián de Alderete lo exigió y le dio forma: quemar en aceite hirviente los pies y manos del líder azteca hasta hacerlo hablar. Cuauhtémoc mantuvo un silencio estoico hasta que el propio Cortés detuvo el tormento; desde entonces recayó sobre él la acusación de haberse quedado con todo el oro. Mientras tanto, Cortés se concentraba en el verdadero tesoro: con la ayuda de Marina se dedicó al análisis y comprensión de documentos pictóricos que daban una relación de los impuestos y tributos que enviaban los pueblos sojuzgados. Ésa era la riqueza. No se trataba de robar y retirarse, se trataba de ser ricos al quedarse.

Cortés tuvo una solución elegante. No había oro, pero sí muchas tierras por repartir entre sus hombres, para que, a través de la administración de los pueblos, ciudades y provincias, y el cobro de los tributos, no solamente se enriquecieran, sino que fueran además grandes señores. Ese argumento era contundente. Podían tomar riquezas y volver a Castilla, donde sólo serían ricos un tiempo; pero siempre serían plebeyos, estarían condenados a los estratos bajos de aquella sociedad. Quedándose, en cambio, además de ricos serían grandes.

El conquistador repartió tierras, con lo que además de asignar fuentes de riqueza, distribuyó a sus hombres a lo largo y ancho del territorio, y la amenaza de una sublevación castellana quedaba conjurada. Faltaba, desde luego, recompensar a los tlaxcaltecas, quienes ya veían su ciudad como nueva sede del poder, cosa que Cortés no podía consentir. Era fundamental que todo cambiara lo menos posible para los demás pueblos, y dado que Tenochtitlán era el centro político y económico, a donde se enviaban los tributos, lo mejor era dejarlo justo así.

Fue así como Hernán Cortés determinó que Tenochtitlán debía ser reconstruida y mantenida como centro político. A los señores y guerreros de Tlaxcala se les repartieron tierras, y la ciudad, desde luego, quedaba libre de todo tributo. Eran los vencedores y había que

dejarlo claro. Faltaba la nobleza azteca, grandes señores a los que, previo bautizo, también se les repartieron tierras y posesiones y, lo más importante, tanto en la órbita de Tlaxcala como la de Tenochtitlán, los puestos de gobierno fueron asignados entre los indios.

Para términos prácticos Cortés era el nuevo tlatoani, aunque todos los símbolos del poder seguían recayendo en Cuauhtémoc. El proceso fue mucho más simple de lo que pudiera pensarse si recordamos que la historia es la construcción de una narrativa, y que ésta es distinta en cada época.

Nadie en 1521 estaba viviendo o atestiguando la conquista de México, dado que esa narrativa es del siglo XIX; para todos los pueblos tributarios de los aztecas la situación era simple: cien años atrás todos tributaban a Azcapotzalco hasta que dicho señorío fue derrotado por los aztecas, nuevos destinatarios del tributo. Ahora, otro pueblo, el de los blancos extraños llamados por ellos *caxtiltecas* derrotaba a los aztecas y se encumbraba en la misma pirámide de poder. Para los pueblos sometidos poco cambió, aunque con Cortés y los blancos se acabaron las guerras floridas y los sacrificios humanos.

Cortés actuó como gobernante, alguien debía hacerlo, y todos coincidían en que nadie tenía mayor autoridad moral que él. Pero también quedaba claro que aquellos puestos entregados en el arenal de Veracruz, de capitán general y justicia mayor, habían quedado obsoletos. Tenochtitlán no era Veracruz, y ya no se trataba de regir una ciudad sino un reino. Todos habían firmado los documentos donde solicitaban al rey ratificaciones para Hernán Cortés, pero aún no existía una respuesta.

La ciudad fue reconstruida, pero los castellanos prefirieron su arquitectura que la azteca, por lo que usaron los templos y casas nobles como cantera para nuevas edificaciones. Poco a poco se iban desmontado las antiguas construcciones. Cortés quería conservarlas para dotar a la nueva capital del aire mestizo que siempre había soñado, pero la piedra no era un recurso fácil de hallar en la isla, transportarla de tierra firme sería tardado y costoso, y no podía negarles a sus hombres el material disponible para comenzar a construir viviendas. La ciudad comenzó a perder su antiguo rostro.

La ciudad-isla sería el centro simbólico, pero él decidió permanecer en tierra firme y se construyó una casa en Coyoacán, y una más para Marina. Frente a las dos, mandó edificar una iglesia dedicada a la Sagrada Concepción. No deja de ser simbólicamente interesante. En la tranquilidad de Coyoacán, y en vida de tipo marital con Marina, se sentó nuevamente a escribir. Era necesario hacer un nuevo relato de los hechos para don Carlos.

Cortés firmó esa tercera carta de relación en mayo de 1522. En ella

hizo un relato de cómo se recompusieron de la derrota, insistía en la pérdida del oro pese a haber hecho todo lo posible para resguardarlo, narró sobre sus nuevas alianzas, los nuevos súbditos para Su Majestad y los nuevos creyentes para la Iglesia. No se olvidó de contar sobre la visión de la cruz en los cielos, de la cruenta batalla y de la insigne victoria. Se presentó ante el emperador como un medio de Dios.

La tercera carta de Hernán Cortés, con su versión sobre la conquista, llegaría a Carlos V en el mes de junio y precipitaría los hechos a su favor. Había juicios abiertos contra Cortés, el gobernador Velázquez lo había acusado de todo lo posible y había comprado todo tipo de testimonios en contra del conquistador. No sólo se le acusaba de ser rebelde, zarpar de Cuba sin permiso y encabezar una expedición que según Velázquez era ilegal; agregó robo, corrupción, abuso, violencia, maltrato a los indios y, para atacar por todos los frentes: herejía, blasfemia, apostasía y permitir rituales paganos.

En la corte de Valladolid había todo un contencioso al respecto. Parecía un juicio normal entre particulares, Diego de Velázquez contra Hernán Cortés, pero era mucho más complicado en realidad. El gobernador de Cuba representaba el apego al orden establecido, el cortesano paciente que iba lentamente subiendo peldaños; Cortés era el aventurero de espíritu libre, mucho más incontrolable, el que hizo su propio camino al sortear hábilmente cada obstáculo.

Cortés tenía a favor dos cosas: que todo lo hizo en nombre de Su Majestad y con actas notariadas, y claro, que finalmente había obtenido la victoria y había conquistado todo un reino para la mayor gloria de Dios y de Su Majestad. Carlos V optaría por el pragmatismo. Cortés ya fue, vio y venció, ya era el amo de ese lugar al que ha llamado Nueva España. No tenía caso fallar a favor de Velázquez o de cualquier otro.

Aunque la decisión final dependía de Su Majestad, que era juez supremo, en Castilla había, no obstante, leyes y abogados. Todo un equipo de juristas representaban los intereses de Diego de Velázquez, quien además contaba con el muy poderoso apoyo de Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, y, desde tiempo de los Reyes Católicos, presidente del Consejo de Indias. Era el hombre con más experiencia y control sobre los asuntos americanos, y odiaba a Hernán Cortés, un segundón con aires de gran señor.

El equipo legal de Cortés fue encabezado por su padre, Martín, auxiliado por Francisco Núñez, Rodrigo de Paz y Francisco de la Casas, todos abogados y parientes. Martín Cortés supo ganar para su causa a nobles tan poderosos e importantes como el duque de Béjar y el duque de Medina Sidonia, en cuyo señorío estaba incluida la ciudad de Sevilla.

La diosa fortuna se aferró a Hernán Cortés. Si bien el gobernador de

Cuba contaba con el apoyo de Fonseca, Martín logró concertar una entrevista con Adriano de Utrecht, maestro y secretario particular de Carlos V. Eso ya era de por sí una gran influencia, pero quiso el azar de los acontecimientos que muriera el papa Giovanni de Medici, conocido como León X, y que el cónclave eligiera sucesor en el trono de san Pedro al secretario del emperador. Adriano de Utrecht ya era el papa Adriano VI cuando recibió a Martín Cortés.

Martín habló ante el papa electo, antes de ser coronado y entronizado como Sumo Pontífice, y lo convenció de la causa de su hijo. El padre de Hernán sabía encontrar el argumento de mayor peso: su hijo había tomado millones de almas para llevarlos a la gracia redentora de la Santa Madre Iglesia, justo cuando Europa estaba siendo fragmentada en lo religioso por un monje alemán llamado Martín Lutero. Lo que Lutero le había arrebatado a la Iglesia, por lo tanto al emperador Carlos V y a su secretario ahora convertido en papa, Cortés lo estaba recuperando en el Nuevo Mundo.

Después de sopesar la situación el emperador se decantó por Hernán Cortés. Sabía que Velázquez no tenía control alguno sobre México, y los méritos de Cortés, quien ejercía un control total, eran innegables; los tesoros que le había enviado sustentaron su candidatura imperial y su solvencia bancaria; y las declaraciones que el gobernador de Cuba había volcado contra el conquistador no tenían sentido ni mucho sustento, los declarantes a favor de Hernán eran poderosos, y el nuevo papa, principal figura paternal que había tenido don Carlos, había manifestado su opinión favorable al extremeño.

Más importante que todo lo anterior era que don Carlos aún no dimensionaba la importancia de México. Para él, los acontecimientos importantes, que no lo eran menos, estaban en sus fronteras con el poderoso imperio otomano, y en la reforma protestante de Lutero. De momento necesitaba el frente americano en orden y en paz, y la opción de Cortés parecía ser la mejor para eso. Finalmente era el rey, más adelante podría volver a pensar si dejar a Hernán al mando o arrebatarle sus conquistas.

El 15 de octubre de 1522, el rey Carlos I y emperador Carlos V, firmó los documentos en los que nombró a Hernán Cortés como gobernador, capitán general y justicia mayor de la Nueva España. Antes de que terminara el año Cortés ya había recibido la noticia, y con esa confianza real podía finalmente sentirse seguro. Su empresa había sido un éxito, su aventura había sido coronada, sus méritos habían sido reconocidos. Por esas mismas fechas se publicó en Sevilla la segunda carta de relación, que se convirtió en éxito editorial casi de inmediato.

Hernán Cortés tenía 37 años y había conquistado un mundo para su rey y su Dios, y podría gobernarlo él mismo para cumplir en él su

utopía mestiza. Pero las otras guerras de don Carlos, sus ambiciones y sus necesidades, muy pronto convertirían su sueño en una pesadilla.

LAS GUERRAS DE CARLOS V

A LO LARGO DE EUROPA

No era fácil ser emperador del mundo, y era prácticamente imposible desempeñar bien ese papel si el mundo de pronto triplicaba su tamaño y toda la realidad, como siempre la hubiste conocido, se transformaba de maneras insospechadas. Carlos de Gante nació con el cambio de siglo y de mundo, y todas las circunstancias del pasado harían caer sobre él una serie de títulos y responsabilidades que de pronto se hacían imposibles de llevar, porque el mundo en el que nació, y en el que tan sólo veinte años después le tocó ser emperador, era completamente distinto.

El Sacro Imperio Romano Germánico, como se llamaba oficialmente un conjunto de estados en el centro de Europa, en el territorio que de forma genérica era llamado Alemania; era un vestigio del pasado medieval que se remontaba hasta los lejanos tiempos de Carlomagno, coronado emperador en la Navidad del año 800, aunque en ese exacto momento no existía, de hecho, ningún imperio en Europa. Roma había terminado de caer en el 476 ante las invasiones de los hunos y de los germanos, y el vacío de poder generado por la ausencia del imperio que había significado el orden mundial por quinientos años, había propiciado la fragmentación de Europa en una multiplicidad de reinos.

El Imperio Romano de Occidente cayó, pero dejó como legado en Europa el último de sus grandes productos culturales, y a la postre el más importante: la Iglesia católica, la continuación sacra del antiguo imperio civil. El emperador Constantino el Grande había proclamado el edicto de Milán, la ley que permitió profesar y promover el cristianismo, en el año 313; y en el 325 convocó en la ciudad de Nicea el concilio en el que nacería la Iglesia católica como institución religiosa del imperio.

Algunas décadas después, en el 380, el emperador Teodosio emitió la ley que proscribía cualquier otro culto y convirtió al cristianismo por obligación legal a todos los romanos: el edicto de Tesalónica. La Iglesia pasó a ser el ministerio religioso del imperio, que se convertía así en el garante de la fe. Religión e imperio eran una sola institución, pero el imperio tenía el tiempo contado; para aquel año, los hunos ya habían comenzado a invadir Europa desde las estepas siberianas, y los

pueblos de la Germania Magna[39] se comenzaron a precipitar sobre el imperio.

Hunos y germánicos fueron conquistando diversos territorios del imperio y comenzaron a crear sus propios reinos, al principio respetando de manera simbólica la figura de emperador, hasta desconocer por completo su importancia y autoridad. El último emperador huyó de Roma en el año 476 y dejó de existir el imperio. Pero los invasores, como parte del proceso de transformación cultural, adoptaron y adaptaron muchos de los aspectos más importantes de la civilización invadida y destruida. El más importante producto cultural siempre es la religión, y de esta manera los bárbaros germánicos que invadieron Roma se fueron haciendo cristianos.

Dejó de existir Roma, pero su leyenda, el peso simbólico de su poder y sus símbolos, continuará por siglos. Sin emperador dejó de haber imperio, y Europa se sumió en una era de oscuridad a causa de las guerras de casi trescientos años entre los diversos pueblos germánicos para construir sus reinos y establecer fronteras. Sólo una institución romana sobrevivió a la caída del imperio y fue la Iglesia. Fue por eso que su líder, el papa, se convirtió en la figura de poder más influyente e importante del continente que en aquel entonces era conocido como la Cristiandad.

El mapa europeo siguió modificándose y nuevas oleadas de invasores siguieron transformando su rostro. La Cristiandad era un caos absoluto y no había ningún rey o reino lo suficientemente poderoso como para imponer el orden. Se extrañaban los tiempos de la Pax Romana. En el año 768, el hombre que pasó a la historia como Carlomagno, heredó el trono del reino de los francos (norte de la actual Francia), conquistó el reino lombardo (norte de la actual Italia), se casó con una de sus princesas en el 774 y conquistó los territorios desde Cataluña hasta Dinamarca, Polonia y Hungría.

Un rey poderoso y cristiano dominaba toda Europa, y el papa León III, envuelto en conflictos políticos en la ciudad de Roma, decidió restaurar en su persona el imperio romano. En la misa de Navidad del año 800, lo coronó como Carlos César Augusto, emperador de los romanos. En ese momento, el inmenso territorio heredado o conquistado por Carlomagno se convirtió en el nuevo imperio romano; su emperador era por lo tanto un César que, al ser coronado por el papa, era alguien sagrado. Nació, como idea, el Sacro Imperio Romano Germánico.

Fue sólo como idea porque a la muerte de Carlomagno, en el año 814, sus herederos comenzaron a disputarse poder y territorios y Europa volvió a la fragmentación. Pero las ideas viven más que las personas, y la idea de restaurar Roma quedó grabada en papas y monarcas. En el año 962, Otón de Sajonia, rey de Francia Oriental,

heredó el ducado de Sajonia, conquistó los territorios aledaños y se proclamó e hizo coronar como Otón I del Sacro Imperio Romano Germánico. Así nació oficialmente ese imperio, resguardo de la cristiandad, que existió hasta la invasión de Napoleón en 1806.

Desde ese momento, el Sacro Imperio fue considerado la reinstauración de Roma y su emperador era como un César; pero, además, se asociaba al emperador con los más altos valores cristianos y caballerescos, y era un símbolo de unidad religiosa en una Cristiandad que no dejaba de fragmentarse en lo político. Un emperador era un rey de reyes, y además todos los reyes eran cristianos, por eso, simbólicamente, no había nadie en Europa más poderoso que el Sacro Emperador. Toda esa herencia fue depositada junto con la corona en las sienes de don Carlos.

Mientras en el resto de Europa se iban construyendo reinos que poco a poco tendían hacia la centralización del poder monárquico, en Alemania, siguiendo las tradiciones germánicas de la confederación, el Sacro Imperio se fragmentaba; era un conglomerado de reinos, principados, ducados, marquesados, condados y ciudades, con amplia relación económica y cultural, pero con mucha autonomía política. El título imperial incluía cada vez menos poder, y el imperio se convertía cada vez más una ficción, pero seguía teniendo un gran peso simbólico.

En sus orígenes el trono imperial era hereditario, pero con el correr del tiempo y los conflictos políticos, se hizo electivo. Siete príncipes electores nombraban al rey de romanos, como se le decía al emperador, que no podía ostentarse como sacro o sagrado, hasta ser también coronado por el papa. Eso, desde luego, le entregaba una ascendencia de poder maravillosa al que estuviera sentado en el trono de san Pedro. Así eran las cosas cuando Carlos de Gante fue electo rey de romanos, pero el papa León X le negó la sacra corona imperial.

El antecesor de Carlos fue el emperador Maximiliano I de Habsburgo; aunque el trono imperial era electivo, la dinastía Habsburgo llevaba un siglo consiguiendo la corona en cada sucesión. De hecho, aunque siempre se llevó a cabo el protocolo de la elección, los Habsburgo mantuvieron el trono alemán en familia desde 1438 hasta 1806. Maximiliano fue el último emperador medieval. Le correspondió ser símbolo de la unidad cristiana cuando dicha unidad no estaba en riesgo, fue defensor de la fe cuando los territorios cristianos no estaban amenazados por el imperio otomano, fue emperador del mundo cuando el planeta era muy pequeño y el mundo sobre el que imperaba se podía cabalgar de un rincón a otro.

A Carlos el mundo se le hizo redondo y gigantesco, más rico que nunca pero incontrolable: la unidad cristiana se fragmentó en Sajonia, en el corazón del Sacro Imperio, y la ruptura se extendió por toda

Europa; defender los territorios de la fe significó una guerra constante contra los turcos, que dominaban la tercera parte de Europa y llegaban casi hasta Viena; de pronto era amo y señor de tierras alrededor del mundo, pero la primera circunnavegación tardó tres años. Ese imperio sólo podía estar en su mente. Era incontrolable.

Carlos consiguió ser rey de Castilla y de Aragón en 1516, a los 16 años de edad. Muchos problemas tuvo para gobernar España,[40] porque no había nacido o crecido ahí, desconocía las costumbres y no hablaba castellano. Se comprometió a residir en la península, a respetar los usos y costumbres de gobierno y derechos, y a aprender la lengua de Castilla. No hizo nada de eso.

En 1519 logró ganar la corona del Sacro Imperio Germánico —con todo lo que eso significa— y todos los símbolos de poder romanos —con la grandeza y responsabilidades que suponen— le parecieron más importantes. Pero también fue difícil para él gobernar Alemania. Primero, porque su título era bastante simbólico y los señores bastante autónomos, pero tampoco lo apreciaban porque no había nacido ahí; no era alemán ni hablaba la lengua o conocía las leyes y costumbres. Así se convirtió en monarca de súbditos que no lo querían como Señor.

Tuvo muchos problemas desde el principio. La España que heredó acababa de llegar a América y nadie estaba preparado para controlar, gobernar y administrar esa riqueza y ese territorio. El discurso legitimador para ser dueño de América era la evangelización, y resultó muy costoso enviar a órdenes religiosas, obispos, arzobispos y curas, inquisidores y demás burocracia “divina”. Para terminar, vivía en medio del conflicto político de no ser el legítimo heredero, pues su madre la reina Juana estaba encerrada en un castillo bajo una imputación de locura, de la que muchos dudaban. Carlos necesitaba recursos y las cortes españolas no se lo daban.

Ante el hecho de ser sacro emperador se vio inmerso en serias dificultades. Una vez electo, prefirió Alemania por encima de España y dejó el territorio, lo que causó conflictos políticos por no cumplir la promesa de residencia, y una terrible rebelión en 1520 que debió aplastar a sangre y fuego. No dejó piedra sobre piedra en Medina del Campo, la ciudad donde murió Isabel la Católica y donde supuestamente habría nacido el tal Bernal Díaz de Castillo. Era un rey impopular que rompió sus promesas por un imperio que le daba mucho garbo, pero donde también era impopular.

La situación alemana no era más sencilla. Fue proclamado rey de romanos en 1519, defensor de la fe; pero cuando ascendió al trono, ya había comenzado en el territorio imperial la más grande revolución religiosa de la cristiandad: la reforma protestante. El 31 de octubre de 1517, el monje agustino Martín Lutero clavó en la puerta de la iglesia

de Wittenberg un documento con 95 postulados en contra de la venta de indulgencias y los abusos económicos de la Iglesia. La fe nunca volvió a estar unida.

El sacro imperio estaba dividido y el defensor de la fe no podía hacer nada para defenderla. Para 1520, todos los príncipes alemanes del norte ya se habían separado de la Iglesia católica. Con el hereje de Lutero fracturando el imperio, el papa León X se negó a darle a don Carlos la bendición como Sacro Emperador. Primero debía de resolver el asunto de Lutero, y ese asunto era irresoluble.

Las fronteras del sacro imperio se extendían precisamente hasta las fronteras con el imperio otomano, el turco, el musulmán, el enemigo por antonomasia de la fe cristiana, según creía don Carlos. Poco le importaba a don Carlos que los musulmanes profesaran su religión, pero sí que lo hicieran en Europa, en el territorio de la cristiandad. Era el defensor de la fe y el símbolo de su unidad, por eso se quiso ver como un moderno cruzado que aglutinaba y encabezaba a las fuerzas cristianas contra las huestes de Alá. Durante todo su reinado intentó unir a los cristianos para defender Europa, pero el rey de Francia siempre fue aliado de los turcos y el de Inglaterra no estaba interesado en un conflicto que no consideraba suyo, mucho menos después de 1534, año en que también rompió con la Iglesia católica.

Era difícil ser emperador del mundo cuando éste se transformaba. Se discute mucho sobre la figura de Carlos V, si fue magnífico o terrible, y tiene detractores y admiradores por igual. Lo cierto es que a don Carlos le tocó desempeñar ese papel histórico en un momento en que nadie hubiera podido estar preparado para llevarlo a cabo.

Y sin embargo el mundo que gobernaba seguía creciendo. El 20 de septiembre de 1519, mientras Hernán Cortés estaba conociendo a los tlaxcaltecas, zarpó de Sanlúcar de Barrameda una expedición de cinco naves que, aunque navegaba con el pabellón y las armas de Castilla, era comendada por un portugués: Fernando de Magallanes. El objetivo de la expedición era navegar por Atlántico sur hasta encontrar un estrecho que permitiera el paso al otro lado del mundo, al océano que precisamente Magallanes bautizó como Pacífico, y seguir hasta llegar a las islas de las Especias por una ruta que no atravesara dominios portugueses.

Tres años después, el 6 de septiembre de 1822, llegó al mismo puerto una nao desvencijada y casi destruida por el océano, con dieciocho tripulantes en los huesos a causa del hambre, y con las encías sangrantes por el escorbuto. Era la Victoria, la única nave sobreviviente de aquella expedición que, en efecto descubrió un paso por el sur, y sí llegó a las islas de las Especias por una ruta hasta entonces desconocida; y, además, al regresar en la misma dirección en la que zarparon, siempre hacia al oeste, sus marineros se convirtieron

en los primeros en navegar alrededor del mundo.

Dieciocho sobrevivientes de casi trescientos hombres, una sola nave de las cinco iniciales, en estado inservible, pero con dieciséis toneladas de pimienta y clavo que hicieron que financieramente fuera un éxito, incluso cuando todos daban por perdidos o muertos a los miembros de la expedición. Magallanes no volvió, había fallecido cuando luchaba contra los indígenas en las islas que después se llamarían Filipinas en honor al hijo de Carlos V, el 27 de abril de 1521, mientras Hernán Cortés estaba planeando el embate final contra Tenochtitlán.

La expedición que se hizo a la mar comandada por Magallanes, y que volvió al mando de Juan Sebastián Elcano, no sólo acometió la hazaña de circunnavegar el globo y de regresar con un tesoro en forma de especias; sino que aclaró cuestiones geográficas fundamentales que dejaban claro que gran parte de las islas de las Especias quedaba dentro los dominios castellanos de Carlos V, según lo estipulado en el Tratado de Tordesillas, y no en mares portugueses, como hasta entonces se pensaba.

Gracias a Hernán Cortés era amo de la Nueva España, y se abría ante él el inmenso e inconmensurable continente americano; y gracias a Magallanes era dueño legítimo de las islas de las Especias. El imperio de don Carlos daba ya la vuelta el mundo y en sus dominios jamás se ponía el sol. Parecería una maravilla, pero para 1522 aún no había encontrado la forma de controlar sus dominios europeos, y de pronto tenía que preocuparse por todo un planeta.

No necesitaba don Carlos, de momento, más problemas, y eso también jugó a favor de Hernán Cortés para que Su Majestad decidiera ratificar sus nombramientos a cargo de la Nueva España. Había ganado la batalla final a Diego Velázquez de Cuéllar, quien murió amargado, aunque rico, dos años después, el 12 de junio de 1524.

Muchas guerras tenía el emperador del mundo y líder de la cristiandad, pero la principal siempre fue con otro monarca que se decía orgullosamente cristiano mientras negociaba alianzas con los turcos en contra de don Carlos: Francisco I de Francia. Contra Francisco luchó hasta que dicho rey murió en 1547; siempre se disputaron Milán y diversos territorios Habsburgo en Francia, que constituían la herencia de lo que había sido el gran ducado de Borgoña.

Del otro lado de Europa, su eterno enemigo fue el sultán Solimán el Magnífico, quien mantenía bajo perenne asedio la ciudad de Viena, y ostentaba un poderío naval en el Mediterráneo que le permitía ejercer una amenaza constante sobre Roma. Además, corsarios turcos al servicio del sultán hostigaban también islas y costas del Mediterráneo occidental que eran posesión tradicional de Castilla o Aragón. No es fácil ser el emperador del mundo.

Así pues, todos los problemas de don Carlos resultaron favorables de momento a Cortés, quien desde 1522 era oficialmente la máxima autoridad de Nueva España. Pero su fama, conseguida después de la divulgación de sus cartas, le era molesta al emperador. En agosto de 1519 había recibido un tesoro y la primera carta, ésa en la que Cortés se presentaba como fundador de Veracruz; en noviembre de 1520 llegó a sus manos la segunda carta, en la que expuso la entrada triunfal a Tenochtitlán y la tragedia de la Noche Triste, y la tercera, con todos los pormenores de la conquista, se le entregó cuando en Sevilla se estaba publicando la anterior, en agosto de 1522. Que un aventurero rebelde que hacía todo por su cuenta, aunque se amparara en la ley y el emperador, se hiciera tan famoso, no era un buen augurio.

Mientras lidiaba con España y con Alemania, con Francia y con los turcos, con Inglaterra y los piratas, con Lutero y con el papa, el tema de Hernán Cortés seguía de manera constante en su agenda. En marzo de 1523 se editó en Sevilla la tercera carta, nuevamente con un gran éxito, y la segunda ya había sido traducida al francés, el inglés y el alemán.

Para finales de 1524 llegó una cuarta carta en la que Cortés manifestaba sin ambages un carácter rebelde y un proyecto de autonomía para Nueva España. Dicho de otra forma: contradecía de manera abierta y directa las instrucciones que el propio rey le había enviado: don Carlos hablaba de segregación racial, pureza de sangre y prohibición de matrimonios mixtos; mientras Cortés buscaba el mestizaje y la integración; Su Majestad pedía la libre circulación de españoles en el territorio, mientras Cortés quería mantenerlos lejos de los pueblos de los indios para evitar su esclavitud y explotación; el emperador deseaba regalar tierras según sus intereses, pero el conquistador estableció que sólo los residentes podrían tener propiedades. En la visión de Cortés, México no era una colonia, pero eso y sólo eso es lo que anhelaba Carlos V.

El punto más álgido de toda discusión de poder siempre son los dineros; y ésos representarían la gran ruptura entre el rey y el conquistador. Cortés pretendía reconocer la soberanía de don Carlos y enviar el quinto real, sin que hubiera exportación de riqueza y recursos a Castilla; quería consolidar una economía independiente. Pero Su Majestad ansiaba el oro y se lo hizo saber. Ser emperador del mundo era caro: defender la cristiandad contra los turcos y una guerra eterna contra el rey de Francia requerían un flujo constante de riquezas. Cortés no estaba dispuesto a que Nueva España pagara dichas guerras.

Cortés resultaba no ser un explotador de indios. Carlos V le exigía que los naturales pagaran tributo como parte de su vasallaje, y que

buscara más minas, salinas, tierras y pastos que sirvieran para enviarle más riqueza. El conquistador no estaba dispuesto a enviar nada más allá del quinto real, pues Nueva España no dependía en lo económico de Castilla, ni tenía necesidad de defensa en caso de guerra. Nada, según la visión de Cortés, legitimaba un vasallaje hacia el emperador.

Cortés se mandaba solo y asumía que había legitimidad en su poder. De esa actitud soberanista y la autonomía económica que pretendía, faltaba muy poco para la independencia política. Don Carlos lo sabía e hizo lo que consideraba necesario para limitar el poder y facultades de Cortés. A principios de 1524 habían llegado a Nueva España cuatro oficiales del rey con la misión de vigilar, fiscalizar y controlar a Hernán.

Las noticias sobre Cortés y América no dejaban de llegar y en general no le gustaban a don Carlos. No era sólo que Cortés tuviera tanto poder y autoridad en sus dominios, sino que al parecer seguía siendo blanco de conspiraciones e intrigas; todo en las islas remotísimas era conspiración e intriga. Los dominios más grandes y ricos de la Corona de Castilla estaban en manos de aventureros, y el emperador se propuso tomar control directo. Tendría que quitar prerrogativas a Cortés y a otros conquistadores, como hicieron sus abuelos con Colón. Sabía que eso acarrearía problemas.

La cuarta carta de relación de Cortés lo alertó. En ella, el conquistador expuso y justificó una expedición hacia la selva maya en las Hibueras: ya llevaba mucho tiempo ocioso y sin hacer más cosas en favor de Su Majestad. También le recordó que originalmente había encomendado esa expedición de conquista a Cristóbal de Olid, a quien había dado barcos, hombres, armas y oro; y éste lo traicionó y se unió con Diego Velázquez.

Una quinta carta de Cortés le llegó al emperador en octubre de 1526 y le hizo corroborar el caos y la anarquía que reinaban en el Nuevo Mundo, y el hombre tan impresionante que era Cortés. El conquistador describía el viaje de dos años a través de la selva maya para sofocar la revuelta de Olid; una travesía en la que llevó consigo a Marina, así como a Cuauhtémoc y otros grandes señores de las ciudades lacustres. En medio de la selva se enfrentó a una conspiración, según expuso, encabezada por el señor azteca, y tomó la decisión de ahorcarlo como traidor. La expedición cruzó territorio inhóspito hasta llegar al golfo de Honduras, desde donde se embarcó de vuelta a Nueva España para regresar a ejercer el gobierno, en junio de 1526.

La carta era una queja y el emperador lo sabía. Cortés dejó Nueva España porque él lo orilló a hacerlo. Lo había ratificado como gobernador, capitán general y justicia mayor, pero también envió a Nueva España a fiscales y oidores que entorpecieran en todo lo posible

la gestión de Cortés y buscaran el menor detalle posible para arrebatarle sus títulos. El rey le había otorgado el gobierno en 1522, por pragmatismo, no por confianza. Desde su punto de vista el monarca tenía razón, no dejaban de llover acusaciones sobre Cortés, a quien no conocía personalmente, pero sí que sabe de su carisma, de su don de gentes, del poder que tiene más allá de los títulos oficiales. Y eso era peligroso.

En 1527 don Carlos decidió cerrar frentes de batalla pendientes. Dos muy importantes lo representaban el papa y Hernán Cortés; al primero pretendía presionarlo en todo lo necesario hasta lograr que lo coronara como sacro emperador, y al segundo intentaría de una vez quitarle todo poder oficial.

En marzo de aquel año se hizo una quema pública de los libros de Cortés y se prohibía su publicación, compra, venta y posesión en los dominios de don Carlos. Nadie debía leer las aventuras del conquistador; aunque nada podía hacer al respecto de las traducciones al francés y al inglés. En el otro frente, comenzó en mayo un asedio de mercenarios alemanes sobre la ciudad de Roma y el papa Clemente VII. Las tropas de Su Majestad arrasaron con la ciudad.

En agosto del mismo año, en Nueva España, un oficial de Carlos V despojó del mando a Hernán Cortés y lo desterró de la Ciudad de México Tenochtitlán. Se le hizo saber que se había abierto contra su persona un juicio de residencia, que no era otra cosa que un proceso un tanto mañoso, en el que la Corona, después de dejar que algún aventurero hiciera exploraciones y conquistas en su nombre, decidía juzgarlo por los métodos empleados y ordenaba que le confiscaran sus títulos y bienes. Era la versión civil de la Inquisición, la argucia legal del soberano para arrebatar posesiones, pero Cortés, el jurista, tenía muchos recursos legales y todo un equipo de abogados.

En algún momento impreciso de aquel mismo 1527, murió Martín Cortés, el padre de Hernán. El conquistador decidió entonces viajar a Castilla a rendir honores a su difunto padre, y aprovechar el viaje para solicitar audiencia ante el emperador y aclarar las cosas. A finales de mayo de 1528, le llegó a don Carlos la noticia de que Hernán Cortés había tocado tierra en Palos de la Frontera y se dirigía a Sevilla.

39 Germania Magna es el nombre que los romanos daban al territorio donde estaban establecidos los pueblos germánicos, los llamados bárbaros; se refiere al norte de Europa, más allá del río Rin, que atraviesa la actual Alemania.

40 De manera deliberada se ha hablado de Castilla y Aragón en esta obra, y hasta ahora se mencionan como España. Para cuando Carlos fue investido con el título de rey, él recibió la corona de tres reinos: Castilla, Aragón y Navarra. No existía España como unidad política, sino que dicho reino estaba precisamente en construcción. España, entendida como la unidad de los reinos peninsulares, fue el sueño y proyecto de Isabel, del que Carlos estuvo un tanto

distante por ocuparse en los asuntos de toda Europa. Su hijo Felipe II fue el primero que reinó en una España unificada, y de hecho culminó el sueño al lograr también ser rey de Portugal.

CORTÉS Y TONANTZIN

PUEBLA DE GUADALUPE, JUNIO DE 1528

El emperador del mundo quería establecer la Inquisición en los nuevos dominios americanos y Cortés no estaba dispuesto a permitirlo. Cavilando sobre eso, caminaba al sagrado lugar donde de hecho había aprendido a despreciar al Tribunal del Santo Oficio.

Las antorchas se encendieron en el Real Monasterio de Guadalupe, el sol comenzaba a hundirse en su ocaso, como cada noche, para atravesar el submundo y llevar la luz a los dominios de la oscuridad. Atardecía en Puebla de Guadalupe, en la sierra extremeña que vio crecer a Hernán Cortés, y los hermanos jerónimos se preparaban para cantar los últimos salmos del día, cuando un penitente llegó a pedir asilo. Era el conquistador de México.

Hernán Cortés había desembarcado en el Puerto de Palos, pasó al monasterio franciscano de La Rábida, en el que pernoctara Colón antes de zarpar a su viaje de descubrimiento. Siempre sentía reconfortada su alma con los franciscanos. De ahí siguió hacia Sevilla y vio una ciudad mucho más rica que dos décadas atrás. Fue recibido con honores. El legendario conquistador de México tocaba suelo sevillano veinticuatro años después de partir con rumbo a lo desconocido, como uno más de una pléyade de aventureros buscando suerte al otro lado de los mares. Él había sido el más grande de todos.

No le interesaban esos falsos honores a Hernán Cortés, él sólo quería llegar a Guadalupe y a Medellín. Su retorno triunfal fue contradictorio y paradójico. Era ya una leyenda a causa de la publicación de sus cartas y, desde luego, por su quema y prohibición que despertaron aún más interés en sus relatos, pero también era cierto que volvía derrotado, por lo menos temporalmente, y como franco enemigo del emperador.

Lo recibieron funcionarios de don Carlos, parientes cercanos, autoridades del Consejo de Indias y representantes del duque de Medina Sidonia. Cortés volvía a casa, pero no se sentía en su hogar. Unos lo honraban, otros tantos lo aborrecían. El conquistador podía olfatear la hipocresía en el ambiente; además, lloraba la muerte de Gonzalo de Sandoval, que lo había acompañado en su travesía de vuelta, pero que apenas alcanzó a llegar al Puerto de Palos, donde

falleció víctima de alguna enfermedad infecciosa que contrajo en el trayecto.

El conquistador desembarcó como tlatoani, con decenas de sirvientes, cofres con tesoros y regalos, jaulas con jaguares y otros animales exóticos nunca vistos en aquellos lares; vestido como castellano, pero con ornamentos aztecas, y un séquito de cien guerreros tlaxcaltecas que hicieron a todos perder el aliento, además de músicos, danzantes, acróbatas y jugadores de pelota. Quería dejar en claro que sus dominios no eran tierra de salvajes, sino cuna de civilización.

Algún resquicio de su mente se alegraba por ese triunfal regreso, pero su alma estaba apesadumbrada. Recordó una frase de Motecuzoma para describir ese estado de ánimo: sentía el corazón sumergido en chile. No hubiera querido abandonar su Nueva España, pero el emperador lo juzgaba sin escucharlo y su padre había muerto. No tenía más opción que volver.

Pasó la noche en la ciudad más rica de Europa y preparó todo para encaminarse al Real Monasterio, era el único lugar donde quería estar y el primero que quería visitar. Necesitaba postrarse ante la virgen de Guadalupe, agradecer y rezar. Después podría seguir su camino rumbo a Toledo, donde estaba instalada la corte de don Carlos; no sin antes pasar a Medellín.

El conquistador llegó como penitente, caminando y vestido con un sayal humilde. Durmió varias noches al aire libre con la bóveda celeste como cobijo y descansó bajo el cielo extremeño que lo vio nacer. Con el imponente monasterio gótico a la vista, dejó a su séquito de tlaxcaltecas acampando y fue a pedir asilo.

Guadalupe lo recibió. Eso es lo que hace la fuerza femenina de lo divino: abrazar y cobijar, dar consuelo. Fue recibido por el prior y la comunidad, algunos creyeron reconocerlo. Había estado ahí veinticuatro años atrás encomendándose a la gran madre. Guadalupe era un monasterio ecléctico donde, aunque fuese bajo apariencia cristiana, cabía cualquier forma de comprensión de lo divino. La naturaleza misma del santuario lo exigía así, su propia fuerza espiritual, el poder de esa imagen milagrosa tan antigua como la cristiandad misma.

Las leyendas eran claras al respecto. La figura de madera labrada que era resguardada en Guadalupe había sido misteriosamente encontrada entre los arbustos, en alguna fecha imprecisa del siglo XIII, después del gran triunfo de las Navas de Tolosa, cuando era necesario repoblar con cristianos el territorio del que fueron expulsados los sarracenos, y el hallazgo de una imagen milagrosa generaría esa migración.

No sería la vez primera. España se construyó en guerra santa contra

el islam, y siempre era necesario poblar con creyentes lo que era arrebatado a los infieles. Así comenzó la guerra de reconquista, cuando se hizo correr el rumor de los restos del apóstol Santiago descubiertos en Galicia, en el valle conocido como el Campo de Estrellas.[41] Con los supuestos restos del apóstol se había logrado atraer a un flujo constante de penitentes que llegaron de todos los rincones de la cristiandad y terminaron por poblar el norte de la Iberia, allá por el año 827, cuando la muerte de Carlomagno, brazo armado del único Dios, hacía imperativo defender las fronteras del imperio.

El apóstol Santiago pobló Castilla e impulsó la guerra santa. La virgen de Guadalupe extendió Castilla por el sur hasta llegar a los océanos. Ambas imágenes divinas fueron las que acompañaron a los españoles al nuevo continente. Por eso Colón bautizó Guadalupe a una de sus islas y por eso la capital de Cuba, de la que fue alcalde Cortés, se llamó Santiago. Portando el estandarte de Guadalupe llegaron a México, y viendo al apóstol Santiago en el cielo fue que derrotaron a los aztecas.

Pero la leyenda guadalupense era clara: la imagen fue hallada misteriosamente por un pastor en el siglo XIII, pero existía desde tiempo atrás. La versión indemostrable de la historia dice que fue san Lucas quien la labró, que estuvo en Constantinopla, llegó a Sevilla desde el siglo VI y se ocultó ante la invasión árabe para aparecer en el momento necesario.

Es imposible saber si la estatuilla de madera puede ser tan antigua, pero su leyenda sí que lo es, y por lo tanto su fuerza y su energía sagrada también. Esa doncella labrada en madera negra sólo representa a la virgen si uno la mira con ojos cristianos; pero Isis, la madre tierra, la doncella negra, madre virgen de Dios, existe desde tiempos sin memoria en el Oriente Medio, de donde los fenicios, que la tomaron de los egipcios, la llevaron hasta Iberia.

Isis, la diosa, la poderosa, la clemente, dejó su huella indeleble. Ahí, en el centro de Hispania, lo que luego se llamaría Extremadura, se desarrolló un culto a la gran madre que sobreviviría más allá de nuevos invasores y distintas religiones. Los griegos la veneraron en su versión de Artemisa y los romanos como Cibeles. No dejaba de ser Isis. Los visigodos la llamaban Nuestra Señora, lo que en lengua nahua se dice Tonantzin. Siempre es virgen.

Tonantzin es todas las madres divinas en un solo símbolo, justo como lo son todas las advocaciones de Nuestra Señora. La mente de Hernán Cortés volvió al valle de Anáhuac. Tonantzin era Coatlicue, la divina madre de Huitzilopochtli, preñada sin contacto sexual; Tonantzin era también Cihuacóatl, la mujer serpiente que conjuntaba en un solo símbolo el mito de Eva; la que recibe las almas tras la muerte, como hace la virgen María, a quien se suplica protección

ahora y en la hora de nuestra muerte. Tonantzin era Chimalma, la madre virgen de la Serpiente Emplumada, Quetzalcóatl, el redentor de la humanidad.

Tonantzin es Nuestra Señora, lo sagrado femenino, la santa madre de todos. Aquella diosa era venerada en Tepeyácac, a donde los pueblos nahuas iban en santa peregrinación todos los años; por eso ahí colocó su imagen de la virgen madre de Dios. Comenzó así el culto a Tonantzin Guadalupe.

La santa madre se escondió ante la llegada de los moros, quizá porque sabía que no tenía caso luchar contra la inmensa fuerza solar y viril que venía con su culto. Contrario a Grecia y Roma, donde unos mitos se fundieron en otros y todo se difuminó en un maravilloso sincretismo, el islam llegaba excesivamente encerrado en sí mismo, con la altanera postura de verdad absoluta que le entregaron sus dos grandes raíces, judaísmo y cristianismo, y el impulso dinámico de una civilización que acababa de nacer.

Ante la presencia del islam, la madre se resguardó por quinientos años para emerger nuevamente de la tierra en una era distinta y más favorable. Para cuando esa era llegó, en el siglo XIII, el pueblo donde había permanecido escondida ya se llamaba, por influencia árabe, Guadalupe, el río de los lobos, y fue ése el nombre que recibió entonces la madre divina.

Los frailes jerónimos no crearon la leyenda, simplemente fueron sus depositarios; la recibieron como un legado que les dejó la historia y sus azares. Aquella comunidad religiosa se estableció en torno al culto mariano, bajo la advocación de Guadalupe; pero siempre supieron que esa fuerza mística vivía en esas tierras muchos siglos antes de la llegada del primer monje.

Guadalupe era tierra femenina, eran los dominios de la diosa madre, con el nombre que fuera. Por eso se desarrolló una comunidad ecléctica y tolerante. La madre es amor, la madre siempre recibe y siempre acepta. Por eso todos los viajeros eran recibidos en Guadalupe, por eso ahí no se discutía de Dios sino que simplemente se experimentaba su abrazo redentor.

Guadalupe, la diosa madre, la poderosa, la omniabarcante, la protectora, siguió viajando. Isis ya había llegado a Iberia desde las costas fenicias, y ahora hacía su aparición en el Anáhuac. Tierra absolutamente abierta era Mesoamérica, había recibido en el transcurrir de los siglos a muchos pueblos y a muchos dioses. Todos se habían integrado. Guadalupe no fue la excepción.

Podríamos pensar que Cortés decidió dónde colocar su imagen guadalupana. Siempre podremos aferrarnos a eso, al ejercicio al máximo del libre albedrío humano como supremo regalo de Dios…, o podemos aceptar fuerzas de la mente humana mucho más poderosas

que su ilusión de decidir. Guadalupe se estableció donde quiso. Hernán Cortés sólo la llevó.

La madre ha estado presente en todas las civilizaciones humanas, ha acompañado a todos los pueblos, incluido el nahua. Ahí entre ellos también Dios había nacido en su manifestación humana a través de una madre virgen, Tonantzin, que asimismo recibía culto ahí donde los místicos de otros tiempos habían captado su gran fuerza femenina: el Tepeyac. Cortés no podía llevarla a ningún otro lado. Guadalupe llegó a casa.

Hernán Cortés fue recibido en el monasterio guadalupense y fue a orar ante su señora. Agradeció su protección en cada instante de su gran aventura, desde la tempestad que casi hundió el barco en que llegó a Santo Domingo, hasta su milagrosa salvación en su noche triste. Presentó ante el prior un regalo para el tesoro del monasterio: un escorpión de oro con joyas incrustadas, en recuerdo de aquel animal que no logró matarlo con su veneno. El líder del monasterio recibió el obsequio agradecido. Cortés pidió tiempo a solas para rezar.

Por su mente pasó toda su vida; su niñez en Medellín y Trujillo, las peregrinaciones con su padre hacia el monasterio, su paso por la universidad, su decisión de lanzarse al Nuevo Mundo. Santo Domingo, Cuba, México… Marina. Extrañaba a Marina, pero había hecho lo correcto. Amaba a Marina, tuvo un hijo hermoso con ella al que llamó Martín en honor a su padre; Martín Cortés Malintzin. Aprendió a hablar y comprender el náhuatl gracias a Marina. Por eso había decidido casarla con uno de sus capitanes cuando salió a su expedición de Centroamérica, que significaba para él su muerte. Tenía que dejarla protegida.

Cortés había sobrevivido y él tenía la convicción de que todo se lo debía a su señora de Guadalupe. Sobrevivió a los mares enfurecidos, a las islas remotísimas, a los mayas y a los aztecas; al penoso camino a Tenochtitlán y la guerra contra los tlaxcaltecas; a la Noche Triste, a la herida en la pierna y a la picadura del alacrán. Logró salir avante frente a la batalla final contra los aztecas y a las traiciones de los propios castellanos; permaneció con vida tras dos años de caminar por lo más profundo e inexpugnable de la selva maya. Sobrevivió a su regreso. Ahora tenía que resistir frente al emperador y a la burocracia de la corte. Quedó sumido en reflexiones.

Era consciente de que don Carlos quería arrebatarle sus conquistas y dominios. Al haber ordenado la quema pública de sus libros había dejado claro que eran enemigos. No tenía la certeza de qué había motivado al rey a tomar esa acción, pero el conquistador de los aztecas estaba dispuesto a todo. Él no nació como señor del mundo, como Carlos de Gante, pero lo había conseguido con esfuerzo, valentía y fe. El rey quería ejercer control y dominio absoluto sobre México

como hacía con España, por eso además de franciscanos y agustinos mendicantes había enviado a los dominicos, los perros de Dios,[42] los inquisidores. Como su abuela Isabel, quería dejar caer el peso de la Inquisición.

Un terrible recuerdo vino a la mente de Cortés; no era uno real sino construido, pues se remontaba al año de su nacimiento. Sin embargo, fue un suceso que dejó huella en el alma de todos los extremeños hasta convertirse en una leyenda que no dejaba de contarse; una historia de intolerancia que dejó su profunda impresión en Hernán Cortés y lo hizo sentir siempre una fuerte animadversión contra el Tribunal del Santo Oficio, y cualquier orden, como los dominicos, que estuviera relacionada con la Inquisición: la condena a la hoguera de fray Diego de Marchena.

Tenía las imágenes en su mente como si hubiera sido testigo de los hechos, aunque todo se lo había contado su padre, que sí estuvo presente: el Real Monasterio de Guadalupe, justo al amanecer, los hermanos cantando salmos con absoluta pesadumbre, el desasosiego flotando en el ambiente; afuera del templo la hoguera estaba dispuesta y fray Diego de Marchena avanzaba hacia el montículo de leña seca con la mirada llena de paz.

Era momento de saldar cuentas con Dios y su alma estaba llena de regocijo y sosiego. Moría en respeto de su conciencia, condenado por judaizar; es decir, mantener prácticas judías a pesar de haberse convertido al cristianismo. La herejía para la que fue creado el tribunal de la Inquisición. Moría judío con la mirada fija en el cielo del único Dios.

La multitud se agolpó en la plaza para atestiguar al auto de fe, veredicto de un juicio que duró meses. Más de veinte hermanos juzgados; unos sobrevivirían el resto de sus años en el fondo de alguna mazmorra, otros fueron condenados al destierro, unos más sólo hubieron de purgar diversas penitencias, llevar a cabo acciones piadosas y vivir en oración. Marchena fue condenado a la hoguera.

La Inquisición ya había matado a cincuenta personas en Puebla de Guadalupe. El monasterio en medio de aquella sierra era el corazón de la cristiandad de la Hispania. Bien sabían los frailes que un tercio de sus hermanos habían sido judíos, y bien sospechaban también, quizá con pleno conocimiento, que más de uno mantenía en secreto sus prácticas y rezos. Como si Dios supiese de idiomas o necesitara de rituales, como si el Señor del universo hiciera distinciones.

Los hermanos guadalupenses de Extremadura no eran inquisidores, pero por una ocasión tuvieron que inquirir, y matar, para aplacar la fuerza de Isabel. Los judíos habían profesado su fe en Iberia desde mucho antes de que en dicho territorio se comenzase a construir España, desde Grecia, desde Roma; y habían podido hacerlo sin

mucho conflicto hasta el siglo XV. Con Isabel todo cambió: la única arcilla de la que disponía para amalgamar su nuevo reino era el fervor cristiano.

Donde llegara Isabel se favorecía la conversión. Si bien es cierto que los judíos fueron libres de practicar su religión hasta marzo de 1492, cuando oficialmente se decretó la expulsión de todo aquel que no se bautizara. Antes de 1492 hubo conversiones; lo que estaba prohibido era convertirse al cristianismo y mantener prácticas judías. Eso fue de lo que acusaron a fray Diego de Marchena.

Cincuenta acusaciones dejó caer la Inquisición sobre el monasterio de Guadalupe. Hubo el mismo número de condenas, aunque sólo una de ellas fue a muerte. Los frailes guadalupenses hicieron uso de un privilegio concedido por Alfonso X, el Sabio: la facultad de llevar a cabo sus propios juicios. Por eso hubo cincuenta sentencias, para aplacar la ira de la reina y de su tribunal; por eso sólo una de ellas fue la hoguera, porque un solo chivo expiatorio los salvaría a todos. Diego de Marchena se entregó en paz, como un voluntario que moría con alma limpia y la conciencia de haber salvado a sus hermanos y a su comunidad.

Pero el juicio dejó una huella indeleble en toda Extremadura, causó un impacto terrible y un gran repudio ante ese nuevo instrumento político de la Corona. Hernán Cortés acababa de nacer cuando el juicio de Guadalupe se llevó a cabo, aun así el efecto que dejó en todos los pobladores lo acompañó toda su vida. Nunca fue un hombre de la Inquisición.

Por eso se negaba terminantemente a permitir que se estableciera en su Nueva España un Tribunal del Santo Oficio. Por Dios, ¡si alguien era inocente en términos espirituales eran los indios! Bien sabía Cortés que bailaban para Tláloc, que quemaban copal para su dios colibrí de nombre impronunciable —al que él llamaba Huichilobos—, que se humillaban ante la idea misma de Quetzalcóatl y que veneraban de manera solemne a la madre de los dioses. Nada de eso era importante, la labor de los franciscanos era asimilar lenta y paulatinamente las dos visiones religiosas.

El musulmán era el enemigo al que quitar tierras en la reconquista; para Cortés, el indio era el habitante legítimo de una tierra a la que ellos llegaban, en la que él estaba seguro que podían fundirse, cohabitar y convivir. El concepto mismo de Inquisición era impensable. Carlos quería establecer la Inquisición. Cortés aborrecía la idea y quería evitarlo a toda costa. La Inquisición no había sido más que el brazo armado más peligroso de los Reyes Católicos, una máquina de tortura con fines políticos. Parecía evidente que los mismos buscaban al nieto en América.

41 El supuesto hallazgo de las reliquias de Santiago se dio en un lugar llamado Campo di Stela; a partir del siglo IX, el Campo di Stela de Santiago dio nombre a la catedral que ahí se construyó y a la ciudad que resultó de ello: Santiago de Compostela.

42 La orden de los dominicos fue fundada por Domingo de Guzmán, por eso es común el error de pensar que de él deriva su nombre. Dominicos viene del latín *Domine cannis*, que literalmente significa "perros del Señor".

EL REY CONTRA EL CONQUISTADOR

ESPAÑA, 1528-1530

El emperador del mundo recibiría al conquistador de México. Cortés tenía todas las de perder, pero estaba dispuesto a morir luchando. El conquistador navegaba contra la corriente; enfrentaría al emperador para defender sus méritos, sus títulos y, ante todo, su gobierno. Pero el rey había dado un golpe previo y a traición; mientras Cortés se embarcaba en Veracruz, en abril de 1528, Su Majestad ya había resuelto quitarle todo poder en Nueva España y entregárselo a una audiencia ejecutiva encabezada por Nuño de Guzmán, a quien encomendó de manera específica confiscar todos los bienes de Hernán y transferírselos a título personal.

En el monasterio de La Rábida, Cortés comenzó a mover piezas y a escribir cartas. Las dirigió al rey, al presidente del Consejo de Indias, al duque de Medina Sidonia y al de Béjar, a sus primos y abogados, a autoridades franciscanas. Llevaba cinco lustros fuera de Castila y necesitaba echar a andar un engranaje de contactos e influencias. La ley por sí misma no bastaba contra el emperador. Le urgía dejar La Rábida para ir a Guadalupe y a Medellín, pero necesita paciencia. Escribía y esperaba respuestas. Así fue como se enteró de que estando en mar abierto ya había sido despojado de todo por Carlos V y Nuño de Guzmán.

Recibió contestaciones de Béjar y Medina Sidonia y descubrió que tenía potenciales amigos y aliados. Eran muchos los que no estaban de acuerdo con las políticas de don Carlos. Fue invitado a recepciones y fiestas en su honor. Descubrió en carne propia que era una leyenda, y que ese peso entre lo más encumbrado de la nobleza limitaba el margen de acción de Carlos V, quien también respondería exclamando alegría por su llegada.

Con el ánimo un tanto recompuesto comenzó su camino hacia el monasterio de Guadalupe. Ahí rezó, agradeció y entregó el obsequio. Pareciera que la virgen le correspondió de manera inmediata y en forma de mujer. Dos hermanas habían peregrinado al monasterio y quedaron prendadas por el conquistador, quien hizo gala de todos sus encantos y seducción, las llenó de halagos y regalos, y les contó todas las peripecias de la conquista de México.

Cómo podría saber Hernán Cortés que la mayor de esas mujeres era María de Mendoza, esposa de Francisco de los Cobos, el administrador de palacio de Carlos V. En el santuario de la diosa madre, la fortuna volvió a extender su brazo protector sobre Cortés. La impresión que provocó en doña María llegó a oídos del administrador real, quien en lo sucesivo estaría del lado del conquistador.

Después de Guadalupe, Cortés arribó finalmente a la tierra que lo vio nacer, a Medellín, donde pudo abrazar a su madre tras tantos años de ausencia. Doña Catalina había despedido a un joven lleno de esperanza, y recibía ahora al legendario conquistador de un mundo. Lloraron juntos la muerte de don Martín, que como último obsequio a su hijo le había dejado un compromiso matrimonial. A sus 43 años, Hernán Cortés estaba comprometido en matrimonio. Lo sabía dos años atrás por carta y siempre había puesto la distancia como pretexto. Ahora era inevitable.

Una boda era lo último que necesitaba. Después de la conquista de México, Cortés, que ya hacía una vida marital con Marina, mandó a Gonzalo de Sandoval a Cuba para que llevara a su mujer. Quizá fue una confusión, pero Sandoval trasladó desde Cuba a las dos mujeres de Cortés. No hay que olvidar que además de su esposa española, Catalina Xuárez, tenía a su amante taína, quien —por darle el nombre de su madre— también se llamaba Catalina. Fuera que Cortés mandara por su mujer, o solicitara la presencia de Catalina, las cosas no eran claras. Sandoval llevó a las dos.

La Catalina taína se instaló en la casa de Cortés, junto con su hija Leonor, donde ya vivía Marina, que estaba en los últimos meses de embarazo. Ahí llegó la Catalina española a querer ser algo así como virreina y, desde luego, a poner en orden a Cortés y sacar a las demás mujeres, pues el conquistador vivía como tlatoani, con princesas nahuas que le habían sido entregadas por diversos señores para sellar alianzas. Catalina murió a los pocos meses de su llegada, el 1 de noviembre de 1522. Según rumores nunca aclarados, asesinada por el propio Cortés; según otros, asfixiada por mal de altura.

Ahora Cortés estaba comprometido en matrimonio. Si jamás en su vida hubiese desobedecido a su padre, menos aún le haría la deshonra tras la muerte de faltar a un compromiso. Aceptó de mala gana, pero comprendió de inmediato la inteligencia póstuma de su progenitor. No estableció cualquier alianza, sino una que prácticamente introducía a Hernán en los círculos familiares del emperador. Al final, fue el matrimonio, y no sus grandes méritos, los que orillaron a Carlos V a darle un título nobiliario.

Juana de Zúñiga y Ramírez Arellano, la prometida de Hernán, era hija de Carlos Ramírez de Arellano, conde de Aguilar, y sobrina de Juan de Zúñiga, último gran maestre de la orden de Alcántara, aquel

que estaba con Isabel en la toma de Granada en 1492, y que había arrebatado el título a Alonso de Monroy, pariente de Hernán. A la vieja usanza medieval, se trataba de un matrimonio para sellar paz entre familias. La novia era también sobrina del duque de Béjar, uno de los hombres más ricos de Castilla y muy bien colocado en la corte.

Parte del conflicto de Cortés con el emperador era su gusto por lo indio y por los indios. Su respeto a aquella cultura, que la mayoría de los castellanos la veía como salvaje y esclavizable; su proyecto de fusión cultural, su idea autonomista que partía de la base de ver en los nahuas a seres humanos completos, cultos, civilizados, con alma y razonamiento y, por lo tanto, no susceptibles de esclavitud. Cortés se había alejado de Castilla no sólo en la distancia, y ese acercamiento a través del matrimonio resultaba providencial. Sonrió en recuerdo de la sabiduría de su padre.

Hernán Cortés hubiera tenido su audiencia con el emperador, pero ésta podría haber tardado años y, desde luego, ser muy breve, sólo como un protocolo para que el emperador impusiera su autoridad sobre el aventurero; pero su futuro suegro, el duque de Aguilar, le consiguió la audiencia para el mes de septiembre de 1528, una entrevista en la que Cortés estuvo acompañado del suegro, del duque de Béjar y del mismísimo Francisco de los Cobos, a quien su esposa pidió que intercediera en favor del conquistador de México.

El conquistador se vería cara a cara con el emperador. No era un encuentro fácil, Cortés debía ser humilde, pero al mismo tiempo mostrar su poder y grandeza. Lo logró hábilmente. Se postró ante don Carlos y besó su mano, hincó la rodilla frente a él como súbdito leal, pero al mismo tiempo llegó a la audiencia en la corte de Toledo acompañado de su impresionante séquito, cien guerreros y saltimbanquis tlaxcaltecas que hicieron una gran exhibición de poder. Mucho habían escuchado hablar de don Carlos, pero para ellos no había más señor que Hernán Cortés.

Las formas eran importantes. Cortés debía desplegar su poder sin parecer arrogante u ostentoso. Los tlaxcaltecas no iban para glorificar a Cortés sino para mostrarse como súbditos ante el emperador; no realizaron toda su parafernalia para exaltar a Cortés sino para honrar a don Carlos; no eran muchos para mostrar la riqueza del conquistador sino porque todos llevaban presentes al emperador.

Cortés sabía que el poder se ejercía a través de símbolos. Nada da más poder que los símbolos. El hábito sí hace al monje; es, de hecho, lo único que lo hace monje. Así es que el conquistador debía hacer un gran uso y despliegue de símbolos. Se presentó como gran señor, vestido de gala al estilo castellano, pero con adornos de plumas y jade al estilo de los aztecas y, en ambas manos, dos jaguares encadenados. Lo acompañaron cien guerreros, lo cual dejaba ver su poder y

autoridad; cien estoicos tlaxcaltecas con taparrabo y manto bordado, cargando oro, plumas, animales y demás tesoros para el emperador.

Cortés habló ante su emperador. Expuso sus ideas y proyectos, su visión del mestizaje basada en años de experiencia, primero en las islas y después en México. No le habló de teorías sino de realidades vividas. Declaró con elocuencia, con citas doctas y latinismos, lo que ya había manifestado en sus cartas. Explicó por qué se debían conservar las estructuras políticas y sociales de los aztecas, por qué la evangelización tendría que ser gradual e inteligente y no impuesta por la fuerza, por qué no debían ser explotados, y por qué sólo los conquistadores y residentes debían poseer tierras en la Nueva España.

Todo lo que decía el conquistador era válido, sus palabras eran sabias, y fue su pasión la que impresionó al emperador. El pleito con Cortés había sido por correspondencia, ahora se enfrentaba directamente a ese gran carisma que lo hizo líder indiscutible de cientos de aventureros, dispuestos a dar la vida por él. Pero el emperador tenía su mente en Alemania y sus guerras con franceses y turcos, en el oro que necesitaba para ganarlas y en que México era la fuente de dicho oro.

Cortés dio otro golpe. Sabía que su emperador también padecía la enfermedad del oro y se lo presentó en bandejas de plata llevadas por los tlaxcaltecas; los nuevos súbditos de don Carlos, trasladados por el conquistador para que Su Majestad los conociera a ellos y a su cultura. Dejaron oro a sus pies, pero también joyas, pedrería, arte plumario y pieles. Danzaron ante él, bailaron y tocaron instrumentos, hicieron juegos y malabares. El emperador agradeció y dio por terminada la entrevista.

La corte estaba instalada en Toledo y fue por eso que ahí decidió quedarse el conquistador en espera de alguna respuesta. En ese tiempo cayó enfermo de gravedad, de la misma disentería que finalmente lo mataría, muchas aventuras después. El emperador creía que Cortés moriría, eso solucionaría todo el conflicto. Para sorpresa de todos, Carlos V se presentó en la casa del conquistador para visitarlo. Una conversación absolutamente privada de la que nada se supo, pero, por los acontecimientos subsecuentes, parece que el conquistador recuperó, aunque sea en parte, el favor de su rey.

Cortés convaleció una semana más en Toledo y recibió noticias: el franciscano Juan de Zumárraga había zarpado rumbo a Nueva España para ser obispo de México; Pedro de Alvarado, su amigo incondicional que tantos problemas le ocasionó, había recibido títulos de don Carlos como gobernador y adelantado de Guatemala, se alegró por él; su primo Francisco Pizarro, famoso por sus exploraciones y conquistas en las islas y el centro de América, estaba en Toledo. No recibió audiencia con el emperador, pero sí la autorización para explorar,

conquistar y poblar el Perú.

Entre las buenas noticias, la visita amable de don Carlos y los buenos deseos de los amigos, la salud de Cortés mejoró. Ahora estaba listo para casarse, y la boda con doña Juana de Zúñiga se celebró el mes de abril de 1519 en el castillo del duque de Béjar. El conquistador recibió una dote de diez mil ducados de oro, pero, ante todo, la alianza matrimonial con los grandes de España. Por segunda vez, el matrimonio le salvó la vida. La boda con Catalina lo sacó de la mazmorra en Cuba, y el enlace con Juana lo hizo pasar de proscrito al círculo de allegados a la Corona.

Cortés quería volver a México, pero no logró cerrar los asuntos con el emperador; deseaba mantener sus títulos de gobernador y justicia mayor, así como las tierras que se le habían dado en recompensa por sus esfuerzos. Don Carlos ansiaba las riquezas de Cortés y tener control directo del gobierno de Nueva España. No era una negociación fácil. Conquistador y emperador ya no se entrevistaban personalmente, todo era a través de representantes.

Pero había otro asunto que le impedía a Cortés volver a México: había enviado representantes ante el papa Clemente VII y también esperaba respuesta de Su Santidad. ¿Qué buscaba Cortés del papa, y a cuenta de qué pretendía ser recibido por el Sumo Pontífice? En lo político era el conquistador de México, pero en lo religioso era el hombre que había conseguido extender la fe católica al otro lado del océano. El papa lo sabía y se mostró obsequioso con Cortés, que a la vez fue complaciente con el papa, a quien le envió obras de arte azteca con oro, plata, jade, plumas y obsidiana.

¿Qué necesitaba el conquistador de México del líder de la Iglesia católica? Ante todo, que legitimara a sus hijos habidos fuera del matrimonio: Leonor Pizarro, su hija taína; Martín Cortés, su vástago con Marina, y Luis Altamirano, concebido con una princesa azteca conocida como Doña Hermosilla. El papa se lo concedió y oficializó en una bula, así como también la autorización y bendición para el Hospital de Jesús, que Cortés había mandado construir en el lugar donde tuvo su primer encuentro con Motecuzoma.

En el asunto del Hospital de Jesús había una jugada magistral de Cortés. Él, desde luego, estaba esperando que el emperador le concediera tierras y títulos, aunque aún no tenía claro cuáles serían; pero mientras arreglaba ese asunto, lo que obtuvo del papa fue de mayor importancia. No era sólo un permiso y una bendición para su hospital, se trataba en realidad de un patronato que le permitía a él cobrar los diezmos en sus dominios, los que fuera que resultaran. Comprendamos bien esto: los Reyes Católicos habían obtenido del papa una prerrogativa, conocida como Regio Patronato, que declaraba a los monarcas como patronos y benefactores de la Iglesia, por lo que

les concedía la facultad de nombrar obispos, cobrar diezmos y llevar juicios inquisitoriales. Algo cercano a eso era lo que estaba obteniendo Hernán Cortés.

En bula papal firmada el 16 de abril de 1529, el papa concedió a su amadísimo hijo, don Hernando Cortés, el derecho a fundar el hospital, pero también el de cobrar los diezmos en todas sus propiedades para financiar y mantener sus obras de caridad; lo autorizaba a fundar y construir iglesias, donde él lo considerara necesario, y cobrar los respectivos diezmos en ellas. El pontífice estaba haciendo a Hernán Cortés un patrono de la iglesia, con lo que lo dotaba de poderes eclesiásticos, pero además le estaba otorgando la prerrogativa de cobrar diezmos en lugar de que lo hiciera el gobierno de don Carlos.

Queda pendiente el tema de cuáles serían esas tierras de Cortés. Ésa era la batalla entre el conquistador y su emperador, que quedaba zanjada de manera digna para ambas partes. El emperador reconocía sus méritos y servicios a Hernán Cortés, y en recompensa por ellos le otorgó el título nobiliario de marqués del Valle de Oaxaca, así como un conjunto de tierras, de seis millones de hectáreas, que constituían su patrimonio. Cortés sería el dueño de esas tierras, sus pueblos y sus rentas, así como el administrador de justicia. A cambio, le quitó de manera absoluta el gobierno de la Nueva España, aunque le conservaba el título de capitán general.

¿Qué significa realmente todo lo anterior? El emperador salvó su propia dignidad, a la vez que aseguró el control de México al quitarle a Cortés la gobernación. Era un golpe duro para el conquistador, pero en compensación obtuvo su marquesado que, mucho más que el título, implicaba que él era el gobernador, señor y juez en todo ese territorio. Además, aunque ya no sería gobernador de Nueva España, mantuvo el puesto de capitán general; es decir, máximo responsable de las acciones militares en el territorio.

Lo que obtuvo Hernán Cortés fue como un Estado dentro del Estado, más si se considera que la demarcación de Oaxaca era simbólica; el marquesado representaba una colección de tierras en diversos puntos, que incluía el valle de México, desde Coyoacán hasta Tacuba, pueblos en la ribera del lago de Texcoco, el centro de México Tenochtitlán, territorios hacia el norte del lago y hacia la costa del Golfo, y tierras al sur, desde Cuernavaca y hasta llegar al istmo de Tehuantepec, pasando desde luego por el Valle de Oaxaca.

El emperador dio mucho, en gran medida porque en realidad estaba quitando, puesto que todo era ya de Cortés; pero además fue espléndido porque era un teórico asesorado por teóricos. Sólo el conquistador conocía de manera íntegra el territorio que pedía y se le concedió.

Si a las concesiones que otorgaba el emperador al conquistador,

sumamos lo que ya había obtenido del papa, tenemos que, en esos vastos dominios, que abarcaban la mitad de lo hasta entonces conquistado, era Hernán Cortés quien tenía el derecho de cobrar diezmos y administrar parroquias. Esa combinación no estaba en los cálculos de don Carlos, quien de hecho también dio a Cortés la autorización de explorar el mar del Sur, esto es, la costa del océano Pacífico, donde el conquistador ya contemplaba un proyecto para establecer comercio con Perú, así como el sueño de encontrar desde Nueva España una ruta a las islas de las Especias a las que había llegado la expedición de Magallanes.

No había nada más que Hernán Cortés pudiera o quisiera hacer en esa España absolutista que estaba comenzando a nacer. No le gustaba el estilo de don Carlos ni confiaba en él. Lejos estaba de suponer que tendría que volver años adelante, pues al estilo de sus abuelos los Reyes Católicos, el emperador daba con una mano y quitaba con la otra. Aún le esperaban sorpresas al conquistador al retornar a México.

Preparó su viaje de regreso a principios de 1530. Llegó a Sevilla con todo su séquito; con sus sirvientes castellanos, sus guerreros tlaxcaltecas, su madre y su nueva esposa. Unas cuatrocientas personas se desplazarían con él. Nuevamente Sevilla, como veintiséis años atrás, y al igual que en aquellos años de mocedad, sabía que debería enfrentarse con la incertidumbre; una serie de gobiernos terribles y fallidos, presididos por audiencias, habían hecho de México un caos. No estaba seguro de a dónde volvería, pero sabía que era su hogar.

Mientras Cortés esperaba en Sevilla, don Carlos obtuvo finalmente que el papa Clemente VII lo coronara como sacro emperador, césar y sucesor de Carlomagno. Conseguir la corona fue una de las razones por las que Carlos V había invadido Roma, y fue la condición para liberarla.

Tres barcos fueron necesarios para el regreso. Además de personas, Cortés transportó semillas, granos y animales que pretendía hacer prosperar en América. De manera muy simbólica, lleva consigo unos cipreses de Extremadura que quería plantar en Texcoco; en su casa de Medellín había sembrado dos grandes nopales. El conquistador mezclaba los mundos. La multitud se apelmazaba en los muelles sevillanos del Guadalquivir. Cortés sentía la emoción de los tiempos de antaño. Las amarras se soltaron, las velas se hincharon, los maderos crepitaron. Cortés volvía a casa sin saber a qué México regresaría.

Fluyeron por el río hasta Sanlúcar de Barrameda, donde se presentaba imponente el océano Atlántico; tras tres días más de navegación llegaron a las Canarias, último pedazo de tierra que se puede considerar europeo y donde un castellano puede sentirse como en casa. Por delante quedaban unas tres semanas de navegación hasta arribar a las islas remotísimas.

Cortés reflexionaba en la proa con la mirada puesta en la línea que separaba los cielos del mar. Veintiséis años atrás había marchado de su hogar con destino a lo desconocido, y ahora lo desconocido era su nuevo hogar. En el pasado había zarpado con sueños de grandeza y ahora hacía el mismo recorrido como un gran señor; había soñado conquistar el Nuevo Mundo y el Nuevo Mundo lo había conquistado a él. Qué poco castellano era aquel que regresaba como marqués del Valle, qué indio se había vuelto Hernán Cortés.

El conquistador pudo repasar sus amores. Amaba su tierra, México, su Nueva España. Amaba a los indios y a su cultura, su belleza, su magia. Su pugna con el emperador era meramente simbólica; Cortés tenía conflicto con Castilla y, por añadidura, Castilla lo tenía con él. Cortés era un trásfuga, un hombre que había cambiado su cultura por otra. Amaba el Nuevo Mundo y su potencial utópico, amaba todas esas maravillosas posibilidades de realizar lo imposible.

Marina. Cortés amaba a Marina. Le debía todo a Marina. Fue ella quien le entregó Tenochtitlán, fue ella la tierra fértil del Anáhuac que recibió la semilla de todo el mundo antiguo; una simiente que hundía sus raíces hasta las glorias grecolatinas, germinando en un útero sagrado que contenía desde la sabiduría de la ciudad de los dioses hasta la gloria del pueblo del sol. Eran los creadores de una nueva humanidad que la vieja Europa no sabía reconocer. Padre y madre, la pareja primordial. Eran un solo ser al que el sabio Motecuzoma había llamado Malinche.

Amaba y añoraba a Marina. Fue Marina quien le presentó y lo ayudó a comprender el sabor y la sabiduría de su cultura nahua, de su lengua poética y danzante. Fue Marina quien lo recibió amorosamente en nombre de una tierra, fue ella quien lo abrazó cuando él era un exiliado de su propio mundo. Fue Marina el vientre que lo aceptó y en el que comenzó a germinar su sueño de mestizaje.

Una sombra de decepción cubrió sus ensoñaciones. Volvía a México, pero no a Marina. Habían sido inseparables desde 1519 hasta 1524. Él era el aventurero al que Marina convirtió en conquistador, y ella era una esclava a la que él convirtió en gran señora; engendró con ella a su primer varón, los dos juntos eran el símbolo de eso nuevo que quería forjar. Pero cuando partió al peligroso viaje de las Hibueras en 1524 sabía que tenía que dejarla protegida; por eso, aunque la llevó en el viaje, decidió casarla con uno de sus capitanes. No podía volver a Marina.

Tampoco volvía a Catalina, su preciosa taína, a quien también había desposado con otro hombre de confianza para dejarla asegurada y protegida. Volvía como marqués y con marquesa, a un México que había dejado de gobernar desde 1524, a esa Nueva España arrebatada por el emperador y en la que nunca pudo llevar a cabo su sueño.

Ahora regresaba sin título de gobernador, con la lejana esperanza de vivir en paz en sus dominios, en su marquesado, y crear ahí esa sociedad mezclada con la que siempre había soñado.

Con honestidad y retrospectiva podía aceptar la verdad y entender que todo el conflicto en el que vivía se había originado en sus propias acciones. Siempre dijo actuar en nombre de la Corona y don Carlos, pero la verdad era que sólo lo movía la fe. Actuaba por él mismo y persiguiendo sus propios ideales, pero en un mundo donde esa iniciativa estaba proscrita y sólo contaba la grandeza de nacimiento.

No había aprendido de su padre el orgullo de nacer hidalgo, sino en mostrarlo cada día con las acciones. Él se había ganado ser grande y lo era por derecho propio, pero en un mundo donde la nobleza de espíritu tenía que ser oficializada por un rey, en muchas ocasiones de espíritu más chico. Había querido hacer algo nuevo y a causa de las reglas de su propio mundo lo hizo en nombre de una Corona y de un rey. Pero el sueño era suyo. ¿Había llegado a pensar que podría salirse con la suya, que podría crear un reino propio y lograr mantener lejos de él a los grandes poderes de la vieja Europa?

Sí. Había tenido ese atrevimiento. Por eso apresuró su salida de Cuba, por eso hundió sus barcos y obligó a todos a seguir adelante, por eso se enfrentó a Narváez. Igual que Motecuzoma, Cortés sabía que sólo era el primero y que detrás de él vendrían muchos otros, llegarían más hasta que toda Castilla y toda Europa se precipitara sobre el Nuevo Mundo. Por eso quería llegar primero. Arribar, hacer alianzas, conquistar, unir a los pueblos tradicionalmente enemigos, para juntos defenderse del embate europeo que sería inminente. Él había conquistado a los aztecas y soñaba con un mundo nuevo, pero el emperador del mundo lo había despertado con violencia.

Los barcos seguían a barlovento. El marqués del Valle de Oaxaca se dirigía a Santo Domingo, donde haría una nostálgica escala de algunos meses antes de proceder a Cuba y finalmente a la Villa Rica de la Verdadera Cruz. Cortés entró a su patria por la ciudad fundada por él mismo diez años atrás. Era 15 de julio del año del Señor de 1530. Hernán Cortés soñaba con México.

LOS SUEÑOS ROTOS DE HERNÁN CORTÉS

NUEVA ESPAÑA, 1524-1540

Cortés había comenzado a despertar de sus ilusiones utópicas desde 1524. Había conquistado en 1521 y había obtenido legalmente el gobierno en 1522; pero supo también desde entonces que estaba encadenado a Castilla, que ya comenzaba a desplegar su máquina burocrática para apoderarse de su Nueva España. Los siguientes dos años fueron difíciles. Para los indios, sus grandes aliados, no había más señor que él. Lo amaban y respetaban. Pero para sus compatriotas castellanos, la figura de la Corona pesaba demasiado y eran incapaces de desafiar o cuestionar a sus instituciones, no podían soñar con independencia.

El conquistador nombró autoridades indígenas en los pueblos y ciudades, mientras a sus compañeros de conquista les repartió tierras a lo largo del territorio; así dejaría intactas las estructuras económicas, políticas y sociales, a la vez que saciaba los deseos de recompensa de los suyos, pero creando nuevos polos de producción de riqueza.

Comenzó la cristianización de los indios a la vez que estableció una norma que ya era común en Europa: no es posible esclavizar a un cristiano. Así aseguraba la libertad de los pueblos nahuas. Poco a poco la vida de las grandes ciudades volvió a la normalidad, al tiempo que las tierras de los españoles comenzaron a ser productivas. Comenzó a nacer algo nuevo, pero los viejos sistemas y poderes castellanos lo asediaban, aunque don Carlos lo había ratificado como gobernador, envió oficiales del fisco y veedores para que limitaran en todo lo posible el margen de acción de Hernán Cortés.

Intentó gobernar y dar forma a sus anhelos. No quería destruir las estructuras de los indios, por eso dejó el gobierno en Tenochtitlán y por eso respetó los lugares de culto y santuarios sagrados; también por eso solicitó la presencia de franciscanos para ayudarlo en una inteligente y sincrética labor de evangelización. Poco a poco Tláloc se fue haciendo uno con san Juan Bautista, Quetzalcóatl con Jesús y, desde luego, Tonantzin se fue haciendo una con Guadalupe. Bajo símbolos cristianos, México nunca dejó de ser hermosamente politeísta.

Hernán Cortés pertenecía a una cultura profundamente religiosa, y

él mismo era fervoroso creyente. Desde el principio se dio cuenta de que los pueblos nahuas giraban también en torno a lo religioso y lo místico, que toda su vida estaba regida por los dioses. Ése fue su punto de partida. En 1522 solicitó al emperador la presencia de una misión religiosa, y don Carlos envió a tres frailes flamencos; fray Pedro de Gante, fray Juan de Tecto y fray Juan de Aora. Desembarcaron en Veracruz el 13 de agosto de 1523, y como la ciudad de Tenochtitlán aún sufría los estragos de la guerra, decidió instalarlos en Texcoco, donde se erigió el primer convento en suelo continental americano.

Pedro de Gante moriría en Nueva España en 1572 tras cincuenta años de misión, los otros dos acompañaron a Cortés en el terrible viaje a las Hibueras, donde ambos perdieron la vida. Pero aquellos frailes de Flandes no convencían del todo a Cortés. Pedro de Gante era de corte más bien impositivo y autoritario; era un buen hombre, pero su forma de enseñar la religión era más bien inquisitorial.

Necesitaba un clero de amplio criterio que compartiera su visión de sincretismo. Su propia experiencia le había mostrado que un pueblo difícilmente sobrevive al asesinato de sus dioses, por lo que era necesario ir fundiendo lentamente las divinidades. En términos prácticos, podemos decir que Hernán Cortés comprendió que no era posible imponer la cultura, sino que ésta era una creación lenta, paulatina y constante. Era un fervoroso creyente del mensaje cristiano de salvación, pero estaba lejos de ser un fanático; en vez de obligar a los indios a creer lo mismo que él, dejaría que el tiempo, y los franciscanos, revelaran a Dios.

El único rasgo cultural, ligado a la religión, que cortó de tajo, sin miramiento alguno, fue el de los sacrificios humanos, y el consecuente canibalismo ritual. En el contacto con la cultura nahua, Cortés descubrió que el sacrificio era un aspecto común y fundamental. Había sacrificio en el cristianismo, pero la evolución de esa cultura había hecho cada vez más sutil y simbólica dicha inmolación. Para los nahuas, a cambio del milagro de la vida, era necesario sacrificar al hombre y otorgar a los dioses su componente de más valor: la sangre que guardaba el soplo divino, y comer la carne del enemigo para adquirir sus atributos. En el cristianismo no se sacrificaban los hombres, sino Dios, y era a través de un ritual simbólico; pero se conservaba el significado con una variante vital: Dios ofrecía su sangre y su cuerpo para que el hombre adquiriera sus atributos.

Cortés ofreció la misión de evangelizar México a hermanos franciscanos menores de la cofradía de San Gabriel, discípulos de un tal Juan de Guadalupe, nuevamente Guadalupe, que al parecer buscaba llegar a América. Se organizaría una misión de doce frailes al mando de Martín de Valencia, un franciscano que había fundado un monasterio en la provincia extremeña de Belvís de Monroy, nada

menos que un feudo de la red de familias de Hernán Cortés de Monroy y Pizarro Altamirano.

La travesía de los doce fue épica, así como un derroche de la humildad que pretendían predicar en Nueva España. Salieron de Belvís a finales de 1523 e hicieron a pie el camino a Sevilla y Sanlúcar de Barrameda, de donde zarparon en enero de 1524 con destino a Santo Domingo, para finalmente continuar a México, donde tocaron tierra el 13 de mayo de 1524, y dirigirse, a pie, a Tenochtitlán para presentarse ante Cortés.

Cortés recibió con todos los honores a los llamados doce apóstoles mexicanos, que fueron desde entonces sus grandes aliados. De los doce, quien ocupó un lugar permanente en la memoria mexicana fue Toribio de Benavente, llamado por los indios Motolinía, que significa literalmente pobre. Cuentan que los indios lo veían pasar descalzo y con sólo un sayal cubriendo su cuerpo, y pronunciaban esa palabra. Cuando supo su significado, fray Toribio decidió que ése sería su nuevo nombre.

Los doce franciscanos hablaron con Cortés y establecieron un proyecto religioso: lo primero sería dedicarse a aprender náhuatl, para entender en su lengua original los más profundos conceptos y sentimientos religiosos de la gente. Comprendieron lo fundamental que quería el conquistador, no se trataba de negar a los dioses nahuas como falsos e imponer un nuevo culto, sino de encontrar al único Dios en los relatos de los indios.

En lo religioso todo marchaba según las intenciones de Cortés, precisamente porque ese campo de batalla era el que menos importaba al emperador, mucho más interesado en el político y el fiscal. En 1524 no sólo llegaron los doce apóstoles, sino los cuatro oficiales de don Carlos: Alonso de Estrada, tesorero real; Rodrigo de Albornoz, contador; Gonzalo de Salazar, recaudador, y Peralmíndez Chirinos, veedor. Con títulos distintos, los cuatro llegaron a explotar recursos y cobrar más impuestos para Su Majestad, quien en una carta planteó la situación de manera directa: tenía muchos gastos y necesitaba más dinero que esperaba obtener de Cortés.

Los siguientes meses fueron de intensa reflexión para Cortés. Quizá no lo entendió entonces, en 1524, pero lo comprendía muy bien en 1530 cuando volvió de España con su título consolatorio de marqués: no deseaba pelear con el rey; siempre prefirió el camino de intentar ir más allá, a donde no llegase el largo brazo de don Carlos. Pero el brazo del monarca rodeaba el planeta, y era en gran medida gracias a las aportaciones de aventureros como él.

Cortés se alejaba de la Corona siempre que podía, y ése fue un rasgo que definió su personalidad a lo largo de toda su vida. Su familia se alejó del poder real después de aquella infausta guerra de Isabel

contra la Beltraneja; Cortés se apartó del poder hacia Santo Domingo; cuando arribó Diego Colón se fue más lejos, a Cuba, y cuando el poder real llegó hasta allá se lanzó a la aventura de México. Cuando el largo brazo de Su Majestad alcanzó hasta Tenochtitlán, en vez de luchar, optó por irse más lejos. Por eso decidió hacer ese fatídico viaje a las Hibueras.

Los oficiales del rey no sólo ponían todo tipo de trabas a Cortés y le disputaban el poder, sino que también se lo disputaban entre sí. Dejó a Salazar y a Chirinos peleando por el mando y él se lanzó en esa aventura sin sentido hacia la selva maya. Cortés firmó su cuarta carta de relación para Carlos V, y a la correspondencia agregó un obsequio: un cañón de una tonelada de plata maciza elaborado por artesanos indígenas. Salió de Tenochtitlán con una comitiva de cientos de personas, entre guerreros, frailes, cargadores, cocineras, sirvientes, los grandes señores, entre ellos Cuauhtémoc, y desde luego, Marina.

Cortés y su expedición caminaron desde Tenochtitlán hasta el golfo de Honduras atravesando toda la selva maya. Fue un viaje despiadado en el que se enfrentaron a todo: amigos y enemigos, guerreros y traiciones, animales salvajes y enfermedades, huracanes y tormentas. ¿Qué buscaba Hernán Cortés? Nunca lo sabremos. Caminó durante dos años y finalmente decidió volver. Probablemente ir a un lugar aún más alejado para apartarse del poder real. Quizá comprendió que era imposible, quizá le ganó la nostalgia y el espíritu combativo, quizá las terribles noticias que le llegaron de los abusos cometidos en su ausencia fueron la gota que derramó el vaso. En mayo se embarcó con rumbo a Veracruz y llegó a la Ciudad de México Tenochtitlán el 25 de junio de 1526, con la plena intención de reasumir el poder.

Mal regreso para Hernán Cortés. Los pueblos de indios lo recibieron como a un héroe, pero los castellanos lo trataron como bandido. Un enviado de Carlos V, Luis Ponce de León, le hizo saber que sería sometido a juicio de residencia y que quedaba formalmente despojado del mando. Fue la primera vez que el monarca le dio con una mano y le quitó con la otra.

Cortés llegó a España en mayo de 1528, con ánimo derrotado, despojado de todo título y prestigio, y sin una luz verdadera de esperanza en el horizonte. Su regreso en 1530 sólo podía ser considerado triunfal. Ya no sería gobernante de Nueva España, pero sí de su propio marquesado. Tenía un territorio de seis millones de hectáreas y veintitrés pueblos para tratar de realizar sus sueños. Tenía ánimo, sí; pero estaba cansado, y no sabía si podría confiar realmente en el emperador. Contaba ya con 45 años y no tenía ánimo de pelear.

Durante la ausencia de Hernán Cortés, el gobierno de Nueva España había sido encargado a una audiencia presidida por el tal Nuño de Guzmán que resultó ser un inquisidor de lo religioso y de lo civil,

dispuesto a matar, condenar, encarcelar y reprimir a todo aquel que cuestionara el poder que ejercía de manera absoluta en nombre de Su Majestad. Cortés había perdido definitivamente la Nueva España.

Para cuando el marqués del Valle regresó de España, el gobierno de Guzmán iba de salida, pues demasiadas críticas le llovieron al rey sobre su desempeño; y sería sustituido por una segunda audiencia, que fue el gobierno al que tuvo que enfrentarse Hernán Cortés. Sus problemas comenzaron con sólo llegar, pues le notificaron que por orden del rey tenía prohibido vivir en la Ciudad de México.

Cortés se instaló con su séquito de cuatrocientas personas en Texcoco, junto al convento que estaban construyendo los franciscanos. Regresó a descubrir que fray Martín de Valencia y Motolinía se habían dedicado con ahínco a la misión de evangelizar con sincretismo. Ya había conventos en México, Cuernavaca, Xochimilco, Coyoacán, Texcoco, Tlaxcala y Huejotzingo. Para aumentar desgracia a su pesadumbre, el viaje y la altura dañaron la salud de su madre, quien viajaba con él y murió a los pocos meses de llegar a Nueva España.

El marqués del Valle decidió recorrer su marquesado, lo cual no era cosa fácil; pero quería comenzar de inmediato su proyecto, su gobierno, su administración, sus leyes con los indios, y quería dejar en claro que sólo él mandaba en dichos territorios. Pero la encomienda de don Carlos a la segunda audiencia fue la misma que a la primera: había que despojar de poder y recursos a Cortés; era necesario comenzar a quitarle lentamente el marquesado que acababa de recibir. Una vez más, el emperador quitó con una mano lo que la otra acababa de dar. Cortés lo comprendió todo; don Carlos se mostró espléndido tan sólo para despachar el asunto y deshacerse de él, pero no pretendía cumplir absolutamente nada.

Parte muy importante de las posesiones de su marquesado era la plaza central de la Ciudad de México Tenochtitlán, con varios edificios, incluyendo el palacio de Motecuzoma, que había pasado a manos de Cortés. La audiencia le quitaba su casa para convertirla en la residencia de gobierno de la audiencia. El marqués se retiró sin pelear, pero el gobierno comenzaba sus funciones en medio de rebeldías: los indios sólo aceptarían más gobierno que el de Hernán Cortés.

Es 1531, el marqués del Valle se retiró a vivir en Cuernavaca, donde se había mandado construir un castillo de corte medieval, inspirado en el de Diego Colón en Santo Domingo, pero más grande. Su intención era gobernar desde ahí su marquesado, pero primero tenía que luchar por él, pues el gobierno de la segunda audiencia seguía tratando de quitarle tierras y privilegios.

El Hospital y templo de Jesús Nazareno significaba una tarea pendiente para Cortés. No bastaba con construirlo, era menester dotarlo y mantenerlo, y para eso contaba con la bula donde el papa,

de manera personal, lo autorizaba a ser él quien cobrase los diezmos y administrara las riquezas. El marqués necesitaba mucho, no sólo le interesaba el hospital, lo que ya era costoso; él fue también el primer benefactor de los conventos franciscanos, y tenía un proyecto más grande en mente: una universidad para la Ciudad de México, una para indios, para que aprendieran latín y castellano, pero también teología, derecho y administración pública. Una versión preliminar de su sueño se cristalizaría en 1536, cuando el virrey Mendoza aceptó la creación del colegio de Santiago Tlatelolco, para que los indios fueran instruidos en artes y oficios.

Dado que el objetivo del gobierno era quitarle poder y recursos, Cortés volvió también a su faceta de empresario. Ya en el Caribe había hecho prosperar caña de azúcar y decidió probar suerte en las tierras de Cuernavaca. Muy pronto vería florecer sus cañaverales. Pero su mirada iba más allá; comenzó a criar ganado vacuno y caballos, creó granjas de gusanos de seda y sembró vides para hacer vino en el centro del país. Sería un empresario y los empresarios necesitaban comercio, por lo que construyó puertos y astilleros en costas de Oaxaca y empezó a construir barcos.

Desde las costas del Pacífico, el mar lo llamaba. Siempre el mar, y con él, ese impulso a ir más allá. ¿Qué tan grande sería el mundo?, ¿sería posible llegar a las Especias?, ¿sería posible aún explorar lo desconocido y encontrar un lugar alejado donde poder crear algo nuevo? Amaba el mar, pero ya no quería navegarlo, construyó y dotó barcos y financió expediciones hacia el norte del océano Pacífico que llegaron a las costas de Jalisco y Nayarit y comenzaron a internarse en California.

En 1532 una gran alegría lo invadió en medio de tantas tempestades. Nació en Cuernavaca el primer varón que tendría con su esposa doña Juana. Decidió honrar a su padre nuevamente, y por la falta de originalidad ese hijo se llamaría también Martín. No hacía mucha vida marital con su esposa, pues se la pasaba viajando entre el Pacífico norte, México, Cuernavaca y Oaxaca, pero tuvo con ella seis hijos; un niño llamado Luis que nació y murió en 1530, una niña de nombre Catalina que nació y murió en 1531, Martín Cortés Zúñiga, nacido en 1532 y quien sería el heredero del título de marqués; y tres mujeres más, María, Catalina y Juana, que nacieron en 1534, 1535 y 1537.

Cortés seguía soñando con el Pacífico, la sed de aventura le ganó y decidió embarcarse él mismo en una expedición que finalmente llegaría a las tierras que bautizó con el nombre de California, en 1535. Por fin había encontrado tierras más allá de todo, lejos de la Corona y del rey, pero no había en ellas reinos, ni gente, ni civilización. Estaba coqueteando con la idea de colonizar cuando le llegó una noticia:

había arribado a la Ciudad de México un hombre llamado Antonio de Mendoza, quien se presentó ante la audiencia con cartas que lo acreditaban como virrey de la Nueva España. El primer virrey pedía ver a Hernán Cortés.

La llegada de ese hombre con ese título dejaba claro que don Carlos tomó una resolución definitiva sobre el gobierno y administración de Nueva España; la había declarado un virreinato, esto es, un reino más de la corona de Castilla, un reino más de las Españas; por añadidura, un dominio personal que sería administrado por un representante directo: el virrey. Cortés había terminado de perder definitivamente su querido México.

La entrevista que solicitó el virrey con el marqués no era una formalidad social; deseaba exponer las directrices de su gobierno, que era básicamente una centralización absoluta del poder en su persona, al puro estilo de los Reyes Católicos y de su nieto, el emperador. Ello implicaba, desde luego, quitar prerrogativas a Hernán Cortés, y básicamente hacerle la vida difícil. Le quitó facultades sobre sus tierras y sus vasallos, le notificó que tenía autorización de retirarle el cargo de capitán general, le prohibió construir conventos, de ésos en los que él tenía derecho de cobrar el diezmo, se suprimía el derecho de asilo de los monasterios y se vigilaría la actividad de los franciscanos. Todo era un golpe directo.

Era 1535 y el conquistador contaba ya con 50 años. Su ánimo ya no era combativo, no quería el poder. Estaba dispuesto a no luchar si no luchaban contra él, a ser cordial. Al principio logró una buena relación con el virrey Mendoza, pero la consigna de éste finalmente era perseguir y reducir a Cortés, y lo haría. El marqués se resignó a limitarse a su faceta empresarial, pero en ese campo también sería hostigado.

No sabía qué hacer cuando llegó a las costas de Oaxaca una carta de su primo Pizarro que le despertó el espíritu por un tiempo. Pizarro había conquistado el gran imperio de los incas en el Perú; a Cortés le brillaron los ojos, de Oaxaca a Perú se podía llegar fácilmente por mar, podía construir puertos y establecer una ruta entre los dos territorios, hacer una alianza con su primo, intercambiar productos y conocimientos, hacer comercio. Canceló su quimera de colonizar California y decidió poner todos sus recursos y empeños en el sueño del océano Pacífico. Tal vez podría ir más allá.

Parecía que llegaba la calma. Cortés no quería conflicto, aceptaba la autoridad de Mendoza y se limitaba a sus obras de caridad y sus actividades empresariales. No era virrey ni tenía poder alguno, pero detentaba mucha más autoridad que Mendoza con los indios. Era el tlatoani. Para 1538 el virrey, quizá presionado por don Carlos, decidió que era momento de reducir aún más a Cortés. Era necesario quitarle

todo, una vez más la orden era transferir todas las pertenencias de Cortés a Su Majestad.

Aunque fuera de manera simbólica, Cortés era el capitán general de la Nueva España; es decir, el máximo responsable de todo lo militar, lo cual incluía las expediciones. Para 1538 el virrey decidió hacer expediciones de conquista hacia el norte, evidentemente sin notificar de ello a Cortés. Era finalmente un insulto, una terrible descortesía y una violación a su título oficial. El jurista de Salamanca revivió y emprendió una querella contra Mendoza, aunque era evidente que no había nada que pudiera ganar ahí.

Ya en guerra, el virrey Mendoza decidió atacar con todas sus armas. Cortés era autoridad aunque no tuviera títulos, era tratado como marqués aunque no se respetaran sus dominios, y no dependía en lo absoluto de las autoridades puesto que era un empresario rico y exitoso. El ataque vino precisamente en lo económico: se le prohibió plantar vides y hacer vino, y el golpe fatal fue incautar todos sus barcos y tomar posesión de todos los puertos que había construido en sus propios dominios.

Cortés se había serenado, buscaba en la medida de lo posible no entrar en conflicto con un monarca que tenía poderes más allá de la ley. Él sólo quería vivir en paz, pero era difícil ignorar una afrenta tras otra: su palacio, sus tierras, sus vides, sus barcos. Parecía que nada provocaba lo suficiente a Hernán Cortés. Entonces vino el golpe definitivo: la amistad con los indios, y la red de poder no oficial que emanaba de ahí.

Desde la conquista de Tenochtitlán en 1521, Cortés había nombrado autoridades indígenas en las diversas ciudades, respetando para ello los linajes reales. La conquista de los aztecas la habían hecho finalmente los tlaxcaltecas, los cholultecas y los texcocanos, y sobre ellos recayó la responsabilidad de los gobiernos locales. Respetó su sistema político, los grandes señores lo seguían siendo, y simplemente había cambiado el tlatoani. Era prácticamente imposible quitar esa autoridad a Hernán Cortés.

Entonces el virrey Mendoza se decidió a usar la principal máquina de opresión política de la corona: la Inquisición. El Tribunal del Santo Oficio no se instauró formalmente en Nueva España hasta 1572, pero la orden de los dominicos se había establecido desde 1526, y ellos tenían precisamente la facultad de hacer juicios inquisitorios. De ellos se valió el virrey para presionar al obispo Juan de Zumárraga, a quien el propio monarca le había cambiado su título de protector de los indios por el de inquisidor apostólico. Antonio de Mendoza decidió abrir juicios inquisitorios contra jefes indios amigos de Cortés.

Era fácil abrir un proceso, pues las acusaciones que podían inventarse eran muchas y diversas. Los grandes señores indios seguían

sus costumbres de siempre; una de ellas era la de tener muchas esposas y concubinas, y por ello se les podía acusar de poligamia; muchos indios veneraban a Jesús y a la virgen, pero a través de sus propias imágenes de dioses ancestrales, se les podía inculpar de idolatría, de politeísmo o de paganismo; otros tantos seguían quemando copal y haciendo danzas en honor a Tezcatlipoca, se les podía denunciar de realizar cultos satánicos.

Había caciques que no estaban dispuestos a dejar a sus esposas, indios que no querían abandonar sus rituales, chamanes que se negaban a renunciar a su oficio. Todo eso lo sabía y lo aceptaba Cortés, y para eso quería la lenta labor transformadora de los franciscanos. Muchos casos se abrieron, todos hirieron a Cortés, tanto porque eran para menoscabar aún más su poder como por ser amigos suyos. El caso más sonado en la historia de los orígenes de Nueva España, y el que terminó de colmar a Hernán Cortés, fue el del cacique de Texcoco, Carlos Ometochtzin, condenado a morir en la hoguera.

Carlos Ometochtzin era hijo de Nezahualpilli y nieto de Nezahualcóyotl, los grandes y legendarios señores de Texcoco. Fue uno de los primeros indios de la nobleza en ser bautizado y educado por franciscanos. Debido a su linaje fue nombrado señor de Texcoco por Hernán Cortés, y de hecho vivió en su casa por un tiempo. Habían sido aliados en la derrota de los aztecas, y con el tiempo fueron también amigos.

El señor de Texcoco fue detenido y acusado de poligamia, brujería, idolatría y herejía. El propio Cortés declaró en su favor. El juicio en sí mismo era absurdo. No era ésa la forma de ganar las almas de los indios, pero bien sabía que la salvación de las almas era lo último que buscaba ese proceso inquisidor. Era política, como todo en la historia de la Inquisición. Cortés estaba rebasado por la rabia y frustrado por la impotencia. Era una venganza contra él en la persona de un inocente y una forma de mostrarle que ya no tenía ningún poder.

El proceso del señor de Texcoco duró medio año, aunque el juicio en sí fue una falacia. Tenía que haber condenados por consigna. El obispo Zumárraga lo condenó formalmente por herejía y lo puso a disposición del virrey Mendoza, quien decidió ejecutar la condena a muerte. El 30 de noviembre de 1539, don Carlos Ometochtzin fue quemado vivo en presencia de las autoridades. Ésa es la verdadera fecha de la conquista de México, el momento en que Carlos V y la corona de Castilla terminaron de tomar posesión absoluta del reino forjado por los indios y por Hernán Cortés.

El conquistador de México, capitán general de Nueva España y marqués del Valle de Oaxaca, decidió que no tenía más alternativa que presentarse nuevamente ante el emperador del mundo. Con todo

su pesar, preparó un nuevo viaje de vuelta a España. El más triste y aciago, aunque no dejó de ser productivo en muchos sentidos. El viaje del que Hernán Cortés ya no pudo regresar.

EL OCASO DEL MARQUÉS DEL VALLE

ESPAÑA, 1540-1547

El regreso del marqués a España no fue glorioso. Afrontaría su última batalla contra el emperador; uno al que el propio Hernán Cortés le había dado más reinos y ciudades de las que heredó de sus padres, como se lo recordó de frente al conquistador. Pero Cortés llegaba ya rendido. Estaba muy cansado a sus 55 años, con tantas leguas recorridas, con tantas batallas, con tantas decepciones. Pensó en no zarpar jamás rumbo a España y lidiar para vivir serenamente en sus tierras; pero el honor es algo que el hombre jamás debe dejar de defender.

Desembarcó en Sevilla en febrero de 1540 para encontrase con malas noticias, una crisis europea y la bancarrota de España. El emperador don Carlos estaba de luto por la muerte de su esposa, Isabel de Portugal; para llevar sus penas vivía alejado de la política y cercano a la guerra; a esa guerra santa contra el islam que siempre consideró como su deber sagrado, y el conflicto con el rey de Francia que siempre fue su obsesión.

El Imperio otomano se expandía y llegaba hasta el centro mismo de Europa: a pocos kilómetros de Viena —la gran ciudad de los Habsburgo— y hasta Túnez en el norte de África, muy cerca de los dominios de Aragón, de donde finalmente Carlos era rey. Los turcos reforzaban su poder y amenazaban Roma.

Don Carlos nunca pudo ser el campeón unificador de la cristiandad que siempre creyó que debía ser. El cristianismo ya no era una fuerza de cohesión en aquella Europa fragmentada por la Reforma de Martín Lutero en Alemania, continuada y radicalizada por Juan Calvino en Suiza y Francia, y entronizada por el propio Enrique VIII en Inglaterra, quien rompió con la Iglesia en 1534. El rey de Francia, depositario de una tradición de fervor cristiano, era aliado del sultán de los turcos en sus guerras contra Carlos V.

El emperador seguía llorando a una mujer a la que siempre amó, vivía en medio de una guerra contra el rey que siempre había odiado y se hundía en la bancarrota que sería el sello de la economía española, quebrada a pesar de la riqueza que fluía de Nueva España y el Perú. La Corona había querido monopolizar América, pero la

administración central del Nuevo Mundo era poco más que imposible. Incapacidad, corrupción, piratería, distancia…, una serie de factores hacía incontrolable un imperio que había nacido sobre la marcha, sin que nadie pudiera planearlo.

El marqués del Valle fue recibido con los honores de su título y méritos, pero eran protocolos de humo. El emperador tenía abierto el juicio en su contra y había acusaciones tan absurdas como permitir el canibalismo y promover la idolatría. Lo recibió parte de la nobleza y funcionarios del Consejo de Indias, pero le dejaron claro que el emperador estaba muy ocupado en temas alemanes, batallas en Hungría y amenazas turcas en el Mediterráneo. Ya no residía en España y no podría recibirlo. Era como si Cortés hubiera viajado para ver abogados y burócratas.

El marqués del Valle se instaló con su séquito en Valladolid. Visitó parientes, escribió cartas, atendía convenciones sociales y reflexionaba sobre su futuro proceder. También recibió noticias: Pedro de Alvarado había muerto. El legendario Tonatiuh de la conquista, nombrado por don Carlos como adelantado y gobernador de Guatemala, acudió a un llamado desesperado del virrey Mendoza para controlar una rebelión de chichimecas al norte de Nueva España, y sucumbió en manos de los indios.

Pasó ese año y el siguiente sin que Cortés pudiera hacer nada que no fuera leer, escribir, visitar aliados, hacer vida social y cortesana; y un proyecto muy importante para él: cabildear en el arzobispado de Sevilla y el Consejo de Indias para que los indios no pudieran ser sujetos a la Inquisición. De pronto la oportunidad se le presentó. El emperador don Carlos estaba necesitado de una victoria decisiva que frenara el avance de los turcos en mares y tierras de la cristiandad, y decidió que atacaría Túnez, tomada por corsarios al servicio del sultán Solimán, comandados por el legendario Jeireddín Barbarroja. Había reunido unos cuarenta mil hombres, entre soldados y marinos, y más de quinientas embarcaciones.

Aconsejado por su amigo y aliado Fradique Enríquez, almirante de Castilla, decidió participar en la batalla. Un servicio más para el emperador a fin de obtener la gracia de una audiencia, y quizá una inclinación favorable en ésta. A sus 56 de edad, el marqués del Valle zarpó rumbo a Túnez en la nave del almirante Enríquez. El barco se llamaba Esperanza.

La guerra contra los árabes y turcos fue corta. Carlos V partió de Mallorca el 13 de octubre de 1541, la flota quedó atrapada en una tempestad el día 21, don Carlos logró desembarcar con soldados alemanes el 26, y fue atacado por el corsario Barbarroja el día 27. Cortés se ofreció para comandar al destacamento español, el emperador convocó un consejo de guerra y terminó por cantar la

retirada. El conquistador del imperio azteca, el hombre que tomó Tenochtitlán con quinientos españoles, observó y participó de la retirada de cuarenta mil hombres.

El emperador sería agradecido y organizaría una recepción en honor de Hernán Cortés en 1542, en medio de los preparativos para dejar definitivamente España y trasladarse a residir a Alemania. Se iba olvidando de todos los asuntos políticos que podía; decidió relegar en los virreyes todas las funciones americanas, desde la designación de los funcionarios hasta el último detalle de gobierno. En cuanto a España, delegó la responsabilidad en su hijo Felipe, de 16 años, a quien le arregló matrimonio con la princesa María de Portugal; y aunque se retiró a Alemania, tampoco deseaba ocuparse mucho de sus asuntos, mismos que encomendó a su hermano menor, Fernando de Habsburgo.

Hernán Cortés, el jurista de Salamanca, había redactado un legajo de documentos con los distintos temas en que requería atención y satisfacción por parte del emperador: propuso la destitución del virrey, reclamó su cargo de capitán general, exigió protección legal para los indios, impuso demandas para que se respetaran sus derechos en el marquesado, y desde luego, presentó una denuncia por la destrucción de sus barcos. Exigía una compensación económica por lo arrebatado por el gobierno, y que se diera justo y cabal cumplimento a todo aquello que Su Majestad había prometido y ofrecido en 1529.

Su Muy Católica y Cesárea Majestad no tenía ánimo ya de ser prudente ni de seguir protocolos. Estaba hastiado de los asuntos del mundo y dejó que lo dominaran sus pasiones autoritarias y afanes absolutistas. Le dijo al conquistador que no era nadie y lo amenazó directamente con dejarlo fuera de la historia, borrar su obra y su nombre de la memoria de la humanidad, evaporarlo, dejarlo sin existencia en la posteridad. El nombre de Hernán Cortés no sería recordado y mucho menos asociado con la gloria de la conquista de América. La historia se escribe desde el poder y no había mayor poder que el de Carlos V.

El emperador se retiró de España y dejó a Cortés sin interlocutor, y sin haber dado verdadera respuesta a sus problemas. Aceptó enviar un visitador para hacer una indagación sobre el virrey y aplicar un interrogatorio sobre una serie de cargos y acusaciones esgrimidos por el conquistador. El visitador investigó a Mendoza de 1544 a 1547, y corroboró varias de las acusaciones de Cortés, pero el virrey sólo fue cambiado de Nueva España a Perú. Acerca de la situación judicial de los indios, don Carlos promulgó una serie de leyes donde quedaba prohibida tajantemente su esclavitud, y encomendó a los virreyes su cuidado y protección.

No había nada más que Hernán Cortés pudiera hacer. A partir de

1543 los asuntos españoles los manejó don Felipe; si bien Cortés fue invitado a su boda, rápidamente comprendió que le sería imposible ganar el favor del regente y heredero a la Corona. Había sido educado para gobernar desde su más tierna infancia, no era un improvisado, y su proyecto consistía en una centralización absoluta del poder. Sería el hombre que terminara de formar España. Cortés quedó absolutamente fuera de todo, y poco a poco la tendencia de la Corona sería ir desfavoreciendo y despojando a los conquistadores y a sus hijos para quitarles toda influencia de poder.

Cortés tenía alma de escritor. Ante la frustración tomó pluma y papel para dar su última batalla en ese otro campo de enfrentamiento que dominaba tan bien: las palabras. Redactó una carta dirigida a don Carlos en febrero de 1544, una que ya nunca leyó Su Majestad, y probablemente tampoco su hijo. Lo hizo un secretario que simplemente escribió una anotación al pie: "No contestar".

La carta era una queja, una recriminación dura y directa contra don Carlos. Cortés hablaba en ella de sus años de trabajo y penuria, del desgaste en la juventud para servir a Dios y a Su Majestad con la esperanza de que eso le permitiría tener una vejez descansada, de las conquistas que hizo en su nombre, de una vida de dedicación y entrega como buen súbdito, y de la frustración de ver cómo el propio rey le arrebataba lo ganado. Directamente lo acusó de dar con una mano y quitar con la otra, pero además por la espalda, a traición. Sin usar la palabra, el marqués llamó cobarde el emperador del mundo.

Para 1544 pareciera que la amenaza del emperador hizo efecto. Cortés salió de la historia y durante tres años casi no se supo nada de él. Se iba difuminando a partir de la postrera carta a don Carlos y la siguiente gran noticia en torno a su persona sería la de su muerte, el 2 de diciembre de 1547, en un poblado cercano a Sevilla. ¿Sería posible que ese espíritu indomable hubiera quedado finalmente abatido por el ataque y el desdén de la Corona?

Hernán Cortés no quedó del todo derrotado, pero eligió muy bien su campo de batalla y sus estrategias. En su último ataque al emperador él tenía 59 años y demasiada vida a cuestas; estaba triste, eso resultaba evidente, decepcionado de un rey en el que no encontraba tamaños. Era muy fácil, desde luego, juzgar al monarca universal sin estar en sus zapatos y en su trono. No eran hombres muy distintos, los dos atrapados en un cambio de mundo al que ninguno sabía cómo enfrentarse. Don Carlos fue el emperador y Cortés le dio gran parte de su imperio; en otras circunstancias, todo pudo haber sido distinto.

El viejo conquistador decidió usar sus últimas fuerzas para luchar la batalla de la eternidad. El hombre más poderoso del mundo había amenazado con dejarlo fuera de la historia, y Hernán Cortés no podía permitirlo. Decidió escribir, era el hombre que había conquistado a los

aztecas y tenía muchos recuerdos que contar, quería asegurar su nombre en las glorias de la historia. Ésa es la guerra que debía ganar.

El marqués del Valle dedicaría los últimos tres años de su vida a la reflexión y a la introspección. Con el tiempo, Cortés era más religioso, consagraba más tiempo a la oración, en compañía de frailes. Quería preparar su alma para presentarla al Señor en el juicio final. Escuchaba misa a diario, leía los Evangelios con frecuencia y pasaba horas en medio de la soledad. Escribía mucho y buscaba fuentes de inspiración, y para eso decidió rodearse de pensadores e intelectuales.

La casa de Cortés en Valladolid comenzó a recibir a eruditos, maestros universitarios, teólogos, artistas y escritores. El marqués del Valle patrocinó espléndidas tertulias literarias que, con el paso del tiempo, se convirtieron en formales reuniones de academia. Pensadores y escritores se dieron cita en su residencia para discutir sobre temas diversos, tomar notas, hacer debates. Una gran actividad intelectual se desarrolló en torno al viejo y cansado conquistador.

Uno de los participantes asiduos se llamaba Francisco Cervantes de Salazar, un estudioso de Salamanca que llegaría a vivir a México en torno a 1550 y terminaría convertido en el cronista del reino. Su magna obra se titula precisamente *Crónica de la Nueva España*, y es en gran medida una biografía de Hernán Cortés, una historia de la conquista y una de las principales fuentes para saber sobre el conquistador.

Aprovechó ese entorno y ese ambiente propiciados por él mismo para garantizar que no se cumpliera la profecía del emperador. Tenía que plasmar su versión de los hechos y dejar constancia de que había sido el actor principal de esa impresionante epopeya humana. Sabía que tenía talento, pero prefirió limitarse al papel del anciano que contaba memorias, y que un profesional les diera forma; así fue como entró en contacto con el fraile franciscano Francisco López de Gómara, quien sería oficialmente su capellán y confesor, lo cual justificaba las cuatro a seis horas diarias que pasaban juntos. En realidad escribieron un libro.

Cortés dictó sus memorias y con ello narraba la historia de la conquista de México. Sabía muy bien que el emperador y su hijo habían prohibido su obra. Todas sus cartas habían sido publicadas y circulaban ya por el Viejo Mundo en idiomas como holandés, inglés, y francés; se leían en todos los países, pero en castellano y en España estaban vedadas. López de Gómara escucharía paciente los relatos y les daría una forma más académica que permitiera que el libro resultante se difundiera en los círculos universitarios.

Digna vida de un anciano venerable fue la que se dio Cortés. Oración y reflexión, intelectualidad y tertulia, dictar memorias. Al parecer hacía otra cosa. Escribía, pero por las tardes y casi en secreto.

Ya existían sus cartas, que eran finalmente su versión de los hechos contada en tiempo real, y se daría a conocer el libro de Gómara, biografía narrada desde un gabinete de escritor profesional que no presenció los hechos. Pero Cortés sabía que había nacido la era del hombre común, el que hace la historia de manera anónima y merece también su reconocimiento.

Todos juntos hicieron la conquista. Tal pareciera que Hernán Cortés se dedicaba a contar la historia verdadera de la conquista desde los ojos del soldado de a pie, uno que nunca resaltaba pero que siempre estaba, que atestiguaba todo, que guardaba memoria perfecta, que reflexionaba desde la mirada. En esa crónica detalló los mismos hechos que relató en sus cartas del pasado, pero los años le permitieron tener una visión crítica consigo mismo. No tituló la obra y no incluyó el nombre del autor, no era su objetivo publicar, no de momento. Con la fe que siempre lo había caracterizado, determinó que el destino y el tiempo eligieran el momento idóneo.

Después de mucho escribir y reflexionar, decidió que deseaba esperar la muerte en su amado México. Terminó sus asuntos en Valladolid y se encaminó a Sevilla con la esperanza de llegar a Sanlúcar de Barrameda y reunir aún la fuerza necesaria para volver a atravesar el océano. En Sevilla cobró conciencia de que no tendría esa energía, y tras una peligrosa crisis febril causada por la disentería, resolvió dictar sus últimas voluntades el día 11 de octubre.

Su testamento lo dejó rendido. Fue un tremendo ejercicio de memoria y un profundo análisis de conciencia. Estaba preparado para morir y quería hacerlo alejado del mundo para estar en oración. El duque de Medina Sidonia le prestó un pequeño palacio en el poblado de Castilleja la Cuesta, donde entregaría el alma a Dios el día 2 de diciembre de 1547. El marqués del Valle no tenía dónde descansar, y el duque decidió enterrarlo en su propio mausoleo; el conquistador dormía el sueño eterno en una tumba prestada. Su deseo de volver a México tardaría diez años en hacerse realidad, y a Hernán Cortés aún le esperaba su última batalla.

LA BATALLA DE LA ETERNIDAD

DE ESPAÑA A MÉXICO

El último sueño de Hernán Cortés se cumplió veinte años después de muerto. En el mes de julio de 1566, finalmente el cadáver del conquistador de los aztecas, capitán general de la Nueva España y marqués del Valle de Oaxaca, arribaría a México para encontrar final descanso. Los restos de Cortés llegaron, pero el descanso pareciera ser algo vedado para él. Cortés regresó en medio del tumulto causado por una rebelión de independencia fallida. Los tres líderes del movimiento habían sido encarcelados y condenados a muerte. Eran sus hijos.

Las aventuras de Hernán Cortés no terminarían por un detalle como la muerte, aunque difícilmente habría podido imaginar el conquistador quinientos años de peripecias, cinco siglos en el que los azares de la vida se acomodaron de tal forma que el marqués del Valle duerme en España el sueño del olvido histórico, cuando no la pesadilla de la vergüenza; y en México vive en medio de un debate que se mueve desde el oprobio hasta la exaltación, un debate que pasó de las páginas de los intelectuales a los mitos de las masas, un conflicto que sacude de manera perpetua el sepulcro de Hernán Cortés para negarle el descanso eterno, a España un reconocimiento de sus glorias pasadas y a México una reconciliación consigo mismo en el presente.

España nació como un imperio que se desbordó hacia los océanos y le dio la vuelta al mundo; y fue Hernán Cortés uno de los pioneros de esa grandeza. Nació el México mestizo, indio e hispano, cristiano y pagano, religioso y místico, moderno y antiguo, el de dos grandes raíces; y Hernán Cortés fue quien depositó esa semilla en tierra sagrada. Comenzó a germinar una hispanidad que es tanto de América como de Castilla. De la semilla y la tierra brotó una nueva cultura que ha aflorado como planta de hermosas flores, pero punzantes espinas.

¿Cuál fue la vida de Hernán Cortés después de la muerte? A los pocos días de su deceso se celebraron funerales en su honor en Sevilla. Lo fueron a despedir nobles inspirados por su coraje ante el emperador, religiosos agradecidos por sus servicios hacia la fe, pensadores motivados por vínculos intelectuales, escritores llevados por la curiosidad, y comunes a los que siempre los ha impulsado el morbo. Grandes funerales, pero la prohibición oficial de llevar sus

restos a México.

Con sus huesos viendo pasar el tiempo, y su espíritu experimentando la libertad de la eternidad, Cortés vio morir a Juan de Zumárraga, primer arzobispo de Nueva España, en 1548; despidió a Francisco Cervantes de Salazar cuando zarpó rumbo a México en 1550, aún sin saber que sería uno de sus grandes cronistas; atestiguó en 1552 la publicación, exitosa, de una *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, que escribió Bartolomé de las Casas, y vio también la edición de *La conquista de México*, de Francisco López de Gómara, que era en gran medida una biografía del conquistador. El libro tuvo un éxito rotundo y se tradujo a varios idiomas, pero el emperador del mundo lo declaró prohibido en sus extensos dominios.

El cansado emperador intentó cumplir con todas sus obligaciones sagradas hasta que fue derrotado por el mundo. Ya era de por sí muy pesada la carga para don Carlos, pero dos episodios seguramente fueron los decisivos para que resolviera retirarse. A finales de 1555 firmó un documento conocido como Paz de Augsburgo, en el que reconocía a los luteranos el derecho a profesar su fe; gran derrota para el defensor de Dios. En el aspecto emocional ya había sido abatido por la muerte de su madre, doña Juana, encerrada en su castillo de Tordesillas, el 12 de abril de ese mismo año.

Don Carlos le había arrebatado los tronos de Castilla y Aragón desde 1516, y la mantuvo en su encierro bajo el mismo argumento que ya había esgrimido Fernando el Católico: la locura. La reina titular languideció en una fortaleza mientras su hijo intentaba domar sus incontrolables dominios. El ya deprimido monarca se dejó hundir aún más con la muerte de su madre, y firmó su última derrota al aceptar oficialmente la partición de la Iglesia y la fe. Abdicó de todos sus tronos a inicios de 1556 y se retiró a hacer penitencia en un monasterio castellano.

Felipe II se convirtió en rey de España y, por lo tanto, de las Américas a partir de 1556, y declaró la bancarrota del reino al año siguiente. Fue el primer legado tangible de su padre, que murió de paludismo el 21 de septiembre de 1558. No es fácil ser el emperador del mundo.

Carlos de Gante, por la gracia de Dios rey de Castilla, Aragón, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, señor de los Países Bajos, duque de Borgoña y Sacro Emperador Germánico; y por la de Hernán Cortés, señor de América, había envejecido más allá de sus años; padecía dolores intensos provocados por la gota que lo aquejaba desde la juventud, fiebres delirantes causadas por la malaria, y una desconexión total de la realidad derivada de una nostálgica locura, seguramente hereditaria. El hijo de Juana la Loca pasó sus últimos años armando y desarmando relojes, y preguntando sin cesar: qué hora es.

El emperador sobrevivió a todos aquellos que junto con él habían protagonizado ese fin del mundo medieval y el tormentoso nacimiento del mundo moderno. Enrique VIII de Inglaterra, casado en el primero de seis matrimonios con Catalina de Aragón, el hombre que terminó de fragmentar la cristiandad al romper con la Iglesia de Roma, murió en enero de 1517. Francisco I, el poderoso rey de Francia, su eterno enemigo, el infame aliado de los turcos, entregó el alma en marzo de ese mismo año. Martín Lutero, el arrogante monje que escindió para siempre la unidad de la cristiandad, el hombre que desgajó el Sacro Imperio, había dejado el mundo en 1546. Hernán Cortés, ese descamisado con aires de gran señor, el segundón con delirios de monarca, exhaló su último aliento a finales de 1547.

El último romántico medieval no pudo con el peso del mundo que comenzaba a nacer. Muchas fueron sus guerras y muchas sus derrotas, ante Francia, ante Inglaterra, ante Solimán, ante la división religiosa de Europa. Fue el último en soñar la unidad del continente bajo la fuerza de la fe y fracasó en todos sus intentos, no por falta de arrojo y dedicación, mucho menos de capacidad, pero sus sueños eran propios del remoto pasado.

Nunca logró su gran imperio universal, no pudo recuperar el ducado de Borgoña que había quedado bajo el poder francés, y jamás pudo detener el empuje del gran turco Solimán. Pero su máximo fracaso, dado que, por encima de cualquier título o encargo, se consideraba el defensor de la fe, fue el que tuvo ante un sencillo monje agustino; jamás pudo detener la herejía luterana que dividió para siempre el imperio, el continente y la religión. No pudo defender a Dios, ésa fue su mayor derrota.

Lutero había clavado un documento con noventa y cinco argumentos en contra de la venta de indulgencias el 31 de octubre de 1517. Para 1520 la mitad de los príncipes alemanes respaldaban la postura luterana y, diez años después, los reinos nórdicos de Dinamarca y Suecia ya se habían separado del catolicismo. Carlos persiguió a Lutero y le puso precio a su cabeza, quemó sus libros y publicó su excomunión, amedrentó a sus seguidores, luchó contra su propia nobleza rebelde, los amenazó a todos con las llamas sulfurosas del infierno. Todo fue en vano. La revolución religiosa, política y social que comenzó Martín Lutero se extendió como reguero de pólvora por todos los confines de la cristiandad.

Cortés seguía durmiendo bajo el suelo sevillano mientras en México comenzaba a germinar una de las flores que, sin saberlo, dejó sembrada el conquistador. En torno a 1556, un escritor noble de origen nahua, estudiante y después rector del colegio de Santiago Tlatelolco, llamado Antonio Valeriano, escribió un breve texto que sería el inicio de toda una espiritualidad mestiza: el *Nican Mopohua*.

Aquí se narra, se pone en orden y concierto, cómo en forma muy maravillosa se apareció la madre de Dios, nuestra venerada Señora,[43] allá en Tepeyácac, y se da a conocer como Guadalupe.[44] Ésas son las primeras palabras de un extraño texto inspirado en náhuatl, y cuyos primeros dos vocablos en esa lengua eran precisamente Nican Mopohua; no sólo es el texto donde se relataron las apariciones de la virgen, sino el primero en el que a la diosa madre se le dio en México el nombre de Guadalupe. El alma de España nació en América y se hizo india.

Estrictamente hablando no puede decirse que ese texto haya sido escrito, y mucho menos difundido, en torno a 1556. Su verdadera publicación sería en 1649 dentro del ya mencionado libro del capellán Lasso de la Vega, como uno de sus capítulos; pero fue dicho autor quien aseguró que esa narración tenía como origen al indio Antonio Valeriano, por aquellos lejanos años.

En ese año, 1556, fue cuando un artista plástico del colegio de Tlatelolco, Marcos Cipac de Aquino, creó una deslumbrante obra de arte con la imagen guadalupana con rasgos indios, pero con los elementos guadalupenses de la de Extremadura: querubín, media luna, manto estrellado y rayos de sol. Nacía todo un culto en México.

Si se va a hablar estrictamente, hay que decir que Marcos Cipac es mencionado poco y vagamente en algunos textos de los primeros cronistas indios hispanizados, que es ignorado por otros, y que su existencia y autoría de la pintura tampoco son del todo comprobables. Es sólo una versión histórica.

Tampoco es comprobable, y sin embargo no deja de ser otra versión, la más aceptada más allá del ámbito académico: que esa imagen es una impresión milagrosa en el manto del indio Juan Diego —de existencia igualmente dudosa—, después de que se le apareció en el año de 1531; no existe un solo documento de la época, incluyendo las memorias de Zumárraga, supuesto testigo de honor, o del propio Cortés, quien seguramente se habría entusiasmado sobremanera ante el milagro, que mencione a Juan Diego o las apariciones.

En toda la historia de Nueva España y después México, desde 1556, se ha discutido sobre la imagen y la leyenda del milagro que la acompaña. Es quizá la más absurda y bizantina de las discusiones mexicanas, como si los milagros fueran jurisdicción del debate académico y científico, como si el creyente necesitara del aval de científicos y académicos, como si el intelectual estuviera dispuesto a entregarse a la fe si encontrara pruebas, con lo cual deja de ser fe, y como si el guadalupano estuviera tentado a abandonar su fe por falta de pruebas. Guadalupe es un milagro, haya o no apariciones. El milagro es para quien cree en él y para quien lo necesita. El milagro, el que sea, no está disponible para el que no quiere creer. No hay

siquiera material de discusión.

En 1562, los tres hijos de Hernán Cortés —Martín el mestizo, el hijo de Marina; Luis Altamirano, engendrado con la princesa azteca doña Hermosilla, y Martín el marqués, el hijo de Juana de Zúñiga— se embarcaron en Sevilla rumbo México. No lograron llevar con ellos el cadáver de su padre, por prohibición real, y dejarían abogados ocupados en esa batalla heredada entre el conquistador y el emperador.

Los hijos de Cortés mantenían una correspondencia constante con Nueva España, sabían del descontento de muchos de los hijos de los conquistadores, que eran despojados de la herencia de sus padres por el rey Felipe II. Se revivía la idea cortesiana de una Nueva España independiente, y para algunos, el candidato idóneo a liderarla sería el segundo marqués del Valle de Oaxaca.

Llegaron juntos a Yucatán en octubre de 1562 y fueron recibidos por Francisco de Montejo, hijo del conquistador del mismo nombre, y entraron triunfantes en la Ciudad de México en 1563. Martín Cortés de Zúñiga reclamó la herencia de las tierras del marquesado, de la que recuperaría sólo algunas propiedades, y comenzó a conspirar, hasta que las circunstancias adelantaron los planes; en 1564, murió en ejercicio del poder el segundo virrey, Luis de Velasco. Era la coyuntura para aupar a Martín Cortés de Zúñiga al poder.

Los apoyos no fueron tantos y la fuerza del segundo marqués fue poca. Fueron arrestados, encerrados, juzgados y condenados a muerte por traición en julio de 1566, cuando el cadáver de su padre finalmente lograba llegar a suelo mexicano. En medio del caos, los políticos de la Real Audiencia no querían los restos de Hernán Cortés en la capital, y serían inhumados en el convento franciscano de Texcoco.

Un nuevo virrey, Gastón de Peralta, ocupó el trono vacante en octubre de 1566. En ausencia de poder se habían aplazado las ejecuciones y los hijos de Cortés esperaban la muerte en un frío calabozo. El virrey Peralta decidió conmutar sus condenas por destierro, y fueron enviados a España.

Cortés vería pasar parte de la historia del virreinato desde el altar del convento de San Francisco, en Texcoco, de 1566 a 1629. Desde la tumba presenció con tristeza un acontecimiento que sólo podía ser una derrota más para él: el establecimiento del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en la Ciudad de México. A la par podía ver con regocijo cómo aún era una dinastía indiana la que gobernaba la capital virreinal; el señor de México Tenochtitlán era precisamente Antonio Valeriano, el autor del *Nican Mopohua*, casado con una princesa azteca, Isabel Huanitzin, hermana del cronista indio Hernando Alvarado Tezozómoc; descendientes del linaje de

Motecuzoma.

En 1574, Martín Cortés Zúñiga, quien vivía exiliado en los dominios españoles en el norte de África, obtuvo el perdón del rey Felipe II, con lo que se le permitió residir en la península ibérica y recuperar la herencia como marqués del Valle. Murió en Madrid en 1589 y heredó el marquesado a su hijo Hernando Cortés, quien no dejó hijos legítimos, por lo que el legado pasó a su hermano menor, Pedro Cortés, cuarto marqués del Valle, quien decidió residir en México, donde murió en 1629.

Tras la muerte del cuarto marqués del Valle, se le hicieron funerales de gran señor, para hacer con ello un homenaje póstumo al conquistador, cuyos restos fueron exhumados de Texcoco con el fin de ser enterrados con su último heredero directo en linaje masculino, en el altar del convento de San Francisco de la Ciudad de México.

Dado que don Pedro murió sin herederos, el marquesado pasó a su hermana menor, doña Juana Cortés, quien lo legaría a su hija Estefanía Carrillo de Mendoza y Cortés, casada con Diego de Aragón, duque de Terranova, en quien terminó recayendo el título. En tiempos de la independencia, los duques de Terranova seguían siendo los marqueses del Valle, y encargaron a su abogado en México, don Lucas Alamán, que resguardara los restos de Hernán Cortés y velara por ellos.

Se hubiera pensado que con la inhumación solemne de 1629 podría terminarse la historia de Hernán Cortés, pero sus restos aún serían traslados. Más allá de su cadáver, su memoria misma adquirió nueva vida tres años después, en 1632, cuando se publicó en España una obra literaria que causó sensación. Su título era *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, y la firmaba un hombre hasta entonces desconocido, un tal Bernal Díaz del Castillo.

La historia misma del libro parecía fascinante pues en ella se daba a conocer la versión de Juan de a Pie, del soldado raso al que nunca se le atribuyeron méritos en ninguna obra gloriosa de la historia, cuando es la fuerza motriz. Cortés en sus cartas menciona mucho a Olid, a Sandoval, a Alvarado, Ávila, Portocarrero, Montejo y a otros capitanes, incluso a muchos comunes por su nombre o apelativo; pero ni dicha correspondencia con el emperador, ni la crónica de Gómara, basada en sus conversaciones con el conquistador, ni la crónica de Cervantes de Salazar, fundada en relatos de los conquistadores o sus hijos, mencionaron a un tal Bernal Díaz del Castillo.

Con el paso de los años se construyó una biografía oficial de Bernal, y en el siglo XIX obtuvo hasta retrato. Nacido según su propio testimonio en Medina del Campo, habría llegado a las islas remotísimas desde 1514; habría participado en las dos expediciones previas a la de Cortés, en toda la aventura cortesiana desde Cuba a

Yucatán y a Tenochtitlán, en cada momento relevante, en el encuentro con Motecuzoma, en la Noche Triste y en la conquista; en el viaje a las Hibueras, el primer retorno a España y en la vida del marqués a su regreso.

Al parecer habría obtenido tierras en Guatemala, donde habría llegado a ser regidor y habría pasado sus últimos años y días haciendo un monumental ejercicio de introspectiva, en el que a sus 85 años se sentó a escribir sus memorias de la conquista, y recordaba cada minúsculo detalle, cada nombre, números y cantidades de todo, palabras y conversaciones textuales, una lista de 320 soldados, detalles íntimos.

Además, era un soldado raso en el confín del mundo que sabía leer y escribir castellano y latín, y que tenía una amplísima cultura clásica que le permitía citar de memoria a los mismos autores y personajes a los que aludía Cortés. Un hombre que redactó una crónica que dejó guardada entre sus papeles en Guatemala, hasta que su hijo se la hizo llegar a un editor muchos años después de su muerte.

Si bien la memoria de Bernal parece un fenómeno imposible, más difícil aún será que reúna los requisitos para ser lo que dice ser: testigo presencial de todo. Bernal sería un amigo íntimo que nunca es mencionado, un sobreviviente de primer orden y un hombre con una cultura monumental para ser un simple soldado raso al que todos omiten mencionar.

Cortés zarpó de Cuba en 1519 con alrededor de quinientos hombres. De entre ellos llevó a tripulantes de las dos expediciones anteriores; Bernal estuvo en las dos. De los quinientos hombres de Cortés habría que quedarnos tan sólo con los que hayan estado en los viajes anteriores, lo cual reduce las probabilidades a la mitad. Ya con esa cifra habría que encontrar a alguien que siempre estuviera al lado del capitán general, a grado tal de poder recrear diálogos íntegros; que sea de los que fueron con él a Cempoala, de los que llegaron a Tenochtitlán; de entre ellos, de los que salieron con Cortés a combatir a Narváez para regresar nuevamente a la ciudad azteca, y después sobrevivir a la noche triste.

En la Noche Triste murió la mitad de los hombres. De esa mitad habrá que buscar a ese soldado raso que sepa leer y escribir castellano y latín, pero que además haya participado en las expediciones previas a las de Cortés, haya ido con él a Cempoala, haya llegado a Tenochtitlan, lo haya acompañado contra Narváez, regresado y sobrevivido. Esto es ya de por sí imposible, pero habría que agregar que también sobrevivió a la batalla final de la conquista.

Bernal debió subir con Cortés a la cima de Templo Mayor el día de la victoria, estar con él cuando le presentaron a Cuauhtémoc y haber presenciado la tortura del último señor azteca con aceite hirviendo; y,

desde luego, estar en casa con Cortés y Marina, incluso en la habitación. Difícil encontrar alguien con ese nivel de intimidad a quien el conquistador no mencionó jamás en su vida.

Aunque ya se pisa el terreno de lo imposible, habría que agregar que debió ser de los muy pocos que acompañaron al conquistador a su viaje a España entre 1528 y 1530, atestiguar sus audiencias y ver cómo lo nombraban marqués. Por si fuera poco, ya que habla de la embajada que Cortés envío a entrevistarse con el papa, pareciera ser que pertenecía al círculo de confianza extrema y que fue a Roma a ver a Su Santidad, para volver a España y de ahí a México, nuevamente con Cortés.

Ya en México, Bernal debió presenciar las vicisitudes y calamidades del marqués para tratar de ejercer el poder en su marquesado, testimoniar los conflictos con el virrey, verificar las expediciones a California y presenciar la salida de Hernán Cortés a su viaje sin retorno a España en 1540. Ese hombre de absoluta confianza que conocía incluso los sentimientos del conquistador, no fue mencionado nunca ni su nombre apareció en documento alguno, y vaya que Cortés hacía firmar documentos a todos sus hombres.

Ese hombre omnipresente, sobreviviente nato, del círculo íntimo, que estuvo en cada episodio fundamental, debía de conocer de historia de Roma pues menciona a Constantino, de Grecia pues habla de Alejandro, de Julio César pues cita su guerra de las Galias, de mitología pues diserta sobre el laberinto de Creta, de múltiples batallas pues alude a Atila, de cantares de gesta pues refiere el de *Roldán*, de novelas de caballería pues nombra al *Amadís de Gaula*. Los académicos no gustan de cuestionar personajes o eventos que han sido dado por sentados, pero Bernal Díaz del Castillo es imposible.[45]

En 1789 llegó a la Ciudad de México don Juan Vicente de Güemes Pacheco y Horcasitas para asumir su encargo como quincuagésimo segundo virrey de la Nueva España. Fue el hombre que hizo que la capital novohispana se conociera como la Ciudad de los Palacios;[46] aplanó y niveló la plaza mayor, y en esas obras emergieron del inframundo la escultura de Coatlicue y la Piedra del Sol. Fue quien encomendó a Manuel Tolsá la escultura ecuestre de Carlos IV[47] para la plaza, así como terminar la Catedral Metropolitana y construir una buena cantidad de edificios, entre ellos el Palacio de Minería. Fue también quien decidió hacer pompas fúnebres para Hernán Cortés, y enterrarlo con honores en el templo adjunto al Hospital de Jesús.

El virrey Revillagigedo decidió que era necesario homenajear a Cortés. Es muy difícil conocer sus razones, pero se asume que ese hombre de la Ilustración visualizaba el proyecto de la independencia, y que Cortés, el hombre que intentó que la Nueva España naciera independiente, le pareció un símbolo adecuado. Por eso organizó un

entierro solemne con la presencia de la elite de gobierno, las autoridades religiosas y los aristócratas de Nueva España; y por eso buscó a un orador de primera categoría, mismo que encontró en la persona del dominico Servando Teresa de Mier.

El virrey tenía todo listo para el magno evento, a celebrarse en 1794, el día de noviembre en que Cortés y Motecuzoma se encontraron por vez primera, y en el templo del Hospital de Jesús, precisamente porque el conquistador lo construyó en el lugar donde se dio ese histórico encuentro. Simbólicamente parecía un buen sitio para establecer el nacimiento del México mestizo que era la Nueva España de aquel siglo XVIII. Pero el virrey fue removido el 11 de julio, y ya estaba de vuelta en España cuando ocurrió la inhumación.

Miguel de la Grúa y Talamanca, su sucesor, consideró inocuo el evento y mantuvo los planes. Estuvo presente en el templo de Jesús Nazareno el 8 de noviembre de 1794, y escuchó el discurso laudatorio que ofreció Servando Teresa de Mier sobre la persona de Cortés. No parecía una alocución rebelde. Un mes después escuchó al mismo fraile dar aquel disparatado sermón sobre la virgen de Guadalupe que, mezclado con el de Hernán Cortés, era una disquisición política, y decidió expulsarlo de Nueva España.

Servando Teresa de Mier, el rebelde que homenajeó a Cortés y fue testigo de su última exhumación oficial en 1794, era parte del gobierno republicano que azuzó a la multitud para quemar sus restos en 1823. Fray Servando murió en 1827. Son extrañas las ironías de la vida, y el cadáver del fraile también tuvo muchas aventuras. Fue enterrado en el convento de Santo Domingo, su cuerpo fue exhumando en 1861, bajo el gobierno de Benito Juárez, se encontró que estaba momificado y fue exhibido, junto con otros, como una víctima de la Inquisición. Sus restos y las otras momias fueron vendidos a un mercader italiano que los expuso en varios lugares del mundo, hasta que finalmente se perdieron. Hay quien asegura que es uno de los cuerpos que se muestran públicamente en las capillas de Cholula, esa legendaria ciudad de Quetzalcóatl.

El 16 de septiembre de 1823, el México independiente se tambaleaba en medio del caos. La multitud exigía justicia y los poderosos propusieron el odio como solución. Había que quemar los ignominiosos restos de Hernán Cortés. Cuando la multitud iracunda irrumpió en el templo de Jesús Nazareno, donde estaba el mausoleo que resguardaba los huesos del conquistador, no encontraron nada. Alguien había entrado previamente y se los había llevado. Se corrió el rumor de que habían sido enviados a Italia.

Detrás de aquel intento de profanación de los restos de Cortés estuvieron los políticos mexicanos que derrocaron a Iturbide y a su efímero imperio, como Guadalupe Victoria, Servando Teresa de Mier,

Vicente Guerrero y Antonio López de Santa Anna; detrás de ellos estaba el espía Joel Robert Poinsett haciendo su trabajo: debilitar a México a como diera lugar, aniquilarlo en el momento mismo de su nacimiento. Para ello, además de infiltrarse en la política, decidió deslizarse en nuestra mente colectiva a través de un mecanismo que conocían muy bien los estadounidenses: crear una leyenda negra.

La leyenda negra fue una creación de Inglaterra contra España a lo largo de la historia del imperio hispano. Hasta la fecha tenemos que hacer convivir historias contradictorias en nuestra mente: que los españoles que llegaron a América eran algo así como la escoria de la humanidad, pero al mismo tiempo derrotaron al maravilloso imperio azteca; o que España era el país más atrasado del siglo XVI, al tiempo que estudiamos que ellos están detrás de la llegada a América, la primera vuelta al planeta y el primer imperio mundial.

Inglaterra, mientras construía su imperio basado en la destrucción del mundo, se dedicó a construir la historia de un nefasto imperio español; mientras sus corsarios al servicio de la corona saqueaban barcos alrededor del mundo, lograron esparcir la versión de los ladrones españoles; mientras conquistaron con la civilización como pretexto, acusaban a los españoles de conquistar escudados en la idea de Dios.

Por encima de todo: el conflicto que dichas naciones tenían en el siglo XVI era principalmente religioso: el catolicismo que fue el sustento de aquella España, contra la visión calvinista que era la base de la Iglesia anglicana. Los colonos ingleses de América se asumieron siempre superiores a los conquistadores españoles; y eso, nombrarse colonos mientras llamaban conquistador al otro, era parte de la estrategia. Esa pretendida superioridad, ya convertidos en estadounidenses, fue la base de su discurso para legitimar la guerra contra México para arrebatarle un territorio que, según ellos, estaba destinado por Dios para Estados Unidos.

Don Lucas Ignacio José Joaquín Pedro de Alcántara Juan Bautista Francisco de Paula Alamán y Escalada, abogado de José Pignatelli de Aragón y Cortés, duque de Terranova, y decimocuarto marqués del Valle de Oaxaca, enterado de los hechos que iban a suceder se puso de acuerdo con el capellán del templo para poner a salvo ese vestigio de la historia de nuestro país. Tomó la urna y decidió esconderla donde nadie la buscaría: ahí mismo. Retiró algunos tablones de piso y depositó los huesos debajo del altar. Nadie los encontró.

En 1836, el mismo Lucas Alamán quiso esconder los restos en un lugar más seguro, menos expuestos a la humedad que los atacaba debajo del piso. Los sustrajo, los colocó en una nueva urna de cristal que guardó en una caja de madera dentro de una caja de plomo, elaboró actas notariales detallando el estado de los restos y el lugar

exacto donde serían depositados. Entregó una a la embajada de España, otra al patronato del Hospital de Jesús, y envió una más a los herederos de Cortés.

Con el tiempo, en ese México que nació tan convulso, los documentos se perdieron. Junto con sus restos, Cortés desapareció del panorama político, y por lo tanto de la memoria del pueblo, a lo largo de todo el siglo XIX. Muchos enemigos tuvo México, interiores y extranjeros, como para necesitar revivir a ese fantasma. Hernán Cortés descansó detrás de una pared y ningún gobierno se ocupó de él.

México fue invadido por Francia, por Estados Unidos y por Francia nuevamente, hubo guerras internas y externas, llegó y cayó Maximiliano de Habsburgo, se vivió la conflictiva era de Juárez y poco a poco se fue estableciendo la tensa paz del porfiriato. El viejo dictador cayó y el país quedó sumergido en la revolución. Para 1946, un México emergido de su revolución, en plena reconstrucción física e ideológica, necesitado de una identidad que estaba siendo plasmada y construida por intelectuales y muralistas, fue el que vio despertar a Hernán Cortés.

Indalecio Prieto, un exiliado de la guerra civil española, encontró el acta perdida en algún lugar de la embajada española, excavó la pared en el lugar indicado y ahí estaba la urna, tal y como era descrita. En ella estaban cada uno de los huesos enumerados en el documento. Habían encontrado los restos de Hernán Cortés en un México que construía una identidad basada en el trauma de la conquista. Pero el conquistador no llegó a las masas, y fue más bien tema de intelectuales académicos que pasó por plumas como la de José Vasconcelos, Octavio Paz o Carlos Fuentes.

La identidad de los restos de Cortés fue corroborada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, que decidió dejarlos bajo resguardo del Hospital de Jesús, donde probablemente siempre supieron en secreto y en silencio que estaban ahí, en el templo del hospital fundado por el conquistador. La urna con los viejos huesos fue depositada nuevamente en la misma pared. Cuando habían transcurrido cuatrocientos años de la muerte del conquistador de los aztecas, en 1947, fue colocada una placa marcando el sitio de su descanso. Dice lo menos posible: HERNÁN CORTÉS. 1485-1547.

Pero para muchos, el hallazgo de los restos de Cortés constituía una afrenta a la mexicanidad, y en medio del fervor nacionalista y las farsas políticas fueron encontrados los restos de Cuauhtémoc en el estado de Guerrero, aunque su cadáver haya sido abandonado en un árbol en Centroamérica. Eran falsos y lo sabían los investigadores del Instituto, pero la orden del gobernador del estado de Guerrero fue clara: su trabajo es decir que estos huesos son de Cuauhtémoc.

Yo conocí a Hernán Cortés en 1982. México no había podido jugar

en el mundial de futbol de España que se celebraba ese año; curiosamente muchos fanáticos del deporte de las patadas, sin México en la contienda, le iban a España y le decían la Madre Patria. Los géneros son una construcción, pero siempre he pensado que la madre fue Mesoamérica. Yo nací en México igual que mis padres y tres de mis abuelos, el otro llegó exiliado en la guerra civil española. Hay sangre española en mis venas, aunque toda la sangre es igual, y también sangre otomí. Me enorgullecen las dos y todas las demás que se mezclaron por los azares de la historia.

Poco tiempo después del mundial supe que España nos había conquistado. Tenía 7 años y había entrado a segundo de primaria. Fue la primera vez que cuestioné la historia, había pasado un año escuchando sobre la gloria y majestuosidad de los aztecas, y la nueva lección fue que un puñado de cuatrocientos españoles, de lo peorcito de España, los habían conquistado…, a ellos y por lo tanto a nosotros. La clase fue dictada en español. Algo no hacía sentido.

Siempre me gustó la historia y me gustaron los mares, por ello las peripecias de todos los que se aventuraron en los océanos me llamaron siempre la atención. En octubre de 1992 tenía 17 años, y se conmemoraban cinco siglos de lo que algunos denominaron encuentro de dos mundos; aunque otras voces pronunciaban frases ten terribles como conquista o genocidio de América. Habían pasado quinientos años de la llegada de Cristóbal Colón.

Fue muy paradójico. Por toda la América Hispana, mestizos que hablaban español, y algunos bastante criollos, lanzaban piedras a las estatuas del almirante del Mar Océano o hacían pintas sobre ellas; personas con un nombre y dos apellidos en español, individuos que no existirían si los españoles no hubieran llegado, lamentaban la llegada de los españoles.

Hubo muchos eventos culturales e igual cantidad marchas de protesta; vi a muchos indios en los primeros, y más bien a clasemedieros urbanos en las segundas. Los hijos de los conquistadores se sentían conquistados; los indios, que nunca se liberaron en 1810, o en alguna otra fecha, parecían menos interesados en los agravios históricos del pasado. Quizá les preocupaban más los agravios de tiempo presente. Pero el contraste de conceptos se quedó en mi mente: ¿encuentro o conquista? Fue cuando descubrí que la historia era usada como herramienta política.

En el año 2019 se cumplieron quinientos años de que Hernán Cortés desembarcó en suelo hoy mexicano; en el arenal donde fundó la Villa Rica de la Verdadera Cruz. Comenzó el aniversario quinientos de muchas cosas, la más simbólica, el encuentro con Motecuzoma. También empezaron a sonar voces políticas hablando de profanar nuevamente el cadáver del conquistador, muchos se enteraron en ese

momento de que los restos de Cortés yacen en México.

Quinientos años de la Noche Triste en 2020, quinientos años de la caída de Tenochtitlán en 2021. El país se sumergió nuevamente en discursos del pasado, y el alma de Hernán Cortés fue sacudida de su letargo. Derramé una lágrima porque mi pueblo aún no quiere nacer.

43 En lengua nahua, nuestra venerada Señora se traduce como Tonantzin.

44 Primera línea en castellano del *Nican Mopohua*.

45 La teoría de la inexistencia de Bernal Díaz del Castillo, que incluso postula que la crónica es autoría de Hernán Cortés, es el trabajo de más diez años de Christian Duverger, quien la expuso en un libro que fue publicado en México, primero con el título de *Crónica de la Eternidad*, y después como *Hernán Cortés: la pluma*.

46 El apelativo se lo dio el barón Alexander von Humboldt, un sabio y viajero prusiano que fue geógrafo, botánico, naturalista, lingüista y astrónomo. Viajó por toda la América hispana y estuvo en la Ciudad de México en 1803, presenció la inauguración de la estatua de Carlos IV conocida coloquialmente como El Caballito.

47 No olvidar que el don Carlos que aparece en este libro es Carlos V de Alemania, pero en España es Carlos I. Carlos IV fue rey de España de 1788 a 1808.

LOS ENCUENTROS DE LA HUMANIDAD

A LO LARGO DEL MUNDO, A TRAVÉS DEL TIEMPO

Hace unos 150 mil años toda la especie humana estaba concentrada en el centro-oriente de África; de ahí es originario ese animal racional, emotivo, religioso y simbólico al que llamamos *Homo sapiens*. Desde ahí comenzó un viaje alrededor del mundo; lo comenzó a pie, lo prosiguió en carretas y a lomo de animales, lo continuó en barco hasta rodear por primera vez el planeta, y hoy lo hace cada segundo con la ayuda de medios digitales.

El *Homo sapiens* comenzó a moverse y distribuirse, sin saber lo que hacía ni a dónde iba, mientras el planeta estaba congelado, sumergido en la Era de Hielo. De África llegó al Medio Oriente hace unos cien mil años, y ahí comenzó la dispersión hacia ambos extremos de Eurasia. Hace cincuenta mil años ya se había dispersado desde la península ibérica hasta las islas de Australia.

Unos cuantos aventureros perdidos atravesaron por una lengua de tierra que, tras el deshielo y al subir el nivel de los mares, se convirtió en un estrecho marítimo que mucho tiempo después llamamos Bering. Quedaron aislados en otro continente que nunca más volvió a tener contacto con el resto de las masas terrestres del globo; toda evolución de cultura y civilización en ese rincón del mundo se llevó a cabo de manera completamente aislada, mientras que en Eurasia los grupos humanos siempre tuvieron contacto entre sí.

Los hielos retrocedieron, los océanos se elevaron, los ríos fluyeron y fueron surgiendo fértiles valles con las condiciones propicias para el desarrollo de la agricultura. Ése fue el origen de la vida sedentaria y la civilización hace unos doce mil años. Nacieron pueblos, ciudades, reinos e imperios. Los seres humanos comenzaron a conquistarse los unos a los otros cada vez que se encontraban.

Creamos sistemas sociales y religiosos, imaginamos mitologías para tratar de comprender lo incomprensible. Nacieron los dioses y los políticos, casi siempre como una dupla, se desarrolló una pirámide social y se empoderó la casta de los guerreros. Comenzamos a necesitar más recursos y a pelear con ellos. Todo esto desde distintos rincones del planeta que poco a poco se acercaban, los humanos comenzamos a encontrarnos y poco a poco inventamos formas y

protocolos para entendernos y conocernos.

Nacieron y cayeron cualquier cantidad de imperios, algunos con una impresionante capacidad de expansión, siempre a base de agotar recursos. Egipto, Babilonia, China, Persia, Grecia, Roma. Todos chocaron, todos tuvieron encuentros y todos protagonizaron conquistas, sea del lado del vencedor o del vencido. Todos generaron destrucción y todos hicieron nacer algo nuevo.

Mil doscientos años antes del nacimiento de Jesús, una oleada de pueblos nómadas y salvajes llegaron a todo galope desde el norte del Cáucaso, a través de las estepas ucranianas, a la península de los Balcanes. Asolaron todo a su paso hasta alcanzar el Mediterráneo; destruyeron Creta y su gloriosa civilización, arrasaron con las ciudades más antiguas, como Biblos, Sidón, Tiro, y tuvieron un siglo de enfrentamientos contra Egipto. Todo sucumbió ante la arremetida de los llamados Pueblos del Mar. Pero esos nómadas se instalaron, se adaptaron a las nuevas tierras, adoptaron sus formas culturales y con el paso del tiempo formaron una gran civilización. Hoy les decimos griegos.

Más o menos en la misma época, una serie de tribus del desierto llegaron desde el sur a la zona de Oriente Medio, cuna de la civilización. Lucharon por siglos con los pueblos de la zona, sometieron a algunos y fueron derrotados por otros. Lograron instalarse, crear un reino y poco a poco dieron forma a una religión y una cultura. Es el pueblo hebreo, origen del judaísmo, y por lo tanto del cristianismo y el islam.

Debió de ser una era agitada, pues otra ola de pueblos invasores se movió por aquellos tiempos; grupos de jinetes nómadas provenientes del Cáucaso, conquistaron la meseta de Irán y el Indostán. Su lengua se mezcló con las locales, igual que sus dioses, y lentamente evolucionó de ahí lo que para el siglo VIII a. C. ya era el imperio persa, de un lado del río Indo, y la civilización hindú, del otro.

Y así el devenir de la historia de las culturas en la evolución de la humanidad. Los invasores griegos, ya civilizados, fueron invadidos por los romanos, que destruyeron mucho y también crearon, y, desde luego, motivaron el sincretismo. Pero ellos también fueron invadidos y su imperio destrozado por una serie de pueblos germánicos que con el tiempo fundaron los reinos europeos: alemanes, anglos, sajones, francos y godos. A la formación de Europa como cultura contribuyeron también los eslavos, los búlgaros y los vikingos. Todos invasores, todos conquistadores, todos formadores de cultura.

En torno al año 632, tribus de beduinos árabes comenzaron a salir de su península y a irrumpir en el Medio Oriente, Europa oriental y el norte de África. Tomaron mucho de la cultura judía, del imperio persa y de la civilización grecorromana. Fueron el origen del islam.

Alrededor del año 990, una serie de tribus de la Siberia oriental penetró por Asia Central a ese mundo previamente conquistado por los árabes, lo invadieron y se apropiaron de él, aunque tomaron la religión de los vencidos.

Con el tiempo fueron conocidos como turcos y crearon el glorioso imperio otomano. Cuando los turcos tomaron Constantinopla, cerraron las rutas comerciales de Oriente a los mercaderes europeos que, en búsqueda de nuevos caminos, terminaron llegando a América y dando la vuelta al mundo.

Alejandro Magno salió de Macedonia tan sólo con cuarenta mil hombres para enfrentarse al temible imperio persa; diez años después había penetrado hasta los confines del mundo, más allá del río Indo, en los dominios de lo desconocido, conquistando todo a su paso, fusionando la cultura helenística con Egipto, Babilonia, Persépolis. Se fundieron religiones, filosofías y cosmovisiones que hicieron más grande el conocimiento y la sabiduría de la humanidad. Alejandro conquistó el mundo, también fue un creador de cultura.

César salió hacia las Galias y extendió hacia allá las glorias de Roma, llevó la civilización grecolatina; y derivado de aquella conquista integró gran parte de Europa al desarrollo de la futura civilización occidental. Antes de ser civilización los romanos ocuparon el mundo griego; y antes de ser esa gran cultura los griegos también habían sido invasores.

Los arios dominaron el Indostán y forjaron la gran civilización que tanto tiempo después fue tomada por Alejandro. Los hebreos conquistaron Canaán y de su violenta imposición nació una civilización judeocristiana, los vikingos invadieron una isla y forjaron Inglaterra. Los pueblos germanos sometieron la Roma que a su vez había sometido a los griegos, y de ese violento choque nació Europa, una Europa que siguió creciendo y enriqueciendo su cultura a través de la llegada de más pueblos invasores. Los francos conquistaron parte del imperio romano y generaron lo que sería Francia. Romanos y árabes se apropiaron de Iberia y construyeron España.

Hernán Cortés invadió el valle de Anáhuac. Él destruyó una cultura. Punto. Cortés es un bandido, un ladrón, un genocida, jamás un creador de civilización. Los hechos son los mismos, sólo cambia drásticamente la interpretación. La diferencia entre las demás olas bélico-migratorias, creadoras de cultura, y la conquista de México es un océano de por medio. En definitiva, eso hace que todo sea diferente. El impacto es más fuerte, la diferencia entre civilizaciones es más notoria, el choque bacteriológico es más letal. Pero la gran diferencia es la interpretación.

Desde el origen de la civilización hasta hoy, la humanidad ha generado violencia al ser creativa; destruye para construir. No es

justificación, es aceptación de la realidad. Así hemos sido siempre los humanos y ojalá dedicásemos todos nuestros esfuerzos a actuar de forma diferente. A pesar de lo que podría pensarse, somos hoy más pacíficos que en toda era pasada de la historia de las civilizaciones; hay guerra con mayor potencial destructivo entre los poderosos, pero el habitante común tiene más caminos y herramientas para la paz.

Hoy sabemos, aunque sea de manera teórica, que la violencia no es el camino, y tratamos de educarnos como especie para hacer conciencia de las mil formas que toma la violencia; irónicamente combatimos violentamente esas formas. Hoy podemos ver el pasado y comprender que los métodos violentos de guerra y conquista no deben ser el sendero humano.

Todo eso es perfecto, pero no podemos juzgar el pasado con los valores de ahora. Cada detalle de lo que somos hoy es resultado de que cada detalle del pasado haya sido como fue. No hay mayor revolución que la paz, pero si nos perdemos en el pasado jamás podremos revolucionar el presente y el futuro. El conflicto nunca está en los hechos del pasado sino en las interpretaciones y discursos de odio del presente. Por más que pienses que ves la realidad, sólo puedes ver lo que está en tu mente.

Hace quinientos años, una fuerza inmensa expulsó a los europeos de su propio continente hacia el otro lado del océano. El mundo de hoy es resultado de eso. Una fuerza con toda la inercia de la historia terminó de encontrar a una humanidad que se había separado decenas de miles de años atrás; esa distancia en tiempo, espacio e ideas, hizo de ese encuentro un choque terrible, más que cualquier otro. Hernán Cortés es uno de los representantes de esa fuerza, de esa voluntad de poder.

En la historia, como disciplina humana, no hay hechos sino interpretaciones. ¿Qué hubo hace quinientos años: encuentro o conquista? La sabiduría de Motecuzoma ve encuentro, por violento que resulte, y en la aceptación puede encontrar la paz y el camino para construir algo nuevo y más grande. El ímpetu intempestivo de Cuauhtémoc ve conquista y sólo puede ofrecer guerra, una guerra que termina siendo necesariamente interna, contra la propia cultura y contra su ímpetu.

Nadie en el México de hoy fue conquistado. No por España, desde luego; a lo sumo, por un discurso nacionalista y victimista muy mexicano. Ningún indio de hoy padece sus pesares a causa de España sino de los gobiernos mexicanos, de las estructuras sociales intolerantes y segregacionistas del propio mexicano. Los indígenas de México perdieron sus tierras comunales, respetadas en el virreinato, en tiempos y en manos de un indio mexicano, Benito Juárez, que seguía la receta de modernidad del siglo XIX: capitalismo, liberalismo y

positivismo. Fue el Estado mexicano moderno el que nunca supo, y después nunca quiso, integrar al indio.

Hoy no existe ninguna deuda. México ganó tanto más que España en esa llamada conquista. Gracias a América, España nació grande, poderosa e imperial; pero nunca hay que olvidar que nacimos juntos, que todos esos países latinoamericanos tan hermosos de hoy son por lo menos mitad hispanos, y esa hispanidad es por lo menos la mitad de su grandeza. Nos decimos hermanos latinoamericanos y olvidamos que no es la parte indígena la que nos hermana, es la comunión en la hispanidad.

Castilla expulsaba y Mesoamérica recibía, por eso nosotros recibimos a España mucho más que España a nosotros. De la gloria de Castilla recibimos una robusta raíz que se hunde en las profundidades grecolatinas y judeocristianas, que junto a la siempre negada raíz árabe son parte de nuestro origen. De la grandeza mesoamericana todo es nuestro. Somos mestizos con lo mejor de dos mundos maravillosos y de imperios gloriosos en ambos lados del océano. Nosotros tenemos todo lo que queramos de España; por la forma en que se dio la historia, España no tiene a Mesoamérica.

Somos sol invicto y tierra sagrada, Popocatépetl e Iztaccíhuatl. Somos división en vez de unión. Somos energía latente en espera de superar el conflicto que destruye todo renacer. Somos águila y serpiente, espíritu y materia. Somos Quetzalcóatl que desciende a la tierra para luego elevarse en las alturas más sublimes. Somos Cortés y Marina. Somos un eterno conflicto en espera de resolución.

Somos el fruto divino de la virgen aún encinta, como es nuestra hermosa versión americana. Guadalupe en España ya es madre, lleva al niño en brazos, la madre tierra ha dado su fruto. La diosa cruzó el océano con Hernán Cortés. Guadalupe en México está preñada, aún no ha dado su fruto sagrado, aún espera el momento. La mujer dormida aún puede dar a luz.[48]

Somos Teotihuacán y Roma, somos Tenochtitlán y Castilla, Guadalupe y Tonantzin, Jesús y Quetzalcóatl, América y Europa. Somos el glorioso resultado de una humanidad que se encuentra y se reconoce. Somos la fuerza viril que da y la energía femenina que recibe. Somos el padre y la madre, los intelectuales del exilio y los sabios místicos de tiempos ancestrales. Somos el resultado de milenios de encuentros entre todas las culturas de la humanidad. Somos pirámide y catedral, somos crisol, fusión, mezcla. Somos el resumen de la historia, somos los hijos de España y América. Ése es el legado de un hombre grande entre los grandes como fue Hernán Cortés.

48 Sentido homenaje a don Antonio Velasco Piña.

FUENTES DE INFORMACIÓN Y RECOMENDACIONES

El relato tradicional de la conquista y de Cortés es el que podemos leer en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* atribuida a Bernal Díaz del Castillo, que o fue un testigo presencial, o fue el mismo Cortés. Otra gran fuente es la *Historia de la conquista de México,* de Francisco López de Gómara, capellán de Cortés. Las obras coinciden en lo fundamental, y ambas pueden leerse como una extensión de las *Cartas de relación* de Cortés, el relato que el mismo conquistador hizo para Carlos V. Otra obra fundamental que recoge testimonios de protagonistas es la *Crónica de la Nueva España,* de Francisco Cervantes de Salazar.

La vida de Cortés está muy documentada. Además de sus cartas de relación, escribió misivas privadas al emperador y, desde luego a su padre, sus parientes y abogados, y sus amigos. A eso hay que sumar que el juicio contra Cortés estuvo abierto veinte años y hay muchos documentos sobre él. La mejor forma de asomarse a todo eso es revisar el monumental trabajo de José Luis Martínez, *Documentos cortesianos,* donde conjunta toda la información sobre el conquistador.

Existen libros clásicos sobre la conquista, los más recomendables llevan ambos por título *La conquista de México,* uno de William Prescott y otro de Hugh Thomas.

Hay dos libros extraordinarios del mexicano Juan Miralles: *Hernán Cortés: inventor de México*, y *…Y Bernal mintió*.

A mi gusto, la gran autoridad actual sobre Cortés es Christian Duverger, quien escribe dos volúmenes de una interesantísima biografía: *Vida de Hernán Cortés*. El volumen uno es *La espada,* y el dos es *La pluma*.

Otro libro que me parece un muy buen trabajo es *Quién conquistó México,* de Federico Navarrete, una reflexión que le quita el peso y la gloria a Cortés para trasladarlo a los pueblos indios que lo apoyaron. *La conquista espiritual de México* de Robert Ricard da un gran panorama del trabajo de las órdenes religiosas que llegaron en el siglo XVI.

Nunca debe dejar de leerse a Miguel León-Portilla, de manera muy específica su clásico *La visión de los vencidos,* y para terminar de comprender el mundo prehispánico es imprescindible la arqueóloga

Laurette Séjourné, con libros como *Pensamiento y religión en el México antiguo* y *El universo de Quetzalcóatl.* Hay un sinfín de títulos; los aquí mencionados son tan sólo mis predilectos.

Hernán Cortés y Motecuzoma protagonizaron el choque de culturas más trascendente de la historia de la humanidad. Todo en la historia del mundo moderno es producto de ese encuentro y esa conquista.

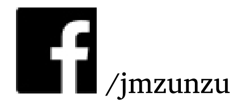
«Toda nuestra historia se integra en Hernán Cortés. Odiarlo no nos ha servido y no ha resuelto nada. Amarlo no es necesario. Aceptarlo e integrarlo en nuestro pasado, como el ser humano que es, con aciertos y fracasos, luces y sombras, es fundamental. No es ángel o demonio. Es simplemente Hernán Cortés, el hombre sin el cual no seríamos lo que somos.»

Juan Miguel Zunzunegui aborda la figura de Hernán Cortés y el acontecimiento de la conquista desde una perspectiva crítica y polémica: rechaza la idea maniquea de los buenos y los malos; desmonta el mito de un Hernán Cortés saqueador, asesino y destructor, frente a un Cortés culto, amante del mestizaje y del sincretismo; sitúa el evento de la conquista en un contexto mundial, que mucho tiene que ver con la historia de Europa y Oriente; y rastrea los lazos y las coincidencias entre las culturas religiosas indígena y cristiana, en un apasionante relato místico sobre México.



JUAN MIGUEL ZUNZUNEGUI

Nació en México en 1975. De ancestros mexicanos, españoles, austriacos y otomíes, es resultado de todos los encuentros de la humanidad a lo largo de la historia; por eso prefiere definirse como ciudadano del mundo y mestizo de todas las culturas. Ha publicado más de veinte libros. Es licenciado en comunicación, especialista en filosofía y en religiones, maestro en materialismo histórico y doctor en humanidades.



Hernán Cortés
Encuentro y conquista

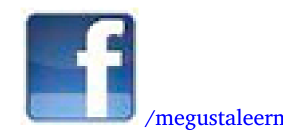
Primera edición digital: agosto, 2020

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

ISBN: 978-607-319-509-6



 /megustaleermexico  @megustaleermex

Conversión eBook:

ÍNDICE